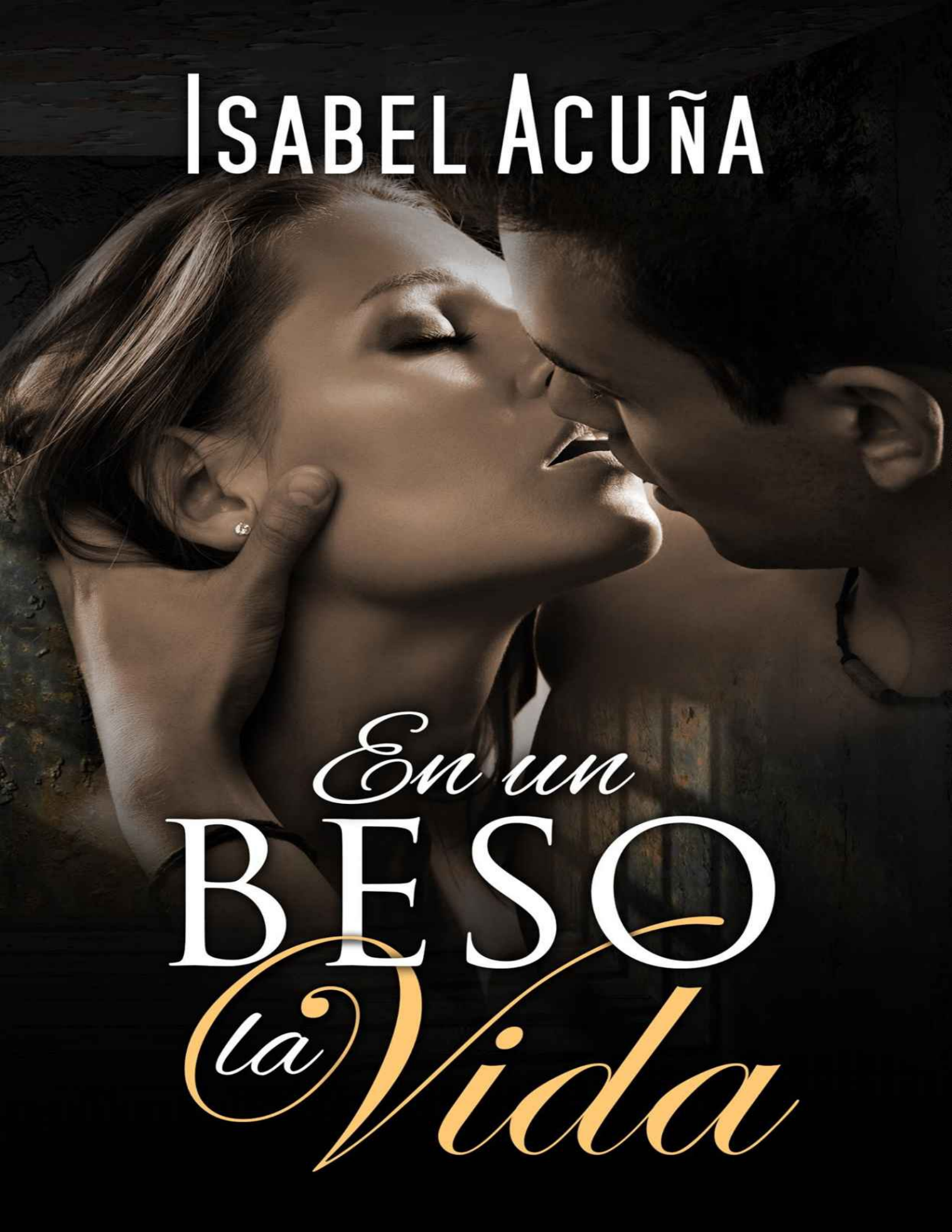
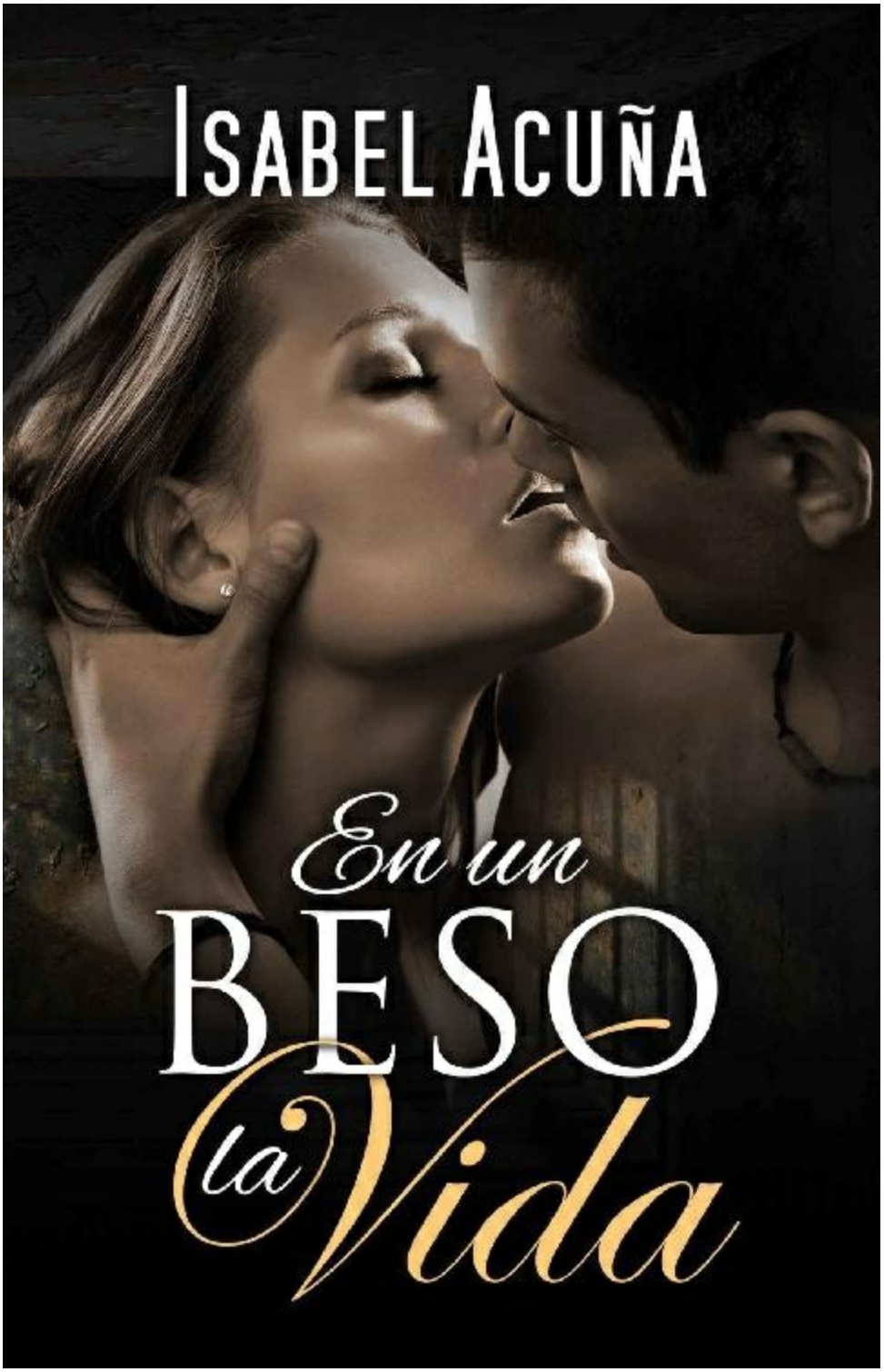

ISABEL ACUÑA
En un
BESO
la Vida



EN UN BESO LA VIDA

Isabel Acuña

©Isabel Acuña.

Registro de la obra: **10-639-427**

Oficina de Registro de Autor. Ministerio de Justicia. Colombia.

Editada por: Vivian Stusser.

Diseño de portada: Nadia Salamanca Fuenzalida.

Primera Edición: Abril del 2017.

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación de la autora. Los lugares y los personajes son ficticios.

Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mis queridas lectoras,

gracias a ustedes puedo transitar cada día este camino.

Nada me impedirá volver a ti.

Ni el burlón y grueso barrote,

Ni la sombra de duda que desperté,

Ni la desesperanza amarga que presentí.

Nada me impedirá volver a ti.

Ni tus más arcanos miedos, penas,

Ni tampoco las palabras, ni lágrimas,

Ni tus acciones más paupérrimas,

Ni estas lisas y simples cadenas.

Nada me impedirá volver a ti.

Ni millas del llano desierto,

Ni mares de azules profundos, perpetuos,

Ni el pico de montaña más alto.

Nada me impedirá volver a ti.

Porque mayor es mi condena sin ti…

Nada me impedirá volver a ti.

Isabel Acuña.

CONTENIDO

PRELUDIO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

CAPÍTULO 39

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

PRELUDIO

Bogotá, febrero del 2003.

Había llegado al maldito infierno.

Un hombre grueso y de rostro colorado, con el cabello sucio y largo, se asomó por

la puerta del camión que traía a los presos nuevos. Tras él, en la semioscuridad del vehículo, otros hombres esperaban a que el guardia

terminara de abrir la puerta.

Llevaban atados de ropa, cobijas y colchonetas de espuma amarradas con cuerdas.

Jorge Robles se echó la bendición antes de saltar al suelo. Eran las siete de la noche. Tras un día de infinitas indagatorias y alegatos, al fin lo habían llevado a la cárcel Santa María de la Providencia.

Varios guardias armados de revólveres observaron la hilera de presos que avanzaba

con desgano hacia la reja entreabierta. El sonido metálico del cerrojo y el candado se

escuchó como un fuerte estruendo a sus espaldas.

Después de la requisa y de dejar sus enseres en la entrada, un olor a fruta podrida

mezclado con carne pasada lo recibió como un abrazo de bienvenida. Una bombilla iluminaba las caras del grupo de hombres, marcados con su mismo sino y con

expresión tenebrosa; había de todas las edades, desde casi niños hasta ancianos.

La jaula, o celdas primarias, era el lugar donde pasaría la noche más larga de su vida, antes de que lo trasladaran a uno de los patios. Había de todo: raterillos, asesinos confesos, violadores, y hasta inocentes. Varios murmuraban en corrillo, mientras le destinaban miradas entre agresivas y curiosas. Se pegó a la pared y se escurrió hasta el

piso. Con el temor royéndole las entrañas, emuló sus gestos agresivos para evitar que

se le acercaran, pero su olor a recluso nuevo era una tentación demasiado grande para

los hampones curtidos que lo rodeaban.

Miguel, su hermano menor, y el abogado defensor le habían dicho que no tendría mayores problemas, que ya dentro del penal habían pagado la ayuda necesaria para que

no pasara ningún tipo de necesidad. Como en muchas otras cárceles del mundo donde

impera la corrupción, en las de Colombia todos los presos no eran iguales, y el que tenía cómo pagar podía vivir con algo de dignidad en el lugar. El problema era esa noche, en que sus contactos no podrían hacer nada.

Los minutos se habían ido de asueto, se acercó el primero, un hombre pequeño y delgado con mirada astuta de rata. Jorge Robles le destinó un gesto frío, el mismo con

que asustaba a los peones de su hacienda cuando cometían algún error. El bandido ni se

inmutó y poco a poco el grupo de hampones lo tuvo rodeado.

—Buenos zapatos, aquí no le harán falta, démelos —dijo uno de los raterillos.

Jorge lo miró, sorprendido, y negó con la cabeza. Se levantó despacio, con los puños

apretados, dispuesto a dar pelea. Los hombres se alejaron y un rato después volvieron, uno de ellos sacó una navaja. Jorge se preguntó cómo la habían podido camuflar si la

requisa fue extensa. Trató de ahuyentarlos otra vez, pero no pudo.

—Y ahora, hermano, por no entregarme el par de zapatos, vamos a darle la

bienvenida.

Recibió un puño en plena cara, al tiempo que los hombres lo agarraban de lado y lado.

—¿Qué hacemos? —preguntó otro de los delincuentes—. ¿Le marcamos la carita?

La navaja acariciaba el pómulo de Jorge. La sangre de la nariz bajaba por la camisa.

Le quitaron la chaqueta, y ya iban por los zapatos, cuando una voz los dejó inmóviles.

—¡Déjenlo en paz!

De un rincón emergió un hombre grueso, de cuello ancho y actitud de toro bravo.

Más tarde, Jorge sabría que estaba ante Moisés, el jefe de una banda de estafadores que era respetada en el penal. El hombre entraba y salía cada tanto. Los hampones se

dispersaron, peleándose por la chaqueta.

Moisés miró a Jorge, que se limpiaba la nariz.

—Aquí tiene que despercudirse, porque si no, le roban hasta el alma.

—Gracias.

—Necesita protección.

—¿Usted puede dármela?

—Le costará.

El hombre lo distrajo de sus turbios pensamientos durante toda la noche. Su voz cadente, contándole anécdotas de la cárcel que hubieran espantado a más de uno, le permitió olvidarse del dolor del desarraigo y la frustración de encontrarse en ese lugar,

porque sabía que podrían pasar meses, o incluso años, hasta poder demostrar su inocencia.

Jorge Robles estaba sindicado del delito de homicidio. Tenía recuerdos vagos de esa aciaga noche: el licor, la pena por la muerte de su padre a manos de un grupo ilegal

y la riña que se desató con los campesinos en el bar del pueblo, al criticar estos a su

progenitor. Recordaba haberse montado en la camioneta y la llegada a la hacienda en

la madrugada con alegatos de borracho; lo demás era como una bruma que mientras más se esforzaba en despejarla, más se cerraba ante él.

Se frotó la muñeca, donde hasta hace poco ostentaba el Rolex con su nombre

marcado, regalo de su padre, y que desde esa noche desapareció. Luego, tras la aparición de los cuerpos de los campesinos muertos en el camino de La Loma, pudo ver cómo, entre una pesadilla sin final, su vida se hacía pedazos ante sus propias narices. No tuvo que sumar dos más dos para saber quién había sido el artífice de todo:

Orlando Ruiz, quien junto a su secuaz José Zambrano, era el cabecilla del grupo ilegal

rampante en la región, culpable de toda clase de atropellos, desplazamientos y muertes.

Cuando al día siguiente lo condujeron a su lugar permanente de reclusión, Jorge

sentía que se ahogaba. Su reciente percepción del aire fresco, del monte y del sol había dado paso al encierro, el hedor y el miedo. Acompañado del sonido monótono de los

pasos del resto de presos que lo acompañaban, Jorge se perdió en los pasillos rodeados de una energía pesada que se extendía como niebla, y se sumió en la oscuridad.

CAPÍTULO 1

Bogotá, febrero del 2006.

—Es la mejor decisión que has tomado —le dijo a Belén su mejor amiga, Susana Corzo.

—Sí, será una gran experiencia para mí y un cambio bienvenido en mi trabajo.

—¿Y tu padre, cómo lo ha tomado? Fueron dos años muy duros para él, siempre has

sido la niña de sus ojos.

El día era soleado, las dos amigas estaban en uno de los muchos lugares que pululan

alrededor del parque de la 93. Sentadas en una mesa en la terraza exterior del negocio,

charlaban y recibían el sol ante sendas tazas de café capuchino.

—Está feliz porque volví a radicarme en el país, pero no le gustó ni un poquito mi

nueva asignación laboral. —Belén puso los ojos en blanco—. Tiene que entender que

no estudié Comunicación Social para ser presentadora de eventos. Eso él lo sabe.

—Sí, es cierto, pero tampoco para que anduvieras por las zonas de conflicto de medio mundo, solucionando lo imposible.

—Sí es posible solucionar lo imposible, o por lo menos aliviarlo —sentenció Belén

con una sonrisa de ojos brillantes.

—Me abisma tu fe en la humanidad, después de todo lo que has visto.

Belén alzó los hombros y sorbió de la bebida ya tibia, que dejó luego reposar en el

plato. Un grupo de ejecutivos a su derecha les coqueteaban. Ellas siguieron en su conversación.

—Claro que tengo fe, pasé por situaciones difíciles, pero ver la sonrisa de

agradecimiento de un niño cuando le entregas un libro de cuentos o un juguete, cuando

kilómetros más allá, su pueblo y todo lo que conocía fue destruido… O cristianos protegiendo a musulmanes al rezar durante un conflicto. O ver a una niña somalí educada por monjas, enseñando a leer a los niños de su aldea…

—Entonces el nuevo trabajo está pintado para ti. Te felicito.

Belén García había vuelto a Colombia tres meses atrás, para trabajar con la BHRF

(Fondo Internacional de Derechos Humanos). La propuesta de la ONG europea fue

difícil de rechazar, además de que quería volver a estar con los suyos. Se dio cuenta de

que se estaba perdiendo algunas vivencias, encontró a sus padres más viejos, a sus sobrinos más grandes y no deseaba ser una extraña para su propia familia.

—¿Trabajaste con reclusos alguna vez? —indagó Susana.

—No, es mi primera vez.

—Pues prepárate, la situación en las cárceles es como cualquier conflicto de esos en

los que has estado, solo que a pequeña escala.

—He leído bastante, mañana será la reunión donde nos asignarán los lugares

en los que haremos la investigación. La Defensoría del Pueblo se ha tomado muy en serio el

asunto.

—Claro que sí, los juzgados están repletos de demandas instauradas por los reclusos

y por sus familias sobre la violación a sus derechos. La corrupción se ha llevado el bienestar de miles de presos.

—Presentaremos un informe que llevaremos a instancias internacionales, si es el

caso.

Susana llamó al mesero y pidió otra cesta de galletas.

—Bueno, ya no deseo seguir hablando de eso. Y ahora sí, cuéntame de Nathan.

¿Cuándo llega?

Belén soltó un suspiro.

—No va a venir. —Alisó de manera sutil la servilleta.

Susana, que ya conocía sus gestos, supo que la había puesto en guardia.

—La última vez que hablamos estabas en las nubes. ¿Qué pasó?

—Eso fue hace seis meses, no eres muy comunicativa.

—Lo sé, lo sé —adujo la mujer—, pero recuerda que estaba en pleno posparto y tú

tampoco estabas muy disponible. ¿Qué pasó?

Belén miró su reloj, ganando tiempo, pues Susana no se quedaría con cualquier

respuesta, como buena abogada que era le sacaría las tripas como a cualquier acusado

en un juicio.

—Se acostó con mi jefa, ni más ni menos.

—Es un desgraciado.

No le dijo que en parte su vuelta a Colombia era por él, necesitaba poner un océano

de por medio, tras haber terminado tajantemente con la relación sin aceptar las disculpas ni los miles de intentos por parte de él de reparar el daño infligido. Cuando

la herían en su orgullo —y Nathan la había herido muy profundamente con su traición

—, era incapaz de perdonar. De modo que prefirió poner pies en polvorosa.

Susana le sacó la verdad: Nathan era ingeniero ambiental y trabajaba en proyectos

de mejoramiento de vida a poblaciones vulnerables, se conocieron en África y

congeniaron enseguida. Belén era la encargada de reunir datos, hacer entrevistas, observar y determinar las necesidades de una población o grupo de gente afectado por

la violencia o en estado de vulnerabilidad, realizaba con otros profesionales los diferentes estudios, que la ONG en la que trabajaba presentaría ante las entidades que

liberarían dinero para los proyectos. Viajaban mucho, acababan de llegar de una misión de tres meses en la franja de Gaza, se instalaron en Berna, todo iba muy bien,

hasta que la jefa de Belén, una ejecutiva que nunca se había ensuciado las

manos en algún proyecto, quedó flechada por Nathan y ahí terminó todo. Todavía recibía

mensajes de disculpa, pero los eliminaba sin abrir.

Susana indagó varias cosas más, y después de Belén preguntarle por su esposo, y su

amiga mostrarle las últimas fotografías del bebé, se despidió con la promesa de que ahora que estaba en el país se verían más a menudo.

Mientras volvía a su sitio de trabajo, Belén pensaba en su amiga. Susana era una persona que planificaba todo, desde muy joven deseaba una vida perfecta y parecía que

la tenía: un marido de portada un bebé de pocos meses y un trabajo estable en un bufete

de abogados. Eran muy diferentes y había sido así desde la época de colegio, pero eso

no evitó que siempre fueran las mejores amigas.

La reunión se celebró un martes lluvioso y frío. Belén estaba en su sitio de trabajo

cuando sonó el teléfono interno.

—Ya están llegando todos para la reunión —dijo una voz en cuanto contestó.

—Ya voy para allá.

Tomó las carpetas que ya tenía preparadas con los formatos de las entrevistas que se

les harían a los reclusos, a los guardias y al personal de salud, personal administrativo, familiares y defensores. Ese sería el día en que definirían quién iría a cada lugar.

Se levantó de su puesto y caminó por un pasillo hasta llegar a una puerta con el letrero de “Sala de juntas”. Abrió la puerta, ya estaban sentados ante una mesa grande.

Natalia Pedrozo, su jefe y dirigente de todo el proyecto, observaba su computador.

—Belén, te necesito en la cárcel de mujeres el jueves a las ocho. Irás con Marta, que

filmará parte de las entrevistas a las que lo permitan. —Marta… —Una joven de cabello corto levantó la mirada de las carpetas—. Necesito esa cámara encendida todo

el tiempo, queremos ver las instalaciones físicas, observar el día a día.

—Perfecto —contestó esta—. Esperemos que las reclusas colaboren.

—Lo harán —sentenció Natalia, ya dirigiéndose a todo el grupo—. El recluso está

ávido de atención. Eso sí, mucho cuidado con involucrarse, ustedes están para

escuchar, no pueden implicarse más de lo debido. —Beatriz y Lorenzo irán a la cárcel

Santa María de la Providencia.

Dieron las comisiones a los otros profesionales, entre ellos a Martín Peña, muy amigo de Belén, y que salió comisionado a la cárcel La Picota, los aludidos asintieron.

La reunión terminó con otro rosario de recomendaciones, donde les reiteraban el cuidado que debían tener dentro de las instalaciones y que no anduvieran lejos de la guardia, y sobre los útiles de aseo y demás implementos que podrían llevar como donación. Belén recordó una caja de libros que tenía pensando donar y que estaba en el

estudio de su padre. Llevaría los libros poco a poco.

Los miércoles en la noche se reunía toda la familia García a la mesa. Era una reunión sagrada de la que solo podían excusarse los enfermos o los que estaban de viaje. Calixto García y Pilar Cortés, los padres de Belén y de sus dos hermanos, Antonia y Enrique, gravitaban alrededor de la vida de sus hijos. Para ellos era un descanso que la menor de la familia hubiera dejado sus correrías por el mundo para

volver a estar cerca de ellos.

Calixto un hombre en la cincuentena, alto, rubio, con ojos penetrantes y

temperamento de acero, que trabajaba como abogado civil en una multinacional

petrolera. Pilar Cortés era economista de uno de los bancos más reconocidos del país.

Pequeña, de cabello rubio y ojos verdes —los mismos que habían heredado Enrique y

Antonia—, con movimientos pausados y voz suave, era el complemento del hombre de

fuerte temperamento que gobernaba a la familia. Los tres hijos habían sido educados en

valores morales, habilidades prácticas y conceptos que llevaron a cada uno a escoger

profesiones ligadas a la vocación de servicio. El hermano mayor era profesor en Sociología en una universidad estatal de la capital y dictaba seminarios en posgrados

en diferentes casas de estudio del país, y a excepción de los ojos, era la viva estampa

de su padre. Antonia era abogada, especializada en Derecho Familiar, trabajaba en el

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar y era muy parecida a la madre. Belén, la menor, que de niña estuvo más interesada en desfiles y conciertos, en fiestas y presentaciones, había resultado la más comprometida con el ámbito social.

La mesa ese día estaba arreglada con el mismo primor que cada miércoles, un

arreglo de flores olorosas, mantel bordado a mano, cubiertos, platos y cristales pulidos

para la ocasión. Vivían en el norte de la capital, en un barrio tradicional que se caracterizaba por sus casas antiguas de clara influencia inglesa. Cuando los adultos se

sentaron a la mesa, Camila y Pablo, los gemelos de seis años de edad, hijos de Enrique

y su esposa Juana, ya estaban acomodados en sus sillas.

Después de una breve oración de gracias, la empleada de la casa, Rosario, procedió

a servirles. El aroma de los medallones de carne en salsa de especias se paseaba por

el lugar. En la mesa reposaban bandejas de ensaladas, papas gratinadas y arroz con vegetales.

—Rosario —dijo Enrique—, tienes manos mágicas, todo se ve delicioso.

—Gracias —contestó la rubicunda mujer mientras le servía doble porción de carne.

—Tú siempre escoges el momento oportuno para decirlo, ¿no, hermanito? —bromeó

Belén.

El aludido soltó la risa.

—¿Ya nombraron al nuevo rector? —preguntó Calixto a su hijo, mientras degustaba

una copa de vino.

—Todavía no, esperemos que para fin de mes ya sepamos quién ocupará el cargo.

—Estará entre Medina y Sánchez —intervino Juana, una mujer alta y delgada,

odontóloga pediátrica.

—Pues sería terrible, la universidad no verá progreso y la corrupción seguirá como

punta de lanza.

Belén suspiró, notaba a su padre más lapidario a medida que envejecía. Sabía, por

las charlas con su hermano, que el par de aspirantes a la rectoría no eran de lo mejorcito, pero tampoco había que descalificarlos de ese modo.

—Esperemos a ver qué pasa —contestó Enrique.

—Tú hubieras sido un buen candidato.

Ya.

Allí estaba la misma sensación, alojada desde siempre en las mentes y los corazones

de los hermanos García. Belén observó a sus hermanos y pudo ver el gesto que seguro

ella también ostentaba. Nada era suficiente para él, si alguno de sus hijos le hubiera bajado la luna, Belén estaba segura de que hubiera dicho: “¿Y por qué no Marte?”. No

era fácil enfrentar a su padre en esa faceta. Su madre lo miró con algo de reprobación.

—Me falta edad y diez años más de experiencia —masculló Enrique.

—Tonterías —insistió el patriarca de los García.

Enrique soltó el cubierto y ya iba a replicar, cuando su esposa le sostuvo el brazo.

—Chicos, ¿cómo va el colegio? —preguntó Belén para cambiar de tema.

Las cosas poco habían cambiado en ese aspecto, meditó, consternada.

Pilar le sirvió a su marido la guarnición con el ánimo de que se callara y no hablara

más. Camila, entusiasmada, se explayó en el tema sugerido por su tía, y la cena discurrió tranquila. Pablo comentó algo sobre las clases de francés que hizo reír a todos los presentes. Antonia prometió llevarlos al cine ese fin de semana, a lo que los

chicos aceptaron encantados. En cuanto terminaron de cenar, los niños pidieron

permiso para retirarse.

—¿Cómo te ha ido en el trabajo? —preguntó Antonia a Belén.

—Bien, mañana empiezo el que será mi trabajo durante tres meses, haremos un

informe sobre la situación de las cárceles en varias ciudades del país.

Enrique la miró, sorprendido, y luego a su padre, quien replicó.

—A mí no me mires, le insistí en que desistiera, hubiera tenido el trabajo que quisiera, pero no, se metió de cabeza en un berenjenal que no tiene arreglo ni lo tendrá.

—No te miré por eso —adujo Enrique—. Belén está más que capacitada para

desempeñar ese trabajo, que será moco de pavo en comparación con todo lo que tuvo

que enfrentar en Gaza o en África. A mí lo que me sorprende que estés tan tranquilo,

papá.

—Es un trabajo como cualquier otro —intervino Belén.

—Las cosas no están nada fáciles en el ámbito carcelario —intervino Antonia.

—Lo sé, me he informado al respecto. Hay muchas injusticias, hacinamienIARto,

lentitud en los procesos, no hay resocialización —se explayó Belén.

—No olviden que son antisociales, por algo están pagando cárcel, no por ser

monjitas de la caridad —señaló Calixto.

—Pero eso no implica que carezcan de derechos —intervino Pilar, que había estado

callada gran parte de la noche.

—Pierden derechos al cometer los delitos —insistió su marido.

—¡Por Dios, papá! No entiendo por qué estudiaste leyes, para ti las cárceles no deberían existir —exclamó Belén, asombrada.

—Nos ahorraríamos mucho —insistió Calixto.

—No, papá, son seres humanos como tú y como yo, que en un momento de sus vidas

dieron un traspiés y merecen una redención —defendió Antonia.

—Hay algunos para los que no hay redención que valga.

—Papá, por solo unos cuantos que deseen redimirse, mi labor habrá valido la pena.

Nunca nos pondremos de acuerdo en esto, Colombia es un país atrasado en el sistema

penitenciario a nivel mundial.

—Ni modos que gastemos los impuestos en darles unas mejores condiciones, para

que sigan delinquiendo desde la cárcel cuando este país tiene tantas necesidades.

—Son seres humanos, papá, y la rehabilitación es necesaria —adujo Enrique —. Una

persona de mente sesgada y llena de prejuicios no podrá hacer una labor a conciencia.

Por eso, hermanita, espero que puedas hacer una buena labor. ¿En qué cárcel vas a trabajar?

—En la cárcel de mujeres El Buen Pastor, y antes de que digas algo más, papá, déjame decirte que si el sistema penitenciario está atrasado para los hombres, con las

mujeres es más cruel desde todo punto de vista.

—Tienes razón —dijo Enrique.

Su padre levantó la ceja mientras recibía una taza de café que la buena de Rosario

depositaba en la mesa.

Antonia, que era la otra mujer que quedaba en el comedor, pues, Pilar y Juana

habían

salido del recinto a compartir con los niños, continuó:

—El juicio moral hacia nosotras es mayor, el hombre pocas veces pierde a su

familia; la mujer, en cambio, pierde mucho más, el pilar del hogar desaparece, pues las

familias son más duras en sus juicios hacia ellas, las abandonan. Veo casos muy tristes

en mi trabajo diario con los hijos de esas mujeres.

Belén escuchaba a su hermana y se hacía una idea. Hasta las visitas conyugales estaban restringidas a las mujeres, a diferencia de lo que ocurría en las cárceles masculinas.

El sonido de su teléfono y el ver quién era la hizo excusarse.

—Natalia, ¿cómo estás? —saludó Belén.

La mujer reciprocó el saludo y le informó que Beatriz se excusaba por no poder cumplir con su trabajo en la cárcel Santa María de la Providencia. Su jefa no explicó

el motivo, pero le solicitó a Belén que se presentara a primera hora en la cárcel de hombres, ya Lorenzo tenía instrucciones y entrarían sin problema.

—Cambio de planes —dijo Belén al soltar el teléfono en el bolso—. No iré a El Buen Pastor.

—¿Por qué?

—Mi compañera se excusó. Iré a la cárcel Santa María de la Providencia.

Después de despedirse de sus padres, que le hicieron cantidad de recomendaciones,

volvió a su lugar de residencia en el occidente de Bogotá, un sector muy céntrico de

edificios y centros comerciales. Había alquilado un apartamento de una habitación, sala comedor y cocina diminuta, tenía pocos muebles y estaba arreglado con sobriedad.

Alistó la ropa del día siguiente, en su maletín guardó los documentos y cuatro libros que pensaba donar a la biblioteca. Con la marea de la incertidumbre rondándola, concilió el sueño, pasada la medianoche.

CAPÍTULO 2

Belén se bajó del taxi que la llevó hasta el penal a las siete y treinta de la mañana. La

cárcel Santa María de la Providencia estaba ubicada en un sector industrial de la ciudad, donde pululaban depósitos de combustibles, bodegas de fábricas y cientos de

negocios. Se vistió con ropa cómoda y nada llamativa: zapatos mocasines, jean

desteñido, suéter negro y chaqueta de cuero, el cabello recogido en una trenza apretada

y sin maquillaje. Lorenzo, el camarógrafo, la esperaba ante la enorme puerta azul, era

un joven de estatura baja y algo de sobrepeso, con mirada inquieta y ademanes nerviosos. Entregaron sus credenciales y los hicieron esperar alrededor de veinte minutos. Finalmente apareció un guardia que se presentó como el dragoneante Mejía y

con él entraron al penal. Les hicieron una requisa y le dejaron entrar el bolso debido al

material que traía. Antes de cruzar las rejas que los llevaban a los diferentes patios, ingresaron en el área administrativa y con la trabajadora social, Lucila

Cuenca, organizaron la agenda que llevarían a cabo.

Irían al lugar dos veces a la semana, siempre acompañados por un empleado de la

Defensoría del Pueblo, el hombre entró al lugar en ese momento, era un abogado llamado Luis Cantillo, algo mayor que Belén, de facciones marcadas, estatura media y

delgado. Se hicieron las presentaciones. En la mañana se instalarían en un apartado de

la biblioteca, donde podría entrevistar a los reclusos, en la tarde entrevistarían al personal y darían un vistazo a las instalaciones.

Atravesaron la primera reja. “Aquí entra el crimen y sale el hombre”, rezaba un aviso en la pared lateral. Para Belén era imposible borrar de la mente la primera impresión de un lugar al que iba a dedicar tiempo de su vida. Le pasó con el campo de

refugiados en El Congo y con el centro de niños en la Franja de Gaza, con el orfanato

en Siria y con el hogar de mujeres víctimas de abuso en Sudáfrica. De la cárcel le impresionó el olor a aguas negras revuelto con el de la comida y los hombres…

Expresiones sombrías, llenas de desesperanza y tristeza en rostros jóvenes y no tan jóvenes, con marcas de acné u otro tipo de cicatrices; a algunos les faltaba algún diente, brazos tatuados, unos delgados, otros corpulentos debido al ejercicio físico, algunos aseados y bien vestidos, otros parecían salir de un chiquero. La energía era pesada y a pesar de que estaba haciendo un buen día, el lugar era helado, corrientes frías se paseaban por el espacio. Los reclusos observaban el grupo con abierta curiosidad y le dirigían a ella miradas nada discretas.

Las rechiflas no se hicieron esperar, alguien gritó: “Mamacita, tus ojos son dos luceros, tus mejillas dos manzanas, que linda ensalada de frutas haríamos con

mi banana". Otro dijo: "Vení paćá, linda, te doy una puñalada de carne".

—No les haga caso —dijo el guardia, que golpeó la porra contra un barrote.

Belén no prestó atención a los "floridos" piropos.

—Los patios de la cárcel están distribuidos entre el ala norte y el ala sur, en el medio está el pabellón de alta seguridad. Vamos a ubicarnos en la biblioteca del ala norte —dijo el guardia.

El sonido de cada reja cerrándose era una puntada en el corazón de Belén. La cantidad de reclusos era excesiva para el tamaño del lugar, parecía una caja de fósforos, había ropa de todo tipo amarrada a los barrotes. Entonces fue toda una sorpresa entrar en la biblioteca, donde unas cortinas claras disimulaban las rejas de la

entrada. Sintió como si hubiera entrado a otro mundo. Música ambiental se escuchaba a

través de unos parlantes ubicados a lado y lado de la pared; había estanterías de madera y metal donde reposaba una cantidad de libros decente; en otro espacio, unos

cuantos computadores ocupados por hombres jóvenes, que levantaron la vista cuando

ellos entraron.

La trabajadora social habló con el hombre detrás del mostrador, Belén no lo miró,

observaba el espacio, la cantidad de libros y escuchaba la conversación del abogado.

—¿Hace cuánto trabajas para la ONG?

—Tres meses —contestó ella.

—Estás aterrizando apenas.

Belén lo miró, confundida.

—No es mi primer trabajo con población vulnerable.

Se notaba la mirada de evidente interés que le lanzaba el hombre y más de un recluso la avistaba de arriba abajo.

—Interesante, tendrás que contarme algún día.

—Sí, algún día —contestó ella con algo de desgano.

Los ubicaron en un espacio donde gozarían de relativa privacidad. Era un área

rectangular, separada de la sala común por un mueble alto con libros, dos sillas y una

mesa, al otro lado había una pared con una pintura al óleo que mostraba un paisaje, seguro hecha por algún interno. Estaba lejos de las mesas y los computadores, no se escucharía nada de lo que hablaran. Lucila adujo que los podrían haber llevado a algún

salón de clases, pero todos estaban ocupados. Lorenzo acomodó la cámara. Belén, al

abrir el bolso, se percató de los libros y pensó que sería un buen momento para donarlos.

—Ya vuelvo.

Se acercó al hombre detrás del mostrador que, de espaldas a ella, organizaba unos

textos. Era alto, la camiseta que llevaba de manga corta dejaba ver un brazo musculoso

y tatuado.

—Disculpe —dijo en tono de voz bajo.

El hombre se volvió enseguida y frunció el ceño.

“Oh, mi Dios”.

Una mirada del color de la miel le atravesó la piel y algo oculto, o que no sabía que

tenía, se removió en su interior. Se sintió vulnerable ante la mirada de un hombre por primera vez en su vida.

—¿Sí? —preguntó el recluso, en un tono de voz cavernoso que a ella le impidió modular.

Era un hombre guapísimo. “¡Por Dios, Belén! Es un preso, así su ropa sencilla le quede como de modelo de catálogo”.

Él elevó una comisura de los labios.

—¿Desea algo, paloma?

—No me llamo “paloma”, mi nombre es Belén.

El hombre alzó una ceja sin dejar de mirarle la boca y soltó una sonrisa que le dio

calidez a sus duras facciones. Quiso huir despavorida, se dijo que no era para tanto, pero el corazón le latía de manera desaforada.

—¿En qué puedo servirle, Belén?

Ella retuvo el aliento y pestañeó un par de veces sin dejar de mirarlo. Tenía el cabello oscuro cortado al ras, y una sombra de barba que le oscurecía la tez. Con expresión cautelosa observó sus ojos, que se oscurecían ante su escrutinio, lo que daba

algo de profundidad, o más bien de ferocidad a su expresión, así en sus labios danzara

una sonrisa. ¿Era esa la mirada de alguien privado de la libertad? ¿De una

fiera acorralada? Recordó su visita al zoológico, la mirada del león destilaba una rabiosa resignación, como el gesto que este hombre le brindaba. “Deja de pensar idioteces”.

Por lo pronto tendría que decir algo y no quedar como una imbécil.

Llevó la mano al bolso, de donde sacó cuatro libros delgados y una chocolatina Snicker.

—¡Uy! ¿Esa chocolatina es para mí? —preguntó el recluso, con sarcasmo—. ¿Cómo

sabía que es mi favorita?

Belén se espabiló.

—No es para usted, pero si la quiere. —Frunció los hombros—. Traigo estos libros

como donación para su biblioteca, cuando vuelva, traeré más, si lo desea.

El hombre miró los títulos y revisó las ediciones.

—Una edición muy fina —dijo, con el libro de Emily Dickinson en la mano.

Ella levantó la ceja.

—¿Y?

—No somos muchos los lectores de poesía.

Belén miró el libro que el hombre tenía en las manos, era una edición de lujo importada. El viento comenzó a mecer la hierba, era el título que ostentaba.

—A los pocos que lean poesía seguro les encantará.

El hombre revisó los otros títulos, que eran antologías de cuentos.

—Serán textos muy apreciados.

—Me alegra, con permiso —se despidió ella, dándole la espalda.

—¿Paloma?

Ella se volvió, dispuesta a increparlo por el uso de ese mote, pero la expresión suavizada de sus facciones con la chocolatina en la mano y la sensación de *déjà vu* que se apoderó de ella, como si lo conociera de antes, le impidió modular.

—Gracias.

Algo desconcertada por el encuentro, volvió al que sería su lugar de trabajo por los

próximos dos meses. Miró de reojo hacia la recepción de la biblioteca, donde el hombre escribía algo en un cuaderno. Él levantó la mirada, como si hubiera sentido la

suya. Ella, sonrojada, se volvió hacia Lorenzo.

Entrevistaron al primer recluso, de nombre Francisco Guerra, condenado por hurto

agravado de vehículo. No había sido fácil encontrar hombres que quisieran hablar, los

prisioneros eran poco amigos de contar lo que sucedía dentro de cada patio, la ley del

silencio era garantía de poder seguir en el borde del precipicio en el que estaba asentado su mundo. Belén notó la desconfianza del hombre ante sus preguntas y lo tranquilizó, si consideraba incómodo responder a alguna, podía guardar silencio, pero

ella con su calidez y empatía, lograba que la gente se abriera y cuando le mostró su sonrisa más dulce, el hombre tomó aliento y empezó a hablar. Le contó su primer día en

la cárcel, la primera noche preocupado por la familia, los hijos, pensando que

la esposa se iba a ir con otro, la desprotección de la que sufría, por no tener dinero, hasta para entrar al baño; los meses que duró durmiendo en el suelo de uno de los pasillos

con cientos de reclusos más, hasta que pudo obtener el cupo en una celda que compartía con otros tres. Le habló de la lentitud con que la justicia colombiana había

llevado su caso, dos años esperando un juicio para obtener una condena de siete años.

—Es que si usted quiere llevar su encierro con algo de dignidad, debe tener dinero

para procurarse todo, desde una celda decente hasta una buena comida.

—Pero se supone que todos los reclusos tienen los mismos derechos —adujo Belén.

El hombre soltó la carcajada, le faltaba un diente.

—No, doctora. —Belén meditó sobre la costumbre que había en Colombia de tratar

a todos los profesionales de doctores, mejor dicho, a cualquier persona con algo de rango le endilgaban el "doctor"—. La justicia es para el que tiene dinero, el pobre en

este lugar llega al puro infierno sin ni siquiera pasar por el purgatorio.

Belén pensó que el hombre encargado de la biblioteca no sabría nada de eso, su ropa y apariencia eran muy diferentes de las del recluso que estaba entrevistando.

Este le contó que había reclusos que nunca recibían una visita y sin dinero era muy

difícil acceder a artículos personales, la prisión tenía un presupuesto muy bajo para ello, y ya los primeros meses del año se gastaba el monto anual destinado

a útiles de

aseo. Belén tomó nota de que debía buscar donaciones.

Al salir de la biblioteca, se despidió del bibliotecario con un movimiento de la cabeza. Luis Cantillo frunció el ceño y puso una mano en la espalda de la mujer, para

apremiarla a salir del lugar. El siguiente destino fue el centro médico, había dos enfermeras y un médico de turno, un laboratorio clínico de primer nivel, con dos

profesionales, y un consultorio odontológico que apenas tenía material para trabajar.

Había un turno de médico en la noche, pero ningún guardia se arriesgaba a entrar a los

patios por un enfermo o un herido a altas horas de la noche, temían por su vida, y el

enfermo tenía que pasar la noche con su dolor. Carecían de algunos medicamentos esenciales.

En fin, ese primer día no había sido nada halagüeño para el resultado de la

investigación, caviló Belén. ¿Dónde estaba el dinero, las partidas gubernamentales?

No entendía.

Jorge Robles organizaba unos libros en la estantería cuando un grupo de gente ajena

a la penitenciaría hizo su aparición. No era extraño que la gente viniera a entrevistarlos o a charlar con ellos, como si fueran animales en vía de extinción o especímenes raros

que había que estudiar bajo un lente.

Lo primero que le llamó la atención de una de las integrantes fue el tono de su piel, a

la que parecía que los rayos del sol nunca habían tocado, y la mirada ávida de sus ojos

de color indescifrable que abarcó todo el lugar. Dejó lo que estaba haciendo, cruzó los

brazos sobre uno de los estantes de libros y se dedicó a observarla. Parecía una paloma blanca en medio de una bandada de buitres listos a devorarla, y por primera vez en sus años de cautiverio, sintió cómo algo de la anhelada libertad, en forma de duende rubio, llegaba hasta él.

No le gustó la sensación, no quería nada nuevo en su vida, pero no podía dejar de

mirarla: su cabello rubio, muy rubio, peinado en una trenza, su cuerpo menudo y su vestimenta sencilla. No se le pasó por alto la elegancia y la delicadeza de cada uno de

sus movimientos, cuando parecía levitar entre las mesas y sillas, y esquivaba los roces

del tipo que, a su lado, no hacía sino olfatearla, ni cuando dio instrucciones a un camarógrafo y hablaba con la trabajadora social. Le pareció de una belleza

arrebatadora y no solo por el hecho de que no veía mujeres hermosas en su día a día.

Observó las caras de sus compañeros de cautiverio y vio en ellos el anhelo. No le gustó la sensación. Volvió a su trabajo.

A los pocos minutos, la sintió cerca de él por el olor, nadie en el salón olería de esa

manera, era una fragancia dulce, familiar, un olor horriblemente exquisito que le alborotó unas ansias largo tiempo ocultas y cuando se volvió a mirarla, algo le removió las entrañas y supo que no olvidaría ese instante con facilidad. Su

mirada lo

hizo olvidar quién era y por qué estaba en ese lugar. No se sintió cómodo, sin embargo,

se obligó a ser amable. De cerca pudo vislumbrar el color de sus ojos, no había visto

un color así nunca, eran grises, de la misma tonalidad de las piedras relucientes del río

que atravesaba la hacienda donde creció. Su expresión era curiosa y a la vez miraba el

mundo con un halo de sutil recogimiento; el color de los labios, del mismo tono que el

de un tomate maduro, no necesitaba el uso del labial.

Por unos momentos olvidó la eterna angustia y cuando lo miró sin aliento, él también

contuvo la respiración y sintió la necesidad de hablar más con ella, de conocer su historia. Cuando escuchó su voz, se le erizó el vello de la nuca, su timbre de voz le escurrió por el cuerpo como si hubiera recibido un baño de alguna sustancia suave, y

cuando le entregó los libros, vio que tenía manos elegantes.

Luego de su intercambio, la observó mientras entrevistaba a un compañero de patio.

Miró la chocolatina, era un jodido regalo, hacía años que no comía una, y eso que podía pedirla a su madre o hermano, pero no había vuelto a pensar en una chocolatina

en años. “Belén”, le gustó el nombre y se dijo que buscaría en los próximos días su significado, al fin y al cabo volvería a verla, dijo que llevaría más libros.

Para ese entonces ya llevaba tres años en prisión. Desde su vinculación al proceso

en la audiencia de acusación y la lectura del pliego de cargos, no lo habían vuelto a requerir, ni siquiera lo habían llamado a juicio. A veces la Fiscalía cancelaba las audiencias, a veces eran los diferentes paros judiciales que tanto daño les habían hecho

a miles de presos en todo el país; así habían transcurrido esos años que le habían servido para endurecerse en uno de los penales más duros del país.

Veterinario de profesión, lo habían arrancado de su entorno rural, haciéndolo

cambiar kilómetros y kilómetros de llanuras verdes y montañas azules por los escasos

tres metros cuadrados de una celda. Fue de las cosas más difíciles de sobrellevar, el no

poder moverse como antes, el no poder caminar de largo, el tener que dar la vuelta cada pocos metros y siempre rodeado de un racimo de personas. No había intimidad, si

estaba en su celda, le llegaba el ruido de las rejas, de los internos, las silbatinas, las peleas, y si estaba afuera, hombres, hombres y hombres por todos lados, agresividad,

olor a marihuana, a bazuco y a violencia. Aún recordaba la sensación de asfixia, entre

otras cosas, cuando durmió la primera vez en una celda, tuvo la impresión de que el techo caería sobre él, o de que lo estaban enterrando vivo, no pensó que llegaría al día

siguiente, la opresión en el pecho y el ahogo lo tuvieron sin pegar ojo en toda la noche.

—Es el diablo de medianoche —le había dicho Edgar Ramírez, un estafador que

había usado su físico para perpetrar estafas a mujeres—. Tiene que evadirse de alguna

forma o se muere, es la hora de los suicidios. Cuando condenan a alguien que tenía la

esperanza de salir en libertad, todo el mundo anda pendiente, vigilándolo,

distrayéndolo, porque si no, esa noche hay suicidio, cuidado con el diablo de

medianoche, hermano.

Jorge Robles siempre tuvo la esperanza de que saldría de ese hueco inmundo en pocos meses, era lo único que lo sostenía, pero para su desesperación, esos meses se

convirtieron en años. Cuando cumplió dos años de cautiverio, duró sin hablar una semana, se deprimió tanto que el diablo de medianoche llegó a visitarlo, pero su fe en

Dios fue más grande. Con el paso del tiempo empezó a sentirse fuerte otra vez, capaz

de sacar ventaja de su situación.

Empezó a ayudar a otros reclusos, se dedicó a trabajar en la biblioteca, toda su vida

había sido lector, a pesar de su trabajo con los animales, siempre había un libro

esperándolo en su mesa de noche. Aquí los libros fueron importantes para poder sobrellevar el infierno, además, preparaba a los jóvenes que deseaban terminar el bachillerato en Biología y Química. Se evadía en mil oficios todo el día para no regalarle una hora a su cautiverio y un solo segundo a su tristeza, pero las noches eran

traicioneras y cuando menos lo esperaba, toda la frustración y la angustia le

caían como un baldado de agua fría. Con disciplina y fuerza de voluntad, brincaba de la cama

y hacía cientos de flexiones. Ignoraba la quemazón en los músculos de brazos y piernas, así como los gritos, las vulgaridades y las patadas a las rejas que se escuchaban por todo el lugar.

Había comprobado que su tiempo en prisión dependía de una fortaleza a prueba de

todo, de control mental y físico, a costa de lo que fuera, inclusive, algunas veces, de sus principios. No tenía nada que ver con la gente que estaba afuera, no podía perder la

cordura. El sudor empapaba su cuerpo, hizo tres flexiones más y se sentó bruscamente

contra la pared contraria a donde estaba su camastro. Cerró los ojos y llevó sus pensamientos a la hacienda, los atardeceres, los amaneceres, el arroyo, el canto de los

pájaros, el color de las flores y sus animales, las piedras grises del río… Unos ojos en

un rostro blanco y angelical hicieron su aparición en medio del paisaje. La nostalgia volvió, la alejó como si tuviera cuerpo y le hubiera dado un manotazo. ¡Dios! Cada año, cada mes, cada día era más difícil. Se imaginó loco, como los hombres del pabellón psiquiátrico que había visitado alguna vez.

No podría permitirlo, su familia lo necesitaba, en esos momentos lo sostenía una tenue esperanza, había un proceso en curso, la presentación de un memorial de

vencimiento de términos que ya estaba en manos del juez, la decisión se sabría en poco

tiempo. ¿Cuánto? Era mejor no tener en cuenta el tiempo para los procesos,

podría ser

en un mes, tres meses, nueve meses. Miguel, optimista incurable, le repetía en cada visita que en un par de meses saldría el fallo a su favor, se aferraba a las frágiles alas de la esperanza y lo haría aunque le fuera la vida en ello.

Llegó a su mente el encuentro con Belén, cada palabra dicha, cada mirada. Revivió

con precisión meridiana cada una de sus palabras. Se había llevado el libro de Emily

Dickinson para su celda, lo tomó de la pequeña mesa y lo olfateó, deseaba sentir el aroma a ella que percibió en la biblioteca, ese olor que le traía el aire fresco de la libertad y la añoranza, algún recuerdo amable de su vida anterior. La juzgó peligrosa,

nada era más peligroso que un recuerdo, el diablo de medianoche podría rondar si conjuraba su vida de afuera.

Abrió el libro en cualquier página: “La esperanza es esa cosa con plumas que se posa en el alma y canta una canción sin letra y nunca, nunca se calla”. Como una paloma blanca. Lo cerró de golpe. “No seas imbécil, una mujer como ella nunca se fijaría en un tipo como tú. Belén, Belén…”, susurró su nombre varias veces, en una letanía que llevó el sonido por los pasillos, silenciando todo lo demás o eso le pareció

a él.

CAPÍTULO 3

Belén se levantó temprano y desperezó. Era un lunes frío, el día estaba nublado. Puso

la cafetera y ya con un pocillo de líquido caliente en la mano, encendió el computador.

Dio un repaso a las noticias, luego sacó una libreta de notas de su bolso y se puso a

escribir, le gustaba poner en papel sus impresiones personales. Luego se alistó para ir

a trabajar.

Llamó a Susana, que estaba de cumpleaños, y ella la invitó a su casa esa noche.

Había ido a la cárcel en seis oportunidades más y entrevistado a varios reclusos: Daniel, un paramilitar del norte del país; Eliecer, carterista del centro de Bogotá, y Freddy, ladrón de apartamentos, y también a uno de los guardias. Había caminado por

los talleres de carpintería y los salones de clases. La llamaban “la Doctora” o “la Monita”, este último mote debido al rubio de su cabello.

La semana anterior había hecho un esfuerzo sobrehumano para no acercarse al

mostrador del bibliotecario, lo evitaba deliberadamente, pero eso no impedía que por

el rabillo del ojo observara sus movimientos y que hasta ella llegaran retazos de lo que

hablaba, era enfermizo. El siguiente miércoles, su madre le recordó el resto de los libros, se quedó mirándolos como si fueran insectos, no podía rechazarlos, la

biblioteca de la cárcel no se tendría que perjudicar por su cobardía.

Al día siguiente llevó varios libros. Al acercarse al mostrador la invadió el

nerviosismo y se reprendió mentalmente por ello. El hombre fue amable con ella, ni una palabra más o menos, fue correcto en su trato, así como era con todo el mundo.

Observó sus manos grandes acariciando el lomo de los ejemplares y el antebrazo donde empezaba su tatuaje.

—Gracias, paloma —dijo, con una voz que se disolvió frente a ella, grave y hosca.

—De nada.

—Todo libro hace una diferencia en este lugar.

Se despidió con la sensación de que su mirada la atravesaba con un brillo en los ojos que parecía decirle: “No te metas en un hueco del que no podrás salir”.

Al paso de los días, ya lo saludaba en cuanto entraba al lugar y le llevó más libros.

La inquietaba, quería llamarle la atención de alguna forma, pero a la vez se repetía que

era una estupidez. Necesitaba buscar algo en su mirada, en sus pensamientos, que le permitiera dilucidar la clase de persona que era. Atesoraba los momentos en que se acercaba a entregarle algún libro, no por ella, que a duras penas modulaba con la garganta seca, era por él. Revivía el día que con la punta de los dedos le rozó los nudillos y un calor como llama se le extendió hasta la boca del estómago. Rememoraba

cada palabra, cada gesto, el leve olor a loción que llegaba hasta ella, se veía que era

un hombre pulcro. ¿Qué delito habría cometido? ¿Qué tenía ese hombre para ponerla

tan nerviosa? Deseaba saberlo. Su figura y su imponencia transmitían una sensación de fuerza y equilibrio. Nunca un hombre la había aturdido tanto.

Belén había visto mucho mundo, conocido cantidad de personas, vivido multitud de

experiencias. ¿Por qué ese hombre la inhibía? Si fuera otra persona, ya sabría su vida y

milagros, ya habría entablado una amistad. Quería hacerlo, pero algo se lo impedía, y

con un sonrojo le daba la espalda.

Ese día el ambiente en la prisión estaba más enrarecido que de costumbre,

descompuesto y lleno de angustia.

Belén le preguntó a Lucila, la trabajadora social, cuál era la razón.

—Es lunes —dijo ella, y al ver el gesto de interrogación en el rostro de Belén, continuó—. Después del domingo de visita, algunos se deprimen más que de costumbre

y también están los ajustes de cuentas, las deudas, los enfrentamientos de los que importunaron a la visita de los otros.

—Perdóneme que le diga esto —señaló Belén—, pero parece que a ustedes el

sistema penitenciario se les salió de las manos. Este lugar es como un país

independiente donde los reclusos hacen lo que quieren y ustedes son simples

guardianes de las jaulas. Aquí adentro cada quien va a su aire.

La mujer, con expresión indiferente, miró al frente.

—Tiene razón, Belén, guardias y funcionarios se dejan contaminar por el sistema, el

punto neurálgico del problema es el hacinamiento, que hace imposible controlar todo,

tenemos un hacinamiento del ciento por ciento.

—Lo sé, y lo que más me preocupa es la lentitud para darle una solución al

problema.

—También hay que tener en cuenta que el sistema penitenciario y judicial no estaba

preparado para el aumento de la violencia y la criminalidad en el país.

Belén se dijo que era muy poco lo que ella podía hacer. Aparte de entregar un informe, su labor no iría más allá y eso la frustraba, estaba acostumbrada a hacer la diferencia. A medida que pasaban los diferentes patios, se percataba de la miseria del

lugar, sus instalaciones vetustas, había en el país nuevos complejos carcelarios, y ella

estaba segura de que después del informe que presentarían, el gobierno tomaría

medidas y harían muchos más, pero sin una resocialización del recluso, serían

exactamente los mismos problemas, solo que en diferente establecimiento.

Con el paso de los días se había ganado la confianza de algunos jóvenes, que ya no

la veían como una profesional más, sino que descubrieron en ella a un ser humano comprensivo, dispuesto a escuchar sus cuitas, y le contaban episodios de sus vidas sin

mayor prevención.

Al entrar en la biblioteca, vio a Jorge Robles de lejos, había averiguado su nombre

apenas la semana pasada. Él la saludó con un gesto de asentimiento. Estaba serio y miraba para una de las mesas con algo parecido a la preocupación. Belén llevó la vista

al objeto de interés de Jorge, era un muchacho sentado en una silla leyendo una revista, no tendría más de dieciocho años, con un aire de desprotección y mirada sombría.

Preparó junto con Lorenzo el lugar para la entrevista, ese día entrevistarían a un jefe

guerrillero. Tomó los libros y los dejó en el mesón, se había acostumbrado a llevarle

algún dulce especial y para que no fuera raro, llevaba paquetes de galletas u otras golosinas que compartía con guardias y reclusos.

El jefe guerrillero hizo su aparición, estaba sindicado por rebelión, y el juez que llevaba su causa aún no había emitido sentencia. Habló poco, tenía un gesto

desconfiado y le pidió el favor de que enviara una carta a su familia. Su mirada nebulosa y atribulada la convenció. Le dio una carta y la dirección a donde enviarla.

Belén la guardó y ya se levantaban, cuando escucharon una discusión entre dos presos,

acompañada de un estruendo en la otra parte de la biblioteca y luego un gruñido seguido de un golpe. El grupo se levantó con celeridad, el guardia utilizó un silbato.

Cuando Belén pudo ver lo que pasaba, observó a Jorge Robles, que había inmovilizado

a un hombre y lo tenía boca abajo sobre una de las mesas, atajando la cabeza con una

mano y con la otra, tratando de que soltara el puñal ensangrentado que aún sostenía. El

joven al que observaba a Jorge minutos antes se quejaba y se llevaba la mano a la pierna, donde al parecer el hombre le había clavado el cuchillo. El suelo estaba manchado de sangre. Los guardianes entraron en segundos a la biblioteca y uno de ellos

agarró a Jorge de mala manera, mientras otro apresaba al hombre del cuchillo.

Belén observó la fiereza en los gestos de Jorge al tratar de soltarse del agarre del

guardia, que le lastimó la muñeca; se negó a quejarse y la miró con algo parecido a la

vergüenza. No vio con claridad que alguien se llevaba al muchacho para la enfermería,

ni que otro guardia aseguraba al recluso que había ocasionado todo, ella solo tenía ojos para Jorge, otro guardia lo agarró con firmeza, y él agachó la cabeza al ver que lo

esposaban.

—Déjenlo —dijo, exaltada, al guardia—, él no ha hecho nada.

—Eso es lo que usted cree señorita, aquí no hay angelitos, puros diablos es lo que

son.

—¿A dónde lo llevan? —preguntó, angustiada.

—A interrogarlo —contestó el oficial y los afanó para que salieran de allí—. Las cosas no demoran en ponerse calientes.

—¡Sapo hijo de puta! —gritó el hampón a Jorge cuando se lo llevaron—. Cuando el

Jefe se entere, verás.

—Me importa una mierda que se entere —contestó Jorge, con un bramido—. ¿Crees

que le tengo miedo? Muy brutos ustedes por hacer algo así en mi biblioteca. —Miró al

hombre de nuevo con atención—. Ya veo, estás más *encoletado*[1] que nunca.

—¡Silencio! ¡Mantén la boca cerrada! —gritó el oficial.

Jorge volteó la cabeza hacia el guardia y le destinó una mirada que incluso a Belén,

que no tenía sus ojos enfrente, logró asustarla.

Belén y Lorenzo fueron evacuados del área de los patios en un santiamén. Ella quiso quedarse y averiguar qué iba a pasar con Jorge, y luego se dirigieron a la enfermería a

donde llevarían al joven. Al llegar, había un grupo de reclusos sentados en bancas de

cemento, esperando su turno de ser atendidos. Belén pensó que el joven tendría prioridad. Qué equivocada estaba.

—¿Puedo grabar? —preguntó Lorenzo.

—Preferiría que no —contestó Lucila.

—Esta es la clase de cosas que tienen que saberse, si queremos dejar esta ineptitud

al descubierto.

—No sé, Belén.

—Por favor.

—No —contestó, tajante.

Belén escribiría sobre esto, claro que sí. Anotó el nombre del joven herido, lo entrevistaría más adelante.

En cuanto salió la enfermera, Belén habló con ella de lo sucedido, la mujer dijo que

cuando atendiera al próximo paciente, entraría el muchacho.

—¿Y si se desangra? —preguntó.

La mujer dio un vistazo superficial a la herida.

—No hay problema. —Sin mirarlos, se encerró en el consultorio de nuevo.

—¿Dónde está el médico?

Se oyeron algunas risas de los reclusos.

—No te involucres, Belén —le advirtió Lucila—. No te acerques tanto a ellos. Es

peligroso. Limítate a hacer tu trabajo.

—Esto no es cuestión de trabajo, es cuestión de humanidad. ¿Y el bibliotecario? ¿El

hombre llamado Jorge? ¿Por qué está aquí? —preguntó, con aparente indiferencia.

A pesar de la situación vivida, Jorge era un hombre dueño de un dominio que no parecía abandonarlo ni en las circunstancias más problemáticas. Actuaba con el

espíritu audaz y temerario del que ha visto de todo y está de vuelta de tantas cosas, que

muy pocas lo sorprenden.

Lucila la miró, extrañada por el repentino interés y sin entender el motivo por el cual

preguntaba precisamente por él.

—Está sindicado por asesinato. Evítalo y no te busques problemas.

—¿Tan peligroso es? —preguntó, en un hilo de voz.

—Sí —contestó la mujer, queriendo dar el tema por zanjado.

—¿Tienen muchos problemas con él? —insistió Belén.

—Depende de lo que se entienda por "problemas". No se mete en líos, si no, no podría trabajar en la biblioteca. No suele ocasionar problemas hasta que alguien intenta meterse con él. Su primera semana aquí llevó a un par de tipos a la enfermería.

Una bola de incredulidad y desencanto se instaló en el estómago de Belén. Tenía que

dejar de pensar en él, no era sano, no era correcto, estaba como esas mujeres que se

sentían atraídas por los hombres condenados al corredor de la muerte. "Ya basta de estupideces, Belén, pórtate como la profesional que eres", se reprendió.

En cuanto atendieron al joven, Belén salió junto con Lorenzo del penal.

Jorge rindió testimonio de lo sucedido y luego pasó a la enfermería donde la

enfermera le vendó la muñeca. No sabía qué hacer con William Duarte, el chico que recibió la puñalada, era un raterillo y drogadicto, cuyo padre se le había acercado un

sábado de visita y se lo había recomendado, al comentarle su hijo que la primera semana Jorge lo había defendido de una de las bandas pequeñas que le había cogido ojeriza y le cobraba hasta la entrada al baño. La desesperación del pobre hombre y el

verlo llorar siempre al despedirse de su hijo o la nostalgia al recordar a su padre, habían hecho que tomara al chico bajo su protección. Pero las cosas se volvían complicadas si no se deseaba dejar el vicio y William tenía una cuenta con los jefes de

patio que expendían las drogas. Y esas deudas nunca eran perdonadas.

La violencia en la cárcel generalmente estaba ligada a problemas de drogas y de poder. La distribución funcionaba igual que en el exterior, aunque el precio llegaba al

doble en épocas normales y se triplicaba si se incrementaban las requisas internas y el

control a los visitantes. Los guardias habían detenido a madres y esposas de presos ingresando droga en todas las formas posibles.

En cada patio existía un "jefe" que controlaba las redes de traficantes y una pequeña

banda que se encargaba de cobrar las deudas y asegurar el territorio. Se conseguía desde un cigarrillo de marihuana "para iniciar el día", hasta papeletas de bazuco y cocaína.

Los que tenían cuentas pendientes comenzaban su calvario desde el momento de la

levantada y la ida al baño. William había vendido los enseres personales que su familia le traía cada día de visita y el dinero que le dejaba su viejo no le alcanzaba. El padre, desesperado, dejó de llevarle dinero y la consecuencia fue la puñalada de ese

día. Jorge estaba harto, veía al muchacho inestable, ansioso, si las cosas seguían así,

sería alimento de gusanos en menos de un mes. En ese lugar, si no se desarrollaba la

intuición, se estaba muerto en pocos días, las agresiones estaban a la vuelta de la esquina.

Jorge siempre trataba de rodearse de jóvenes, de los que se empeñaban como él en

salir adelante así fuera en circunstancias tan nefastas. El grupo hacía ejercicio, bailaba, los músicos componían y los estudiosos cursaban el bachillerato y luego una carrera.

Eran pocos, la verdad, pero con uno o dos jóvenes que pudiera rescatar de las garras

de la delincuencia o la droga se daba por bien servido.

Entró a la biblioteca en la tarde, la habían cerrado después del incidente y duró un

par de horas poniendo todo en su puesto. Estaba mortificado de que Belén lo hubiera

visto salir esposado, aunque no tendría por qué sentirse incómodo, era lo que era, un

maldito recluso, el hecho de que ella lo mirara de una manera diferente en nada

cambiaba su condición. Tomó un balde de agua y lavó el piso manchado de sangre seca, organizó las mesas, los libros. Finalmente examinó los textos que le había dejado

Belén: Crónica de una muerte anunciada, Rayuela, Servidumbre humana, todos

inmejorables títulos. Luego llegó a una libreta de pasta dura de color azul.

“Momentos”, rezaba en letra dorada en la caratula. Al abrirla, se percató de que era una libreta con notas y algunos dibujos, era de ella, estaba seguro. Lo correcto era cerrarla y entregársela al día siguiente, pero pudo más la curiosidad. La revisaría al llegar a su celda. La guardó en el bolsillo de atrás de su pantalón y dejó los libros donde estaban, no tenía ganas de organizarlos.

Al entrar en el patio, uno de los mensajeros de Pacho Cruz, el Jefe, le salió al paso

enseguida, acompañado de otros dos malandros.

—El Jefe quiere hablar con usted.

—Estoy ocupado —contestó Jorge, con mirada fiera. No llevaba tres años en chirona para dejarse apabullar por un grupo de lavaperros.

—Por las buenas o por las malas.

—Después del conteo y la recogida, hablamos. Piérdanse.

Los hombres se alejaron, siempre pegados a las paredes del patio, a darle el mensaje al jefe.

Después del conteo, llegó hasta su celda con la caja de comida.

—No debió defender a ese drogadicto —le dijo Edgar Ramírez, antes de que entrara en la celda.

—No voy a dejar que lo maten —replicó Jorge.

—Pues si quiere compañía para ir a hablar con Pacho, cuente con nosotros.

Edgar se refería a Moisés, que ya estaba alertado. Pero lo que menos deseaba Jorge era un enfrentamiento en el patio, pues siempre se terminaba con la aparición de un cadáver al día siguiente. Normalmente las muertes ocurrían en la noche, cuando ningún guardia se arriesgaba a poner un pie en el lugar.

—Me las arreglaré solo. Él sabe que no es momento de empezar una guerra.

Entró a la celda, el lugar era un espacio de tres por dos metros cuadrados, un camastro de concreto pegado a la pared, con una colchoneta y cobijas de diferentes colores, un par de repisas donde reposaban su ropa y sus libros. Al

frente un televisor

y en la pared, fotografías de su familia. Tenía un arma escondida, un puñal para cuando

las cosas se ponían pesadas en el patio, pero sería una locura llevarlo en ese momento.

Se llevó la libreta a la nariz, buscando ese olor que lo ponía de un talante diferente.

¿Cómo sería poder acercarse a ella? Olerle esa parte entre el oído y el cuello. Su piel,

estaba seguro que sería tan suave como el pétalo de una rosa, tan distinta a la de él, quería sentir su piel clara contra su piel trigueña, enfrentarse al

chantaje y a la promesa de ese contacto sagrado. El aire se estremecía cuando ella

entraba a la biblioteca, se sabía su rutina de memoria, moría un poco por dentro cuando

caminaba tres pasos hasta llegar a su lado, cuando lo miraba y lo saludaba con una

sonrisa, esa que deseaba devorarle con un beso. Ocho pasos hasta llegar a su lugar de trabajo, donde en una mesa soltaba su bolso de donde sacaba los libros y los dulces que le llevaba, y con once pasos se acercaba a él, que la sentía suya unos minutos, mientras olfateaba su aroma y fantaseaba con ella. No importaba lo que llevara puesto,

toda su sangre corría veloz a una parte de su anatomía que necesitaba atención.

Belén lo iba a matar, había vuelto a masturbarse pensando en ella, en sus pechos, que intuía llenos y apetitosos escondidos dentro de esos suéteres de colores que llevaba; en sus pezones, que imaginaba como dos frambuesas, o en su culo respingón,

que se movía a buen ritmo cuando pasaba por su lado. Cerró la libreta, como niño sorprendido en una travesura, cuando un golpe en los barrotes de la celda lo sacó de su

abstracción.

Dejó la agenda escondida entre los libros, tomó dinero de uno de los escondites y salió a enfrentar al Jefe.

Entre miradas curiosas y murmullos llegó hasta la celda del hombre, seguido a pocos

pasos por Edgar y Moisés, que poco caso hicieron de su negativa al ofrecimiento de acompañarlo.

La celda era la más grande del patio, pues era la unión de tres celdas más. Ocho años atrás, un mafioso, con complicidad de las autoridades del penal, había mandado a

tumbar las paredes y crear una sola habitación, que aunque pequeña, era mucho más confortable que las demás. Dentro había un sofá, un televisor grande y una cama semidoble, aparte de un escritorio pequeño. Uno de los secuaces que avisaron a Jorge

estaba sentado en el sofá, viendo una telenovela de esas que pasaban al final de la tarde en algún canal nacional, mientras el jefe disfrutaba de una comida que nada tenía

que ver con la que compartían los demás reclusos.

—¡Robles! —exclamó el Jefe.

Jorge permaneció en silencio, aunque sin quitar la mirada de las manos, porque de

ahí siempre venían las agresiones.

—No me gusta que se meta en mis asuntos.

Pacho Cruz se limpió la boca con una servilleta y se levantó. Era un hombre de mediana estatura, pelo entrecano y contextura delgada. Hacía dos años, en un baño de

sangre sin precedentes, se había hecho con el control del patio, comprando a guardias

con dinero y a reclusos con armas o drogas, en una acción digna de cualquier historia

de gánsteres.

Jorge sacó un billete y se lo extendió al hombre.

—Aquí está el pago de la deuda, no debió enviar a su matón a mi biblioteca, ese lugar es tan sagrado como la visita de la mujer un domingo.

El hombre soltó la risa y le pidió al que estaba en el sofá que recibiera el dinero.

—No le venda más droga o no respondo, la próxima vez no tendré tantas

consideraciones —dijo Jorge.

—¿Me está amenazando? —El hombre soltó una risotada que no le llegó a los ojos

—. ¿Desde cuándo los pájaros le tiran a las escopetas?

—Desde que los pájaros están igual de armados para enfrentarlas —contestó Jorge,

con los puños apretados. Por el rabillo del ojo, vio a Moisés y a Edgar ponerse en guardia.

Pacho se acercó con ganas de agarrarlo, pero Jorge era más grande y más

corpulento.

—Cuidado, Robles, puedo hacerle la vida de cuadritos si sigue provocándome, no

querrá terminar ahogado en su propia mierda, ¿verdad?

—Entonces no le vendan más drogas a William —repuso Jorge, en un tono que no admitía discusión.

Otra risa desagradable.

—Como si eso fuera a solucionar algo, si no se la vendo, la buscará por fuera del

patio y ellos no tendrán tantas consideraciones como las he tenido yo —replicó el hombre con toda frialdad.

—No importa, me arreglaré con el que sea.

—¿Por qué le importa tanto ese bulto de miserias? —preguntó Pacho, en tono de burla.

—No es su problema, déjelo en paz.

El hombre emitió un silbido.

—Romance a la vista, era cuestión de tiempo, hace años que no lo visita una mujer.

Jorge Robles se nos volvió maricón.

Jorge, sin pensarlo dos veces, le dio con el puñetazo en la nariz. Enseguida varios

hombres desenfundaron armas y le apuntaron a la cabeza.

—Déjeme y le doy un pepazo, Jefe —dijo el que minutos antes estaba sentado en el

sofá.

Edgar y Moisés seguían en la puerta, apuntados por otro par de hombres. Era un ejército el que tenía Pacho a su disposición. Este se limpió la nariz, mientras sopesaba

la oferta de su secuaz. Matar a Jorge Robles no le serviría a sus intereses, la gente en

el patio se pondría en contra de ellos enseguida, así que les pidió a los hombres que

bajaran las armas.

—Me las va a pagar, maldito hijo de puta, y cuando menos lo espere. Ni cuenta se

dará del golpe.

—Estaré esperando —dijo Jorge, con los puños listos para otro golpe.

Salió furioso de la celda, Edgar y Moisés lo siguieron.

—Le he visto cometer estupideces, hermano, pero esta se lleva la palma —lo regañó

Edgar.

Jorge, furioso, no dijo nada. Se acercó a la esquina del pasillo donde dormía William, el joven estaba acostado en el piso en una colchoneta. Lo levantó sin mayor

esfuerzo.

—Por tu culpa me acabo de ganar una culebra bien brava. —Lo sacudió, furioso—.

Maldito, si vuelves a meterte cualquier mierda al cuerpo, seré yo el que te ahogue con mis propias manos, ¿estamos?

El joven afirmó varias veces, temblaba, y Jorge no supo discernir si era por la

herida o por la abstinencia. Era consciente de que una amenaza no acabaría con su vicio, pero lo tendría vigilado en los próximos días. Si su comportamiento no

cambiaba, lo dejaría a su suerte, ya bastante daño le había hecho a su tranquilidad ese

día.

Después de un baño, se acostó en el camastro, se relajó, abrió la libreta y se dispuso

a hojearla.

CAPÍTULO 4

La letra de Belén era de trazo mediano, redondeado y derecho. Había algunos dibujos,

entre ellos el de una niña con la cabeza cubierta, como acostumbraban en los países de

Oriente, y mirada oscura, impresionante por el dolor que reflejaba.

“La pequeña Azima habló por fin hoy, tengo sentimientos encontrados, me duele que

pasara a engrosar las listas de los niños huérfanos por esta guerra inútil entre palestinos e israelíes, pero sé que una buena familia la acogerá, ya hay varias parejas

europeas interesadas en ella, pronto me iré de aquí y las cosas, aunque mejoraron un

poco, están lejos de alcanzar algún viso de normalidad, cuántas vidas desperdiciadas,

cuántas generaciones creciendo sin esperanza”.

Otra nota: “El pozo de agua en el campamento ya funciona, Nathan me dijo que lo probará unas semanas y volveremos a casa. Estoy impaciente porque iniciemos una nueva etapa”.

“Nathan”, susurró Jorge, aferró la libreta y pasó varias páginas que hablaban de detalles técnicos y administrativos de su profesión, y otras en las que mencionaba a algunos conocidos y amigos en Bélgica. Y luego unas letras muy sentidas: “Sucedió, así como cuando te rompen el corazón en la adolescencia, se sintió igual. Mi jefa y Nathan se acostaron juntos y no quiero verlos más”. Jorge pasó al vuelo algunas páginas relativas al trabajo y luego otras páginas: “No puedo volverlo a hacer, así me

toque poner un océano de por medio”.

Pasó más hojas, en las que hablaba de su llegada a Colombia, del encuentro con

sus padres y ¡bingo!, la cárcel. “Me aflige siempre cualquier forma de confinamiento,

de personas, de animales, he visto muchas cosas en mi trabajo, pero lo que más me conmueve es el gesto de desesperanza en sus rostros, es igual la expresión, ya sea en El

Congo, Gaza o en una cárcel latinoamericana. Él me sorprendió, en medio de libros,

me recordó a un animal salvaje en reposo, y sus ojos, Dios mío, sus ojos, del color de

la miel, luminosos, me quedé mirándolo por un tiempo demasiado largo, creo que fui

muy evidente”.

Jorge soltó la risa, incrédulo de lo que leía.

“El tatuaje empieza en la muñeca con un diseño tribal en color negro, el dibujo asciende dándole forma a un lobo, tribal también, aullándole a lo que parece

la luna, el

largo de la manga de la camiseta no me deja ver más. Es un muy buen trabajo, él es un

hombre que destaca, los demás se ven a su lado como imágenes difuminadas. Le gustan

los dulces, le brillan los ojos cuando le llevo alguno, tuve que disimular y llevarle algo a todos, no quiero levantar suspicacias".

Jorge pasó ansioso otro par de hojas.

"Hoy supe su nombre, Jorge Robles".

Con la sonrisa en los labios, pasó otro par de hojas.

"Espero las idas a la cárcel expectante, tengo miedo de mí misma, su mirada me enreda, me envuelve. ¡Dios mío! ¿Qué me sucede? ¿Por qué él? ¿Qué delito habrá cometido? Solo le pido a Dios que sea algo que yo pueda aceptar. ¿Qué estoy

diciendo? Me desconozco, pero me siento incapaz de condenar lo que siento".

Allí finalizaban sus escritos, cerró la libreta con suavidad y apagó la lámpara.

Belén llegó al apartamento de Susana en el norte de la ciudad.

—¡Feliz cumpleaños! —Abrazó a su amiga, que salió a la puerta, y le entregó el regalo.

—Ven, quiero presentarte a los amores de mi vida. Vicente, mi esposo.

Un hombre alto y delgado, de cabello oscuro y mirada suspicaz, se acercó a

saludarla, era abogado al igual que Susana. En la sala había varias parejas, observó que el apartamento era tan perfecto como el resto de la vida de su amiga.

Susana la presentó y salió con ella por el pasillo hasta llegar a una habitación. En

cuanto abrió la puerta, una luz tenue la recibió, al fondo había una cuna y una silla mecedora. Un móvil decoraba la parte superior de la cuna. El hijo de Susana, Matías,

estaba profundamente dormido.

—Es hermoso.

El bebé dormía con los brazos extendidos hacia arriba y abrigado con un pijama de

elefantes. Su respiración pausada y la tranquilidad del entorno le devolvieron la paz que le había sido arrebatada ese día en la cárcel.

—Aún no puedo creer que Vicente y yo hayamos hecho algo tan perfecto —susurró

Susana, emocionada.

—Dios lo guarde siempre.

—No quiero ir a trabajar, quiero quedarme con él para siempre.

Belén sonrió.

—Es normal que te sientas así, se necesitan.

—Es un amor tan grande que me quita la respiración.

Salieron de la habitación y al llegar a la sala, Susana le presentó a Alberto Montes,

un hombre atractivo y agradable, que era economista y trabajaba para la el área financiera de la ONU. Se tomó varias copas de vino mientras disfrutaba de una amena

conversación, quería olvidar todo lo ocurrido a Jorge. Se preguntó por qué no le llamaba la atención el amigo de Susana, que se mostraba claramente interesado en ella.

Charlaron de música y restaurantes y de lugares del mundo que habían visitado. Era un

hombre culto.

—Acéptame una invitación a cenar.

Era tan fácil, podría hacerlo, dejar de pensar en ojos oscuros y tatuajes tenebrosos,

salir con un hombre al que lo más tétrico que le veía era el color de los calcetines. Se

obligó a sonreír, tenía que intentarlo, aunque la aburría como un demonio. No estaba en

plan de sentar cabeza, ni tampoco de ir de flor en flor, pero sí podría trabar una amistad.

—Claro que sí.

Charlaron un rato más, intercambiaron números de teléfono y el hombre se despidió

de ella con un beso en la mejilla que no le movió el piso como el roce de los dedos de

Jorge.

Más tarde, en cuanto se quedó a solas con Susana, y con la valentía que dan unas copas de más, decidió consultarle.

—Tengo curiosidad sobre algo, querida.

—Dime —contestó ella, mientras le servía una copa de vino.

—¿Cómo hago para averiguar los antecedentes penales de una persona? Un recluso.

—Bebió un sorbo—. Quiero saber por qué se le acusó y qué pena cumple.

Susana le obsequió un gesto curioso.

—¿Es por tu trabajo en la cárcel?

Ella miró el fondo de la copa.

—Sí, es una bobada, pero me sentiría más tranquila si averiguo algo de alguien.

—¿Con qué fin lo harías?

—Curiosidad y tranquilidad.

—Puede hacerse, con un poco de investigación y sus datos personales. Hay una

oficina de base de datos que los suministra.

—¿Puedo hacer yo la petición?

—Sí, claro que puedes hacerla.

—Perfecto.

—¿Algo de lo que deba preocuparme?

—¡No!

—Ten cuidado, algunos de esos hombres son como encantadores de serpientes,

cuando menos te des cuenta, estarás bailando a su ritmo.

Ella le sonrió, tranquilizándola.

—No te preocupes, no es nada del otro mundo.

—Está bien.

Se despidió para volver a su casa. Al llegar se preparó un té de vainilla, su preferido, y buscó en el maletín su agenda, removió los papeles y no la encontró, buscó

en el bolso, tampoco. Recordó que la última vez que la vio fue en la mañana cuando organizaba los libros en el maletín. Se dio cuenta de que la libreta se había quedado

con los libros. Aunque el martes no correspondía visita, habían hablado con Lucila y la

guardia para ir al día siguiente. Debido a lo ocurrido ese día, el trabajo había quedado

hecho a medias y les habían dado una autorización especial. Se acostó mortificada y

apenas pudo conciliar el sueño en la madrugada. La profunda atracción y el sentido común estaban en pugna como fieras enfrentadas por el poder y esa noche le pidió a Dios discernimiento para acabar con esa terrible lucha.

Jorge se obligó a mostrar un semblante indiferente cuando la vio aparecer, la notó a

la defensiva y él insistió en su gesto solo por el placer de ponerla nerviosa. Estaba muy

hermosa. Con su aroma irresistible y un ligero sonrojo, se acercó a él.

—Creo que ayer dejé… —dijo Belén, nerviosa. Inclinó la cabeza mientras se rozaba

el labio inferior con los dientes y luego alzó el rostro—… una libreta mía entre los libros.

Ella le sostuvo la mirada con firmeza durante unos segundos y luego desvió sus ojos

hasta el grupo de libros que parecían no haber sido movidos de lugar desde antes de la

trifulca. De pronto toda su mortificación había sido en vano y un rayo de esperanza la

iluminó al percatarse de que, a lo mejor, él ni siquiera había hojeado la libreta.

Observó su muñeca, envuelta en una venda que le tapaba parte del tatuaje.

Jorge se dio la vuelta y simuló revisar. Ella aprovechó para preguntarle:

—¿Le duele mucho? El guardia fue muy duro con usted.

Él se volteó con la libreta azul oscura en la mano y algo parecido al alivio la invadió.

—No, paloma, no me duele, y eso que vio usted ayer no es nada comparado con la

guerra que tenemos que enfrentar todos los días.

Que lo mataran si sus enormes botones de plata no se vistieron de compasión,

meditó Jorge, al tiempo que sintió una intensa presión en su interior que no le gustó mucho.

—Lo siento mucho. ¿Puedo hacer algo por usted?

—Ya lo hizo, paloma.

Le entregó la libreta.

—Gracias.

Jorge se dio cuenta de que ella aún decidía si se fiaba de él o no, de si le tenía miedo o no, y decidió llevarla un poco al borde a ver qué pasaba. Una sonrisa se aferró a la comisura de su boca y carraspeó.

—Solo tiene que preguntar todo lo que desee saber.

Belén quiso que la tierra se abriera y se la tragara de un solo bocado. Lo miró, furiosa.

—Leyó mi libreta —murmuró, con los dientes apretados.

Jorge le regaló una sonrisa algo tensa, al ver que la furia impregnaba sus facciones.

—No tenemos mucho que hacer por estos lados.

Debería sentirse incómodo, pero para su autoestima, lo escrito en esa libreta y la incomodidad que la circundaba en ese momento fueron como agua para un sediento.

—Fue grosero e incorrecto, no debió hacerlo.

—Está en el lugar menos indicado para hablar de corrección. En la cárcel no existen

los principios ni los escrúpulos, ya debería saberlo.

Sus ojos echaban chispas y Jorge quiso saltar el mostrador y devorarle los labios.

Era hermosa hasta cuando estaba furiosa. Vio al tipo que la acompañaba acercarse.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo? —Los miraba a los dos.

—No es nada, estoy recuperando un cuaderno que se fue ayer por equivocación entre

unos libros.

Luis percibió el ambiente tenso y frunció el ceño. Jorge lo miró con rabia. Luego recordó lo leído en la libreta y se relajó. Les destinó un gesto displicente antes de darse la vuelta para seguir con su trabajo.

Belén se alejó, sonrojada y furiosa. Al echar la libreta en el bolso, un papel pequeño

hizo su aparición, con una pregunta que para ella fue el comienzo de todo: "¿Puedo llamarla?". En trazos grandes y firmes.

Estuvo distraída durante toda la entrevista, sus emociones iban de un lado a otro. ¿Y

si la extorsionaba? Había escuchado casos de reclusos que se dedicaban por teléfono a

extorsionar a la gente. Ella no tenía dinero, solo su trabajo. No lo conocía de nada, el

hecho de que fuera amable con ella y fuera más pulcro que la media del penal no garantizaba que fuera buena persona.

Al finalizar su trabajo en la biblioteca, sostenida por una profunda fe, y con la incertidumbre y la ansiedad que marcarían su relación, deslizó un papel en la libreta y

la dejó en el mostrador de la biblioteca ante el gesto pasmado de Jorge y sin que nadie

más se percatara.

En cuanto se cerró la puerta, Jorge, con el corazón latiéndole dolorosamente, abrió

la libreta y encontró en una de sus páginas el número de teléfono, no era un móvil, seguro era de su casa. Leyó la nota: "Esperaré su llamada después de las seis".

Cuando llegó al patio, habló con Edgar, que al rato le facilitó un teléfono

móvil.

Belén se sorprendería si supiera todo lo que se podía conseguir en la cárcel: móviles,

licor, mujeres, toda clase de drogas, armas. Sus útiles personales, ropa, libros, cobijas, todo venía de fuera. Entraron en ese momento cinco personas nuevas al patio. Pobres,

caviló Jorge, no sabían lo que les esperaba, esa primera noche ocurría la inaugurada si

el recluso no venía recomendado, los novatos eran apaleados y ultrajados. A los que les iba mejor solo tenían que entregar todas sus pertenencias, hasta el colchón y las cobijas, y empezar a pagar cuota por todo. Edgar y Moisés observaban el recibimiento.

—Me voy a encerrar ya —dijo Jorge. Al día siguiente ayudaría a los jóvenes, hoy

era poco lo que se podía hacer—. Mañana te devuelvo el teléfono.

—Ok —contestó Edgar, sin dejar de mirar el espectáculo.

Jorge, ya acomodado en la celda, puso algo de música clásica para disimular el ruido que llegaba del patio. Marcó el número. Belén contestó al segundo timbrazo.

—Hola, paloma.

—Hola —saludó ella, con tono nervioso. La respiración la sentía como si hubiera corrido una maratón.

—Déjame decirte… —Calló de pronto y en un susurro, le preguntó si podía tutearla.

—Claro que sí —contestó ella, con el corazón a mil.

Jorge la sintió del mismo lado de la reja, o mejor aún, juntos, sin rejas de por

medio.

—Ante todo quiero decirte que conmigo no corres ningún peligro, solo quiero charlar, que seamos amigos. ¿Te parece?

—Me parece perfecto —contestó ella, más tranquila—. Amigos que comparten un café. Una pregunta: ¿esta llamada es legal?

Belén escuchó su risa, ronca y profunda, y adivinó su gesto.

—No, paloma, estoy hablando de un celular entrado por contrabando, pero no te preocupes, no corres ningún peligro. Es de un amigo.

—Entonces estoy haciendo algo ilegal por primera vez en mi vida —sentenció ella.

—Tú decides si seguimos charlando o lo dejamos aquí —dijo él, en tono firme.

Después de un profundo suspiro, ella contestó:

—No, está bien.

—¿Por qué el trabajo en la cárcel?

—¿Por qué no? Es un trabajo como cualquier otro, además, a eso me dedico, a trabajar con población vulnerable.

—Y peligrosa.

—Sí, peligrosa. —Soltó un suspiro—. Alguien tiene que hacerlo.

—Eso es cierto. ¿Aún es difícil para ti convivir con los males de este mundo?

Yo lo

hago porque estoy esperando un juicio, pero… ¿Y tú?

—Se llama vocación de servicio. Me gusta mi trabajo. En medio de los males de este mundo he podido encontrar las acciones más bellas y desinteresadas.

A pesar de la esperanza, Jorge pudo vislumbrar la melancolía en su respuesta.

Recordó las notas de la agenda, era una apasionada de las causas a las que se dedicaba

y tuvo temor por ella, era complicado mostrar esa pasión en su mundo sin pagar las consecuencias, que a veces eran nefastas.

—Ten cuidado, Belén, no quiero que nada te pase, y nosotros no somos niños de El

Congo, somos más peligrosos que los aldeanos a los que tu organización les construye

pozos de agua o les dona escuelas.

Belén se estremeció al escuchar el nombre en sus labios, con un dejo de emoción que estaba ausente cuando la llamaba “paloma”.

—Estaré bien, he visto de todo.

Belén escuchó un profundo suspiro y quiso estar en ese momento a su lado más que

cualquier otra cosa. Mirarlo, escucharlo reír, observar el color de sus ojos.

—¿Qué sigue después? Por lo que vi en tu agenda, viajas por el mundo. ¿Te irás?

—No, no me iré, volví para quedarme —soltó una risa—. Eres un descarado, no

tienes vergüenza, hablarme de mi agenda como si nada. Ahora, como sabrás, muero de

curiosidad por que me hables del lobo.

Él se quedó en silencio unos segundos. Belén pensó que no le iba a contestar.

—El significado del lobo es…

—Yo sé qué significa, busqué en Google.

—Vaya… ilústrame, paloma. —Se notaba halagado.

—Lo poco que leí dice que están asociados con la familia y que es una relación de

las más significativas y representadas en los tatuajes, representa la devoción en el cuidado de los padres a los hijos, ya que en una manada una de las tareas que con más

celo se realiza es el cuidado de los cachorros. También son nobles guerreros, grandes

líderes y protectores de los inocentes.

—Haz hecho la tarea, entonces me imagino que habrás leído algo de su historia y como también era considerado un instrumento del diablo.

—Sí, lo leí, pero eso no me impresionó en lo más mínimo, como siempre hay

historias terribles, porque fue uno de los depredadores más temidos. ¿Por eso te lo hiciste? ¿Para qué te temieran?

—El tatuaje me lo hice mucho antes de entrar en prisión. —Soltó una risa ronca—.

No confío en los métodos utilizados aquí. Soy veterinario de profesión y el lobo siempre ha sido uno de mis animales favoritos, estudié mucho sobre el tema cuando estaba en la universidad.

A Belén le gustaba la cadencia de su voz, firme y pausada.

—¿Por qué estás en prisión? —preguntó, con el corazón galopándole de tal modo, que no entendía como él no lo escuchaba.

—Estoy acusado por unos asesinatos que no cometí.

¡Asesinatos! Belén quedó sin respiración y disimuló como pudo su reacción. Le

temblaban las piernas y tenía un nudo en la boca del estómago. Recordó una frase de

Lucila: “Aquí todos se dicen inocentes, en la cárcel no hay culpables”. Quería escucharlo, necesitaba saber.

—Cuéntame.

—Es una historia muy larga.

—Tenemos tiempo.

—Mi familia tenía una hacienda cerca de San Antonio de Padua. Éramos cinco, mi

padre, mi madre, mis hermanos menores Miguel y Ángela. Miguel era oficial del

ejército y mi hermanita estudiante de bachillerato. Mi padre creó una cooperativa para

el progreso de los campesinos de la región, él llevaba la parte de la agricultura y yo

manejaba el ganado. No era mucho, pero era una hacienda próspera y teníamos muchos

planes. Los grupos ilegales de la región no vieron con buenos ojos la labor de mi padre

y lo asesinaron una noche ante toda la familia, yo perdí el conocimiento por un golpe y

cuando abrí los ojos, el cadáver de mi padre estaba en el pasto. A los pocos días nos

pidieron que abandonáramos la hacienda. Íbamos a ser desplazados de todo lo que habíamos conocido, yo no quise abandonar la hacienda y mi familia me apoyó,

entonces me tendieron una emboscada. Una noche, días después, me pasé de tragos en

uno de los bares del pueblo y tuve un fuerte altercado con dos campesinos de la región.

¡Hablaron mal de mi padre! —Subió el tono de voz con furia—. ¡De mi padre, que

murió por querer dar unas mejores condiciones de vida a los campesinos de mi pueblo!

Nos fuimos a los puños, pero las cosas quedaron así. Recuerdo montarme en mi

camioneta y llegar a mi casa en medio de una borrachera espantosa, no más. Al otro día, me acusaron de la muerte de los dos campesinos y desde entonces estoy encerrado.

Perdimos la tierra, mi familia ahora vive aquí en Bogotá, mi padre dejó algo de dinero

que se fue en abogados, en fin, el sostenimiento en este lugar es costoso, pero mi familia no ha querido hacerme caso cuando les he pedido que ya no paguen más, que yo

me defiendo aquí sin problema.

—Cuánto lo siento —dijo Belén, mientras se secaba las lágrimas. Trató de

normalizar la voz, no quería que él se diera cuenta de cuánto la había afectado todo, y

desde el fondo del alma, le dijo—: Te creo.

—Gracias, hay un memorando por vencimiento de términos. Miguel me dice que en

unos meses saldrá la sentencia, es mi única esperanza.

—Para lo que necesites, puedes contar conmigo.

—Poder mirar tus ojos, son espectaculares, verte revolotear en la biblioteca y

cuando te acercas a mí, paloma. Y ahora escuchar tu voz, esos son mis regalos del cielo.

—Aparte de tu familia... —comenzó, incómoda—. ¿Hay alguien más? —preguntó,

sonrojada.

—¿Me estás echando los perros, paloma? Me siento halagado.

—¡No! —Quiso colgarle, era un petulante—. Algún día tendrás que decirme por qué

me dices “paloma”.

—Algún día —contestó con ternura.

Se quedaron en silencio.

—Mira, tengo que colgar.

—Está bien, hablaremos en otra ocasión, pero antes déjame decirte que no hay

nadie.

Belén no sabía si creerle o no, pero supo que estaba en problemas cuando algo parecido al alivio la inundó.

CAPÍTULO 5

El día de Jorge empezaba a las cinco y treinta de la mañana. A esa hora, debido al frío,

había poca gente en las duchas; después de la primera contada desayunaba y se iba para la biblioteca casi toda la mañana. En la tarde, después del almuerzo, llegaba al salón de clases donde media docena de muchachos lo esperaban para la preparación en

Biología y Química de los exámenes de Estado, para poder graduarse. Había días en

que hacía ejercicio, y los fines de semana en los que no iba su familia a visitarlo los

pasaba leyendo en la celda. Se aferraba a la cruz de la cotidianidad para evitar caer en

una neurosis. Era de los pocos reclusos que tenía un apodo decente, “el Profe”, y gracias a su familia podía vivir en el Hades con algo de dignidad, en una celda individual, con un televisor y la misma comida de los guardias. Desde que llegó, Moisés, junto con Edgar, se convirtió en su padrino y confidente, tenía hombres en el

patio de su absoluta confianza que lo protegían a todas horas de los otros hampones.

Por esos días, a pesar de la desmovilización del ente paramilitar en todo el país, el conflicto entre guerrillas y paras se había trasladado a la cárcel, se contaban anécdotas

dignas de una película de terror. Cada recluso debía tomar partido por uno u otro bando, cada día era más difícil vivir en la neutralidad. Si Jorge debía tomar partido,

obviamente no lo haría por los grupos de derecha que acabaron con la vida de su padre

y aunque tampoco era partidario de la guerrilla, que tanto daño le causó a la hacienda,

los prefería mil veces a los otros grupos.

—Esto va a estallar el día menos pensado —señaló Moisés, mientras hacían fila

para entrar en las duchas.

—Qué va, siempre es el mismo cuento —contestó Jorge, que esa mañana sonreía

todo el tiempo, era el día de Santa María de la Providencia, la santa patrona del penal,

y Belén estaría con la gente de la ONG filmando y entrevistando.

Habían pasado dos semanas desde la primera llamada. Habían charlado en varias

ocasiones más, durante horas, y creado lazos de confianza al hacerse confidencias.

Jorge estaba ansioso por llevar las cosas a otro nivel, hoy le iba a pedir que lo visitara una tarde con permiso especial, como a veces lo visitaba su hermano o su abogado, él

la anotaría en la lista y haría todos los trámites, ni en sueños se imaginaba invitándola

un domingo para estar a solas con ella, aunque lo deseara, estaba seguro de que no le

volvería a dirigir la palabra en caso de que se lo insinuara.

Al comienzo de su reclusión recibía visitas femeninas los domingos. Mujeres nunca

faltaban en el penal, familiares o amigas de los reclusos, prostitutas que entraban con

la aquiescencia de los guardias y que eran manejadas por los caciques de los diferentes

patios. La última relación que había tenido Jorge fue con la amiga de un primo lejano

que siempre se sintió atraída por él cuando iba de vacaciones a San Antonio de Padua

e insistió en visitarlo cuando se enteró de lo sucedido. Jorge Robles era un hombre de grandes apetitos, su vida eran las mujeres, nunca se había enamorado, todos los padres

del pueblo donde creció advertían a sus hijas sobre él. “Una serpiente”, había dicho uno de ellos. Era un hombre de labia fácil y lenguaje zalamero que se metió en las bragas de muchas mujeres del lugar, que sucumbían a su encanto como las polillas a la

luz. Rompió unos cuantos corazones, pasaba de una mujer a otra sin importarle mucho

sus sentimientos.

A comienzos del encierro, la falta de mujer cuando él quisiera le pasó factura, pero

con el tiempo se acostumbró. Jorge era algo extremista y el desarrollo de la disciplina

para poder sobrevivir le permitió tomar la radical decisión de no volver a acostarse con nadie y la había cumplido, había logrado el control de sus apetitos. De eso habían

transcurrido ya tres años, por eso se sintió incómodo cuando Belén entró en la biblioteca, porque sus ansias largo tiempo adormecidas se levantaron de golpe. En un

comienzo se dijo que era normal, era la reacción de un hombre ante una mujer hermosa,

pero a medida que ella llegaba con su arrebatadora belleza, con su frescura y su aroma,

él tenía ganas de más y no solo eran ganas de su cuerpo, era un anhelo profundo, como

si ella tuviera todas las respuestas a la angustia y la pena que rodeaban como barrotes

a su alma.

—No creas, por ahí tengo información de que entró un cargamento de armas la otra

noche, hay una banda que quiere el control de dos patios y el nuestro está en la mira.

—Por lo menos hoy no se atreverán.

—No, mucha gente y mucha visita.

Jorge se preocupó por Belén. Sabía que ella solo hacía su trabajo, pero la había visto entrevistar a algunos personajes bastante siniestros y también a los guardias, que

no todos eran almas de Dios: había guardias corruptos, guardias buenos y otros indiferentes. Sesenta hombres para cuidar a una población carcelaria de cinco mil internos, en una edificación concebida para albergar a solo dos mil quinientos, hacía que muchas veces estos guardias se asociaran con los reclusos caciques de los patios

para controlar a la población total. Le preocupaba, porque si ella metía las

narices donde no debía, podía verse en peligro.

Esa mañana se puso su mejor camisa, se perfumó y salió al patio principal donde en

una tarima ya había músicos arreglando instrumentos, habría presentaciones y una obra

de teatro. Ese día llegaban artistas a compartir con ellos y se paseaban por todo el lugar.

La vio charlando con algunos reclusos, el camarógrafo la seguía. Deseaba pasar un

rato a solas con ella, quería llevarla a la biblioteca, ese día estaría cerrada, allí podrían charlar con tranquilidad como en un día de visita. La siguió entre el gentío sin

que se percatara. A cada tanto oteaba por el patio, estaba seguro de que lo buscaba a

él.

Ese día Belén vestía pantalón oscuro, zapatillas y suéter del color de las fresas. No

llevaba trenza, pero sí un moño bajo. Le entregaba dulces a un par de jóvenes, cuando decidió acercarse a ella.

—Hola.

Ella lo miró, sorprendida, y su bendita sonrisa iluminó su día como no podían hacerlo las festividades.

—Hola.

Quiso besarla y se prometió que antes de terminar el día lo haría.

—Estás hermosa.

Belén se sonrojó y lo miró de arriba abajo, hambrienta de detalles, como su jovial

boca o sus manos grandes. A pesar de su aspecto sosegado, podía percibir su fuerza interior, como la de un animal que husmea el aire en busca de ataque o aproximación.

Se quedó mirándolo fijamente, sonriéndole.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Jorge se sentía como un jodido adolescente, ella lo afectaba como ninguna. Al ver que el grupo con el que siempre venía se acercaba, dijo:

—Belén, hay unos libros en la biblioteca que me gustaría mostrarle.

Levantó la vista, sorprendida, y en ese momento anunciaron la presentación de un famoso cantante que había ido ese día a brindarles un concierto. Un grupo de gente se

acercó y ella se perdió de sus compañeros. Lorenzo la alcanzó.

—Belén, ¿vienes?

—Estaré en la biblioteca —dijo, sin dejar de mirar a Jorge.

—Ok, con cuidado —contestó el joven, sin importar que Jorge lo escuchara.

Se alejaron, pasaron varios patios, la celebración estaba por todos lados y algunos

familiares de los reclusos aprovechaban para visitarlos. Ese día se respiraba una energía diferente, de esperanza, de fiesta. El ambiente tenebroso brillaba por su ausencia. Entraron a la biblioteca. Él la invitó a que tomara asiento frente a una de las

mesas y se sentó frente a ella.

—¿Y bien? —preguntó Belén.

—¿Y bien qué?

—Los libros que me ibas a enseñar.

De repente se sentía nerviosa, pero no porque le preocupara su seguridad, era por otra cosa. Le resultaba muy extraño sentirse atraída de la manera en la que se sentía por

alguien tan ajeno a sus principios y a todo lo que ella era. Muros de sensatez se desplomaban con estrépito al contestar cada una de sus llamadas, o hacer algo que no

debía, como ese momento robado, lejos de lo que había venido a hacer al penal. Jorge

le sonrió, había algo en su forma de reír, en la manera desenvuelta con que la miraba,

como si conociera cada uno de sus pensamientos y esperase que ella se los revelara,

acechándola, como si todo fuera un juego para él.

—No hay libros, solo quería tener un momento a solas contigo, paloma. —Abarcó

con el brazo la biblioteca—. Dime si no es un jodido regalo. No tienes que temer, nada

te va a pasar conmigo, si te sientes incómoda, podemos volver al patio.

—Está bien.

Se miraron con torpeza, con pudor, rodeados de un hilo que a medida que pasaban

los segundos se estrechaba más a su alrededor, acercándolos.

—¿Entonces por qué estás nerviosa?

Cuando Belén estaba nerviosa necesitaba tener algo en las manos, tomó el bolso y sacó varios chocolates rellenos, envueltos en papeles de colores, que puso en la mesa

y luego se los ofreció. Ella agarró uno y empezó a juguetear con él, hasta que Jorge la

tomó de la mano. ¡Dios! Sentir el tacto de su piel caliente, se iba a licuar en la silla.

—No estoy nerviosa. —Lo miró, angustiada, y luego miró las manos juntas, los

pulgares de él subían y bajaban, no supo si era una caricia erótica, pero Belén sintió

que le acariciaba el alma—. Sí, estoy nerviosa, maldita sea.

—¿Por qué?

—¿Puedo echarte a ti la culpa?

—Claro que puedes —le contestó con gesto risueño—. Me han acusado de cosas

peores, paloma.

Ella sonrió a su pesar.

Jorge frunció los hombros. “Interesante”, caviló. Tocar su mano tibia, percibir su piel suave y su aroma familiar... Se había privado por mucho tiempo de la compañía de

una mujer.

—Bueno, ya me echaste la culpa. ¿Puedo saber la razón? Puedes preguntarme lo que

quieras y no me vengas con cuál es mi color favorito.

Ella soltó la carcajada.

—No te preguntaré el color favorito, pero sí cuál es tu película favorita.

—Esa es fácil: *El padrino*, las tres.

—¡No! Inténtalo de nuevo.

—¿Por qué? Si es la que me gusta.

Ella inclinó la cabeza y entornó los ojos, mientras se mordía el labio inferior con los

dientes de una forma que hizo que Jorge se removiera inquieto en su silla. Levantó la

vista de nuevo, y sus ojos como pozos sin fondo le aumentaron los latidos en el pecho.

—Para ser veterinario, pensé que me ibas a decir *El hombre que amaba los*

caballos, *Tiburón*, *Danza con lobos*, *Buscando a Nemo*...

Ella solo quería hacerlo reír, pero el gesto de él se entristeció de repente.

—Me hace mucha falta mi profesión.

—Lo siento.

—Amaba mi trabajo, paloma.

Ella decidió darle un corte más ligero a la charla, tampoco se trataba de hacerlo sentir mal.

—Si tanto amas a los animales, no entiendo cómo te puede gustar *El padrino*, no me

digas que la escena del caballo no es repulsiva.

—Sí, eso sí, pero la trama es magistral. ¿Cuál es tu película? Y no me vengas con tonterías tipo *Mujer bonita* o *Amor en no sé dónde*. Y además, no me has dicho por qué estás nerviosa.

—No puedes tener nada en contra de *Mujer bonita*, nada, es genial. —contestó ella,

obviando el comentario sobre sus nervios.

La miraba intensamente, con un gesto pícaro y retador que le daba un brillo especial

a sus ojos.

—La protagonista está buena.

—¡Hombres! Mi película favorita no es la típica historia de amor.

—¿Cuál es?

— *El amante*, la adaptación del libro de Marguerite Duras.

—Sí, conozco el libro. El deseo como constructor de un personaje.

Jorge se levantó y fue hasta un estante de dónde sacó un libro de portada blanca con

el rostro de una joven.

—Lo trajiste tú misma hace tres semanas. —Lo abrió en la primera página—. Hay

varias frases del libro que me gustan mucho, “un amor destinado a no ser”. Me recuerda a una frase que leí en algún lado, no recuerdo donde: “El amor no es aquello

que queremos sentir, sino aquello que sentimos sin querer".

La frase cubrió a Belén de una tenue melancolía. No quiso que él se percatara.

—Un amor difícil condenado por una red de prejuicios y deberes ancestrales. El hombre no tenía libertad y ella no lo amaba.

Él soltó una risa sarcástica.

—Tienes razón, no era un hombre libre, estaba más preso que nosotros. Lo más duro

de estar en este lugar es la falta de dominio sobre mi vida. No mando sobre nada, no

imagino mi futuro, antes era dueño de mi destino, ahora vivo en una rutina impuesta por

otros. Tuve que ponerme por encima de todo esto para poder superarlo.

—Estás un poco limitado, sí, pero por ahí he leído o escuchado que la libertad nunca

se pierde, la movilidad sí, pero la libertad del alma, nunca.

—El que dijo eso no ha pasado un día en chirona.

—Es difícil no poder tomar decisiones.

—¿Y tú crees que yo no tomo decisiones? —Soltó una carcajada—. Todo en este

maldito lugar es una decisión, desde que te levantas hasta que te acuestas. El solo hecho de poner el pie en el piso cada mañana, cuando has pasado una noche de mierda

con unas ganas enormes de acabar con todo. Despertar es lo peor, despertar es resignarse otra vez, pasar por lo misma rutina una y otra vez. Guerrear con el impulso

de evadirte de alguna forma, de no drogarte como cualquiera en este lugar, marihuana,

coca, pepas, bazuco, puedes decidir cuál, y el hecho de querer hacer algo con tu tiempo

y no quedarte en la esquina de un patio esperando que pasen las horas para ir a la celda.

—Hay un poco de libertad en eso. Libre albedrío lo llaman.

—Es cierto. ¿Cuáles son tus muros, paloma?

—Eso tendrás que averiguarlo.

Él le regaló una mirada de ojos brillantes y tiernos. "Vaya", pensó ella, la estaba mirando con aire tierno. Tomó el libro y leyó:

—"Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde". Esta frase encierra un mundo y este

párrafo es mi favorito: "Años después de la guerra, después de las bodas, de los hijos,

de los divorcios, de los libros, llegó a París con su mujer. Él le telefoneó. Soy yo. Ella le reconoció por la voz. Él dijo: sólo quería oír tu voz. Ella dijo: soy yo, buenos días.

Estaba intimidado, tenía miedo, como antes. Su voz, de repente, temblaba. Y con el temblor, de repente, ella reconoció el acento de China. Sabía que había empezado a escribir libros. Lo supo por la madre, a quien volvió a ver en Saigón. Y también por el

hermano menor, que había estado triste por ella. Y después ya no supo qué decirle. Y

después se lo dijo. Le dijo que era como antes, que todavía la amaba, que nunca podría

dejar de amarla, que la amaría hasta la muerte".

Necesitaba besarla, se dijo Jorge, mientras ella le devolvía el libro y él buscaba alguna escena que le hubiera llamado la atención. Deseaba acostarse con ella y quién

no, la idea de ver su bello rostro perdido en la pasión, hacerla vibrar de placer... Dios, nunca había deseado a una mujer como la deseaba a ella, no solo a su cuerpo, a ella,

quería conocer todos sus detalles íntimos, su manera de gemir, escucharla hablar por horas. Le gustaba mucho y hacía mucho tiempo que no le gustaba una mujer, le sentaba

bien, por fin, desear algo que no fuera estar lejos de esas paredes.

Se quedaron callados, mirándose, él cerró el libro y Belén supo en ese momento que

a los sentimientos no los gobernaba nadie, simplemente eran, y la invadió una

sensación de inevitabilidad que la hizo agradecerle a la vida el vértigo, la

incertidumbre y las palpitaciones.

—Suéltate el cabello, paloma.

Ella abrió los ojos como platos, levantó ambos brazos y se desató el moño, el cabello le danzó a los lados y la espalda, lo tenía larguísimo, brillante y del color del

trigo. Jorge corrió la silla y quedó sentado a su lado.

—¿Puedo? —preguntó, reverente.

Ella apenas podía modular, pero sus ojos le dieron la respuesta, no sabía que quería

hacer él, solo sabía que lo necesitaba más cerca. ¿Puedo qué? ¿Tocarla?

¿Besarla? Que

hiciera lo que quisiera y acabara con la tensión que tenía arremolinada en el estómago

desde que llegó a la biblioteca.

A lo lejos escuchaban la música del artista que se presentaba en ese momento, era

una canción romántica, se escuchaba el silbido de la gente. Jorge le acarició el cabello,

la miraba concentrado. Lo notó nervioso cuando llevó una mano a su rostro, como si estuviera preparado para que ella se la retirara en cualquier momento. Belén volteó el

rostro, cerró los ojos y sus labios le tocaron la palma. Ese fue su permiso.

Él apenas podía respirar, se acercó más a ella y hundió la cara en su cuello,

aspirándola, atrapando su aroma. Repasó con la nariz la piel que le inspiraba ternura, sumisión y un profundo miedo. A pesar de sus ansias por devorarle la boca, saboreó ese momento de anticipación, antes de que sus labios se juntaran, o a lo mejor era que

deseaba que ella se retirara, saliera huyendo despavorida del borde del precipicio al

que él, por su anhelo egoísta, la quería hacer saltar. Le delineó la boca con el dedo, dibujándola, acercándose más, hasta que las piscinas de sus ojos se tornaron oscuras,

devorándolo, atrayéndolo como canto de sirena. Degustó el sabor de su respiración, dulce como ella. Al primer contacto de sus labios, Belén soltó un gemido, un exquisito

tormento que llenó de euforia a Jorge. Con un pequeño mordisco, abrió sus labios y le

introdujo la lengua, conociendo su textura, su humedad y bebiéndose por fin su sabor a

néctar dulce y a vainilla. Un gesto tan antiguo como la humanidad, pero que ellos inventaban por primera vez. Le pasó un brazo por la espalda y con la otra mano le aferró el cabello, acomodando la cabeza para seguir saqueándole la boca. Su piel se había tornado rosada, quería tocarla por todas partes, degustar todos sus sabores.

Había leído en alguna parte que un beso podía robar el alma, no lo creyó nunca hasta

ese instante.

La ansiedad, la angustia y el deseo atrapados en la garganta de Belén se disolvieron

en cuanto sintió las caricias de sus labios. De no haber estado sentada, estaba segura

de que las piernas no la habrían sostenido. Una sensación nueva ardió en su pecho, junto a la sensación de vértigo. Si él le hubiera dicho en ese momento que lo acompañara al fin del mundo, Belén, hipnotizada, lo hubiera seguido. Hasta ella llegaban los acordes de una canción ranchera: “Si nos dejan, buscamos un rincón cerca

del cielo, si nos dejan, haremos de las nubes terciopelo”. Esas letras se colaron en sus

pensamientos, nunca había besado a un hombre con tanta angustia y tanta emoción. Él

se separó despacio, sin dejar a acusar cada una de sus facciones. Ella le sonrió y le acarició las mejillas.

—Está bien, más que bien —contestó a las dudas que vio en el semblante de Jorge.

—El tiempo lo dirá, paloma, solo el tiempo lo dirá.

Ella se aferró de nuevo a su boca, como si ese gesto la fuera a salvar de sí misma y

de las turbulentas emociones que no encontraban el camino de retorno. Le acarició la

barbilla rugosa, aspiró su aroma para llevárselo con ella y su lengua empujó más fuerte

y profundo dentro de su boca. Ahora el que gimió fuerte fue él. El beso parecía no acabar y Jorge, dándose cuenta de que la situación no era la ideal y que podrían perder

el control en cualquier momento, lo concluyó con una última caricia suave y la soltó.

Ambos respiraban agitadamente, se miraron y se abrazaron, emocionados, por unos

segundos. La chispa se había encendido y ni océanos de incertidumbre y dudas podrían

ahogarla.

Rato después, ella volvió a recogerse el cabello y salieron de nuevo al patio, se rozaron los dedos antes de separarse.

—Nos vemos pronto, paloma.

Ella tuvo ganas de llorar, pero lo disimuló como pudo. Como en una nube compartió con otras personas y alrededor del mediodía se retiraron. Cuando atravesó la última reja, lo vio a pocos metros de ella, levantó la mano y se despidió. Él le devolvió el gesto con algo de angustia. Quiso acercarse y preguntarle por qué, pero Lorenzo y Luis,

que estaba de malgenio, la sacaron apresuradamente del lugar. Ojalá la llamara esa noche para preguntarle.

Pacho Cruz, el Jefe, rondaba por el patio con sus escoltas cuando vio el intercambio

de despedida entre Belén y Jorge. Venían de la biblioteca, y los notó nerviosos. “Así

que el Profe quiere comer fino”, murmuró por lo bajo y negó con la cabeza varias veces. A lo mejor esa era la solución a todos sus problemas, necesitaba introducir en

el penal seis revólveres para equipar a más gente. El guardia Rivas no quería ayudar

en la entrada de las armas. Había un sapo y no habían podido descubrir quién era. Los

Patos, una banda criminal de otro patio, quería la soberanía sobre los tres patios adyacentes. Podría extorsionar a Jorge o a ella, era linda la condenada. “Picó demasiado alto el Profe”. Por más aires que se diera, era lo que era, un hampón como

él y haría bien en recordarle que el bienestar de todos los del patio también era responsabilidad suya.

Se acercó.

—Robles.

Jorge no le contestó el saludo.

—Está muy buena, la Monita.

Jorge se puso tenso y apretó ambos puños a los lados del cuerpo.

—Podríamos ponerle un trabajito, algo sencillo —continuó el hombre, mirándolo

burlón.

Jorge se lanzó hacia él hecho una fiera, pero los matones no lo dejaron acercarse a

menos de un metro.

—Cuidado, Pacho. ¡Ella es intocable, óigalo bien! —gritó Jorge y miró con rabia a

los hombres que rodeaban al Jefe, tratando de soltarse—. Para ustedes también va. No

se le acerquen.

—Sus amenazas me importan un bledo. —Pacho prendió un cigarrillo—. Tarde o

temprano todos tienen que pagarme su bienestar en el patio.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Te voy a matar!

El hombre le regaló un gesto burlón y abrió los brazos en cruz.

—Aquí estoy, máteme.

El mejor día de su vida se había convertido en un infierno. Estuvo pendiente de Belén todo el rato, a prudente distancia. Era imposible esconder algo en ese maldito lugar. Fue detrás de ella hasta la última reja. Allí se despidió.

CAPÍTULO 6

Arcadio Mendoza colgó el auricular del teléfono con una sensación de fatalidad, tras

escuchar las noticias que le dio su interlocutor. De unos de los cajones del escritorio

sacó un frasco de pastillas para la gastritis y se tragó dos de golpe.

Mendoza era el fiscal que había llevado la investigación de Jorge Robles

durante todos esos años. De estatura mediana, delgado, su rasgo más sobresaliente la nariz, impronta dejada por su familia paterna. De temperamento nervioso, no había un solo

día de su vida que no lamentara el pacto hecho con el diablo, que lo tenía bien agarrado con sus ganzúas de hierro al rojo al vivo y que sabía que lamentaría tarde o

temprano.

Orlando Ruiz había untado muchas manos y sin embargo, Jorge Robles iba a salir en

libertad por vencimiento de términos. La recolección de pruebas por parte de la Fiscalía no había sido concluyente, si el juicio se realizara ahora, el abogado defensor

podría ganar el caso con suma facilidad. Tenía una cantidad de pruebas que,

dependiendo del juez, podrían perjudicar y confundir, y así lograr una condena, pero todo dependía de que pudieran comprar al juez. La investigación seguiría abierta hasta

que lo llamaran a juicio, pero el hombre en libertad podría desaparecer de alguna forma, irse para otro país con documentos falsos, perderse quién sabe dónde. La única

prueba concluyente capaz de enterrar a Jorge Robles en la cárcel —un Rolex marcado

con su nombre y que había sido sembrado en el lugar por uno de los hombres de Ruiz,

que se lo había arrebatado en medio de la trifulca en el bar—, nunca fue hallado. El hombre encargado del trabajo había desaparecido años atrás. Necesitaba ese reloj para

poder devolverlo al hueco de donde ahora iba a salir. Por su tranquilidad hubiera sido

mejor que mataran a Robles, pero el desgraciado de Ruiz era sádico, necesitaba el sufrimiento de la familia, sin el duelo de otra muerte de por medio.

Volvería al lugar, ese artilugio tenía que aparecer en algún lado, su futuro dependía

de eso. La noche del asesinato había llovido en la madrugada, de pronto el reloj estaba

enterrado en fango, necesitaba encontrarlo o su mundo se desmoronaría como pila de

fichas de dominó.

****

Jorge no la volvió a llamar y evitaba todo contacto con ella en la biblioteca. El primer día que la saludó con un simple: “Buenos días, Belén”, y un talante serio, ella

se sintió desconcertada. Supo que algo había pasado cuando se acercó a dejarle el dulce del día y él murmuró unas simples “gracias”, de forma tensa. No volvió a llamarla “paloma”. A ese día le siguieron los demás con idéntico comportamiento. El

desconcierto de Belén dio paso a la furia. La investigación y el informe avanzaban, aspiraba a terminar el trabajo a finales de esa semana. La mortificaba entrar en la biblioteca y atisbarlo a lo lejos con su pose indolente, aparentando que nada lo afectaba. Se sintió usada, se había dejado manosear por un recluso que solo había jugado con ella. Se obligó a superarlo, cuando entraba en la biblioteca, pasaba derecho

sin saludar y no volvió a llevar libros ni dulces.

Su labor humanitaria avanzaba, se percató de que en la cárcel había grupos que

ayudaban a los jóvenes a dejar la droga. Una buena solución sería que la empresa privada le apostara al trabajo carcelario. Era una meta ambiciosa y sería una de las opciones que presentaría en su informe, las empresas podrían invertir dinero en mejorar las condiciones de vida del recluso. Entre más ocupados estuvieran, menos tiempo tendrían para drogarse o delinquir, eso sí, tendría que haber una voluntad de cambio por parte de todos los implicados: área administrativa, guardias y reclusos. A

medida que el trabajo avanzaba, le preocupaban las cosas de las que se enteraba, había

un tráfico grande de drogas y armas dentro del penal. No podía estar ciega a una situación tan evidente, sus pesquisas apuntaban a que la entrada de droga se hacía los

días de visita, ante la mirada cómplice del guardia que estuviera. Había domingos en

que la requisa era tremenda para las mujeres, esos eran los guardias que nada tenían que ver con corrupción. Otros domingos, la requisa era laxa, esos eran los guardias comprados. Uno de sus informantes, un joven empleado bancario preso por estafa, le habló de uno de los caciques de un patio que manejaba una gran cantidad de droga y

armas. Necesitaba pruebas para presentar a las autoridades y que judicializaran a los

implicados.

Luis, que llevaba observándola hacia varios días y estaba preocupado, un día la encaró a la salida de la cárcel.

—Te estás metiendo en camisa de once varas.

Caminaban rumbo a la avenida, donde estaba el aparcamiento en el que se

encontraba el auto de Luis.

—No te entiendo.

—El informe que tenemos que presentar es sobre las condiciones de los reclusos, cómo están viviendo, su salud, alimentación y bienestar. Al gobierno y otras entidades

no les interesa lo demás, Belén.

Ella se envaró enseguida y dejó de caminar.

—Lo demás, es lo que más problema genera e impide una resocialización. Ese lugar

es alimento para que los jóvenes quebranten más las leyes y los drogadictos se pierdan

en el vicio, y todo el mundo hace la vista gorda.

La ira de Belén se cocía a fuego lento, a la indiferencia de Jorge, se le sumaba la desidia de todos a su alrededor, la falta de voluntad para solucionar algo. Ni en las condiciones más terribles de los seres humanos que había presenciado percibía tanta indiferencia. Se había convertido en la salvación para algunos reclusos que no tenían

cama ni comida, no podían comprar nada y no recibían visitas, por lo que eran pasto para los caciques o explotadores que había en cada patio, que los utilizaban como recaderos, para golpear o violar al que tenía cuentas pendientes. Llevaba cargamentos

de papel higiénico, jabón, crema dental y demás útiles personales, y los repartía ella misma con Lorenzo o los dejaba en manos del capellán. Al principio se los entregaba a

Jorge, pero en vista de lo ocurrido y de escuchar y ver tantas cosas, no confiaba en nadie. Si daba los útiles a los caciques de los patios, los más necesitados no verían nada.

—El problema de las drogas en la prisión no lo vas a solucionar por más de que quieras. Es lo que es y hay que aceptarlo —insistió Luis.

Belén lo miró, furiosa.

—Por hombres como tú es que este país está llevado del diablo. Conformismo,

burocracia y comodidad.

Él hombre la miró, descompuesto.

—No te metas en problemas, esos hombres son peligrosos y te pueden hacer algo.

Belén se despidió de él, caminó una cuadra más hasta llegar a una vía por donde pasaba el servicio de taxis.

En ese momento, una motocicleta con dos jóvenes se acercó a ella. El parrillero sacó un arma y le apuntó en la cabeza desde lejos, luego aceleraron y se perdieron en

el tráfico.

Belén quedó lívida, una señora de un negocio salió y la hizo entrar al local, donde se

sentó en una silla plástica. La mujer le brindó un vaso de agua y le preguntó si deseaba

llamar a la policía, ella negó con la cabeza. Aún temblaba en cuanto llegó a su apartamento, sacó una botella de aguardiente y se tomó un trago. Si alguien de su trabajo se enteraba, su labor terminaría y hasta la sacarían del país. Sabía que Luis tenía la razón, poco podía solucionar si era algo ya arraigado en la cultura carcelaria;

así como no había solucionado el hambre en El Congo, ni las vejaciones a niños, a pesar de que había salvado a algunos, y mientras ella se tomaba otro trago de aguardiente, en el otro lado del mundo seguía el mismo problema de idénticas

magnitudes.

Se levantó, furiosa, no podía pensar así, su trabajo valía, un solo niño salvado era

importante y por un solo joven recluso que ella pudiera ayudar, valía la pena todo su

esfuerzo. Pensó en Jorge, en lo que hacía por los demás, se había enterado por otras personas de que servía a la gente y era muy respetado en el lugar. Tomó la decisión de

ir al día siguiente, llamó a Lorenzo y a Lucila para avisarles. Terminaría su labor esa

misma semana. Ya tenía suficiente material. Hablaría con Susana y pondría la

investigación adyacente en otras manos.

Jorge lo supo esa noche después de la contada.

—Le dieron un susto a la Monita —le dijo un compañero de patio.

Había sido apenas a una cuadra de la cárcel. Un sudor frío descendió por su espalda. Si algo había aprendido en ese viaje de supervivencia era a esconder sus emociones. Su vida dependía de ello. Si se enteró fue porque el que la amenazó quiso

que él lo supiera. Tendría que hablar con ella, pedirle que se fuera de ese lugar abandonado de la mano de Dios, decirle que allí no había nadie que valiera la pena rescatar, que volviera con sus niños africanos o sus niñas del Medio Oriente. La convencería de una u otra forma. El único que podría ayudarlo era el guardia Montes,

uno de los tres en los que podía confiar.

Golpeó, furioso, la pared. Las cosas iban a cambiar en ese maldito patio, así tuviera

que vender su alma al grupo que deseaba el control del recinto.

En cuanto Belén pasó el primer control, se dio cuenta de que ya todo el mundo sabía

lo que le había pasado, los guardias apenas la miraban a los ojos. En cuanto traspuso la

primera reja, un guardia que ella había visto en más de una ocasión, la interceptó y le

dijo:

—El subdirector quiere hablar con usted.

Se separó del grupo y les pidió que se adelantaran, el guardia la llevó por un corredor hasta una puerta al final del pasillo. Ella lo siguió con algo de temor, pues conocía la oficina del subdirector y no era esa.

—¿No es por el otro lado?

El hombre la miró con gesto tranquilo.

—Alguien desea hablar con usted. —Ante el gesto asustado de Belén, que hizo el amague de devolverse, agregó en tono de voz suave—: No se preocupe, no va a

pasarle nada.

Con algo de temor, Belén entró a la oficina, que era más bien un sitio donde había

varios archivadores y ni siquiera una silla donde sentarse. Pero eso fue lo de menos al

encontrar a Jorge con las manos en los bolsillos, recostado en la pared.

—¡Tú! —exclamó, ignorando los latidos del corazón, que los sintió hasta en las sienes, y el fuego en la boca del estómago. Eso la enfureció y lo miró con rabia.

—Hola, paloma.

Estaba en apariencia tranquilo, como si la presencia de ella no lo afectara en lo más

mínimo. Como siempre, se quedó mirándolo como una idiota, como si fuera víctima de

un hechizo cada vez que estaba ante él. El aroma de su loción llegó hasta ella, sus *jeans* azules resaltaban el largo de sus piernas, su mandíbula estaba aderezada por una cuidada barba de pocos días, que le daba una apariencia fiera. Mostraba la cabeza alta,

en una clara posición dominante.

El que la llamara "paloma" atizó su furia, pero lo disimuló. No podía ponerse tan en

evidencia.

—Mi nombre es Belén —replicó—. ¿Qué quieres?

Jorge la obsequió con una expresión de profunda ternura. Ella, en cambio, lo miró

con gesto de decepción. Él se sintió como una mierda.

—Sé que estás molesta, quiero explicarte…

Ella emitió un gruñido de irritación.

—¡No tienes que explicarme nada!

Él agachó la cabeza y cuando levantó la mirada, esta desprendía tanto poder que a

Belén la asaltó el calor de inmediato.

—Supe lo que te ocurrió ayer.

El recelo se adueñó de Belén.

—Por lo visto todo el mundo lo sabe, los guardias me miraron muy raro cuando entré. ¿Cómo diablos te enteraste tú?

—Alguien quería que lo supiera. Cualquier investigación que estés haciendo debes

dejarla de lado.

—¿Por qué? ¿Porque lo dices tú? ¿Te escogieron a ti para pasarme el mensaje?

Se rio, incrédula.

—Puede ser, no quiero verte en peligro —señaló, en tono de voz tenso.

—¿A ti qué te puede importar?

—¡Me importa! —explotó él, golpeándose el pecho—. Mucho.

—No te creo.

Belén dio la vuelta con el ánimo de marcharse, pero Jorge se lo impidió, aferrándola

del brazo.

—¡Escúchame bien! —exclamó con voz ronca, perdiendo la poca paciencia con la

que contaba, tenso ante lo que sentía al tocarla y al percibir el calor que desprendía su

piel. Recordó el beso compartido días atrás al mirar sus labios rojos y se obligó a centrarse—. Debes alejarte de aquí. Nada bueno va a salir de esto.

—¡Tienes razón! Nada bueno ha salido de esto —exclamó, furiosa, soltándose de su

agarre—. Me imagino que fui una especie de reto, seguro le dijiste a tus amigos:

“Tengo que besuquear a la nueva”. A lo mejor hice parte de un lote de apuestas, lo que

se habrán reído a mi costa. ¿Qué más podía esperar? Tú mismo lo dijiste, aquí no existen los principios ni los escrúpulos.

¿Qué diablos le pasaba? ¿Qué hacía reclamándole como mujer despechada? Quiso

golpearse la cabeza contra las paredes por su imbecilidad y ver si la sensatez volvía a

ella, su rostro tomó un tono escarlata. Era patética. Bajó la cabeza ante la intensidad de su mirada.

—¿Besuquear? —Jorge levantó la comisura de los labios en un amago de sonrisa

irónica y una chispa brilló en sus ojos.

—Sí, besuquear, y yo como una idiota, caí.

Bajó la cabeza, avergonzada, no parecía una mujer de veintiséis años con algo de experiencia en el trato con hombres. Por Dios, había vivido con uno hasta hacía pocos

meses. ¿Qué tenía Jorge Robles para ponerla así?

—Yo no besuqueo, paloma.

La empujó contra la pared. Ella soltó una exclamación ahogada y sus pupilas se dilataron, oscureciéndole la mirada. La estudió unos segundos, intentando descubrir el

rechazo en su expresión. Ya sin darle tiempo a pensar más, se inclinó hacia adelante,

con una mano le atajó la cabeza por detrás y con la otra, la mandíbula, y unió sus labios

a los de ella, que produjo un sonido suave y asustado contra su boca. Jorge profundizó

más el beso. Deslizó un brazo hasta la cintura y extendió la mano hasta abarcarle el trasero. Toda ella lo envolvió, haciéndole olvidar el lugar y las circunstancias. Se aferró a esos labios como un oso ante un panal de miel. No estaba preparado para su

fragancia, que se mezcló con su sabor, dulce y exquisito, que era vainilla, según le había dicho ella en una de sus llamadas telefónicas. Pero esa no era la vainilla que él

recordaba de los postres que hacían en su casa.

Otra vez experimentó el desconcierto al advertir en los labios de Belén la ansiada

sensación de sentirse libre por primera vez en años, como si volara. El corazón golpeteaba sin tregua. Se sintió asustado, como si estuviera desnudo y se agarró con uñas, labios y dientes a la sensación. No podía encontrar nombre para las otras emociones que lo invadían como oleadas: una necesidad punzante, deseo de poseer, de

marcar. Con la maestría que no había olvidado con los años, la persuadió a abrir la boca. Se separó unos instantes, pudo ver el sonrojo en sus mejillas y cómo trataba de

tomar aire, sus pupilas oscuras mirándolo con anhelo. Le aferró la nuca, la pegó a él de

nuevo y se sumergió en el beso más desesperado que había dado en su vida, como si

quisiera fundirse en ella, que lo devorara y lo llevara a donde quisiera.

“En un beso la vida”, rezaba un viejo bolero, el favorito de su padre, cuánta

razón

tenía el título de la canción, meditaba, mientras su lengua transitaba todos sus espacios, como dueño recorriendo su más valiosa posesión.

“Dios mío, no te olvides de mí”, rogó Belén con el pensamiento al sentir su cuerpo

duro contra ella. Deslizó la lengua contra la de él, enfrentándose a aquel beso con miles de pensamientos dispersos en millones de partículas brillantes. Se le pusieron los ojos en blanco al sentir su presencia aplastándola contra la pared. La estaba devorando como si fuera su primera comida en mucho tiempo.

Jorge apartó su boca con un gruñido y en un solo movimiento le levantó el suéter y le

acarició los senos. Sin dejar de mirarle el rostro, acusando cada una de sus reacciones,

metió mano por encima de la copa del sujetador y cuando liberó un pecho y rozó un pezón, ambos gimieron extasiados.

—Eres preciosa —dijo, sin poder apartar la vista de su piel desnuda.

Una mirada caliente y hambrienta derritió a Belén, que emitió un jadeo entrecortado

al sentir su boca húmeda en su pezón. Tiraba con fuerza, chupaba, lamía y luego volvía

a empezar, le causaba un poco de dolor pero a la vez le brindaba un gran placer. Liberó

su otro pezón y lo colmó con las mismas atenciones. Belén se sentía arder, sus partes

íntimas las sentía pesadas y líquidas. Percibía el deseo incontrolable de Jorge, y en vez

de estar asustada, estaba emocionada. Quería hacerlo arder, que fuera ella la única que

pudiera ver su combinación de hombre carnal y experto, porque Jorge Robles sabía lo que hacía.

Cuando se le escapó un fuerte gemido, él levantó la cabeza, estudió sus facciones con gesto rígido, y Belén pudo sentir la fuerte tensión. ¿Se arrepentía? Su rostro estaba

en guerra y cerró los ojos un instante, cuando los abrió, vio como si una puerta se hubiera cerrado ante ella. Se separó de él, le dio la espalda y aprovechó para arreglarse la ropa.

—Lo siento, yo… —dijo él sin saber qué más decir.

Ella negó con la cabeza.

—¿Otra apuesta ganada? —preguntó y se arrepintió al momento de haberlo hecho.

No quería contaminar ese momento sublime con algo tan turbio como una apuesta.

—Yo no apuesto lo que es mío, paloma, y esto que pasó es para que te quede claro

que yo no besuqueo.

—Yo no soy tuya.

—Tu boca hinchada y mi saliva en tus pezones dicen otra cosa.

—Eres un imbécil.

No la merecía. Pocas veces había deseado algo desde que estaba preso, para

evitarse amarguras, y a ella la deseaba, no quería dejarla ir, pero debía hacerlo. No tenía lugar en su vida. No podía ser tan ruin de amarrarla a su

suerte. No lo había hecho con ninguna mujer de las del pasado, no lo iba a hacer ahora con una que claramente le importaba más que todas las que había conocido.

—Sí, lo soy, desde que apareciste en mi vida no hago sino portarme como un

imbécil. No fue para besarte que le pedí al guardia que te trajera. Las cosas se van a

poner muy difíciles en los próximos días, necesito que termines tu investigación, te quedes callada sobre lo que averiguaste y no vuelvas por aquí.

—No soy tu responsabilidad. —Su voz tenía un tono severo y regañón que no iba bien con lo que había ocurrido segundos antes—. No tienes derecho. Puedo decidir por

mí misma...

—Escúchame.

Jorge pronunció esa palabra con firmeza y ternura a la vez. Era un hombre de contrastes, como las sensaciones que despertaba con sus palabras.

Ella se quedó quieta, dispuesta a escuchar lo que él quisiera decirle, a creerle lo imposible, a seguirlo hasta el fin del mundo.

—No me mires así o no respondo, paloma.

—Entonces no me llames más paloma, no me toques, no me mires de esa forma y sobre todo, no me beses como si tu mundo se fuera a acabar mañana.

Él soltó un suspiro frustrado y ella pudo atisbar un gesto vulnerable que enmascaró

enseguida con su pose hombre peligroso. Se pasó la mano por el cabello.

—Prométeme que no vas a volver.

—No puedo, debo terminar mi trabajo.

—¡Por Dios, Belén!

A ella le dolió que no la hubiera llamado “paloma”.

—Entonces, ¿esto es todo? No deseas verme más.

—Claro que quiero verte, muero por verte, pero esto no se trata de nosotros, tu seguridad es más importante.

“¿Qué diablos estás haciendo, Belén? Es tu oportunidad de dejar las cosas aquí, te

está brindando una salida, agárrala y olvídate de esto”. ¿Por qué contra todas las probabilidades se sentía atraída hacia un hombre condenado por asesinato? “Deja ir este sentimiento, Belén, por tu tranquilidad, hazlo”.

—Antes de esta reunión, ya tenía un plan. Mi trabajo lo termino esta semana, lo que

descubrí, que es poco, incrimina a guardias y a reclusos por igual, todo el mundo parece estar al tanto de la manera en que se hacen las cosas.

—Lo que descubriste, déjalo estar, aquí nos vamos a encargar de todo.

—¿Por qué te vas a encargar tú?

—Porque te amenazaron y eso no lo voy a dejar pasar.

—Yo no me voy a quedar de brazos cruzados, olvídalo, tú corres más riesgos,

podríamos trabajar juntos.

—¡Déjalo! —explotó, con mirada iracunda.

—Me preocupa que algo malo te pase.

—No te preocupes —interrumpió él—. Soy de los malos, recuérdalo y

olvídate de

todo esto.

A Jorge se le acababan los minutos y estaba peor que cuando llegó, estaba furioso,

excitado y angustiado por lo que le pudiera ocurrir a Belén. Era una mujer terca y tenía

que serlo, su trabajo lo demostraba, pero podía terminar muerta y eso no podía permitirlo. En cuanto ella se dio la vuelta, tuvo el insensato deseo de arrinconarla otra

vez y llevar las cosas hasta el final. La miró, furioso, años de control desparecían en

cuanto la miraba.

—Ya veremos —se despidió ella con la mano en el pomo de la puerta.

En cuanto salió, Jorge dio un puñetazo a la pared.

—¡Maldita sea! —bramó.

CAPÍTULO 7

Al llegar a su apartamento, Belén encontró un sobre grueso de manila en la recepción,

había llegado el informe del proceso de Jorge Robles. Era un día frío y lluvioso, preparó una taza de té de vainilla, su bebida especial y se sentó en el sofá con el sobre

en las rodillas.

¿Valdría la pena leerlo? En nada cambiaría las cosas, no volvería a verlo, ni siquiera tendría que volver a la dichosa biblioteca, pues la parte de la investigación que le faltaba sería en el área administrativa. Sopesó los

documentos y después de darle un sorbo a su bebida, empezó a leer.

RADICADO: 707136001051201080112 N.I. 2011—0004

PROCESADO: JORGE ROBLES DÍAZ, SINDICADO DE DELITO

HOMICIDIO AGRAVADO

REPÚBLICA DE COLOMBIA

RAMA JUDICIAL DEL PODER PÚBLICO

JUZGADO DÉCIMO PENAL DEL CIRCUITO ESPECIALIZADO DE

BOGOTÁ, D. C.

Bogotá D. C., treinta (30) de noviembre de dos mil cinco (2005)

Radicación: 707136001051201080112 N.I.2011—0004

Procesado: Jorge Robles Díaz

Delito: Homicidio Agravado

Occisos: Rogelio Antonio Martínez Mercado y Virgilio Angarita Pérez.

Origen: Fiscalía 48ª Especializada UNDH-DIH, Bogotá.

La primera parte del informe estipulaba el número de documento, el domicilio del acusado, la edad que tenía en la época en que fueron cometidos los asesinatos y la fecha de ocurridos los hechos. Tan joven, meditó, veintiseis años. Recordó el nombre

de San Antonio de Padua, uno de los pueblos azotados por el conflicto armado. Luego

leyó su descripción física, grupo sanguíneo, quiénes habían sido sus padres y su grado

profesional.

En otra hoja se remontaban a los hechos, se hablaba de una pelea de bar donde los

implicados habían discutido horas antes de ocurrido el hecho. En el camino a La Loma

aparecieron horas después los cadáveres de los dos campesinos que se habían ido a los golpes con Jorge Robles, el arma había aparecido monte abajo, no era el arma de

Jorge, pero sí estaban sus huellas. El acusado alegó que un hombre se había acercado

el día anterior a ofrecerle el arma por cien mil pesos, pero Jorge, que la revisó, no se

mostró interesado, esto ocurrió cuando salía de un almacén de insumos agrícolas. Se hicieron pesquisas, pero el hombre no apareció por ninguna parte. Un testigo dijo haber

visto a Jorge Robles esa noche caminando con los campesinos a las afueras del pueblo.

Luego venía la descripción de los dos campesinos y el informe de medicina legal

que dictaminaba la causa de la muerte, uno de ellos un tiro en la sien y el otro un tiro en el corazón. En otra hoja estaba la reseña procesal y la formulación de cargos. Los alegatos del abogado defensor. La aprensión, los años de indagatorias y diligencias.

Belén cerró los ojos un instante y se imaginó el momento, ese instante crucial en el que

le cambia la vida a una persona. Tuvo la certeza de que era inocente, Jorge Robles no

había matado a esos campesinos, lo supo con seguridad meridiana y nada la haría cambiar de opinión. Le rogó a Dios que las cosas se solucionaran a su favor.

Al día siguiente, mientras caminaba por un pasillo rumbo a la oficina de la

trabajadora social, observó que Jorge salía de otra oficina, y se cruzaron antes de que

Belén entrara a la dependencia. La saludó con gesto adusto. Solo sus ojos mostraban un

choque de profunda emoción.

—Belén.

Ni siquiera ralentizó los pasos. Ella le devolvió el saludo con un gesto de la cabeza,

tratando de esconder sus emociones y fracasando de manera miserable. Le dolió que no

se detuviera, que no le dijera “paloma” y que no le sonriera, como si lo ocurrido el día

anterior hubiera sido un invento de su imaginación. Se repitió como un mantra todas las

razones que tenía para dejar las cosas como estaban, pero parecía que a su corazón le

importaba un bledo lo que su cerebro trataba de advertirle.

Salió a cenar esa noche por segunda vez con Alberto Montes, estuvo más alegre que

de costumbre, el hombre parecía encantado con esa actitud. Él estaba lejos de saber que era el comportamiento de una mujer despechada, no pudo atisbar el desconcierto,

la tristeza y el malgenio por saberse dueña de sentimientos no correspondidos.

“Recuerda tu mantra”, se dijo, mientras seguía la conversación de su amigo.

—Deberías trabajar conmigo en Nueva York.

Ella acarició la copa de vino con el dedo. Estaban en un restaurante de comida italiana, había degustado una deliciosa pasta.

—Fíjate que podría ser.

No se preguntó en ese momento lo abrupto de su decisión. Él hombre la miró,

sorprendido.

—Envíame la hoja de vida, en un par de meses necesitaré una asistente. Estaré a cargo de uno de los programas de la Unicef, tendré vía libre para contratar a mi equipo

de trabajo y sería una buena oportunidad para ti.

—Mil gracias por tenerme en cuenta.

Nunca se quedaba mucho tiempo en un solo lugar, había llegado al país con la idea

de quedarse, pero el desasosiego que la circundaba cada vez que enfrentaba una situación difícil se traducía en querer poner pies en polvorosa lo más de la situación

que la incomodaba, así había sido siempre.

Se despidieron más tarde, no sin antes quedar en ir a cine la semana siguiente,

después de que Alberto llegara de una correría por varias ciudades del país.

Días después, Belén, por intermedio de Susana, se reunió con un fiscal compañero

de ella de la universidad. Cumplió la cita una tarde de finales de marzo y le entregó el

informe sobre lo que había descubierto. El hombre no se mostró sorprendido por nada

de lo que ella le comentó.

—Voy a reunirme con algunas autoridades para hacer una labor de inteligencia y ahondar más en sus investigaciones, señorita García.

—Espero que mis averiguaciones sirvan para algo, no es una situación fácil.

—Usted no se preocupe más, nosotros nos encargaremos de aquí en adelante.

—Había leído bastante sobre el tema, pero no es lo mismo que verlo con mis

propios ojos.

—Es lamentable, en el caso que aquí nos compete, los últimos equipos adquiridos para impedir el ingreso de elementos prohibidos no son suficientes y es por ello que se

presentan estas filtraciones.

Belén quiso decirle que las filtraciones eran como una enorme coladera, pero no valía la pena, sin voluntad para erradicar un problema nada podía hacer. Se angustió aún más por Jorge, que tanto tenía que enfrentar en su día a día.

El sábado en la tarde llegó a su casa, sus padres arreglaban el jardín del patio, que

contaba con matas de rosas, rosadas y muy olorosas, pensamientos y astromelias, y en

otro espacio había matas de fresas y moras. El día estaba soleado, ideal para estar al

aire libre. Una jarra de limonada reposaba en una mesa de madera rústica.

Belén los

ayudó un rato, y más tarde disfrutaron del delicioso y fresco líquido.

—Me ofrecieron un trabajo en Nueva York.

Calixto levantó la mirada del vaso, lo dejó en la mesa y apoyó las manos en las rodillas.

—¿Qué pasó con tu trabajo? Hace unas semanas te sentías en el séptimo cielo

caminando por los pasillos de esa cárcel.

Ambos la miraron, confundidos.

—Mi trabajo terminará pronto.

No debió decir nada, pensó Belén ante el gesto desolado de sus padres.

—Pero no es el único proyecto que tiene la ONG en el país —refutó Calixto —.

¿Qué necesidad de irte a aventurar por el mundo? ¿Es el trabajo con esa gente?

A Belén le molestó el tono utilizado por su padre al referirse a los reclusos.

—¡No, papá! Esa gente, como tú les dices, no han supuesto un problema para mí —

mintió ella.

—En este país puedes hacer carrera, mira a tus hermanos, no les ha ido nada mal, aunque sé que si se lo propusieran estarían mucho mejor.

“Otra vez la mula al trigo y el molino al cebadal”, pensó Belén, recordando el dicho

de su nana cuando la terquedad la metía en problemas. Sus hermanos ya ni se

inmutaban por algo que era habitual en su padre.

—Ya estábamos acostumbrados a tenerte cerca —manifestó su madre con pesar.

—No he dicho que haya aceptado.

—Si lo has traído a colación es porque te interesa —intervino el padre.

Belén, algo incómoda, impostó una sonrisa de suficiencia.

—Siempre es bueno tener opciones, papá.

Enrique llegó con sus sobrinos y se puso a jugar con ellos a la pelota en la parte de

atrás del lugar. Antonia llegó rato después y jugaron a la golosa, que estaba pintada en

un espacio pavimentado del patio desde que ellos eran niños.

Más tarde, Antonia se sentó con ella en el pasto.

—¿Qué te pasa? Te noto rara, deprimida. ¿Aún sigues pensando en Nathan?

Belén soltó una risa que más bien fue como un bufido.

—No he pensado en Nathan en días.

—¿Todo bien en tu trabajo?

—No lo sé. La investigación va bien, pero es deprimente no poder hacer nada.

Le relató sobre la nueva propuesta laboral. No le dijo que en días anteriores había

llegado a su casa con un enorme nudo en la garganta y lloró desconsolada, quiso enviar

todo al carajo, pero la mirada de esperanza de los reclusos, sobre todo los más jóvenes, cuando ella llegaba con alguna golosina, con su sonrisa y con lo recolectado

en todas las puertas que había tocado, eran el impulso que la llevaban de nuevo a ese

lugar. No se le ocurrió decirle a Antonia ni a su familia de la amenaza, y mucho menos

hablarles de su atracción por un recluso acusado de asesinato. Se treparían por las paredes y serían los primeros en ponerla en un avión rumbo a la Conchinchina. El informe ya estaba listo, la semana siguiente tenía reunión con su jefe para entregarlo.

Se prometió no llorar más.

—Conocí a alguien.

—Por fin, un buen polvo es lo que necesitas para dejar esa cara agria —dijo

Antonia, que puso su suéter a modo de almohada y se acostó en el prado—. ¿Quién es?

—Pon un parlante, para que se entere hasta Rosario —protestó Belén, muerta de

risa, y le tiró su suéter de lana a la cara—. Es alguien especial, muy inteligente, es veterinario, guapo y tiene un tatuaje.

Antonia se quitó el suéter de la cara, lo envolvió y lo dejó a un lado, levantó una ceja, interesada.

—¿En dónde tiene el tatuaje?

—En el brazo, no sé si tiene más.

—No te has acostado con él.

—No. El tatuaje es un lobo, su significado es…

—Lo que menos me interesa es su significado. Un hombre con un tatuaje es sexy como el demonio, lo último en lo que pienso es en su significado, pienso en recorrerlo

con la lengua.

Belén soltó la carcajada.

—No tienes ni un ápice de vergüenza.

—En esto no, cómo se te ocurre, me niego a ser aburrida. ¿Vas a aceptar el trabajo?

—No lo sé.

—¿Y el veterinario qué papel juega?

—Ninguno, no voy a tener nada con él.

—¿Por qué?

—Es complicado.

Los niños corrían alrededor de ellas.

—¿Está casado?

—Algo así.

—No le des ni la hora, un hombre casado es una muy mala inversión.

—Lo sé —concordó ella. “Un recluso también”.

De vuelta al interior de la casa, Pilar se aferró a su brazo.

—No le pongas atención a los gruñidos de tu padre, si lo que deseas es irte a Nueva

York, hazlo. Eres una joven muy inteligente y solo tú sabes lo que te hará feliz.

Belén tuvo el impulso loco de contarle todo a su madre, de pedirle consejo, de rogarle que no la juzgara por una loca atracción que no la iba a llevar a ninguna parte,

pero tal como ocurrió con el llanto, se propuso no hacerlo. Cuando se despidió, le susurró a su padre:

—No seas tan duro con nosotros, no lo merecemos.

Calixto la miró como si le hubiera hablado en chino. Se montó en el taxi, se escuchaba un tema de Luis Miguel, el chofer estaba de un romanticismo despechado que daba miedo, hizo todo el recorrido a casa tarareando las canciones. Por lo visto,

ella también.

Ese mismo sábado en la tarde, Jorge recibió la visita de su hermano menor. Miguel

Robles era oficial retirado del ejército y ambos eran muy parecidos, de estatura similar, aunque Miguel era más delgado, el color de sus ojos más oscuro, y su gesto más adusto que el de Jorge, que llevaba años sin saborear la libertad. Su hermano menor llevaba una carga muy pesada en sus hombros y no solo era la responsabilidad

financiera de toda la familia, sino también la pena y el resentimiento. Se sentía culpable debido a que se enamoró de Olivia Ruiz Manrique, la hija del que orquestó

el asesinato de su padre y la posterior implicación de Jorge en los delitos por los que

ahora estaba en la cárcel.

Miguel no le perdonaba a Olivia lo ocurrido a su padre y a su hermano, y aunque Jorge en un principio también culpó a la joven, años de introspección le señalaron que

con Olivia o sin ella, el final habría sido el mismo.

Pero Miguel no deseaba creerlo, era como si necesitara ese sudario de culpa y rencor para seguir viviendo. Si a eso se le adicionaban los comentarios cáusticos de su

madre respecto a la joven y todo lo ocurrido, capas y capas de rencor habían hecho una costra dura alrededor del alma de su hermano. Miguel trabajaba hacía poco tiempo como jefe de seguridad de un importante industrial. Ligia, su madre, y Ángela, su hermana menor que estaba en la universidad, ya no estaban solas.

Se abrazaron en cuanto se encontraron. Miguel, como siempre, traía un alijo de ropa

que su madre le enviaba y algunos alimentos que tenían autorización de entrar en el lugar.

Jorge lo invitó a sentarse en una de las sillas, varios reclusos recibían la visita masculina de familiares y amigos.

—Mamá no puede venir mañana, está con una gripe que la tiene tumbada en cama.

—¿Fue al médico?

—Obligada, pero fue, debe guardar reposo unos días y tomar muchos líquidos. Tía

Elizabeth está pasando unos días en casa y Ángela está pendiente de la beca para terminar su carrera de Ingeniería en una universidad de Italia, le está poniendo todo el

empeño y sé que lo va a lograr.

—Le sentaría el cambio —dijo Jorge—. No lo ha tenido fácil mi niña.

—Siguen los roces con mamá, que tampoco es de convivencia fácil, por más

que

pasen los años, ella está igual que ese día.

Ligia había amado profundamente a su esposo, la ira y el resentimiento la habían convertido en un ser belicoso y amargado, si a eso se le adicionaba la reclusión de Jorge, su hermano no lo tenía fácil. Cuando su madre iba a visitarlo, ponía su mejor cara, ambos eran como actores de teatro en plena función.

Ángela tenía catorce años cuando había ocurrido todo, sufría mucho con el

encarcelamiento de su hermano, al que adoraba. Poco la veía, detestaba que fuera a visitarlo a ese lugar, pero ella se imponía y a veces aparecía con su madre.

—Necesito un favor tuyo, enorme —dijo Jorge, tratando de hablar con sensatez, y que no se le notara la ansiedad.

—Habla. —Miguel haría lo que fuera por él.

—¿Cómo están tus contactos con la policía?

Miguel frunció el ceño.

—Muy bien, ¿por qué?

—¿El equipo de tu amigo puede hacer una intervención el lunes en el patio? Una requisa fuerte. —Jorge se refería al equipo élite de la policía que tenía la potestad de

entrar al patio con indumentaria y armamento especial y requisaba hasta las paredes—.

Necesito sacar a un maldito del penal, estoy seguro de que su celda estará llena de drogas y armas. Hasta me dan ganas de sembrarle algo para que la requisa vaya a seguro.

Miguel lo miró, atónito.

—¿Te volviste loco? ¿Qué diablos estás pensando?

—¿Puedes hacerlo o no?

—Primero me explicas todo y veré si puedo ayudarte o no.

—Es el cacique del patio, maneja drogas, dinero y armas. Amenazó a alguien

importante para mí. El maldito quería involucrarla en la entrada de alguna porquería.

—¿Involucrarla? —preguntó Miguel, sorprendido—. ¿Es una mujer?

Jorge se puso tenso y se quedó callado unos segundos. Miguel supo que la mujer era

importante para él, por el gesto vulnerable que detectó unos segundos antes de asumir

su semblante estoico de siempre.

Después de un profundo suspiro, Jorge le relató todo, los maltratos y abusos en el patio por culpa del hombre y su banda, los dos encuentros que había tenido con él y la

amenaza a Belén. A Miguel no le pasó desapercibido el tono de voz utilizado por su hermano al pronunciar el nombre de la mujer. La curiosidad lo asaltó, pero conociendo

a su hermano, sabría algo solo si él decidía contarle.

—No es legal el que le siembres droga, puede sospechar de ti y después sería peor.

Además, recuerda que estamos luchando porque recuperes tu libertad, no lo arruines.

—Lo sé, pero el tipo es de lo peor, se merece eso y mucho más. Si la requisa es positiva, se lo llevarán de aquí Y lo refundirán en una de las cárceles de

alta seguridad

en el norte del país.

Miguel meneó la cabeza.

—Y otro tomará su lugar.

Jorge se llevó la mano a la frente.

—Esto es de nunca acabar.

—Es un favor algo personal —respondió Miguel—. Tengo que manejar muy bien la

información que le voy a dar al mayor de la policía que siempre me ayuda. No puedo

pedirle ese tipo de favor sin esgrimir una buena razón.

—Tiene que ser un día lunes. Ese día tiene toda la droga y las armas de la semana en

su escondite en la celda.

—A ellos no les interesa tanto el tema de las drogas, pero sí el tema de las extorsiones.

—Encontrarán teléfonos móviles también.

—Si hubiera una denuncia, todo sería más fácil. Tu amiga podría hacer la denuncia.

—¡No la quiero en esto! —estalló Jorge enseguida. No iba a exponer a Belén por nada del mundo.

Miguel guardó silencio por un momento, boquiabierto por la primera reacción

visceral de su hermano en años. Desde que estaba en la cárcel parecía un

maestro de

Zen de esos que salen en las películas y a los que nada perturba.

—Veré qué puedo hacer.

Miguel Robles salió del penal muy preocupado por Jorge. El favor no era cosa fácil.

Tan pronto llegó a su auto, marcó el número de su amigo en la policía y le pidió una

cita urgente para ese mismo día. Afortunadamente el hombre estaba en el bunker de Inteligencia y citó a Miguel al final de la tarde. Lo convencería, los oficiales de policía

estaban ávidos de resultados, el gobierno era exigente con los operativos, las requisas en la cárcel eran frecuentes, casi todas las semanas entraban a algún patio, el factor sorpresa jugaba un papel fundamental, era cosa de que ni siquiera los guardias estuvieran avisados. Le diría la verdad, que su hermano estaba amenazado, que el maldito patio parecía una cuadra de la calle del Cartucho, la más peligrosa de Bogotá,

donde drogas, armas y secuestros estaban a la orden del día. Una gran amistad y la absoluta confianza en la información dada inclinarían la balanza a su favor.

¿Quién sería la mujer? Era la primera vez que veía a Jorge preocupado por alguien

que no fuera de su entorno familiar, tenía la piel tan curtida que ni siquiera dejaba ver

sus emociones o lo que pensaba, tan diferente del hombre alegre, explosivo y

dicharachero que era antes de que la tragedia llegara a su vida. El fallo de la presentación del memorial del vencimiento de términos saldría la siguiente semana.

Todos estaban a la expectativa. Sería un regalo del cielo tener a su hermano mayor de

nuevo en casa.

Para su sorpresa, el oficial ya tenía una orden de la Fiscalía para entrar en la cárcel

el lunes siguiente, la información de Miguel precisó el patio donde harían la requisa.

El domingo al anochecer apareció el cadáver de William Duarte, el protegido de Jorge Robles. Ese día no había podido cancelar su deuda de droga ya que ni su madre

ni su hermana fueron a visitarlo. La ira de Jorge lo llevó hasta la puerta de la celda del tipo que lo había apuñalado, no valieron las recomendaciones de sus amigos, ni la esperanza de que el grupo élite de la policía entraría al día siguiente al lugar. “El Tripas lo acuchilló”, fueron las palabras de uno de los amigos del muerto.

—Sal, grandísimo hijo de puta, sé un hombre —dijo en la celda del hombre.

—Profe, por favor —rogaba Moisés, mientras lo aferraba de la camisa—, ya está

frío, no hay nada que hacer.

El Tripas salió de la celda y lo miró con burla.

—Es una jodida trampa —adujo Edgar—, lo quieren quebrar a usted, esos

malnacidos van detrás de usted.

—¡Me importa una mierda! —gritó, exaltado como nunca lo habían visto sus amigos

en su tiempo en prisión.

Jorge estaba dolido por lo ocurrido al joven y por lo ocurrido a Belén. Su Belén, que solo quería hacer lo correcto. ¡Malditos!

En el patio se hizo un corrillo en torno a los reclusos, acicateándolos hasta que quedaron los dos en el centro. Se quitaron las camisas, las medias y los zapatos, daban

vueltas en un acto peligroso que simulaba una pelea de gallos, un deporte grotesco, común entre reclusos. Sin ningún tipo de arma.

—Debe tener el puñal escondido —insistía Edgar.

Jorge ya estaba en otra cosa, pocas veces lo habían visto enfurecido, la gente le temía cuando con párpados entrecerrados, ceño fruncido y fosas dilatadas defendía lo

que creía era correcto. Hoy peleaba con ira, resentimiento y odio visceral. Le dio el primer puñetazo al hombre, que se tambaleó, sorprendido, y arremetió contra él hasta

tumbarlo, lo golpeó una vez en el pecho con el pie, pero Jorge se levantó de un salto

para esquivar un nuevo ataque, esta vez en el estómago.

Un joven levantó las apuestas, los reclusos alentaban a los adversarios. El hombre le

dio un puñetazo en el ojo y en la mandíbula, que Jorge devolvió con una patada bastante elevada que lo dejó trastabillando. El Tripas arremetió de nuevo contra él, pero Jorge, veloz, salió de su camino, lo que lo enfureció más.

—Ven, malnacido, ven —decía Jorge, alentando a que el hombre se le volviera a acercar. En esos momentos cada uno rondaba al otro, guardando las distancias.

Se acercó al delincuente y le dio un golpe en el estómago que lo dobló en dos, lo que

él aprovechó para darle un rodillazo de los testículos. El hombre cayó de bruces y al

darse la vuelta, algo brilló en su mano, un maldito punzón.

—Adelante, hazlo y estarás linchado antes de dos minutos. Tu patrón tiene el poder

porque a mí se me ha dado la regalada gana —bramó Jorge, con una mirada que pocos

le conocían.

Él hombre lo miró con odio.

—Esto no se queda así —dijo, levantándose. Edgar entró al ruedo y le levantó los

brazos, en señal de ganador de la riña.

—Le aposté fuerte, ganamos buen dinero.

—Oportunismo, tienes nombre: Edgar Ramírez.

—Lo he visto entrenar, el Tripas es más el tiempo que se la pasa drogado.

—Pero no deja de ser peligroso.

—Eso sí.

Jorge rogó porque Miguel pudiera hacer algo al día siguiente. Esa noche, los

hombres de Moisés hicieron guardia en la puerta de su celda.

CAPÍTULO 8

El lunes a las seis y treinta de la mañana entró un grupo de policías especializado en

desmantelamiento de bandas y otro tipo de operaciones como la que iban a realizar, junto con el grupo especialista de guardias del penal. Sacaron a todos los reclusos al

patio, los desvistieron y los dejaron allí de pie, mientras ellos examinaban cada celda

con lupa. El cadáver del joven yacía con una sábana blanca extendida en el otro extremo del patio, esperando a los profesionales de medicina legal para su

levantamiento.

Jorge Robles hervía de la rabia, pero como siempre, su semblante estoico

disimulaba el odio y el resentimiento por lo ocurrido a su protegido. Estaba seguro de

que había sido una manera de presionarlo a él o de enviarle un mensaje. El frío de la

mañana se le colaba entre los huesos, parecía que toda la neblina de la ciudad estuviera condensada en ese patio. Saldrían bien librados si no agarraban una

pulmonía. Se escuchaba como violentaban candados, revolvían pertenencias, rompían

televisores. Jorge se había desecho del puñal, previendo esa visita.

Así transcurrieron las horas, hasta que un oficial con lista en mano llamó a un grupo

de hombres, entre ellos, Pacho y parte de su grupo de secuaces. Los separaron de los

demás, les dieron la orden de vestirse y los sacaron del patio. Años de encierro le decían que no les volvería a ver el pelo a ninguno de ellos. En ese instante, el Jefe se

volvió como si sintiera la mirada de Jorge, que le regaló un gesto de burla. “Bye, bye,

baby”, le vocalizó sin hablar. El hombre, rojo de la ira, le hizo un gesto con el dedo

medio. “Me las pagarás, maldito”, le contestó del mismo modo.

Más tarde, mientras buscaba lo que podía salvarse de la debacle hecha por las autoridades, le llegó el comentario de que Pacho había salido trasladado para una cárcel de máxima seguridad en otro departamento del país. Quiso llamar a Belén, comentarle las buenas nuevas, pero se arrepintió, había hecho lo que tenía que hacer.

Esa misma semana, reunida con su jefa, Natalia Pedrozo, Belén presentó el informe

en compañía de Luis Cantillo, el abogado de la Defensoría. Expuso sobre el

hacinamiento, la falta de higiene, de servicios médicos dignos, la violencia y el consumo de estupefacientes. Cuando llegó a la parte de las soluciones, la más

importante, rescatar al drogadicto de su adicción por medio de la educación, y crear cultura del lugar que habitan para que en medio del entorno hostil, se puedan crear una

buena convivencia. Presentó su iniciativa de que la empresa privada, en convenio con

el Servicio Nacional de Aprendizaje, les diera la oportunidad a los reclusos de aprender un oficio y obtener empleo, a su vez, se vería beneficiada con mano de obra

más barata. Eso sí, la empresa tendría que poner un capital para mejoramiento de las

instalaciones, tanto de celdas como de áreas de trabajo que estaban deficientes y no cumplían los requisitos de las normas en Salud Ocupacional.

—Te felicito —dijo Natalia—, has presentado un informe muy completo, estoy

segura de que tus recomendaciones serán tenidas en cuenta. El trabajo apenas

comienza, algunos gobiernos europeos estarán deseosos de ayudar cuando se presente

este proyecto en la reunión de finales de mes en Suiza. Los demás informes están completos también, pero el tuyo es el mejor, tenemos que llevar los otros informes a la

misma altura.

Belén sonrió, satisfecha.

—No hay problema, trabajaré con los demás.

—En cuanto a lo otro —señaló la mujer, mientras pasaba las páginas del informe que ahondaba en la corrupción—, no podemos hacer ningún tipo de pronunciamiento,

pero por lo que sé, ya se tomaron medidas.

—Eso es toda una sorpresa —intervino el joven abogado de la Defensoría.

—Se llama voluntad para hacer la diferencia —acotó Belén.

El hombre asintió, serio.

Dos semanas después, Jorge estaba trabajando en la biblioteca cuando recibió el mensaje de que su hermano y su abogado lo esperaban en la sala de entrevistas.

—La audiencia de petición por vencimiento de términos es mañana —soltó Miguel,

después de saludar a su hermano.

—La investigación continuará hasta la fecha del juicio, pero las pruebas con las que

cuenta la Fiscalía no son conducentes. Si no aparece nada nuevo en el panorama, ese

juicio podremos ganarlo.

Jorge no se fiaba de nadie, el abogado tuvo que convencerlo de que sería muy difícil

que

surgieran

nuevas

pruebas

que

lo

incriminaran.

Se le aceleró el ritmo cardiaco, sintió un zumbido en los oídos al escuchar decir al

abogado que al día siguiente estaría libre. Este procedió a explicarle que el último cambio de fecha para la nueva audiencia le había abierto la puerta para poder presentar la petición de libertad.

Esa noche Jorge apenas pudo dormir. A las ocho de la mañana del día siguiente estaba en la puerta, listo para montarse en la camioneta oficial que lo llevaría hasta los juzgados. Iba nervioso, las manos le sudaban. Al llegar al ente judicial, su hermano Miguel y su madre lo esperaban en la puerta, lo saludaron de lejos y procedió a entrar

en la sala. Había menos de media docena de personas. El fiscal Mendoza, al

que detestaba, el juez, un par de guardias y el abogado Sinisterra. Miguel y su madre entraron detrás de él.

El abogado defensor pidió la palabra y luego fue Jorge en su propia voz el que solicitó su libertad por vencimiento de términos, alegando que la fecha para la

audiencia fijada para el 30 de enero había sido notificada el 5 de febrero, algo que atentaba contra sus derechos fundamentales.

El fiscal habló de una serie de artículos y normas jurídicas para presentar una sucesión de excusas por la falta de cumplimiento en la notificación del día de la audiencia.

Sinisterra volvió a intervenir, alegando que no había causas razonables para la suspensión de la audiencia. No conceder la libertad implicaría un menoscabo

mayúsculo a los derechos fundamentales y garantías procesales del sindicado.

El juez falló a favor de Jorge, otorgándole la libertad, pero le advirtió que seguía vinculado al proceso y que tendría que ser detenido si aparecían nuevos hechos que lo

consideraran un peligro para la sociedad.

—Gracias, hermano —dijo a Miguel—, porque nunca perdiste la fe. Siempre creíste

en mí.

—Cómo no hacerlo, eres mi sangre, eres inocente y te conozco. Sé que tuviste que

volcarte en tu introspección para poder superar estos duros años.

Jorge le dio las gracias al abogado con un apretón de manos y abrazó de nuevo a su

madre. Le tomó el rostro con las dos manos.

—Quiero que lo superes, mamá, ahora todo será distinto.

La mujer lo miró con profunda ternura, a pesar de la sombra de tristeza que siempre

vestía su expresión.

—Trataré.

Jorge le aferró las manos, que ya mostraban signos de deformidad por una artritis que la aquejaba desde hacía varios años, observó sus ojos, su madre era aún hermosa,

con el cabello entrecano que le otorgaba dignidad a su rostro, donde se evidenciaban

unas ligeras arrugas. Era de estatura mediana, delgada, de gestos pausados y

temperamento de hierro. Vivía resentida por la mano perdedora que le había tocado a

esas horas de su vida, cuando lo único que esperaba de ella eran los nietos y compartir

la vejez con el amor de su vida.

—No, mamá, todos necesitamos volver a vivir.

A unos pasos, Miguel y el abogado discutían asuntos legales. La notificación ya había sido firmada y saldría en libertad en la mañana. Jorge meditó que esa sería su última noche, tuvo el arrebato de llamar a Belén y contarle la buena noticia, pero algo

se lo impidió. Ya habría tiempo de hablar con ella, deseaba volver a verla ya en otras

circunstancias, sin la carga de los barrotes a cuestas.

Volvió al patio y les comentó la buena nueva a sus amigos. Cuando un recluso

salía

de prisión repartía algunas de sus pertenencias entre un grupo de amigos.

—Le dejo algunos libros a Edgar y a ti, Moisés, los CD —dijo al par de hombres,

entregándoles un paquete a cada uno.

—¿Vendrá a visitarnos? —preguntó Edgar.

—¡Qué va! —intervino Moisés—, el que sale no quiere volver a este lugar por nada del mundo, es de mal agüero.

—Ustedes han sido mis amigos durante mucho tiempo, los visitaré y además, no creo

en agüeros —señaló, mientras guardaba otros utensilios en bolsas plásticas. Arrancó las fotos de la pared y las metió en una mochila donde reposaba la agenda de Belén y

el libro de Emily Dickinson que le recordaba el día que la conoció.

—¿Va a dejar de lado su voto de castidad? —preguntó Edgar con talante burlón, mientras se miraba las uñas.

Jorge soltó una corta carcajada.

—Claro que lo va a dejar, me imagino que mañana por la noche estará en medio de

las piernas de alguna mujer.

—Puede ser —contestó con una sonrisa esquiva.

—La pobre, va a pagar la abstinencia de tantos años. —Edgar empezó a imitar el tono de una mujer después de soltar un gemido fuerte—. “Dame más”, “quiero todo”,

“me vas a romper”, “otra vez, por favor, otra vez”, “no más, no más”. Eso sí, hermano,

cómase una vieja con un buen par de tetas. El primer polvo a mi salud.

Jorge soltó la risa, pero su mente ya estaba en Belén, quería verla, saber si el embrujo tejido en ese lugar se sostendría cuando la vida en libertad lo absorbiera. Pero

no sería mañana ni pasado, se debía a su familia en exclusiva unos cuantos días.

Al día siguiente, después de una emotiva despedida, atravesó las puertas del penal.

Ligia y Miguel lo esperaban, junto a Ángela, que corrió a abrazarlo.

—Mi princesa. —Alzó a su hermana y le dio varias vueltas por los aires.

—Vas a ver, mi mamá te arregló la habitación más cómoda de la casa.

Besó a su madre en la mejilla. En un estado de irrealidad, saludó a su hermano con

un beso y con las dos mujeres abrazadas se dirigió hasta el auto, donde actuó de copiloto.

—No te hubieras molestado, madre.

—No quiero espacios pequeños para ti, mereces lo mejor —le dijo Ligia,

acariciándole el cabello desde el asiento de atrás—. Es el día más feliz en mucho tiempo, ni te imaginas.

—Tía Elizabeth está preparando el almuerzo, tu plato favorito —intervino Ángela.

Jorge le acarició la mejilla, observando que su hermana menor, de una adolescente

flacucha, delgada y con *brackets*, se había convertido en una preciosa joven de dieciocho años. Miguel le contaba que estaba tan dedicada a los estudios que no había

llevado ningún novio a la casa.

La camioneta, que Jorge no conocía, tomó rumbo a la casa. En un semáforo en rojo,

de pronto se bajó.

—Pero… ¿qué diablos…? —inquirió su hermano.

—Quiero caminar recto —dijo él—, hace años que no vislumbro el camino a no ser

un par de metros.

Una sombra de tristeza atravesó el rostro de Miguel, que enseguida bajó la velocidad del auto y lo siguió en su recorrido.

—Tómate tu tiempo.

—No hay afán, hijo —señaló Ligia.

Se vio envuelto en el aire de la calle, mucho mejor que el hedor perpetuo de la cárcel. El paisaje, aunque viciado de contaminación, repleto de autos, del ruido de las

bocinas y de la gente, nunca le pareció tan hermoso. Aunque amaba el de su hacienda y

el bendito silencio, solo roto por un ladrido, un relincho o el canto de los pájaros.

Sintió libres sus pulmones al saborear ese instante. Debería estar eufórico, pero se sentía desnudo, asustado, temeroso, desconfiado de que todo fuera un sueño. Caminó unos quinientos metros y se montó de nuevo a la camioneta.

Miguel le sonrió.

—Ya estás bautizado, hermano, bienvenido a la libertad.

—Todavía no, hermano —dijo, pensando en Belén—. Me falta algo más.

Miguel soltó una sonrisa lenta, de esas que casi siempre brillaban por su ausencia y

que lo hacían un hombre más guapo aún.

—Me imagino.

—No sabes qué es, no seas malpensado.

—Conociéndote, lo adivino.

Antes de que pudiera insinuar algo más, Ligia los interrumpió.

—Chicos.

Jorge volvió la cara al paisaje.

Elizabeth, la tía de los Robles y cuñada de Ligia, les abrió la puerta del departamento.

—¡Sobrino!

Estaba en casa. Con la misma sensación de estar en un sueño, entró al lugar.

Estaba decorado con la mayoría de muebles de la hacienda, su madre le dijo que la

biblioteca no habían podido salvarla, ya que les había tocado salir en menos de cuarenta y ocho horas. Con varias empleadas y peones habían embalado lo más

importante, incluyendo algunas cajas de libros, pero nada más. El departamento era grande, ubicado en un viejo edificio al norte de la ciudad,

con una entrada amplia que

desembocaba en una sala y comedor, en otra puerta un estudio y por un pasillo, Ángela

lo llevó a mostrarle las habitaciones. Había sido una buena inversión hecha por su padre, pero el hueco profundo por la muerte de este y la pérdida de la hacienda sería

algo de lo que nunca se recuperarían. Trataba de que no se le notara el dolor por esa

pérdida precisamente en ese día, uno de los más felices, e impostó una sonrisa que no

lo abandonó en toda la jornada.

Se sentaron a la mesa, donde alabó como siempre el gusto de su madre para los detalles y el arreglo. Le dio un sonoro beso a su tía Elizabeth al degustar el ajiaco de

pollo, un plato típico colombiano a base de pollo, mazorca y dos tipos de papas,

acompañado de crema de leche, alcaparras, aguacate y pan crujiente con mantequilla.

De postre, un flan de caramelo, también su preferido.

Al anochecer se sentó con Miguel en el balcón, un espacio amplio con flores y plantas ornamentales. Miguel encendió la parrilla con leña para entrar en calor, ya que

la temperatura había descendido. Ligia les sirvió dos brandis, y después de besar y abrazar a su hijo por enésima vez, se retiró a descansar, lo mismo hicieron su tía y su

hermana.

—Me preocupa la investigación, hermano, si aparece algo nuevo en el panorama,

estoy jodido. No me sentiré libre hasta que todo haya terminado.

—No te sentirás libre hasta que tengas a una mujer entre tus piernas, más bien —

acotó Miguel, burlón.

Jorge sonrió.

—Ya le pondré remedio en su momento.

—No te preocupes por la maldita investigación. ¿Qué van a encontrar después de tantos años? ¡Nada!

Jorge asintió en silencio.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Miguel.

—Eufórico, melancólico, preocupado...

Miguel soltó un silbido.

—Tómate tu tiempo, un paso a la vez, hermano, esto es enorme y lo mejor que nos ha

pasado en casi cuatro malditos años. Vamos a disfrutarlo.

Jorge sonrió, ese día extrañaba a su padre como si durante su tiempo en reclusión hubiera dejado esa pena de lado para poder soportar la vida.

—¿Qué sabes de El Álamo?

Jorge se refería a la hacienda que había pertenecido a la familia por generaciones y

que el grupo ilegal había expropiado seis años atrás.

El talante de Miguel cambió enseguida, para Jorge fue evidente el sufrimiento de su

hermano y la carga de culpa que llevaba.

—Sigue en poder de ese malnacido, lo peor es que no hacen nada con la tierra, el

ganado, todo está abandonado. El mes pasado Dominga llamó a mamá y le contó que

habían abandonado la hacienda.

—Ah, la vieja Dominga —sonrió Jorge—, recuerdo sus regaños cuando metía la

cuchara en la olla del dulce de leche y repetía. Recuerdo la triquiñuela que me hizo para una de las festividades de San Antonio. ¿Puedes creer que cambió el recipiente de

dulce de leche por uno de manteca de cerdo? Que tenía igual aspecto. Tuve arcadas dos

días.

—Ella y su esposo están al frente de que nadie más vaya a invadir la casa, pero será

poco lo que podrán hacer sin tener las escrituras a nuestro nombre.

Miguel sonrió ante el recuerdo y continuó.

—Extraño al viejo, cada día. —Bebió de golpe el licor, que le quemó la garganta y

como yesca, le prendió fuego al estómago.

Jorge soltó un fuerte suspiro.

—Yo también.

Se quedaron en silencio unos minutos.

—¿Es cierto todo lo que cuentan de la prisión?

—Algo —dijo, reacio a hablar del tema. Hizo una pausa, sopesando bien lo que

diría a continuación—. Tengo algunos rollos que resolver, pero estaré bien. Me

mantuve ocupado y fue algo bueno en medio de todo. No le deseo el encierro a nadie,

pero si el fallo no se hubiera resuelto a mi favor, no sé qué hubiera hecho.

Dejó la copa de licor a un lado y se pasó ambas manos por el rostro, como si todavía estuviera inmerso en la pesadilla.

—Necesito buscar una actividad, es difícil que me den trabajo en las condiciones en

las que estoy.

—Date primero unas vacaciones, tu trabajo es en el campo, tendrías que irte, y mamá y Ángela te necesitan. Hay que prepararse para el juicio.

Jorge estiró sus largas piernas y miró al firmamento. La luna estaba en creciente; el

cielo, como cosa rara, estaba despejado y se veían algunas estrellas. El olor a leña de

la parrilla lo llevó de manera inevitable a sus recuerdos del campo, era un campesino

de pura cepa.

—No pienso irme mañana, pero necesito tener opciones, empezar a pagarles todo lo

que han hecho por mí, aliviarte la carga, hermano.

—No tienes que pagarme nada, tienes que vivir tu vida, quiero verte de nuevo

enamorado de tu trabajo, de las mujeres, de la vida.

—¿Ya la olvidaste? —Con esto Jorge se refería a Olivia Ruiz, la mujer que según su

hermano era la culpable de todo.

Los ojos de Miguel brillaban, furiosos, en la penumbra.

—¡La odio! No pasa un solo día en el que no lamente lo ocurrido.

—Ella era una jovencita. Orlando Ruiz no se hubiera tomado tantas molestias al descubrir su amorío, él te hubiera mandado a picar en pedazos sin contemplaciones.

No hubieras llegado demasiado lejos. Esa trama fue urdida porque deseaban parar el

progreso en la región y se salieron con la suya los malditos. Matar al cabeza de todo y

alejar a sus descendientes.

—Esa mujer tuvo algo que ver, me mintió, quién sabe en qué más me habrá mentido.

Jorge no quiso insistir más en el tema Ruiz. Le sirvió otra copa a su hermano.

—Me dices que viva la vida, pues pienso que somos dos los que tenemos que

empezar a hacerlo.

CAPÍTULO 9

Los días siguientes pasaron en medio de visitas familiares, almuerzos, cenas y

celebraciones, pues la familia de Ligia en la capital era numerosa. Todas las noches se

dormía pensando en Belén. Oportunidades para iniciar algo con otras mujeres no le faltaban, pero su mente y su cuerpo la deseaban solo a ella. Miguel bromeaba, diciéndole que nunca esperó ver a su hermano convertido en monje.

Mientras tanto, averiguó el lugar donde Belén trabajaba y un miércoles en la tarde,

le pidió a Miguel que le dejara la camioneta. Se vistió con un jean oscuro, camisa negra y chaqueta de cuero también negra, se perfumó y salió a buscarla. No sabía su horario, la esperaría a las seis frente al edificio donde trabajaba.

Belén había tenido un día movido, plagado de reuniones y presentación de informes,

soñaba con llegar a su casa, darse una larga ducha con agua caliente y acostarse a ver

una película. No había vuelto a saber de Jorge desde que había dejado de ir al penal,

pero pensaba en él todo el tiempo. Cuántas veces contestaba el teléfono en la noche con la esperanza de que fuera él y no la empleada del TV cable, luego recordaba que

no habían quedado en buenos términos.

Minutos después de las seis atravesó la gruesa puerta de vidrio, caminó unos pasos

al frente, y se colocó en el límite de la acera mirando de lado, a la espera de un taxi.

Había oscurecido temprano, una brisa helada bajaba del cerro, el frío la obligó a ajustarse más la bufanda y buscar de manera infructuosa unos guantes en el bolso.

Estaba sumida en sus reflexiones, cuando al levantar el rostro, dio de lleno con la mirada de Jorge, que la observaba al otro lado de la acera como en trance. Soltó un

gemido que asustó a la persona que estaba a su lado. Era una jodida visión, se dijo con

vehemencia, no solo se aparecía en sus sueños, ahora la visión estaba de pie frente a

ella.

Cerró los ojos y al abrirlos se encontró con su dichosa sonrisa, esa que le regalaba

cuando le llevaba algún dulce. “Es él, es él”, repitió, “vino a buscarme”. Los latidos se

le dispararon y un sudor frío la cubrió de pronto. Su mirada tenía el poder de controlar

su voluntad y supo que estaba en problemas cuando se percató de que estaba

conteniendo el aliento y las ganas de correr a abrazarlo. Todo desapareció alrededor,

la gente que salía de sus trabajos, los autos, los edificios. El zumbido en sus oídos le

impedía escuchar los bocinazos, el ruido del silbato del agente de tránsito y los pasos

presurosos de las personas. El tiempo perdió importancia, como si estuviera en cámara

lenta.

El semáforo cambió, con paso elástico y firme, y sin dejar de mirarla intensamente,

Jorge llegó hasta ella. Estaba hermoso, era el hombre más hermoso en el que había

posado sus ojos.

—Hola, paloma.

Estaba nervioso, había imaginado el encuentro en su mente miles de veces durante las dos semanas que llevaba en libertad, lo que haría, lo que diría, pero nada lo preparó para la sensación que experimentó al verla de nuevo. Se le doblaron las rodillas y una ansiedad nacida de la inseguridad lo dejó plantado en su lugar. De pronto no le pareció buena idea, se repitió varias veces que a lo mejor no era correcto,

que así estuviera libre estaba lejos de solucionar sus problemas, que aún era difícil desprenderse del hedor a recluso. Una cosa era una relación tras las rejas y otra diferente afuera, pero el substrato estaba ahí, siempre sería un expresidiario, nada ni nadie borraría eso.

En cuanto Belén lo vio, supo que la había sorprendido al ver el sonrojo de sus mejillas y el modo en que se curvaban sus labios en una sonrisa nerviosa. Ese fue su

pasaporte para cruzar la calle.

Después de saludarla, soltó la risa ante el mutismo de ella y la manera en que lo miraba, como si estuviera ante una aparición. Eso le hizo bien a sus inseguridades.

—Hola —saludó ella. De pronto un temor la asaltó. ¿Y si se había escapado? Su talante como siempre no demostraba nada. No, no lo creía. En ese momento recordó su

vista por vencimiento de plazos. Sus ojos de plata encontraron los de él—.

Estoy…

sorprendida. Se llevó ambas manos a la boca en busca de calor y él tuvo el impulso loco de aferrárselas hasta que se calentaran, porque estaba seguro de que estaba helada.

—Estás temblando de frío. Vamos a tomar algo caliente —dijo él.

Le pasó el brazo por la espalda y con paso seguro caminó a su lado hasta llegar a

una tienda Juan Valdez que quedaba en esa misma cuadra.

La temperatura dentro del establecimiento era otra cosa. Se miraban sonrientes, sin

hablar, mientras hacían la fila hasta la caja registradora.

Belén a veces bajaba la mirada, quería poner sus emociones a buen recaudo, estaba

todavía sorprendida de tener a Jorge Robles a un palmo de ella. Iban a tomar un café,

cuando semanas atrás ni siquiera podía imaginarlo, a su nariz llegaba el aroma a su loción varonil que le alborotó las ansias por olerlo, por enterrar la nariz en su cuello,

abrazarlo, besarlo. Cada tanto recordaba cada uno de sus encuentros y se embebía en el

recuerdo de sus besos. Lo notaba cercano y lejano, como alguien que viene de otro lado y aún no se acostumbra a estar en este. Minutos después, con sus capuchinos en la

mano y una torta que él insistió en pedir aunque ella había dicho que no deseaba comer

nada —no creía que el nudo en la garganta le permitiera pasar nada sólido—,

se sentaron en una de las mesas que unos jóvenes acababan de desocupar.

A Jorge le estaba costando un trabajo enorme no mirarle las piernas. Sí, la mujer tenía piernas, envueltas en medias veladas, ¡y que piernas! Llevaba una falda oscura a

la rodilla y zapatos negros de tacón, una blusa de seda y una chaqueta oscura también, encima un abrigo de paño que él le ayudó a quitarse antes de sentarse a la mesa.

—Necesito saberlo todo —insistió ella, mientras le echaba el sobre de edulcorante

al recipiente de la bebida caliente.

—Mil disculpas por presentarme de esta manera. Ni siquiera te pregunté si ya tienes

un compromiso.

—No tienes que disculparte de nada. No tengo nada más que hacer —dijo ella, con

confianza—. Estoy...

Soltó una risa nerviosa. Él levantó una ceja antes de probar su bebida.

—¿Te conmociono, paloma?

Ella blanqueó los ojos.

—Estoy sorprendida. Me alegra que todo se haya solucionado a tu favor. Ni en

sueños imaginé que salieras tan rápido.

Jorge elevó una comisura de los labios y le regaló una íntima sonrisa.

—¿Ni en sueños, paloma?

Belén enrojeció. Él no hacía sino coquetear, de pronto pensó si no estaba yendo demasiado lejos, aunque ella no parecía disgustada con sus avances.

—No te hagas ilusiones, es un simple decir; además, no concluimos nuestras cosas

muy bien que digamos, si mal no recuerdo.

—Siento mucho lo que ocurrió, me angustiaba que algo de ese lugar te afectara de

alguna manera, cuando todo lo que querías era ayudar. El problema fue solucionado.

—Claro que fue solucionado, lo puse en manos de las autoridades pertinentes —dijo

ella.

Jorge la miró, sorprendido.

—Yo también.

Sorbió de su bebida.

—Te expusiste de manera inoficiosa, te dije que me encargaría.

Belén soltó una carcajada.

—¿Tú crees que te voy a hacer caso?

—Algo —contestó, petulante, mientras se llevaba un bocado de torta a la boca.

—Eres un engreído.

Jorge se echó a reír.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—La investigación sigue, estoy en lo que se llama libertad condicional, esperando las audiencias del juicio, si todo sigue igual que hasta ahora, no podrán condenarme, no

hay pruebas suficientes.

Ella lo aferró del brazo.

—Todo saldrá bien, ya verás.

—Quiero hacer algo, buscar un trabajo, pero por ahora toca algo informal, estoy en

un limbo judicial y ninguna empresa me aceptaría.

Era injusto, pero cierto, caviló Belén.

—Puedes contar conmigo para lo que necesites. ¿Y tú familia cómo ha tomado tu libertad? Debe ser algo enorme para ellos.

—Están felices, han sido dos semanas algo intensas, pero no quiero que me tengan

ningún tipo de consideración por haber estado años encerrado. Mi madre, a la que adoro con toda mi alma, apenas me deja respirar y la entiendo, pero llega un momento

en que no puedes vivir sin aire. Mi hermano es más comprensivo.

Se quedaron unos segundos en silencio. Había salido del infierno a un mundo que todavía le era ajeno y eso la conmovió. “¿Habrá estado con alguna mujer?”, caviló, inquieta. La verdad, se dio poca prisa en buscarla. Él se dedicó a hablar del fallo favorable y así se fueron los minutos.

Jorge ensartó el último pedazo de torta de zanahoria y le brindó el bocado a ella.

Fuego se arremolinaba en el estómago de Belén cuando, sorprendida, recibió el pedazo

de torta en su boca. No pudo obviar el calor en la mirada de él, que parecía incapaz de

desprender la vista de sus labios. Sorbió el café para poder pasar el bocado.

—¿Qué vas a hacer ahora? Te invitaría a caminar, pero el frío está tenaz. Si deseas,

te puedo llevar a tu casa —dijo él, mirando por la ventana a la gente que pasaba apresurada, arrebujándose en sus abrigos.

Belén no estaba lista para dejarlo ir todavía.

—Eso me parece genial. Si deseas podemos comer algo por ahí. Esto no puede

considerarse cena.

— Por mí está bien, pero... ¿En serio quieres hacerlo? Debes estar cansada.

—No te preocupes por eso.

Él sonrió, satisfecho. Se levantaron de la mesa, Jorge le ayudó a ponerse el abrigo.

Ella no podía saber lo feliz que lo hacía y lo sorprendido que estaba por su acogida,

era mucho mejor que en sus sueños más impetuosos.

Se sonrieron de nuevo y fueron caminando hasta el aparcamiento. Jorge le abrió la

puerta y la ayudó a subirse a la camioneta. Ya adentro, prendió la calefacción y el equipo de música.

—¿A dónde quieres ir a cenar? —preguntó él.9

—Hay un restaurante de carnes no lejos de aquí. ¿Te gusta la carne?

Hizo un gesto afirmativo, sin dejar de mirarle la boca.

Belén estuvo segura de que el corazón le atravesaría las costillas, apretó las piernas

en un acto reflejo y rehuyó su mirada, concentrándose en darle las indicaciones.

Recordó sus breves encuentros y un miedo inexplicable la asaltó, estaba convencida de

que su atracción por este hombre al que apenas conocía, echaría por tierra todas sus convicciones, dejándola desnuda y muy vulnerable.

—Doblas por la siguiente cuadra hasta tomar la avenida y sigues derecho, yo te guío.

Jorge la miró de reojo.

—Yo también estoy nervioso, Belén. No tienes nada que temer de mí, no voy a

hacerte daño, no voy a manipularte, tampoco voy a extorsionarte.

Belén lo miró, sorprendida, y un poco herida por el tono utilizado, y porque era la

primera vez en el rato compartido que la había llamado por su nombre. Se dio cuenta

de que las pocas veces que la llamaba Belén era porque una fuerte emoción lo acometía.

—No he creído en ningún momento que lo fueras a hacer —dijo, con los dientes apretados—. Confío en ti, no vuelvas a decirme eso nunca más. No es por eso que estoy nerviosa.

Mientras la contemplaba, volvió a sentirse asombrado por los sentimientos que la joven le despertaba y agradeció al cielo que su carga de expectativa en el encuentro fuera compartida por ella. La empatía estaba presente, recordó la

seducción ilícita dentro de las rejas, el coqueteo, los besos, las llamadas.

—¿Algún día me dirás por qué te pongo tan nerviosa?

—El mismo día que tú me digas por qué me dices paloma.

Se sonrieron mutuamente.

Ella no volvió a decir ni una sola palabra hasta que llegaron al aparcamiento cercano al restaurante.

—Estoy feliz de que hayas venido a buscarme.

Él no dijo nada hasta que entraron al lugar. Los acomodaron en una mesa del fondo y

ordenaron una botella de vino, mientras se dedicaban por unos segundos a mirar detalladamente la carta.

—Necesitaba saberlo, paloma —dijo, y levantó la mirada.

—¿Qué?

—Qué no fuiste una jodida visión que llegó a mi vida para iluminar la maldita oscuridad. Y perdona lo cursi que suena, pero así me sentí.

Les trajeron el vino que el mesero, después de la aprobación de Jorge, sirvió en las

copas. Ordenaron la cena y brindaron. ¿Qué clase de vida habría llevado antes de caer

prisionero?, se preguntó Belén. No parecía solo un hombre de campo.

—Salud —levantó la copa—. Por tu libertad.

—Por tener el placer de tu hermosa compañía. Salud.

Probó su bebida, de aroma fresco y frutal, el sabor de la uva le bailó en la

boca, relajándola en gran medida. Hablaron de naderías durante un buen rato.

—Cuéntame de tu vida de antes.

Jorge observó los colores en su copa.

—Estudié aquí en Bogotá, soy veterinario y agrónomo, hice una práctica

universitaria en una productora de ganado en Texas, donde viví durante un año. Luego

me gradué, recorrí Estados Unidos durante seis meses, hasta que mi padre me ordenó

volver, con la amenaza de desheredarme. —Sonrió ante el recuerdo—. Volví a San Antonio de Padua, a la hacienda de la familia, con cantidad de planes que no pude concretar. Siempre me gustó viajar, ahorraba casi todo el año para poder hacerlo. Mi

padre —Belén pudo escuchar el tono de voz tormentoso cuando lo nombró—, era muy exigente y nos hacía trabajar por nuestros sueños. Planificaba todo y en cierta manera,

Miguel y yo heredamos eso, pero no nos ha servido de mucho. La vida nos ha pateado

como ha querido.

—Lo siento mucho.

Ella sí creía que esa formación le había servido para enfrentar su vida en la cárcel.

Él aferró su mano y ese contacto los sorprendió a los dos, por las intensas emociones.

Habían recorrido un largo camino en poco tiempo.

—No quiero que lo sientas, paloma, lo ocurrido me enseñó a vivir el día a

día, a no

dar las cosas por sentado.

El mesero llegó con la orden, la carne olía delicioso y la guarnición se veía apetitosa, pero Belén supo que no probaría bocado.

—Se me quitó el apetito, tenía hace un rato, pero ya no.

Belén se llevó la copa de vino a su boca, sorbiendo la bebida. Jorge se sintió desesperado por probar el vino en sus labios. Tendría que controlarse, la deseaba como nunca en su vida había deseado a una mujer. Siempre tuvo las mujeres que quiso,

pero sus años en prisión lo habían hecho ver los errores cometidos y no pensaba repetirlos, se acostaría con Belén porque la quería como su compañera, no como diversión o por desfogar años de abstinencia. Ella era la mujer que había escogido para bien o para mal, no podía saber cómo irían las cosas de allí en adelante o si serían compatibles en todas las áreas de la vida, pero viéndola degustar su vino y mirarlo con sus hermosos ojos de plata y sus ademanes nerviosos, se dijo que no buscaría más.

—Sí, eso pasa cuando… —Se acobardó, no quería precipitarse y perderla antes de

empezar.

—¿Cuándo qué? —preguntó ella, casi sin respiración.

“Al diablo con todo”, pensó él, mientras buscaba la valentía para seguir.

—Cuando dos personas se atraen tanto que existe entre ellas algo real e inevitable,

profundo. Cuando te das cuenta de ello, pierdes el apetito, entre otras cosas —susurró

él, con voz ronca, como si se le dificultara hablar.

—Oh. —Belén apenas conseguía respirar y no podía resistir más su mirada

penetrante. La emoción era patente en sus ojos.

—Una vez me comentaste que fuiste a parar a esa cárcel porque tu compañera no se

sintió capaz de hacer el trabajo, podrías haber ido a la cárcel de mujeres y nunca te habría conocido y eso me aterra. Belén —dijo con patente emoción —, entre toda la gente nos encontramos tú y yo y en unas circunstancias tan difíciles, que habrían espantado a más de una, y es porque es algo diferente a lo vivido, lo sientes, ¿verdad?

—Sí, sí lo siento —contestó ella.

Jorge le tomó las manos y permanecieron en silencio, saboreando el momento.

—¿Hay algo que desees preguntar? —preguntó él, sabiendo que desde ese instante

ya no habría marcha atrás.

—¿Hubo alguna chica? —indagó, nerviosa—. ¿Alguien importante?

Jorge negó con la cabeza.

—Nunca he sentido por una mujer lo que siento por ti, te soy sincero, tuve mi reputación, no fui buen material para las mujeres antes del encierro, pero eso ha cambiado. En la cárcel hay mucho tiempo para pensar y me prometí que cuando

volviera a entablar una relación, todo sería diferente. Respecto a mi situación judicial,

no te puedo garantizar que el juicio se resuelva a mi favor, pero mi abogado está trabajando para ello.

Belén se quedó pensativa unos segundos. La atracción ya estaba ahí, un juicio o una

condena no iban a hacer que sintiera diferente.

—Dicen que no solo en las circunstancias difíciles se conoce a los hombres, también

se conoce en la manera en la que viven una pasión.

—Puede ser, solo he experimentado pasión por mi trabajo. —Miró su plato—. No

has comido nada.

—Tú tampoco.

—¿Quieres irte?

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza y el tiempo se desaceleró. Después se arrepintió de levantarse de la mesa, él ni siquiera la había besado, a lo mejor la dejaría en su casa. Salieron, ante la mirada pasmada del mesero, que preguntó si algo no estaba bien. Jorge dejó una buena propina.

Había comenzado a llover, no había paraguas, él se quitó la chaqueta y la cubrió con

ella. Abrazados, caminaron hasta el auto, pegada a él era consiente de cada centímetro

de cuerpo, del calor que irradiaba, de lo alto que era. Al llegar, Jorge le abrió la puerta y luego, con gesto confuso, la cerró de nuevo. Y allí, en medio del agua que les lavaba

el rostro, el alma y las penas, en un momento fatal y perfecto, la besó.

Belén sentía que levitaba ante el contacto de sus labios fríos y entregó su boca al dulce saqueo de su lengua tibia, él le agarró el cabello e hizo el beso más profundo, con la otra mano le aferró la cintura y la recostó en el auto. La devoró con más ganas,

succionando sus labios y recorriendo todos sus rincones, no le importaba la

lluvia pertinaz, la gente que pasaba, las luces de los autos, se sentía a la deriva, con la adrenalina encendiéndole las venas.

De pronto todo tomó su lugar, estaba donde debía estar. El deseo carnal por ese hombre la golpeó con violencia, no podía mentirse, lo había deseado desde el primer

momento y él era consciente de ello, ese conocimiento estaba en su astuta mirada del

color de la miel. No la habían besado así jamás, con ese ímpetu, con esa excitación, con la perfecta medida de ternura y fiereza, como si se le fuera la vida, llevándola al

borde de la pasión con solo su boca.

—Quédate esta noche conmigo —le rogó él sobre su boca.

"¡Dios, sí y mil veces sí!", caviló ella. Mientras él esperaba expectante su respuesta, Belén solo hizo un gesto afirmativo con la cabeza, con mirada sostenida y brillante.

Jorge abrió la puerta de la camioneta y en menos de dos segundos salían del

aparcamiento.

Belén susurró que fueran a su departamento y le dio las indicaciones. Lo miró, atenta, con la ansiedad y el deseo atrapados en el estómago y en medio de las piernas,

y el alma henchida de anticipación. Jorge conducía con aspecto concentrado, le tomó la

mano sin mirarla y cuando por fin lo hizo, un pozo de emoción bañaba sus ojos, que se

habían oscurecido por el deseo.

—Tengo que comprar condones, no tengo ninguno.

Belén tampoco tenía en su casa. Lo notaba tenso. De pronto se estaba arrepintiendo.

—Hace tres años que no me acuesto con nadie —dijo, con mirada sombría—.

Quiero que sea especial, que te sientas bien. No creo que vaya aguantar mucho la primera vez, pero estaré mejor después, te lo prometo. Estoy sano, hace pocos días me

entregaron los resultados de los exámenes.

Belén se sintió conmovida por su honestidad y mucho más tranquila, sabía el foco de

promiscuidad que se vivía en la cárcel, pues un recluso podía acostarse con quien quisiera los domingos de visita. Quiso resarcir de alguna manera esos años de soledad.

—Yo tampoco creo que dure mucho, quiero sentirte dentro de mí —soltó un suspiro

nervioso ante lo que iba a decir—. Tomo pastillas, no necesitamos condones.

Jorge la miró, sorprendido, frenó el auto casi en seco, tiró de ella y la abrazó, mientras la encajaba entre su pecho y el volante, y le devoró la boca con ansia. Belén

le acarició el cabello, el cuello, los pectorales, mientras su lengua la importunaba y sus dientes le mordisqueaban los labios, no fue delicado. Le aferró los pechos, luego sus

manos volaron hasta sus piernas, que acarició con firmeza de arriba abajo y luego subió a su trasero. Ella disfrutaba de cada caricia y cada estrujón. Cuando la apartó, él

temblaba y resollaba como si hubiera corrido una maratón. Sin decir nada, se

dirigieron a casa de Belén.

La tensión crecía a pasos agigantados mientras aparcaban la camioneta. Subieron el

ascensor sin mirarse ni tocarse.

El deseo le dolía mientras abrió la puerta del apartamento, estaba segura de que tendría un orgasmo en cuanto él pusiera la mano en su sexo. Lo invitó a pasar, Jorge no

le quitaba la vista de encima. Nerviosa, lo invitó a sentarse.

—Voy a darme una ducha…

Jorge tiró de ella, que quedó sentada en sus rodillas.

—Ni lo sueñes, hemos perdido mucho tiempo, te quiero así, Belén.

—Pero yo…

—Llévame a tu habitación enseguida si no quieres que lo hagamos aquí. Estoy a punto, paloma.

Con su mundo vuelto del revés, llegaron entre besos desaforados hasta la habitación,

mientras se quitaban lo que podían quitarse en el camino. Jorge emitió un leve rugido en cuanto la tuvo desnuda ante él y llevó la mano enseguida a su sexo, ella palpó ansiosa su pecho, su espalda, sus cicatrices, el tatuaje de lobo lo recorrió con la yema

de los dedos, ocasionándole un escalofrío. Después se tomaría su tiempo para lamerlo,

morderlo, chuparlo y apropiarse de él.

En cuanto él se bajó los calzoncillos y su pene brincó, ansioso, Belén tuvo miedo.

No miedo de virgen, ni a que él le fuera a hacer daño, no, era miedo de ya no

ser la

misma, de que en cuanto esa arma portentosa entrara en ella, la esclavizara y la hiciera

enloquecer por él. Tuvo miedo de enamorarse como nunca antes se había enamorado y

ya no poder vivir sin él.

En un segundo, Jorge estaba encima de ella, muslo con muslo, le acariciaba los pechos, le chupaba y mordía el cuello, y cuando tocó su sexo, le abrió más las piernas

y de una sola estocada estuvo en su interior.

Soltó un gemido fuerte que se aunó al de ella, mientras la penetraba hasta el fondo, erguido y duro como hierro, sacudiéndola. Llenándola totalmente. Quedó

inmóvil sobre ella, sin dejar de mirarla. Se sintió hipnotizada al ver sus músculos en

tensión y el esfuerzo titánico que hacía para no moverse, ella ya estaba a punto, como

le había dicho en el auto. El deseo se arremolinó en su sexo cuando el empezó a moverse con impulsos largos y profundos. Entraba y salía sin pausa, empujando con fuerza, llevándola a un goce incontenible y a una fricción tan intensa, que Belén quiso

gritar. No era suave, pero ella no deseaba que lo fuera, quería el ardor y la fuerza, y el creciente deseo que ascendía entre los dos.

El orgasmo de Jorge iba en camino, concentró todas sus fuerzas en relajarse un

poco, en retrasarlo unos segundos, saboreando cada embestida y cada húmeda fricción,

meses deseándola, noches fantaseando, masturbándose por ella, ni una de sus más calientes fantasías se comparaba con la sensación delirante de estar en su interior, con

tenerla debajo de su cuerpo, jadeante y sudorosa, era un jodido regalo, era diferente.

Envolvió su cintura con las piernas de ella, la abrió más y le levantó el trasero para hacerle frotar el clítoris con su hueso púbico, quedó abismado por la blancura de su piel, en contraste con la más oscura de él. La visión de sus sexos unidos, y ese aroma

que revoloteaba el ambiente y que tanto había extrañado en el cautiverio, lo llevaron por el camino del orgasmo.

—¡Ah, por fin! —rugió.

Todo pensamiento voló de su mente, ya no podía parar. Su cuerpo, desesperado,

pedía la liberación. Era el jodido cielo, la humedad, lo caliente, los músculos internos

de ella que lo atrapaban, era demasiado bueno, era perfecto. Sintió que desfallecía y solo tuvo la imperiosa necesidad de ser abrazado, de ser besado, de un atisbo de ternura que borrara sus años en el infierno. Le tomó la mano y la llevó a su mejilla, en

un acuerdo tácito le pidió una caricia.

Belén, con la sabiduría ancestral de las mujeres, le dio lo que pedía, lo abrazó, lo

besó y lo acunó en su pecho, regalándole consuelo, y entonces sintió que su vagina y toda ella se contraían, mientras él con sus manos ascendía por su espalda, y le acariciaba a ambos lados de la columna, presionaba un poco fuerte en un punto especial en la parte media de su espalda. Convulsionó en torno a él con la visión nublada, mientras se corría en olas sucesivas de un

placer que no sabía que existía.

Nunca antes había experimentado un orgasmo tan intenso. De una manera visceral y física disfrutaba, concentrada del éxtasis que semejaba a una corriente eléctrica y provocaba espasmos en su vientre, a lo largo de sus piernas y en cada terminación nerviosa. Él la siguió embistiendo, estremeciéndose de manera convulsa, mientras sus

caderas chocaban, liberándose en ella, hasta que temblando y vulnerable, se derrumbó

lentamente sobre su cuerpo.

En cuanto normalizó su respiración, Jorge soltó una carcajada.

—Hemos durado un minuto —dijo, acariciándole la cara y mirándola con ternura,

sin querer salir de ella.

Belén sintió unas inmensas ganas de llorar. Nunca le había pasado, pero ya lo intuía: con él las cosas serían diferentes, más emotivas, más intensas. Aún estaba duro

encima de ella, que le acarició el tatuaje, le besó el cuello y la quijada. No quería separarse de él, deseaba seguir conectada para siempre o por lo menos hasta la semana

siguiente.

—Házmelo otra vez.

Y él la complació.

La noche se les hizo corta, el parecía no conocer los límites en su cuerpo y ella de

buena gana le dejó hacer lo que quisiera. La volvió a tomar en la cama, en la ducha, y

hasta encima del mesón de la cocina cuando, hambrientos, fueron a saquear la nevera.

Era un hombre dominante en el sexo, refinado en la ejecución, pero rudo en sus intenciones. Ella pidió más y brindó placer. Al día siguiente estaba en carne viva y con

molestia para caminar, al día siguiente le pertenecía.

CAPÍTULO 10

Arcadio Mendoza sudaba a mares mientras la camioneta en la que se desplazaba por un

camino polvoriento lo llevaba ante la presencia de Orlando Ruiz, uno de los pocos paramilitares que se había demorado en entrar al proceso de desmovilización.

Mendoza creía que tardaría todavía un año en hacerlo, pues el criminal deseaba empezar a barrer sus huellas en el narcotráfico y poner todo su dinero a buen recaudo

fuera del país.

La carretera polvorienta lo llevó a la entrada de una mansión que no tendría nada que envidiarle a las de los famosos actores de Hollywood. Un grupo de hombres armados custodiaba el lugar. Estaban en un corregimiento cercano a San Antonio de Padua.

En cuanto se bajó del auto, lo llevaron a la presencia del hombre. Se veía viejo para

su edad, con sobrepeso, canas y ropa juvenil. Con una jovencita en bikini a un lado y

un vaso de whisky en la mano contraria, le dio la bienvenida.

—¡Fiscal! —tronó la voz que había llevado a centenares de personas a la tumba.

Arcadio se limpió con un pañuelo al entrar en el aire acondicionado. Orlando no le

ofreció asiento y despachó con una palmada en el trasero a la muchachita que podría

ser su hija.

—No entiendo todavía por qué Robles salió de la cárcel.

—No tuve injerencia en lo sucedido, Ruiz, un paro judicial fue el culpable de la confusión en las fechas.

Ruiz se quedó mirándolo con furia y con unas ganas inmensas de cogerlo del cogote,

llevarlo al granero y darle su merecido por inútil.

Mendoza se enfureció al pensar que este hombre era dueño de su alma, y trató de disimular como pudo. Soñaba con el momento en que pasara a engrosar las

filas de desmovilizados o que se muriera preso de un infarto, lo que veía más probable al ver

su rostro rubicundo. Su codicia lo había llevado a este momento, tendría que

apañárselas como fuera o no saldría vivo de allí. No entendía su animadversión hacia

la familia Robles, cuando asuntos más urgentes debían ocupar la mente del capo.

—Le pago muy bien para que esté pendiente de esas injerencias. Lo hecho, hecho está. ¿Cómo va a arreglarlo?

—Continuando la investigación, ese reloj tiene que aparecer. Voy a volver al lugar

de lo ocurrido con unos agentes del Cuerpo Técnico de Investigación en cuanto liberen

la orden.

Si encontraba la prueba por sus propios medios sería mucho mejor. Sabía que estaba

en la mira de los entes que regulaban las actuaciones de los funcionarios de la justicia,

y ya estaba bastante cuestionado, no quería levantar más sospechas sobre él armando

algo patoso que se deshiciera a la primera oportunidad.

—Espero que sea pronto. No quiero que ese tipo se amañe a la libertad, quiero resultados, fiscal. No quiero que ponga pies en polvorosa, lo necesito tras las rejas.

—Haré todo lo que pueda, pero necesito hablar de nuevo con la persona que arregló

todo, por si hay algo que hayamos pasado por alto.

—¿José Zambrano?

—Sí.

—Se lo mandaré llamar.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué su odio a ese hombre, a esa familia? No eran los más poderosos, ni tampoco los que tenían más dinero. ¿Por qué no lo mata y ya?

Ruiz, tras ordenar a uno de los hombres que custodiaban la puerta que hiciera traer a

Zambrano, miró a Mendoza como si fuera una araña que necesitaba ser aplastada.

—Santiago Robles tenía algo que yo nunca pude lograr: el respeto de la gente. En cuanto a su hijo Jorge Robles, me la debe, se metió entre las piernas de mi mujer y eso

no se lo voy a perdonar nunca. Rosalía no era mi esposa, vivíamos separados, pero fue

la mujer más importante en mi vida.

A Arcadio no le sorprendía, a ese mundo lo movían el poder, la lujuria y el dinero,

casi en ese orden. La mujer había muerto hacía más de siete años, luego Jorge tuvo que

haber sido un jovencito con las hormonas alborotadas cuando ocurrió el hecho. “No desearás a la mujer de tu prójimo”, dictaba uno de los diez mandamientos, y más si ese

prójimo era un delincuente como Ruiz. ¿Por qué no había hecho como todos los

matones y lo había asesinado? No entendía. Ruiz lo miró como si hubiera hecho la pregunta en voz alta.

—Hago lo que quiero, la gente de ese poblado me pertenece. —Soltó un resoplido

muy parecido al de un caballo—. No piense tanto y haga lo que se le ordena, no le pago para que me haga preguntas pendejas.

En cuanto José Zambrano, un hombre con calva incipiente, ligero sobrepeso y

mirada dura y astuta —y uno de sus lugartenientes más crueles—, hizo su aparición, hablaron de lo ocurrido con el reloj robado a Robles la noche de los asesinatos. Esa

prueba no aparecía, hacía año y medio Mendoza había estado en el terreno y lo había

peinado de arriba abajo sin encontrarlo. Ahora lo volvió a repasar todo con Zambrano.

Con una simple llamada telefónica hubiera sido suficiente, se dijo Mendoza, pero no, Ruiz sabía que su presencia intimidaba más que la de cualquier tipo con un arma en

la mano. El hombre lo despachó en segundos, y en minutos ya estaba en la camioneta

otra vez, cagado de susto y sin percatarse de que no le habían ofrecido ni un vaso de

agua.

En Colombia, los problemas con la guerrilla y la ineficacia del Estado habían hecho

que los grupos paramilitares pulularan por todo el territorio nacional, convirtiéndose

en una fuerza violenta que el presidente de turno luchaba por desmantelar. Ruiz, hombre inescrupuloso y sin sentimientos, había amasado un inmenso poder en esa zona

del país, lo que le dio diversos motivos para matar y arrebatar a otras personas lo que

habían tardado años en construir. La ambición había nublado su juicio, en ese momento

acumulaba una desmesurada fortuna que, sin embargo no le había traído el respeto que

anhelaba. Cuando Jorge Robles tuvo su amorío con Rosalía, su mujer, era apenas un adolescente, no tenía ni veinte años. Esa mujer era una zorra y la madre de Olivia, su

hija, que se había enamorado de Miguel Robles. A él, Miguel no le interesaba tanto como Jorge, por eso lo había dejado tranquilo, pero era un hecho que, por donde mirara, siempre había un Robles metiéndose con algo suyo, siempre. Quería acabar con

esa familia, pero con su mentalidad retorcida deseaba hacerlo a su manera.

En cuanto el fiscal se retiró, Ruiz le dio la orden a Zambrano de seguir a Jorge Robles.

—Podemos asustarlo.

—Primero quiero saber qué está haciendo.

—Como ordene, patrón.

******

Jorge y Belén se dedicaron las semanas siguientes a conocerse. Había días que

él pasaba la noche con ella, despertar a su lado era una delicia, apretarse contra su cuerpo en el frío de la madrugada y hacerle el amor antes de que se levantara para ir a

trabajar. Supo que Belén era una adicta a las películas románticas y tomaba cantidades

ingentes de té de vainilla. No usaba perfume, pero en su cuerpo y en su pelo quedaba el

rastro de la tisana de vainilla, que no era la comercial que todos habían olido alguna

vez en las cocinas de sus casas, no, esta era la vainilla original, un olor reconfortante y cálido que lo aislaba de la crueldad en la que había vivido, un aroma inesperado, extraño. Belén le contó que la semilla la encargaba a México, se obtenía de una orquídea de ese país y era muy costosa.

También se dio cuenta de que Belén era friolenta por naturaleza al sentir sus piececitos helados en la madrugada, pues se negaba a dormir con calcetines, y que sus

pezones eran tremendamente sensibles, podía llevarla al orgasmo con solo tocarlos, chuparlos y morderlos. Adoraba despertar en su cama, el aroma de sus sabanas, el calor de su cuerpo pegado a él.

Confirmó lo que ya intuía, que era una excelente profesional, arriesgada,

comprometida, compasiva, y también que era la mujer más terca y más sexy que había

conocido. Su hambre de ella parecía no acabar ¡Madre mía! Se excitaba en cuanto la

veía y en su mente contaba los minutos para ver cuánto le iba a durar la ropa puesta en

cuanto le pusiera las manos encima. Su deseo sexual era ahora más intenso, como si

después del tiempo transcurrido en prisión hubiera sufrido una sobrecarga hormonal, sus sentidos estaban centrados en ella, en su aroma, en sus gestos, en su forma de ser.

Era dulce, apasionada, confiada y se brindaba de manera transparente, sin remilgos.

Su ego había sufrido una transformación, ella lo hacía sentir más hombre, especial,

único. Años de sentirse un indeseable desaparecían por encanto con una sola de sus miradas o caricias. Era una mujer muy cariñosa, lo tocaba por todo y tenía una fijación

con su tatuaje de lobo. Sentía tantas cosas por ella, todas desconocidas, bonitas y suyas.

Así transcurrió el primer mes.

Belén salió de viaje en una ocasión por orden de Natalia para visitar con una compañera una de las cárceles más grandes del sur del país. Llegó descorazonada al día siguiente por todo lo que vio.

Jorge la distrajo con una cena hecha en casa y una sesión de sexo oral que la dejó

desmadejada en el sofá de la sala.

—¿Jorge?

—Dime —contestó, soñoliento.

Le gustaba el sonido de su nombre en su boca, con un tono diferente al que

pronunciaba el resto de palabras, como si fuera una marca. Era eso o estaba hecho un

soberano idiota por esa mujer.

Estaban en la cama, se habían dormido hacía un rato. El sueño inquieto de Jorge la

despertó, se rebullía intranquilo y se quejaba como si lo estuvieran torturando. La habitación estaba a oscuras. Ella apoyó la cabeza en la palma de su mano y con la otra

le acarició el pecho.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Qué hora es?

Ella se incorporó ligeramente y miró el reloj digital de la mesa de noche.

—La una y treinta.

Se refregó la cara y soltó un bostezo.

—¿Por qué no te has dormido, paloma? Ayer tuviste un día muy pesado.

—Tenías el sueño inquieto, te revolvías y te lamentabas como si te estuvieran

torturando.

—Siento haberte molestado —dijo él, incómodo.

Se colocó bocarriba y la miró, adormilado.

—No me molestas —se apresuró a contestar ella.

—Es peor cuando ronco. Te hubieras despertado con los pelos de punta.

Hizo una imitación de ronquido que le salió como un rugido. A pesar de su intento de

bromear, Belén se preocupó.

—Hubiera preferido ese ronquido. ¿Te ocurre desde la cárcel?

Permaneció en silencio unos segundos, segundos que Belén ya sabía que se traducían

en que decidía qué tanto deseaba contarle. Él levantó una ceja y una sonrisa curvó sus labios.

—¿Dices que parecía que me estuvieran torturando?

—Sí.

Se golpeó la frente con la palma y se tendió sobre ella.

—Tendremos que ponerle solución a las pesadillas, señorita García —dijo, mientras

le subía el camisón y le abarcaba el trasero—. Hay un remedio que me puede servir.

Entró en ella, que suspiró. Estaba húmeda y lo recibió con un gemido.

—Sabía que te gustaría en cuando me tuvieras dentro, ya te echaba de menos.

—Eres un matón, Jorge Robles —replicó ella, pero su tono de voz no armonizaba con sus palabras.

Él la acalló con un beso, mientras ella lo rodeaba con sus brazos.

—Claro que sí, te voy a matar a punta de orgasmos —dijo él, rezumando arrogancia

viril y sensualidad, mezclada con gestos de ternura.

Más tarde se durmió, pero el sueño a ella le era esquivo, el hombre acostado a su

lado la intrigaba. Los últimos años, Jorge había vivido en un marco donde no se permitía ningún desafuero a excepción de la violencia, y todo tipo de libertad, incluso

la de movimiento, estaba fuera del cuadro. Había habitado un lugar donde no se podían

mostrar signos de debilidad o vulnerabilidad porque te devoraban. Se acostumbró a esconder sus emociones o a desestimarlas, y eso incomodaba de sobremanera a Belén,

que era transparente en acciones y sentimientos.

Parecía que Jorge siempre iba con una máscara. Solo en el sexo se mostraba

vulnerable, bajaba totalmente la guardia y ella lo único que deseaba hacer era curar su

alma lesionada, el cupo de sufrimiento del hombre era gigante. Intuía en él un substrato

duro y alguna cuota de violencia, nadie pasaba años en un sitio peligroso sin dejarse

contaminar, por más profesional y de buenos principios que fuera. Quería decirle que

ella lo aceptaba con sus sombras y su luz. Necesitaba que se abriera y viéndolo dormir,

se preguntó cómo lograr su absoluta confianza.

Estaba enamorada, lo sentía en lo más recóndito de su alma, antes de Jorge esa palabra estuvo ligada al cariño, a la compañía, a la convivencia. Este nuevo

sentimiento no tenía nada que ver con eso, era algo profundo, aterrador, como si todas

sus experiencias anteriores se hubieran fundido en una sola y desaparecido con un soplo de aire indiferente, dejándole el corazón listo para la avalancha de nuevas sensaciones que percibía como si estuviera montada en una montaña rusa.

CAPÍTULO 11

Para primeros de junio, un fin de semana largo con festivo incluido decidieron pasarlo

en la casa de campo de la tía Elizabeth, a dos horas de la capital. Se fueron temprano,

antes de que amaneciera, para aprovechar el día. La niebla cubría la ciudad, iban abrigados. Belén había tenido la precaución de llevar un termo con café. Jorge puso música y la letra de un bolero invadió el pequeño espacio. A medida que se alejaban

de la ciudad, la bruma se disipaba y el cielo se aclaraba en tonos amarillos y púrpuras.

Él le hablaba de su familia, de Ángela, que pronto se iría para Italia con una beca de

estudios, de su madre y de las ocurrencias de su tía. La conversación pronto derivó en

su padre fallecido.

—Mi viejo era muy estricto con sus hijos, era un blandengue solo con mamá. Se enamoraron muy jóvenes, mi mamá estaba en el colegio y a mi abuelo no le hacía mucha gracia, pero el viejo se salió con la suya.

—Debes extrañarlo mucho. —Era una afirmación.

—Me ha pasado una cosa muy curiosa. Mientras estuve preso me tocó aparcar la

pena para poder sobrevivir, no hubiera podido con todo, paloma. Estos días han sido

agridulces, disfruto mi libertad, pero el hueco en el alma por la falta de mi padre está

casi igual al día en que ocurrió todo.

—Te entiendo. —Lo tomó de la mano.

—A veces era incómodo. Verlos siempre de romance me avergonzaba un poco.

—Mis padres son un poco más fríos en sus demostraciones, veo el cariño, pero son

más como compañeros de vida.

Guardaron silencio unos momentos y entonces le preguntó lo que llevaba semanas

aguantando.

—¿Cómo pudiste soportar seis años de cárcel sin volverte loco? La energía es

pesada, desagradable, al caminar por esos corredores me lo pregunté todo el tiempo.

Jorge adelantó un auto. La miró, conmovido.

—Los hombres somos animales de costumbre y terminamos adaptándonos a

cualquier cosa. Se trabaja para la rutina y nada más. Cualquier ilusión, cualquier sueño, es mejor dejarlo aparcado o no sobrevives, terminas enloqueciendo. La lectura

me ayudó mucho, podía evadirme sin problema. A veces las cosas se cuelan, alguna charla, un programa de televisión, piensas en todo lo que dejaste de hacer, de comer,

de conocer y esos días son negros, quieres que alguien acabe con tu vida, porque tú no

eres capaz. Se empieza a oler a mortecino en cuanto atravesamos esas rejas porque ahí

te das cuenta de que estás muerto en vida, por más cosas que hagas con tu tiempo para

no pensar en la vida afuera.

Un grupo de ciclistas les hizo aminorar la marcha.

—¿Qué era lo que más extrañabas?

—Sexo, pero no el sexo que conocía, ese podía tenerlo cualquier domingo, anhelaba

esto, la conexión, la comunión, el deseo brutal que me inspiras, ese que si no lo satisfago, pienso que me va a chamuscar. Anhelaba lo que tenían mis viejos y me culpaba por ser tan estúpido y no haber valorado a las mujeres que sintieron algo por

mí.

“Estás hecho un soberano imbécil, mejor quédate calladito”.

Belén lo observaba con un tremendo nudo en la garganta, aguantaba las ganas de llorar. Si lo hacía, él se cerraría de nuevo.

—¿Algún sueño? ¿Algo que quisiste hacer y no pudiste?

Él carraspeó, nervioso, le contestó con un peso en la garganta que no lo dejaba casi

hablar.

—Hijos, quiero saber qué se siente ser padre. Cultivar la tierra, trabajar con animales. Conocer París. —Soltó la risa—. Cosas así.

Quiso decirle: “Quiero disfrutar de tu amor”, “poder decir te amo”. Libre, sin prejuicios, ni cadenas.

Se angustió, no sabía si lo lograría, su hermano y su madre le decían que tuviera fe,

no quería ser injusto, pero no eran ellos los que tenían un pie en la cárcel por culpa de

la dichosa investigación.

—Quiero que conozcas a mi familia —soltó él, de pronto.

Ella le obsequió con una sonrisa de ojos brillantes de ilusión y él se sintió el hombre

más afortunado del mundo.

—Será un placer.

Se alejaron de la carretera y entraron por un camino polvoriento, rodeado de árboles

frondosos.

—Háblame de ti, vives preguntándome cosas, pero yo apenas sé algo de los tuyos.

¿Hasta cuándo me vas a esconder? ¿O seguiré siendo tu sucio secreto?

Ella movió la cabeza y lo miró, dolida.

—No eres mi sucio secreto, simplemente que mi familia es algo difícil.

—¿Qué? —preguntó, ante el gesto atribulado de ella—. Parece que te fueran a dar

una tunda.

—Mi padre… Nunca está satisfecho de nuestros logros, siempre quiere más y eso es

algo desgastante para la relación. Mis hermanos y yo nunca hacemos lo suficiente.

Jorge resopló, molesto.

—Pienso que la obligación de un padre cuando un hijo es pequeño es educarlo,

brindarle todas las oportunidades para convertirse en una buena persona, y el resto vendrá por añadidura. Tanta ansiedad y presión por criar hijos exitosos no puede ser

buena.

Ella soltó una risa irónica.

—Díselo a mi padre.

—De todas formas tiene mi más absoluto agradecimiento por haberte creado a ti.

Le guiñó el ojo y siguió concentrado en la carretera.

Belén pensó que Jorge sería un buen padre, por un momento tuvo el insensato deseo

de darle un hijo, movió la cabeza en negación, se había vuelto rematadamente loca.

Jorge sabía, por lo que le había contado, que no verían con buenos ojos su relación.

Tendría que tener su vida resuelta para plantarles cara como novio de su hija. ¿Qué pensaría el padre cuando supiera que salía con un acusado por asesinato? Poniéndose

en su lugar, Jorge era consciente de que no era el mejor partido. Se imaginó a Ángela

llevando a un hombre con sus mismos antecedentes a la casa y supo que él haría lo que

fuera para concluir la relación. No esperaba clemencia de nadie, solo de Belén, estaba

haciendo las cosas para solucionarlo, esperaba con ansiedad trabajar en un proyecto de

un compañero de universidad en los Llanos Orientales, podría viajar los fines de semana a Bogotá y verse con ella. El viaje era corto y muchas parejas tenían esa dinámica laboral hoy día.

—Lo entenderá, paloma, ya verás.

El tono dulce en el que pronunció la frase la dejó fuera de base. Jorge le acarició la

pierna. La miró de reojo con un brillo especial. No se había afeitado esa mañana y una

sombra oscura cubría su quijada de un modo que a ella le ocasionaba una sensación electrizante al imaginarla en medio de sus piernas.

—Veremos —dijo ella, con la vista puesta en las manos de él, manos increíblemente

dulces y pasionales que le habían brindado un gran placer.

El estómago se encogió de anticipación. Subió las rodillas contra el salpicadero en

clara invitación a que hiciera algo más. Él le devolvió una mirada devoradora. Belén

llevaba un vestido de flores y botas a media caña, el clima al que iban era templado, se

había quitado la gruesa chaqueta unos kilómetros atrás. Jorge extendió las caricias a la

parte superior del muslo. Belén podía sentir pesadas sus partes íntimas, que se

volvían

resbaladizas, llenas de deseo.

Los rayos del sol bañaron el auto en la carretera desolada.

—La vida te da sorpresas —señaló en cuanto puso la mano en su sexo y se dio cuenta de que no llevaba ropa interior—. Levántate el vestido.

—Una chica siempre debe ir preparada —contestó, cumpliendo la orden y revelando

la piel suave de sus muslos—. ¿No te das cuenta de lo poco que dura la ropa interior

en su puesto cuando estás cerca?

Jorge observó su sexo, único, brillante y rosáceo. Lo enardecía, ya miraba a un lado

y al otro para aparcar el vehículo y darle lo que quería.

—Espero que no sea una queja —dijo con voz ronca, con un ojo puesto en la

carretera y el otro en su entrepierna. Ella gimió en respuesta, él la acarició, tocando esa parte tan dulce y que lo tenía embobado, deslizando el dedo dentro. Belén cerró los

ojos, separó aún más las piernas y un gemido tembloroso escapó de sus labios cuando

él comenzó a usar aquel dedo para volverla loca.

—Besar tu sexo es lo mejor del mundo, mírate, húmeda, brillante, esos labios se hicieron para besarlos tanto como tu deliciosa boca.

Viró en un montecito y aparcó detrás de un árbol. Se bajó de la camioneta y dio la

vuelta, la bajó con celeridad y la acomodó en el asiento trasero, le dobló las piernas y

se las separó, todo con movimientos armónicos y medidos. Belén lo dejaba hacer.

—¿Y si viene alguien? —preguntó, sin estar preocupada en lo más mínimo.

—No vendrá nadie. —La engatusó, mientras la miraba con gesto ardiente—. Quiero

devorarte viva, así, Belén, mírame.

Jorge le regaló una sonrisa ladeada sin dejar de mirar su sexo y cuando posó la boca

en él, ella sintió que se le licuaba el vientre.

Se arqueó más hacia él y lo miró, vio su cabeza morena moviéndose al ritmo en que

su boca le repasaba los pliegues, centímetro a centímetro.

—Sí, oh, sí.

El espacio se llenó de los gemidos de Belén en conjunción con la letra del bolero

que se escuchaba en ese momento.

Tanto tiempo disfrutamos de este amor,

nuestras almas se acercaron tanto así,

que yo guardo tu sabor,

pero tú llevas también, sabor a mí.

—Eres preciosa. Quiero saborear cada centímetro de ti.

Pero allá tal como aquí,

en la boca llevarás, sabor a mí.

—Dios, qué bien sabes —gimió, él mordisqueándole los labios.

Ella echaba la cabeza hacia atrás, lo agarraba del cabello y se refregaba contra su

boca. El roce de su barba le daba un sucio placer y se dio cuenta de que deseaba reclamarlo como suyo más que cualquier cosa en el mundo. Su deseo era intenso y turbador, y tenía nombre propio. “Jorge”, recitó en una letanía, acariciándole el tatuaje

del lobo, que con el movimiento de los músculos del brazo le regalaba un aspecto poderoso. Su lobo se le había clavado profundamente en las entrañas.

Jorge repasó y se deleitó con cada centímetro de piel sensible de la joven. Era exquisita, mejor que cualquiera de sus golosinas preferidas... Su sabor estallaba en su

boca y en su lengua, y no parecía tener suficiente de ella. La penetró con la lengua, apreciando el modo en que su interior se contraía, oyendo sus gemidos cuando se echó

hacia atrás para permitirle un mejor acceso a su aroma, que era más adictivo que cualquier droga.

Belén se le había metido bajo la piel. Quería pasarse la vida entera entre sus piernas. Quería hartarse de su dulce y suave sabor, y de su delicioso perfume femenino.

Quería saborearla en todo momento.

—Háblame, dime que quieres que te devore. ¿Qué deseas?

—Sigue, chúpame así, voy a correrme.

En un devastador y arrollador placer estalló en un orgasmo que sintió en sus

piernas,

en su sexo, en su ombligo y en su vientre, pero que sobre todo le elevó el alma.

Muriendo y volviendo a nacer, se desmadejó, sudorosa, pero él aún no había terminado.

La

puso

de

pie.

—Date la vuelta —le murmuró al oído, después de darle un beso en la boca.

La hizo doblarse en el filo del asiento, le levantó el vestido, y las nalgas desnudas y

apetitosas hicieron su aparición, pensamientos indecentes lo atravesaron mientras se sacaba el miembro del pantalón y se acomodaba entre sus piernas.

—Te voy a comer fuerte y duro, como te gusta —susurró en su oído. La agarró de las

caderas y la penetró—. Belén, Belén… —gimió su nombre varias veces.

Belén… Amaba escuchar la letanía de su nombre en ese momento, tan diferente en su

boca, justo antes y durante el orgasmo, como si tuviera un significado especial, como si

lo paladeara antes de dejarlo ir, como si su nombre fuera su asidero antes de caer al

precipicio.

—Tómame —gimió Jorge, casi sin poder contener las palabras que reverberaban en

su pecho. “Te amo”, quiso gritar—. Soy tuyo. Tómame por completo.

Belén se abrió más, si es que eso era posible y sus músculos internos se contrajeron

sin control en torno a él.

—Así, eso es, te necesito mucho, no tienes ni idea —farfullaba con tono de voz áspero.

Empujó una y otra vez, quería que durara, pero se sentía tan jodidamente bien, tan mojado, tan ardiente que quemaba, la respiración agitada se convirtió en un gemido fuerte y ronco, cuando eyaculó dentro de ella, sin querer acabar, al sentir que su interior se retraía también en un nuevo orgasmo. Se quedaron quietos, tratando de normalizar la respiración.

Ella quiso decirle que lo amaba, cuando él le dio la vuelta con suavidad y lo vio, aún con la respiración agitada, revisar que su vestido estuviera en su puesto. Caminó

temblorosa hasta la silla de copiloto.

Tomaron una cuesta arriba y cuando llegaron a la cabaña, antes de bajarse del auto,

Jorge cubrió los labios de Belén con los suyos y le acarició el rostro con ternura, en

contravía a lo ocurrido minutos atrás.

—Cada vez que escuche ese bolero, recordaré este momento,

paloma.

Belén no recordaba el bolero y quiso soltar la carcajada. En cuanto él la tocaba perdía todas sus facultades.

Jorge se dio cuenta y le sonrió, ladino.

— *Sabor a mí*.

Ella bajó del auto con las piernas aún temblorosas. Ante ella se extendió un paisaje

de una serie de colinas cultivadas que semejaban a una colcha de retazos. La cabaña,

de madera, era pequeña, rodeada de flores, un caminito de piedra llevaba hasta el

primer escalón del zaguán. Había árboles frutales y una cerca de madera rodeando la propiedad. Un hombre joven se acercó a ellos.

—Bienvenido, don Jorge.

Se presentó como Dionisio, le entregó un juego de llaves y le dijo que él tenía una

cabaña más abajo para lo que se les ofreciera. Luego les mostró una pesebrera pequeña

con un par de caballos. Belén vio por primera vez el cambio de Jorge en la manera en

que respiraba el aire de campo y miraba todo con ojos brillantes. Después de

despedirse del joven, caminaron un rato por la colina. El sol brillaba, escucharon un ruido de agua que los llevó a una pequeña cascada. A lo lejos había un huerto.

—Mi tía vivió en este lugar varios años, hasta que decidió volver a la capital y estar

con mi mamá y mis hermanos. Te va a gustar mucho mi tía.

Volvieron a la casa. Bajaron las maletas y los víveres, entre arrumacos

lograron organizar todo. El espacio era pequeño, pero bien distribuido, la sala con muebles en

cuero, comedor en madera gruesa, la cocina separada por un mesón de cerámica y un

par de habitaciones con un baño en medio. Era un lugar sencillo y práctico, con litografías enmarcadas en las paredes, olía a producto de lustrar muebles y a limpio.

Belén, después de asearse, se puso un jean y una camiseta para ir a cabalgar, y fue a

alcanzar a Jorge en la pesebrera. Cuando entró al lugar, lo vio acariciándole la testa a

uno de los animales y hablándole con cariño. Se acercó por detrás y lo abrazó.

—Hola.

—Hola, ya está lista tu yegua. ¿Eres buena montando?

—No sé, tú dirás —contestó ella, sonriendo y con intención.

Él soltó la carcajada mientras revisaba que la silla estuviera bien ajustada.

—Dios, ni me lo recuerdes —dijo él, en tono provocativo—. Si te tuviera que dar

nota, diría que eres excelente, pero no te he visto sobre *Alumbre* todavía.

—Soy buena, he montado siempre.

—Ya decía yo.

******

José Zambrano entró en una oficina de una de las casas de Orlando Ruiz. Su jefe estaba

sentado en el escritorio revisando los papeles que un profesional trajeado le mostraba.

Tarde o temprano se acogerían a la Ley de Justicia y Paz, podrían salir de los escondrijos y empezar una nueva vida en libertad o pagando penas mínimas. Era una propuesta demasiado apetitosa para cualquier delincuente, desde los jefes hasta los mandos medios, como para dejarla pasar. El abogado se despidió y quedaron solos.

—¿Y bien? ¿A qué se ha dedicado el tortolito en libertad?

—La familia y hay una mujer.

—¿Una sola? Robles era el gallo del gallinero.

—Era, patrón, no ha estado con nadie más, es una mujer que conoció en la cárcel.

—¿Quién es?

—Es una doctora de una ONG.

Levantó la vista, sorprendido.

—No ha perdido el tiempo. ¿Y el fiscal?

—Está esperando la autorización para movilizarse con el CTI a la escena del

crimen.

Zambrano estudió el semblante de su jefe, lo notó pálido y juraría que había perdido

peso, pero se negaba a visitar a un médico, se creía invencible. Prefería rezos y talismanes hechos por brujas de la región.

—La prueba que se sembró nunca apareció, hasta yo peiné el terreno con un par de

hombres.

Zambrano se refería al reloj que había desaparecido en la trifulca de Jorge con los

dos campesinos y que nunca fue encontrado en el lugar de los hechos. Con esa prueba

Robles nunca habría recuperado la libertad.

—¿Con quiénes?

—Galán y Macías.

—Macías era un ladrón, a lo mejor encontró la prueba y se la guardó, era un Rolex.

—No creo, patrón.

—Piensa, Zambrano, el hombre desapareció un par de meses después. Ese tipo tiene

el reloj.

—No servirá de prueba si él lleva el reloj en la muñeca, no mostraría el mismo deterioro.

—Busca a Macías, necesitamos hacerlo hablar.

—Robles está buscando trabajo.

—¿Dónde?

—En una hacienda ganadera en Los Llanos y varias haciendas de cría de caballos finos en la sabana.

—Habla con los dueños, él que se atreva a darle trabajo, se las verá conmigo.

Quiero que coma mierda. Quiero problemas en el paraíso.

—Como ordene, patrón.

—Otra cosa, ¿las fotos del grado de Olivia?

Zambrano sacó un sobre de manila de una mochila que llevaba terciada al cuerpo.

Orlando Ruiz sacó las fotografías y las miró una a una. Las repasó varias veces y luego

despachó a Zambrano con órdenes de tener vigilado a Robles en todo momento. Olivia

Ruiz era su hija natural producto de su relación con Rosalía Manrique. Era la única hija que quedaba en el país, muy pocos conocían su existencia, la mantenía vigilada por seguridad y por fiscalizar cada paso que diera. Se acababa de graduar de

trabajadora social, él le había ofrecido estudios en el extranjero, donde quisiera, pero

ella lo despreciaba. Desde lo ocurrido a los Robles y a ella misma, no había vuelto a

hablar con él. Se conformaba con los informes que le traían sus hombres cada semana.

******

Salieron en el par de caballos a recorrer la zona, Jorge se sorprendió de lo bien que

manejaba Belén la montura. Sin embargo, la llevó a un trote suave por los pastos, mientras se cercioraba de sus facultades con la yegua. Le propuso adentrarse en el bosque.

—¿Quieres ir más rápido?

—Por favor —contestó ella.

Se alejaron del sendero, él detrás de ella, admirándola, sus piernas largas y esbeltas,

la elegancia de su postura. El cielo brillaba, la brisa tibia le llevaba el aroma a humedad, a clorofila, y los refrescaba, a lo lejos se escuchaban los sonidos de diferentes animales. Su alma encontraba la paz a medida que avanzaban en el paseo, la

comunión entre él y la tierra que creía perdida, estaba más presente que nunca, su esencia era campesina y se dijo que no sería totalmente feliz si no era viviendo en el

campo.

Belén aminoró la marcha y esperó que Jorge cabalgara a su lado. Emocionada,

respiraba el aire perfumado, los diferentes tonos de verde, el colorido de las flores.

—Gracias por traerme, todo es hermoso —terminó, en un susurro.

—¿Te gusta el campo?

—Me encanta, mis papás tenían una finca en Boyacá, eran religiosas las idas los fines de semana.

—¿Vivirías en un lugar como este?

—He vivido en zonas rurales desde que empecé a trabajar. La ciudad a veces me abruma, sería muy feliz en el campo.

—Es bueno saberlo.

Jorge se aproximó a su montura y le dio un beso que inquietó un poco a los caballos.

—Volvamos a la casa. Me muero por hacerte el amor.

CAPÍTULO 12

Jorge se enteró por el joven Dionisio de que uno de los vecinos vendía unas hectáreas

colindantes. Podría conseguir dinero, armar un proyecto que gozara de la aprobación de alguna entidad, proponerle una sociedad a su tía Elizabeth con un cultivo o cría de

animales, las posibilidades eran infinitas. Volverse a sentir completo, hombre y proveedor, profesional, poderle ofrecer algo a la mujer de la que estaba enamorado, brutal e irremediablemente enamorado.

Porque por más que estuviera compartiendo cada día de su vida, de su alma y de su

cuerpo, no quería reclamarla como suya hasta que el maldito juicio concluyera y él fuera absuelto, no se imaginaba qué medidas estaría adoptando el maldito de Ruiz, vivía esa felicidad con miedo de saber con qué se iba a encontrar al día siguiente, soñaba con despertarse un día y que su máxima preocupación fuera algo relacionado a

un cultivo o un animal enfermo.

Llevaba varios días sin dormir bien y sospechaba que ya Belén se había percatado,

llegaría un momento en que no podría engañarla con sus chistes o comentarios flojos o

con una sesión de sexo que la hiciera olvidar hasta su nombre. Era muy inteligente, pero no quería amarrarla a su angustia, al temor profundo de tener que enterrarse otra

vez en una celda. No sabría cómo empezar de nuevo.

Aún no había amanecido cuando ya estaba en pie. La dejó dormir, la noche anterior

había estado algo fría, le acomodó la manta y le dio un beso en la frente, se cambió en

silencio y salió a la sala a preparar café cerrero, montañés, cargado y oscuro, como más lo disfrutaba. Actos rutinarios para cualquiera, pero que para él eran la dicha suprema. Montaría un rato y le echaría un vistazo a los terrenos en venta, nada perdía

con soñar, era gratis.

Cuando volvió, Belén, ya levantada y vestida, hacía el desayuno, el horno

funcionaba muy bien y decidió hacer unos “pandebonos” con una masa que encontró en

la despensa. En el ambiente se mezclaba el olor del delicioso panecillo con el de los

huevos revueltos. Dos vasos de jugo fresco reposaban ya en la mesa.

—Buenos días, paloma.

Ella se acercó, lo besó en la boca, en el pecho y se empapó del olor a monte y a frío,

mezclado con el de su ropa y su olor, ese que la tenía embobada.

—Ya está listo el desayuno, mi vida.

Había empezado a decirle así unas semanas atrás. La primera vez que se lo escuchó

decir, tuvo un nudo en el pecho durante toda la jornada. La besó en respuesta.

—Todo se ve delicioso.

Belén se afanaba sacando la hornada de panecillos. Jorge la ayudó, sirviendo los

huevos, y se sentaron a desayunar. Él le contó de su visita a la estancia vecina y le dijo que el dueño los había invitado más tarde a conocer sus caballos de

paso. Arreglaron

la cocina y salieron en la camioneta un rato después.

Belén se asombraba de la trasformación que iba surgiendo en Jorge desde la llegada

al campo. Agradeció a la vida el verlo feliz y distendido, sin ese aire cínico que a veces salía a la palestra y que le trataba de esconder de diversas formas. El campo y

sus gentes sencillas ejercían un efecto en su ánimo. Sin perder detalle, ella lo observaba departir con el dueño de la hacienda vecina y conocido de la tía Elizabeth, y

hablar en su idioma de pastos, pienso y vacas.

Caminaba a pocos pasos de él por la caballeriza, amplia y lujosa, fascinada,

escuchándolo hablar en términos médicos, acariciando a los animales y dándole

consejos al hacendado. El corazón le golpeteaba en el pecho y sabía que más

enamorada de ese hombre no podría estar. Le pidió a Dios que tuviera compasión de él

y pudiera encontrar su lugar en el mundo. Se le encogía el corazón al pensar que Jorge

y su familia eran un número más en las cifras de desplazados del país por culpa de la

maldita violencia, a pesar de la alegría que descollaba en esos momentos, sentía su pena por el despojo, por lo que le había contado de la hacienda arrebatada, amaba el

lugar que había pertenecido a la familia por generaciones.

Más tarde pudo verlo, en toda su apostura, subido en uno de los caballos más hermosos que ella había visto en su vida. Caballo y jinete ofrecían una noble estampa,

montaba con soberana soltura, espalda recta y gesto confiado. Lo escuchaba reír a carcajadas al departir con los peones, libre, relajado, y tuvo un vislumbre del hombre

que era antes de que el encierro hiciera mella en él, en esos momentos conoció su verdadera esencia.

El hacendado, de nombre Vicente Vélez, hombre agudo y sagaz que ya se había dado

cuenta del profesional que había caído en sus manos, los invitó a la casa. Entraron al

espacioso lugar de arquitectura colonial, con un patio interior que en el centro tenía una fuente rodeada de vistosas flores. Pasaron a una sala amplia, con una chimenea grande,

el hombre le ofreció un coñac a Jorge. En ese momento entró la esposa del hacendado,

una mujer joven, alta, de espeso cabello oscuro y ojos verdes, que miró a Jorge con evidente interés. Belén sintió el mordisco de los celos.

—Ven, preciosa, te presento al sobrino de Elizabeth, Jorge Robles y su…

—Mi mujer —dijo Jorge, sin que le temblara la voz.

—Mucho gusto, señora, Belén García —contestó Belén con el pecho henchido.

—Amanda de Vélez, pero no me digas señora, soy apenas unos años mayor que tú.

La mujer era mucho más joven que su esposo, que ya estaba en la cincuentena, y se

enteraron por algún comentario que era su segunda esposa y que no tenían hijos. Uno de

los peones entró y llamó al hacendado, dejándolos a los tres solos. La mujer le ofreció

otra copa a Jorge, Belén no había tomado nada, y Amanda no le prestó atención, toda

su artillería estaba enfilada hacia él. Jorge no le devolvía el coqueteo, pero si le veía la diversión en la mirada y Belén quiso darle una patada en las espinillas.

En cuanto volvió Vicente, una de las empleadas entró con una bandeja con diferentes

quesos y carnes frías. Los hombres hablaron de política y del progreso de la región.

—Cuénteme sobre su experiencia laboral, Robles. Me interesaría contratarlo.

Jorge se explayó un rato sobre sus estudios y lo que había hecho en la hacienda de la

familia. El hombre degustaba un pedazo de queso escuchándolo, las mujeres

interrumpían entre pausas. A la tercera copa, Jorge decidió ser sincero con él, no quería hacerse ilusiones y que después lo discriminara por lo ocurrido. Al mal trago,

darle prisa.

—Quiero ser sincero con usted, después de que mataron a mi padre, estoy sindicado

por un asesinato que no cometí, salí libre hace dos meses largos por vencimiento de términos, pero la investigación del proceso sigue.

El hombre, que sorbía una bebida, expulsó el contenido en medio de un ataque

de tos

y el talante de la reunión cambió. El hombre dejó de comer y puso la copa en la mesa.

La mujer levantó una ceja, sorprendida, y el ganadero carraspeó nervioso. Belén quiso

abofetearlos a ambos, Jorge permanecía imperturbable.

—Lo siento —dijo después el hombre—, no es personal, pero me sería difícil

confiar en usted.

—No se preocupe —contestó Jorge, dejando la bebida sobre la mesa con un asomo

de ira en la mirada. Se levantó de la silla y le dio la mano a Belén, que enseguida se

levantó con él.

—Con permiso.

Se despidió de la mujer, a la que le regaló una mirada que parecía decirle: "Ahora

no soy tan bueno para compartir tu cama, ¿verdad?". Ella enrojeció como si lo hubiera

dicho en voz alta.

Salieron en silencio y en cuanto cerraron la puerta, Belén explotó.

—¡Son unos estúpidos! ¿Cómo se atreven?

—Que nada te perturbe, paloma. No vale la pena, ya estoy acostumbrado. La

mayoría de la personas piensan como él.

—Es injusto —pateó el suelo antes de subirse en la camioneta.

—Ya te dije que tranquila —dijo, en tono más firme.

Puso en marcha la camioneta y se alejó del lugar a buena velocidad.

Se quedaron callados unos minutos.

—¿Así es como lo soportas? —preguntó, incrédula— ¿Nada te afecta?

Se arrepintió enseguida de sus injustas palabras. Jorge la miró, furioso, su máscara

cayó a pedazos.

—¡No tienes derecho a juzgarme! —le dijo, señalándola con el dedo—. ¡Tú no!

—Lo siento yo…

Frenó el auto en seco y le dio un golpe con la mano al timón.

—¿Tú crees que no deseaba romperle la crisma por la manera en que me trató? Y

delante de ti, además. Ni siquiera le interesó si era culpable o no, el solo hecho de haber estado entre rejas para muchos ya me hace culpable. ¿Cómo crees que me siento?

No poder brindarle una vida digna a mi mujer. No tengo dinero, no tengo el respeto de

la gente y si no consigo trabajo, voy a enloquecer. Claro que estoy furioso, Belén, pero

si no me pongo por encima de la situación, ¿entonces qué? Terminaría en la cárcel esta

vez por algo de lo que sí sería culpable.

—No digas eso —susurró, angustiada—. Discúlpame, por favor.

Aferró el timón, tenso y sin querer mirarla.

—¿Dónde están las malditas oportunidades? No las veo.

—Algo encontrarás, te lo aseguro.

Jorge negó con la cabeza.

—No seas condescendiente.

—No lo estoy siendo.

Con ojos celados y rictus amargo, le preguntó:

—¿Por qué estás conmigo? Toda una niña bien, hablas no sé cuántos idiomas. Has recorrido medio mundo, podrías tener al hombre que quisieras.

—No sigas —suplicó ella.

“Además eres hermosa y de alma noble”, caviló él, amargado.

—Dímelo. ¿Es el morbo? El deseo de follar con un hombre peligroso, ¿es eso?

Ella lo miró, espantada.

—¡Eres tan estúpido!

Abrió la puerta de la camioneta, salió indignada y la cerró de un portazo.

Caminó unos cuantos pasos hasta que Jorge, en un par de zancadas, la alcanzó y la

sujetó por los brazos con dureza.

—¡Dime que solo me utilizas para calentar tu cama! ¡Dime que te calienta que te dé

placer alguien que puede hacerte daño!

—¡Basta! —Se soltó de manera brusca y levantó la mano con la intención de darle

un bofetón, pero Jorge le atajó la muñeca.

—¡Dime si imaginas un futuro juntos!

Belén negó con la cabeza varias veces y se soltó de nuevo de manera brusca de su

agarre. Le dio la espalda y él solo quiso arrodillarse y pedirle perdón, pero por su propio bien era mejor que se alejara.

Ella se volteó de pronto, se acercó a él de nuevo, echando chispas y siseó, furiosa.

—Sé lo que intentas hacer, Jorge Robles, y no te voy a dar el gusto.

—Es lo mejor que podrías hacer, irte de mi lado, ya pasaste la rasquiña, ya sabes cómo es, ya es suficiente. No quiero arruinar tu vida, la mía nunca será perfecta.

Necesitas estar con alguien que te haga mejor, no peor.

Belén se cruzó de brazos, sus ojos echaban chispas y a él nunca le pareció tan hermosa como en ese momento que, en plan de guerrera, luchaba por lo que creía que

había allí. Cómo deseaba decirle que la amaba con locura, con sentimientos posesivos e insanos que apenas afloraban.

—Eres un cobarde.

Lo empujó y siguió caminando, ya iba a subir los peldaños de la entrada a la cabaña

cuando escuchó la voz de él con una carga de amargura que la abatió más.

—Nunca contestas las malditas preguntas. ¿Por qué diablos estás conmigo? Un

expresidiario acusado de un asesinato brutal y que vivió un infierno en la cárcel, a lo

mejor no soy la persona que tú crees. A lo mejor sí cometí ese asesinato.

Ella se paró de golpe y se dio la vuelta con el corazón encogido y la mirada furiosa.

—¡Basta! ¡Estoy contigo porque te amo! ¡Óyelo bien, te amo y no voy a salir

corriendo porque tú te minusvalores! Eres tú el que tiene que trabajar eso, yo no puedo

solucionarlo, solo ayudarte y darte todo mi apoyo. Pero te amo así, tal y como eres, lo

único que cambiaría y daría lo que fuera, es porque no hubieras tenido que vivir esa absurda experiencia de la cárcel, cuando sé que no la mereciste. No sabes lo feliz que

fui esta mañana de ver un poco del hombre que fuiste antes del encierro.

Las palabras de Belén se le colaron por las rendijas del resentimiento y el miedo, calentándole el corazón con un sentimiento tan grande que se le humedeció la mirada.

Lo sobresaltó la manera emotiva en la que ella pronunció las palabras, con amor, con

dolor.

—¡Belén! —pronunció emocionado—. ¡Dios mío! Apiádate de los dos.

La abrazó con violencia y la besó con brusquedad. En cuanto entraron a la cabaña, la

arrinconó contra la puerta cerrada y la volvió a besar con una intensa emoción

que terminó de despertar el deseo sexual.

Belén, su Belén, cavilaba, mientras le acariciaba la boca con su lengua. Porque era

suya, a pesar del oscuro sendero que transitaba, ella estaba ahí para él, con su amor y

su entrega le iluminaba el camino. Necesitaba perderse en ella, en su delicioso y dispuesto cuerpo, experimentar el calor, las caricias sanadoras, los besos libertarios y

el cielo en su sexo. Quería los escalofríos, la ternura, la necesidad sin

cuestionamientos, sus manos que lo despojaban de su ropa hasta tocarle el alma, ofreciéndole una sensación de plenitud como nunca la había sentido. Necesitaba el fuego en sus vientres, el placer que ofrecía la liberación.

Su cuerpo tenso por la urgencia que le empañó el cerebro, solo deseaba tomar y tomar…

—Te necesito —dijo ella, bajándole los pantalones y apresando su miembro entre

las manos.

Lo miró con ojos llenos de deseo y él tuvo el apremio de esa conexión, más que nada en su vida, al despojarla de su pantalón y ropa interior. La levantó del suelo mientras le acariciaba las nalgas y palpaba la humedad de su sexo. Sus piernas encajaron en la cintura y la penetró con tanto ímpetu que la sintió aferrarse a él, para

evitar caerse. El jodido cielo lo apretaba. “Como si pudiera soltarte”, pensó,

enardecido. Su sexo resbaladizo le facilitaba las embestidas una y otra vez, al compás de sus gemidos que lo estaban enloqueciendo.

—Quiero hacerlo despacio —gimió otra vez, mientras trataba de hacer más lentos

los empujes—, pero no puedo. —Le aferró la cara—. Quiero mirarte mientras te

corres, mientras me corro. Dime que me amas otra vez —suplicó con tono de voz delirante.

Belén sonrió en medio de la bruma de placer.

—Te amo —exclamó, gimiendo—, te amo como no te imaginas, te amo como no te

amará nadie más.

Él aumentó las embestidas, ya sin control. Belén alcanzó el orgasmo con un ímpetu y

una tirantez inusitadas, con palpitaciones que le succionaron de una manera tal que liberó su alma en un temporal de felicidad desmedida. Le clavó las uñas en los hombros, como si él fuera a escapar.

A Jorge le costaba respirar, vacío de todo pensamiento y con el corazón a millón, tardó unos segundos en volver a tierra, en percibir el peso de su Belén. Ella, que respiraba, aún agitada, soltó un gemido de satisfacción.

—Belén. —La forma ronca y adolorida con que pronunció su nombre fue como una

caricia que despertó todo un abanico de sensaciones.

Ella lo besó con suma ternura y luego tomaron una larga ducha juntos. Él le secó el

cabello como si fuera experto y Belén se preguntó, celosa, sobre las mujeres de su pasado. Se acordó de la mujer del ganadero y su coqueteo descarado, lo imaginó prodigándole esos gestos a otra y como pudo disimuló su desencanto. Ni siquiera le había dicho que la amaba, claro que era consciente de que el haberlo dicho ella no era

una camisa de fuerza para que él lo dijera, pero se sentía algo desilusionada

después

de uno de los mejores momentos de su vida.

Más tarde preparó unos sándwiches, que devoraron con hambre, y leyeron un rato,

ella un libro sobre una mujer que atravesó medio país oriental para rescatar a su hija.

Él un libro de Murakami. Al atardecer, con un termo de té de vainilla, al que había terminado Jorge aficionándose, salieron al porche. La noche estaba fría, pero el ambiente era agradable, ellos estaban sentados en una silla que se balanceaba y arrebujados con una manta.

—Me encantaría vivir aquí.

—Es un buen sitio, pero hay paisajes más hermosos.

Belén le comentó algo, pero Jorge se había perdido en sus pensamientos, funestos, llenos de premoniciones, como si no tuviera derecho a la felicidad de la que ahora gozaba. Seguía empeñado en desviar sus turbios pensamientos, pero a medida que

pasaban los días era más difícil.

—No me estás escuchando, mi vida, ¿ocurre algo?

Él le besó la coronilla.

—¿Bromeas? ¿Qué puede ocurrir? Estamos juntos, contra todo pronóstico has

tolerado mi presencia durante dos meses.

Ella levantó la mirada y le acarició la barbilla rugosa.

—Ha sido todo un sacrificio.

Él, en respuesta, le pellizcó el trasero.

—Luna llena —señaló Jorge, al ver el astro que brillaba de forma intensa sobre el

cielo de terciopelo, tachonado de brillantes estrellas como solo se podía apreciar en el

campo.

Belén se apretó más contra él sin dejar de acariciar la forma de su tatuaje.

—No me digas que en minutos te aparecerán colmillos, se te cubrirá el cuerpo de pelo y aullarás como condenado.

Jorge soltó la carcajada.

—Ya quisieras. Hay una leyenda sobre el lobo que te va a gustar.

—Cuenta.

—Dicen que una noche ancestral, la Luna bajó a la tierra y se quedó enredada entre

las ramas de un árbol. En ese momento apareció un lobo y la empezó a acariciar con su

hocico y jugaron toda la noche, hasta que la Luna volvió al cielo y el lobo al bosque.

Ella, al irse, le robó la sombra al animal para recordarlo siempre, pero era como si le

hubiera succionado el alma, y él desde entonces le aúlla en las noches de Luna llena para pedirle que se la devuelva…

—Vaya…

Belén besó la cara del lobo con reverencia.

Él la miró, sonriente.

—Estás enamorada de mi lobo, yo soy solo el cuerpo que te brinda placer. Cuando

pronuncias te amo, no me lo dices a mí, iluso yo, se lo dices al lobo.

Ella sonrió con sus ojos brillantes.

—Me descubriste, estoy muy enamorada del lobo.

Y volvió a besar la imagen.

—¿En serio? —Jorge levantó una ceja y le regaló un gesto de ternura—. ¿Y crees que el lobo te corresponde? —ronroneó en su cuello.

—Con los lobos nunca se sabe —contestó ella, sonrojada, al ver el cariz que tomaba

la conversación.

—Al contrario, Belén, el lobo es de los pocos animales fieles por naturaleza cuando

encuentra a su pareja.

—¿Y este lobo habrá encontrado la suya?

—Ya lo creo que sí. Este lobo encontró una sexy rubia que lo tiene embobado y enamorado —A pesar de querer quitarle hierro a la declaración, Belén notó un hilo de

voz inseguro—. Desde que la encontró, lo supo.

A Belén se le aguaron los ojos, al recordar las dudas que tuvo al inicio. Su gesto se

transformó a un expresión de inquietud que no le había visto ni cuando pelearon en la

tarde.

—Desde que te conocí haces que mi pecho se expanda de sensaciones nuevas, buenas, eres el jodido regalo que me ha dado la vida después de todo por lo que he pasado. —Tragó el nudo que tenía en la garganta—. Eres mi primera vez en muchas cosas, Belén. Cuando sonríes se me hace un nudo aquí. —Se puso una mano en el estómago—. Y cuando me dices "mi vida", tienes razón, llevas mi vida en tus manos.

Te digo "paloma" porque la primera vez que te vi, algo volaba alrededor tuyo, un aura

o yo que sé, allí, en medio de lo más negro de la humanidad, tú brillabas, iluminaste la

biblioteca, calentaste mi alma como no lo había sentido jamás, fue como ver a Dios en

tu mirada y por primera vez en años supe que todo iba a estar bien.

Se echó a reír y la miró, nervioso, como solo puede hacerlo alguien que se percata

de los profundos sentimientos que experimenta por primera vez en la vida.

Belén se abrazó a su cintura y él la apretó más a su pecho.

—Si sigues así, daremos un espectáculo a los animales del bosque o al pobre

Dionisio, que a lo mejor nos vigila —dijo, al sentir las caricias de Jorge en sus pechos.

—No me gustan las demostraciones públicas. La idea de otro hombre viendo tu

cuerpo hace que quiera romperle la cara.

—Entonces entremos.

La levantó envuelta en la cobija.

—Quiero escuchar esos “te amo” en medio de tus gemidos, cerca de mi oído, toda

sudada y temblorosa mientras te hago el amor. Dime qué te gusta, ¿qué deseas que te

haga?

—Sexo oral.

Él levantó una ceja y le regaló una mueca burlona.

—Tan decente, dímelo en palabras sucias.

Ella acercó su boca al oído y lo complació.

—Tus deseos son órdenes —dijo, tumbándola con suavidad en el sofá—. El hombre

que no baja al pozo, otro le roba el agua.

Belén dejó de tomar esa noche las pastillas anticonceptivas.

****

—Patrón, el hombre ya está en el granero.

—Bien —dijo Orlando Ruiz, que encaminó los pasos hasta el lugar.

Escucharon unos gemidos. El sitio estaba en penumbra, varios hombres rodeaban el

cuerpo de Rubén Macías, cuyo rostro, de aspecto hinchado y sanguinolento, se

trasformó en una mueca de terror al ver a Ruiz. A lo lejos se escuchaba el resoplido de

los caballos, filas de paquetes de comida para animales se extendían a lo largo de las

paredes, dándole más intimidad al lugar.

—Bien, bien, la rata cayó en la trampa. Vamos a ver qué tienes que decirme.

El hombre negaba con la cabeza.

—¿Robaste el reloj de Jorge Robles?

—No.

Un puño en el estómago fue el premio por la contestación.

—¿Dónde está el puto reloj de Jorge Robles? —preguntó Ruiz, desenfundando un

arma y poniéndola en el cráneo de Macías.

—No, por favor, tengo esposa e hijos.

—Debiste pensarlo bien, toda acción tiene consecuencias, habla, ¡maldita sea! —

gritó, furioso—. ¿Por qué nunca apareció en la revisión de pruebas? ¿Dónde está? Lo

necesito.

Él hombre soltó un gemido lastimero y empezó a balbucear en medio del llanto.

—Lo tuve en mi poder dos años, perdóneme, patrón, luego volví al lugar y lo sembré

donde debí haberlo hecho, pero ya era tarde, ya los hombres del CTI habían peinado el

terreno. Dejé de trabajar para usted y cuando me enteré de que Robles seguía en la cárcel, me imaginé que habían encontrado el reloj.

—Pues fíjate que no, el puto reloj no cumplió su propósito. Vas a ir con Zambrano y

dos hombres más y van a buscar el maldito artefacto, si lo encuentran, no lo toquen, esperan instrucciones.

—Está bien, patrón —balbuceó el hombre, esperanzado en que el dichoso reloj

estuviera todavía en su lugar. A lo mejor podría salvar su vida de alguna forma, aunque

con el par de matones de Ruiz y Zambrano no se hacía ilusiones de volver a ver a los

suyos.

CAPÍTULO 13

Volvieron a su rutina y a sus paseos por los parques de la ciudad los fines de semana.

Jorge enviaba hojas de vida y asistía a las diferentes entrevistas de trabajo, Belén ya

finiquitaba sus informes sobre la crisis carcelaria, había viajado durante las últimas semanas. Él salía a trotar todos los días antes de que amaneciera, luego llegaba, se duchaba y se metía otro rato en la cama con ella, que atenta a sus pasos y gestos, lo esperaba, ansiosa.

Esa semana tenía un par de entrevistas laborales para proyectos pequeños, empezaba

a sospechar que alguien era el culpable de que no lo contrataran en ningún lado. En la

última propuesta laboral, había pasado casi todos los filtros, un compañero de estudios

que en todo momento estuvo pendiente de él y al que no le importaba su tiempo en la

cárcel, porque lo conocía —había pasado varias vacaciones en la hacienda—, lo había

recomendado, pero en la última instancia del proceso no volvieron a llamarlo. Al confrontar a su compañero, este dijo no saber qué había pasado, solo que los dueños de

la empresa de insumos veterinarios empezaron a andar con escoltas.

No recordaba haber dejado enemigos en la cárcel, bueno, estaba el Jefe, que por lo

que sabía todavía estaba refundido en una cárcel del norte del país y no creía que sus

tentáculos llegaran tan lejos. Pensó en Orlando Ruiz, pero lo desestimó, habían pasado

años, el malnacido les había arrebatado todo, ¿qué más deseaba castigarlos?

Miguel a cada tanto le decía que su jefe podría darle empleo en una empresa de lácteos de la que era accionista a las afueras de la ciudad, pero Jorge, orgulloso y terco, deseaba lograrlo por sí mismo. Se dijo que esperaría dos semanas más, si no solucionaba nada, aceptaría la propuesta de hablar con el industrial.

Necesitaba el trabajo, por más que su madre y su hermano hubieran dispuesto un dinero para él, se sentía mal. Ellos decían que era su parte del dinero de unas inversiones que había hecho su padre, de las que nadie había tocado los réditos, y no

era mucho, ni siquiera daba para empezar un negocio, pero cualquier cantidad se acababa si no se ponía a producir. Además, no les creía, sabía que ellos habían tenido

dificultades.

Belén le tenía mucha paciencia y no le comentaba nada sobre la falta de empleo. Le

sonreía, lo besaba y le decía que pronto hallaría algo. Lo conmovía la fe que tenía en

él. No se cuestionaba su dependencia de ella al paso de los días, cuando estaba en la

ciudad, la esperaba a la salida de su trabajo como si fuera un adolescente, el día se le

hacía largo, no se imaginaba cómo serían sus jornadas si le saliera el trabajo fuera de

Bogotá, que era lo más probable. Quería decirle que se fuera con él en cuanto tuviera

una estabilidad, que le daría todo, pero Belén era una mujer muy independiente, se aburriría esperándolo en una casa, por más enamorada que estuviera. Su mujer era una

guerrera del mundo, la había conocido así y no pretendía cambiarla. Por lo menos le había prometido que no se volvería a ir del país, eso ya era algo.

Ese día no había ido a recogerla, se había quedado en la casa preparándole la cena.

Cuando la sintió llegar, siguió concentrado en lo suyo sin mirarla, y no vio que venía

acompañada de su hermana Antonia.

—Hola —saludó ella desde la entrada y le hizo un gesto de silencio a su hermana.

El departamento olía delicioso, como siempre que Jorge preparaba algo.

—Hola, paloma, ¿qué tal tu día? Hum, eso sonó demasiado doméstico para mi gusto.

—¡Qué va! A mí me sonó muy bien. ¿Qué has preparado? —preguntó Belén.

Antonia miraba pasmada para la cocina donde Jorge, inclinado, revisaba algo en el

horno. La mesa del comedor estaba arreglada para dos, con un candelabro y dos juegos

de platos.

—Una delicia. Salmón a las finas hierbas, ensalada y papas al vapor, pero como vi

todo muy dietético, compré una torta de las de la pastelería de la esquina. Esa que te

gustó tanto el sábado pasado.

—Eres mi maestro —dijo ella, soltando el bolso en el sofá y acercándose para

abrazarlo por la espalda.

—Arrodíllate ante mi poder, criatura.

—Si me arrodillo, la que tendrá el poder seré yo.

Él la miro con ojos ardientes. Deslizó la mano por su cintura, acercó la cara y la besó.

—Tienes razón. Mejor siéntate a comer, más tarde haremos un pulso de poderes.

—Primero ven a conocer a mi hermana.

Jorge se dio la vuelta, sorprendido, y salió de la cocina. Antonia lo miraba como si

el genio de la lámpara hubiera salido y ella pudiera pedir un deseo.

—Vaya —exclamó—. ¿Así que tú eres el veterinario?

—Sí. —Jorge le dio un beso en la mejilla.

—¿Tienes hermanos?

—Eh, sí, claro —contestó él, risueño.

—No seas descarada, Antonia García.

—Creo que aquí sobro —dijo ella, mirando la mesa.

—No hay problema, pondremos otro plato —dijo Jorge, volviendo a la cocina y

sacando los utensilios para poner otro puesto en la mesa.

—No me gusta ser violín de nadie, pero dadas las circunstancias… —dijo Antonia,

mirándolo de arriba abajo.

Jorge se veía impresionante, casi pecaminoso, con un jean descaderado y una

camiseta blanca que ajustaba su esbelto cuerpo y la sombra de la barba. Se estaba dejando crecer el cabello.

—¿Por qué siempre te persiguen los buenorros? Desde el colegio era así, yo tenía que conformarme con los nerds. Ya entiendo muchas cosas y por qué has estado tan

perdida los fines de semana —concluyó Antonia, mirando el tatuaje.

Belén fue a la nevera, sacó una botella de vino empezada y sirvió tres copas.

—Cuéntame más sobre esos jóvenes, Belén es muy reservada —expresó Jorge, con

la curiosidad en el rostro.

Era cierto, le había sacado con pinzas lo ocurrido de su relación con Nathan y apenas un par de detalles de su pasado. Aunque tampoco era que estuviera muy

interesado en los detalles, era algo celoso.

—Desde tercero de bachillerato fue un jodido infierno, ese año lo perdí y quedamos

en el mismo curso hasta terminar la escuela. No sabes lo que hacían los chicos por llamar su atención.

—Eran tan niños —habló Belén.

—Eran de nuestra misma edad. ¿Cuántos años tienes? —preguntó Antonia a Jorge,

luego de dejar la copa en la mesa.

—Treinta.

—Ah, ya veo. Los chicos le gastaban bromas, ponían su silueta de perfil en el tablero, ya sabes, nuestra Belén era pechugona —dijo, señalando la forma del busto.

—¡Antonia!

Jorge soltó una carcajada.

—¿Y piensas que le iba a dar la oportunidad a alguno después de eso? —dijo Belén,

tirándole un cojín que pasó rozándola.

—Tienes razón —intervino Jorge.

Jorge observó al par de mujeres, eran parecidas, con el mismo cabello rubio,

pero

los ojos de Antonia eran verdes y la boca más pequeña; además, era más delgada que

Belén y un poco más alta. Mientras las escuchaba hablar de una fiesta que terminó muy

mal para Antonia, les sirvió la comida, que discurrió entre anécdotas y bromas. El salmón estaba jugoso y en su punto, y la ensalada era la favorita de Belén. Jorge apenas

sabía cocinar, pero se esmeraba siguiendo las diferentes recetas, para complacerla.

—¿Dónde has trabajado? —preguntó, inocente, Antonia.

—Trabajé en la hacienda de mi padre mucho tiempo, luego aquí y allá.

Miró a Belén, que se había tensionado, lo que le dio la certeza de que no le había

contado dónde se habían conocido. Se sintió incómodo, pero lo entendió. Cuando

degustaban la torta, Belén tomó su mano y le dijo a Antonia:

—Conocí a Jorge en la cárcel. Era un recluso.

Antonia los miró, espantada.

—¿Cuántos vinos te tomaste? Porque para ser una chanza, está bien floja.

Jorge y ella la miraron, serios. Antonia abrió los ojos.

—¿Es verdad?

Ellos asintieron. Antonia soltó una fuerte carcajada y se levantó de la mesa.

—Oh, Dios, oh, Dios. —Caminó por la pequeña sala sin parar de reírse.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —preguntó Belén, molesta—. ¿Te estás burlando?

Antonia se calmó como por ensalmo.

—Te juro que no me burlo de eso, te lo juro. ¿Cómo es posible? Tuviste que haber

estado preso de manera injusta para que ahora estés sentado con nosotras, eso seguro.

Me río porque la sacaste del estadio con papá. Su niña consentida, te va a matar. ¿Lo

sabes, verdad?

—No es motivo para que te rías. Jorge es un hombre íntegro y es lo único que debe

preocupar a papá.

Jorge la amó todavía más. Se sintió celoso y posesivo, un sentimiento que no le hacía mucha gracia, celoso de su familia, de su pasado, de los chicos que besó en su

adolescencia, del hombre al que le entregó su virginidad, era absurdo, pero así era.

Nunca había experimentado esa hambre por una mujer, ese instinto primitivo que veía

en muchos de los hombres presos cuando sufrían por sus amores. Sabía que si volvía a

la cárcel, la pasión por Belén lo mataría. No se daba cuenta de que todos esos sentimientos, levantados de golpe, eran producto de la inseguridad que en ese momento

sentía, porque estaba seguro de que a los demás miembros de la familia la situación de

Belén no les haría mucha gracia. Además, no quería defenderse, no quería que ella lo

defendiera, él sabía quién era. ¿Por qué el jodido mundo no podía aceptarlo? "Porque

pasaste tres años en el hueco, huevón, esa es la diferencia".

—Discúlpame. —Antonia se puso seria de nuevo—. ¿Qué pasó, Jorge? Quiero

escucharlo de ti. Belén, pon a hacer café.

Jorge pasó la siguiente hora contándole con pelos y señales todo lo ocurrido. A medida que avanzaba en su relato, el rostro de Antonia pasaba por diversas emociones:

angustia, pena, escepticismo. Odiaba justificar su presencia en la vida de Belén, pero

era un precio muy pequeño a pagar con tal de tenerla en su vida.

—Conozco al fiscal que llevó tu caso, no tiene buena fama. Lo siento, Jorge, y mucho, pero espero de corazón que se haga justicia.

Antonia se despidió un rato después. Belén le pidió que no les dijera nada a sus padres aún, ella se encargaría de hacerlo. La notó triste, preocupada.

—Te doy un consejo, hazlo antes de llevarlo a casa. Y a ti —soltó Belén, y miró a

Jorge—, ella está muy enamorada, eso puede verlo hasta un ciego.

—Está correspondida.

—Si lastimas su corazón, te mato.

Antonia abrazó a su hermana, aún preocupada.

En cuanto se quedaron solos, Belén soltó un largo suspiro.

—No fue tan difícil.

Jorge se acercó a la ventana y con semblante sombrío, miró hacia la calle, a los autos que pasaban, a la gente que caminaba hacia su casa. Se perdió en sus

pensamientos.

—Ahora entiendo por qué no me presentas a tus amigos, ni a tu familia, y no tienes

que hacerlo —hizo una mueca irónica, mirándola de reojo.

Ella lo miró, genuinamente sorprendida.

—¿Crees que es porque estuviste en la cárcel? —preguntó. Se acercó por detrás y lo

abrazó.

—¿Por qué más?

—No es por eso. —Hizo una pausa, ordenando sus pensamientos—. Me siento en

esa etapa donde no quiero compartirte con nadie, estamos conociéndonos y viviendo algo muy intenso, ya habrá tiempo para eso. Tendremos un desfile de amigos y familia

en la puerta, no te preocupes.

—Si tu padre no me mata primero.

—Lo manejaré. Ahora quiero hacer algo por ti.

Ella sabía por dónde iban sus pensamientos y no deseaba que la charla con su

hermana lo afectara de alguna forma, no valía la pena y no quería ahondar en el tema

hasta que hablara con su padre.

Sus manos bajaron y Jorge elevó la comisura de los labios, ambos eran expertos en

eludir los temas importantes con sexo. Él había empezado con la costumbre, lo tenía bien merecido.

—Sí, claro que sí, puedes lavar esos platos, paloma —señaló, con aparente

seriedad.

—Hablo de otra clase de ayuda. —Por encima del pantalón acarició su miembro,

que respondió enseguida poniéndose firme—. Hablo de bajarte los pantalones,

saborearte, de que te corras en mi boca.

Lo sintió escalofriarse y al darse la vuelta, una mirada tormentosa había oscurecido

sus ojos. Siempre que le sostenía la mirada, una descarga de electricidad le atravesaba

el vientre. Le acarició la cara, iba a darle un beso, pero se alejó para mirarla a los ojos.

—¿Qué carajos vas a hacer conmigo?

Ella le sonrió.

—Por ahora, hacerte ver estrellas.

Con el pulgar le delineó la boca. “No dejes de mirarme nunca. Necesito que tus ojos

me digan todos los días que eres mía".

—Tienes una boca de muerte. Es mi obsesión.

Belén le chupó el dedo pulgar. Él le sonrió en medio de su gesto atormentado y le

siguió acariciando el rostro. No quería arruinar el momento preguntándole, como tonto

enamorado, por qué lo amaba. Tenía parte de su vida arruinada, nadie le devolvería esos años jamás. No entendía qué veía en él, solo sabía que vivía por esa mirada.

—Eres única.

—Lo sé.

—Humilde, además.

—Soy tan humilde —le guiñó el ojo—, que en segundos me tendrás de rodillas. No

te podrás quejar.

—Me encanta tu vocación de servicio.

Jorge se apoderó de su boca y la recorrió con la lengua en un beso pasional y sucio,

ella se frotó instintivamente contra él. La estrechó con fuerza contra sí, agradecido por

tenerla en su vida. Su sexualidad limpia, su pasión, la manera en que lo acariciaba o se

frotaba contra él, eran fuertes afrodisíacos que lo mantenían ardiendo. Se hizo patente

la erección a través de los vaqueros, se los abrió, se bajó los calzoncillos y la liberó.

Observó a Belén ponerse de rodillas y abrir los labios sobre su pene, mientras le acariciaba los testículos. Quiso dejarse ir al escucharla gemir en cuanto posó la boca

en su miembro y lo sometió al dulce martirio de su lengua. Ya libre de todo pensamiento que no fuera sentir los deliciosos labios de Belén, se tensó, se le retrajeron las piernas, empujó las caderas y enterró el pene profundamente en su boca.

—Hasta el fondo, Belén. —Había un matiz desesperado en aquella voz áspera y

ronca esa noche—. Tómame.

Jorge miraba hacia abajo, la tenía aferrada del pelo. ¡Cielo santo! Qué bien se sentía

ver su lengua recorriendo la punta, saboreando y chupando.

—¿Quieres más duro? —Ella afirmó con la cabeza.

Le aferró el cabello con un puño y le hizo mover la cabeza, para llenarla de nuevo

con la dureza de su erección.

Ella levantó la mirada hacia él, percibió en aquella implacable mirada un brillo peligroso, oscuro, una necesidad primitiva que la estremeció.

Hambrienta de él, se dedicó a atormentarlo y succionarlo, hasta que vio como sus ojos se pusieron en blanco.

—Oh, sí, delicioso, sigue, así. —Clamaba en medio de gemidos roncos que le

indicaron a Belén que estaba próximo al clímax—. Tu boca caliente es el paraíso.

Belén sentía crecer el deseo en su interior, amaba su sabor masculino, lujurioso, caliente, quería tocarse. Se miraron a los ojos unos cuantos segundos y en su mirada gris, Jorge vio el gesto de una mujer que sabe que tiene a un hombre en sus manos.

—Me corro. —Se movía entre sus labios con rapidez y ella lo recibió, encantada.

Estaba lejos de cualquier contención. La liberación llegó con un fuerte espasmo, seguido de otros más, llenando su boca de la detonación líquida que Belén, gustosa, se

encargó de tragar.

La tomó de los brazos y la levantó, la abrazó y le dio un beso en la mejilla y otro en

la boca. Lo escuchó soltar un suspiro profundo. Su voz reverberó en su cuello.

—Me succionaste mi sombra —clamó Jorge, recordando la leyenda del lobo y la

luna

*****

Días después, Jorge entró a trabajar en la empresa de lácteos que estaba ubicada en las

afueras de Bogotá. Desde el departamento de Belén eran cuarenta minutos de viaje y

uno de los socios era el jefe de su hermano. Pasaba casi todas las noches con ella, con la excusa de la cercanía a la carretera de salida de la capital, pero no podía seguir posponiendo el que su familia la conociera.

Estaban invitados a cenar esa noche, Belén había salido temprano del trabajo.

—Paloma, hubieras comprado esa torta tan deliciosa que venden en la

pastelería de

la esquina —dijo Jorge al verla revolviendo una mezcla de ingredientes para preparar

una torta. Tenía manchas de harina en el rostro y las manos metidas en el recipiente.

—¿Y llevar un postre a tu casa que no esté hecho por estas manos? No, señor.

Él entró en la cocina y la abrazó por detrás.

—Le podrías dar un mejor uso a esas manos, tenlo por seguro, y esa boca también

—le dijo con mirada lobuna, recordando lo de noches anteriores.

—Te vas a arruinar la ropa —dijo ella, sin dejar de revolver—. ¿Solo piensas en sexo?

—Pues claro, siempre pienso en sexo cuando estás a mi lado.

El escalofrío de Belén fue la prueba del modo en que sus palabras la afectaban. Le

besó el cuello y le mordisqueó la oreja.

—¿Solo cuando estoy a tu lado?

Jorge advirtió el cambio en su respiración.

—Pues ya que lo preguntas, pienso en sexo todo el jodido tiempo, tú y esos

deliciosos labios chupándomela o desnuda en tu cama y yo entrando y saliendo de ti,

hasta hacerte gritar de placer.

Ella le golpeó la mano y lo alejó.

—Sé lo que intentas hacer, Jorge Robles.

—¿Sí? Qué bueno, vamos a la cama, entonces.

Ella continuó mezclando ingredientes con una batidora manual.

—No crees en mis dotes para preparar la jodida torta.

Él la miró, confuso.

—Sí, te descubrí, solo porque la última no creció como debía, no quiere decir que

no sea capaz de hacer una torta para impresionar a tu madre.

Él la miró, risueño.

—Créeme, a mi madre la impresionarás por tu forma de ser, tu belleza y lo

enamorada que estás de mí. Sobre todo por lo último.

Belén se echó a reír.

—No conoces a las mujeres.

La miró con una sonrisa condescendiente de lo más sexy.

—Ya lo creo que sí. —Se acercó de nuevo a ella——. Te apuesto a que tienes los

pezones erguidos.

Lo alejó de un codazo.

—Estás hecho todo un engreído. Fuera de mi cocina. Ve a ver televisión, lee el periódico, no sé.

Él la miró con falso enfado, se sentó en el sofá y empezó a hojear el diario.

Ella lo miró con ojos chispeantes, estaba guapísimo, con sus pantalones de dril oscuro, una camisa clara y una chaqueta tipo blazer que resaltaba su figura corpulenta.

Hasta ella llegaba el aroma de su loción, que la envolvía y la llevaba por pensamientos

nada santos. Quiso lavarse las manos y darle lo que él quería.

—Estoy hecha un desastre, vamos a llegar tarde.

Él levantó la vista del periódico.

—Qué va, todavía es temprano, nos esperan en hora y media. Además, estás

preciosa.

—Estoy nerviosa.

Jorge sacó el teléfono y le tomó una fotografía, ella sacó la lengua. Ya se había acostumbrado a ello, le tomaba fotografías en las circunstancias más extrañas, recién levantada o cuando salía con la toalla enrollada en la cabeza, en la cocina o cuando trabajaba. Ella también lo hacía, cuando estaban juntos en la cama, y en el paseo a la

casa de campo había tomado bastantes de él montando a caballo y paseando.

—No tienes por qué estarlo. Te adorarán y sacarás a mi madre de dudas sobre dónde

paso la mayoría de las noches.

Era cierto. Jorge ya tenía ropa en su closet, pasaban casi todas las noches juntos a

excepción de los miércoles, que era la cena con sus padres. Belén lo llevaría la siguiente semana, aunque Jorge no estaba muy convencido todavía. No por él, que le haría frente al que fuera, sino por ella, que cada día le regalaba el mundo, pero había

insistido en que ya era hora. La observó poner la masa en un recipiente redondo, que ya

llevaba una mezcla de caramelo.

—Me gusta el sabor de la masa antes de hornearla.

—Acércate, pruébala.

Ella le acercó la espátula y lo dejó probar la mezcla.

—Deliciosa.

—Me imagino que tu madre pensará que volviste a las andadas —bromeó, celosa,

mientras metía el recipiente en el horno.

Jorge ignoró el comentario. Si ella supiera que lo tenía en sus manos, enamorado como un adolescente: de sus ojos grises, que se oscurecían cuando estaba excitada; de

su cabello, que le caía como manta de hilos de oro por la espalda y que le gustaba agarrar y jalar en el momento del sexo. Se las jugaba todas con esta mujer, su vida ya

no sería la misma sin ella.

Belén se desnudó despacio camino a la habitación.

—Voy por una ducha, ya tengo las manos libres. —Se volvió a mirarlo y le guiñó un

ojo—. Y por cierto, ya puedo usar la boca, también.

CAPÍTULO 14

—Estás preciosa, si no nos estuvieran esperando…

—Eres insaciable.

Habían salido del ascensor y caminaban por el pasillo hasta llegar a una amplia puerta de madera labrada. Él la abrazó por detrás.

—Insaciable —susurró en el oído—. Espera y verás…

La alzó con recipiente de torta y todo, y le dio un par de vueltas.

—Eres un pesado. —Soltó una carcajada—. Si arruinas mi torta, no duermo contigo

esta noche.

Jorge le dio un beso en la nariz. Miguel abrió la puerta del apartamento en ese momento.

—Tómatelo con calma —susurró Jorge sobre su cabeza.

“Vaya con los hermanos Robles”, se sorprendió Belén cuando un hombre un poco

menor que Jorge la miró de arriba abajo con apreciación. A pesar de su gesto adusto,

fue muy suave al saludarla.

—Es un placer conocerte por fin, Belén, bienvenida.

Ella correspondió al saludo y Miguel le dio un beso en la mejilla.

—La tenías bien escondida. ¿No, bribón? —Le dio un puño a su hermano en el

brazo.

En la sala la esperaban dos mujeres que Belén dedujo eran la madre de Jorge y su

tía. Miguel le recibió el recipiente, que puso en la mesa del comedor.

Belén había escogido para la ocasión una falda tubo color gris plomo, un suéter delgado color azul aguamarina, medias de seda oscuras y zapatos de tacón. El cabello

se lo había peinado liso y apenas se había aplicado maquillaje.

—Hola, mamá, tía Elizabeth, les presento a Belén.

Ligia se levantó de la silla, abrazó a la joven y la miró a los ojos, en ese sencillo

gesto, Belén percibió aceptación y esperanza. La tía Elizabeth fue la siguiente, con un

gesto un poco más efusivo que el de su cuñada e igual de sentido.

A Ligia no le pasó desapercibido el brillo en los ojos de su hijo cuando miraba a la

joven, como si toda su atención estuviera centrada en ella, y la manera en que le pasó

el brazo por el hombro en un gesto de protección. Era una mujer muy hermosa, pensó,

pero no solo por su físico, que era espectacular, brillaba con luz propia, y elevó una

plegaria de agradecimiento al cielo por ese presente que había llegado a la vida de su

hijo para subsanar tanta pena.

—Bienvenida, Belén —dijo Ligia, sonriente, y brindándole asiento.

Jorge abrazó a su tía y le pidió el abrigo a Belén para llevarlo a otra habitación.

Todos se sentaron en la sala. Cuando Jorge volvió, le preguntó al oído cómo

se sentía.

Ella le apretó la mano y le sonrió con un amor tan patente y tan limpio, que Ligia tuvo ganas de llorar de dicha.

—Estoy feliz —le contestó.

—¿Y mi niña? —preguntó Jorge a las mujeres, refiriéndose a Ángela.

—En su habitación, está estudiando —contestó Ligia—. Hijo, ve a llamarla. —dijo,

dirigiéndose a Miguel.

—Yo voy —dijo Jorge, levantándose.

Miguel fue a la cocina a traer café. Belén observó la sala con curiosidad, estaba decorada con buen gusto y a pesar de la melancolía crónica de la madre —Jorge le había hablado mucho de ello—, el lugar desprendía calor de hogar. Observó las

fotografías, ubicadas en una mesa esquinera. Reconoció al patriarca de la familia, de

gesto adusto, como si le molestara que lo retrataran, sus hijos habían heredado su apostura. Vio fotos de ellos en diversas actividades y diferentes ciudades. Se sintió cómoda de forma inmediata, tan diferente al ambiente enrarecido que a veces había en

su casa, por más esfuerzos que hacía su madre por suavizarlo.

Las mujeres la miraban con viva curiosidad.

—Eres muy hermosa —señaló Ligia.

—Jorge tenía razón —habló Elizabeth—. Tus ojos son del mismo color de las

piedras del río.

Ella se sonrojó.

—Gracias.

Belén se enderezó en la silla, como si estuviera pasando un examen.

—Gracias por la torta.

—La hice yo —dijo Belén——. Torta de queso y ciruelas.

—Seguro estará deliciosa —dijo Elizabeth.

—Estamos muy felices por Jorge. No lo ha tenido nada fácil mi muchacho. —Ligia

juntó ambas manos, que Belén pudo ver algo deformes por culpa de la artritis.

—Estamos muy contentos de habernos encontrado.

Belén observaba a las mujeres. Ligia tuvo que haber sido muy hermosa en su

juventud, todavía guardaba el porte y la línea de años más jóvenes, pero su mirada de

profunda tristeza solo se iluminaba cuando miraba a sus hijos. Llevaba un pantalón negro y un suéter de colores vivos, sus únicos aderezos eran un juego de perlas en aretes y collar, y su argolla de matrimonio. A Elizabeth sus gestos cálidos y benévolos

le conferían una rara belleza, tenía el cabello corto teñido de rubio y vestía con sencillez ropa de buena factura.

—Es admirable —interrumpió Elizabeth—. Lo conociste en circunstancias adversas

y aquí estás, tienes mi cariño por eso.

La mujer le palmeó la mano con afecto.

—Es un gran hombre, lo supe desde el primer momento.

—No se lo digas muy seguido, a veces hay que bajarle los humos —dijo Elizabeth

con ánimo bromista.

—Yo lo amo así como es él.

—Tampoco se lo digas muy seguido —señaló Miguel, de buen humor, cuando entró

con una bandeja en la que reposaban varias tazas de café y un cuenco con azúcar.

—¿Decirme qué? —preguntó el aludido, que entró a la sala abrazado a una bella joven.

—Nada —eludió Belén.

—Paloma, te presento a Ángela, mi hermanita. —Le dio un beso en la cabeza.

La chica la saludó, algo tímida, y se sentó junto a ellos.

—¿Por qué le dices "paloma"? —preguntó enseguida.

Belén sonrió, recordando el momento en que lo supo.

—Reserva del sumario —contestó Jorge, con tono de voz que no daba lugar a

réplica.

Y otra vez Ligia observó esa mirada hipnotizada que su hijo le destinaba a su acompañante.

Miguel le pasó una taza a Belén y la charla discurrió tranquila, con temas como el

tráfico, la inseguridad, los embotellamientos y el clima. Cuando Ángela habló

de su viaje a Italia, Belén, que conocía el país, se explayó en una serie de datos que la joven

asimiló, encantada. Jorge la observaba departir con la familia, charlar con Ángela, contestar las preguntas de su madre y tía. Al ver la comodidad con la que las tres mujeres se relacionaban, se arrepintió de no haberla llevado antes. Solo Miguel estaba

separado, de pie en una esquina, tomando su café. Jorge se acercó a él.

—¿Qué? —preguntó Jorge.

—Tú Belén la está pasando muy bien. —Tras una pausa, añadió—: Es muy hermosa.

La miras de una forma… Nunca te había visto así.

—Lo tengo bajo control.

Su hermano le regaló una sonrisa burlona.

—Si lo tienes bajo control, entonces es que no estás enamorado.

Él se negó a mirarlo y Miguel continuó:

—Ya sabes, es como estar en medio de un tornado. No sabes a dónde te lleva, te golpea y te da vueltas, y nunca sales igual que cuando entraste.

—Lo sé.

Él estaba en medio del tornado, recibiendo bandazos a cada rato, pero más feliz que

nunca en su vida.

—¿Entonces?

Jorge no contestó, se limitó a mirarla cuando en un momento dado ella tomó la mano

de su madre y la masajeó, comentándole algo de una crema antinflamatoria naturista, muy buena, que le iba a regalar. Y otra vez esa sensación en el pecho cuando le sonrió

a su tía por un comentario de esta, y otra vez ese deseo de sentirla más cerca, de besarle el cuello, de perderse en su cabello. No era sano, no podía ser sana esa

necesidad de ella.

—Ya veo —concluyó Miguel, mirándolo con sorna, y se dirigió a los presentes—.

Bien, qué les parece si pasamos al comedor.

La cena transcurrió armónicamente, entre risas y bromas probaron los diferentes

platos: lomo fino, pollo al curry, torta de patata, verduras al vapor, todo servido con un gusto exquisito, se notaba que la madre de Jorge disfrutaba del arreglo de la mesa y de

que estuvieran todos reunidos. Degustaron la torta hecha por Belén y se deshicieron en

alabanzas.

Más tarde, los hombres se levantaron y salieron al balcón con una copa de coñac cada uno. Belén observaba al par de hermanos, tan parecidos y tan diferentes entre sí.

Sabía que Miguel había sido militar y trabajaba en seguridad, tenía la estampa del guerrero y una veta de dureza que seguro tenía más que ver con todo lo ocurrido a la

familia que con su formación castrense. Tenía una manera de mirar a su hermano que

era una mezcla de cariño, admiración y mucha culpa. A pesar del fuerte

temperamento

de Jorge y de su cinismo, su sentido del humor le había permitido sobrevivir en circunstancias difíciles. En Miguel ese sentido del humor parecía estar ausente, si acaso descollaba algún comentario sarcástico, pero no más. Ambos hermanos tenían distintas batallas que librar.

Las mujeres seguían charlando alrededor de la mesa. Ligia, con viva curiosidad, indagaba por el pasado de la joven, su trabajo, la familia, hasta que Elizabeth exclamó:

—Para, para, la vas a hacer sentir que está en un interrogatorio.

Ángela puso los ojos en blanco y Elizabeth fue a por más café.

Jorge y Miguel estaban sentados observando la noche en medio de las plantas que tenían su madre y su tía en el balcón, y que cuidaban con mucho mimo.

—¿Has hablado con Sinisterra? —preguntó Jorge, con un ardor en el estómago que

nada tenía que ver con el trago que había acabado de tomar—. Lo llamé hoy y fue imposible comunicarme.

—Hablé con él hace dos días —dijo Miguel—. Tiene a sus investigadores

esperando algún chivatazo, pero no se sabe nada aún.

—Necesito que todo esto termine. Estoy desesperado.

—En poco tiempo, no te preocupes, sigue tu vida tranquila. ¿Qué opina Belén de todo eso?

Una voz los interrumpió.

—¿Qué opino de qué? —preguntó la aludida, saliendo al balcón, y llena de

inocencia, le acarició el rostro a Jorge.

Jorge le besó la mano.

—Estábamos hablando de que quiero que la investigación termine, que ya se inicie

el juicio.

Miguel lo notaba incómodo, como si no le gustara tocar ese tema con ella y era

cierto, cuando ella indagaba, él se salía por la tangente.

—¿Qué opinas de su nuevo trabajo?

—Estamos muy contentos.

—Me alegro —concluyó Miguel, examinándola de una manera que incomodó a

Belén.

Miguel rogaba porque esta mujer mostrara entereza para las duras pruebas que su hermano tenía que enfrentar todavía, no le serviría una mujer débil y ávida de atención.

Veía en Belén, además de belleza —en eso su hermano se llevaba la palma—,

serenidad, temple, y se alegró por él.

—Mi vida, tu madre quiere que vayamos el domingo a la misa de Nuestra Señora de

Guadalupe.

Ella entró de nuevo y Jorge le regaló una mirada amorosa, posesiva.

—¿No que tienes todo bajo control? Jajá, estás bien jodido y no lo digo en sentido

literal.

Se despidieron rato después, con la promesa de ir a la iglesia. Ella lo mantuvo distraído, haciendo comentarios sobre la familia todo el trayecto a casa.

En cuanto llegaron al departamento, Belén soltó el bolso en el sofá, se quitó el abrigo y los zapatos, que dejó en cualquier parte, y fue a la cocina a por un té.

Jorge, de pie y con las manos en los bolsillos del pantalón, la miraba sin perder detalle. Permaneció así todo el tiempo que ella utilizó en preparar su bebida. Le gustaba observarla, conocía cada una de sus rutinas y las amaba todas.

Jorge mantuvo un tono de voz calmo al relatarle que la próxima semana tendría una

fecha para la nueva audiencia y que hasta el momento la Fiscalía no había recabado más pruebas que las ya estipuladas al proceso. Eso le brindaba algo de esperanza. La

miró alistar dos tazas y ponerles el azúcar, luego la vio preparar la infusión, levantó el rostro y le brindó una sonrisa. ¿Qué diablos había hecho? Debió saber desde el comienzo que se la llevaría por delante, había invadido el mundo de Belén sin contemplaciones, sabiendo en todo momento que tenía un pie en la cárcel, y no quería

ser el causante de poner en su rostro una mirada de desesperanza y de dolor. Le fastidiaba vivir con este tipo de temor, cuando estaba encerrado era diferente, sabía a

qué atenerse en todo momento, pero ahora su temor más grande era que le arrebataran

la esperanza, los sueños y el amor. No se hacía ilusiones, no iba a encadenar a Belén a

su vida si el veredicto era desfavorable, no sería capaz de cometer un acto de egoísmo

tal, pero dejarla ir, llegado el caso, iba a acabar con él, por eso necesitaba

aferrarse a una brizna de esperanza de que todo se solucionaría a su favor, por él y por ella.

—La gente que te implicó… ¿qué sabes de ellos?

—Nada, no he sabido más de ellos, por eso tengo esperanza de que quede sepultado.

Belén se acercó a él y le pasó el pocillo con la bebida caliente. Volvió a sentarse en

el sofá.

Ella lo miró de nuevo fijamente, una mirada que parecía atravesarlo, él estaba seguro de que leía todos sus pensamientos como si fuera un maldito libro. Belén tomó

un sorbo de su bebida.

—¿Algo más pasó con ese hombre aparte de los motivos que esgrimes, para que siga

pensando en ti?

Jorge se levantó de golpe, como si hubiera sido alcanzado por un rayo. La miró confuso y apenado, e hizo un gesto afirmativo. Tragó saliva varias veces antes de empezar a hablar.

—Esto no lo sabe ni mi hermano. Cuando tenía dieciocho años, me acosté con una de

las mujeres de Ruiz, el que mandó matar a mi padre.

Ella soltó una exclamación. Él continuó, con voz atormentada:

—Era joven y ávido de aventuras, ella era una mujer como de treinta y cinco años,

muy hermosa, era la madre de Olivia, la mujer de la que se enamoró mi

hermano.

Belén lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—Un momento, un momento… ¿Tú te acostaste con la mujer y Miguel se enamoró de

la hija de un matón? Tienen poco instinto de supervivencia —señaló, molesta.

—Déjame explicarte.

Jorge le contó que su aventura duró unas semanas, que la mujer estaba acostumbrada

a cambiar de amante, él pensaba que Ruiz nunca se había enterado del desliz. Luego,

años después, Miguel se enamoró de Olivia sin saber de quién era hija, cuando él lo

supo se asustó y le recriminó mucho a su hermano el hecho. Ese día habían matado a su

padre y luego había ocurrido aquello, la culpa tenía atenazado a su hermano, y él no era

capaz de echar más leña al fuego, si Miguel supiera… Contándolo en voz alta, parecía

un novelón de esos que veía su tía. Era de no creer.

Belén lo miraba con cara de espanto. No podía creer que un hombre castigara a otro,

de la manera en que Ruiz lo castigaba, por haberse acostado con una mujer que claramente no valía la pena.

—¿Y si te vuelven a encerrar?

—Eso no puede suceder —rebatió, furioso consigo mismo.

—¿Cómo diablos puedes saberlo?

Jorge paseó como fiera enjaulada por la habitación, se golpeaba la mano con un puño.

—¡No sucederá! ¡No puede suceder! Si llega a ocurrir, lo superaremos de alguna forma. —Mentía como condenado, pero necesitaba tranquilizarla—. Ambos tenemos

coraje suficiente para hacerle frente a lo que sea.

Belén lo miró y afirmó con la cabeza. Lo soportaría, tenía un duro camino por delante y nadie sabía qué había al final. Lo acompañaría en todo, él era su vida y siempre podría contar con ella.

—Tendremos que confiar en que nada pasará.

Ninguno de los dos pegó un ojo esa noche. Belén oró por él y por ella. A pesar de la

fe profunda que había movido siempre su vida, le tenía pánico al dolor del sufrimiento, lo más duro que pudo aprender de sus viajes por el mundo de las calamidades fue que

sin fe, muchas personas que ella conoció habrían estado muertas. De mucha de la gente

a la que ayudó aprendió a ver que el sufrimiento no se podía evitar, es una realidad presente en la vida de todo ser humano. Deseaba para ella ese sentido sobrenatural de

sobreponerse a un dolor que había visto en tanta gente alrededor del mundo. ¿Sería capaz de ser fuerte si la condena fuera desfavorable? Rogó a Dios que le brindara esa

fortaleza.

Ya en la madrugada, cansada de dar vueltas, se acostó de lado y se dedicó a observar a Jorge, que mantenía los ojos cerrados, pero estaba tan despierto como ella.

—¿Alguna vez te violentaron en la cárcel?

Él abrió los ojos de golpe, extrañado por la pregunta.

—¿Me estás preguntando si abusaron de mí alguna vez?

—Sí.

—Había una pandilla que acosaba a todos los nuevos, la primera semana fue

terrible, vigilan a los recién llegados para ver quién se va a quebrar. Llevé a varios tipos a la enfermería esa semana, me rondaban en las duchas, me hacían propuestas vulgares, después de enviar al último con una fuerte golpiza, no se metieron más conmigo, pero me daba tristeza con esos jóvenes de no más de dieciocho años que llegaban, no sé cómo podían encerrar a algún ladronzuelo, a alguien que había robado

un dinero en ese nido de ratas. Los violentaban hasta que llegaba una nueva hornada, o

esos mismos jóvenes se convertían después en victimarios.

—Lo siento.

A medida que Jorge le contaba cosas de las ocurridas en la cárcel, siempre en la oscuridad, un manta de consuelo lo abrigaba. Era un enorme alivio dormir a su lado, no

estar solo. Sentir su corazón latir a su lado, sus suspiros en medio de la noche, el roce

de su rodilla contra su muslo, las cosquillas de su pelo en sus brazos o en su pecho.

Belén se apropiaba de sus vivencias cada noche y se las devolvía sin la cuota

de dolor.

Bendita fuera.

CAPÍTULO 15

En el Alto de la Loma había llovido la noche anterior, el cielo todavía estaba encapotado. Un par de camionetas se aparcaron en la orilla de la carretera. José Zambrano les pidió a los hombres que esperaran allí, mientras en compañía de Rubén

Macías, escudriñaban el terreno en busca del reloj de Jorge Robles.

Zambrano estaba harto de las intransigencias de su patrón. Hacía rato le hubiera pegado un tiro al mayor de los Robles y zanjado el problema, pero no, a medida que

pasaban los años, más retorcida era la mente de Ruiz.

—Fue aquí, patrón —señaló el hombre, a un metro de donde se había encontrado uno

de los cuerpos.

—Quédate quieto, mejor quítate de ahí, no podemos manosear en exceso la escena.

Zambrano se acercó al montículo con cuidado de no dejar huellas profundas, unas hierbas y flores de un día crecían en el lugar donde ocurrió todo. No podría manipular

el terreno, los técnicos forenses se darían cuenta, solo quedaba darle las indicaciones

al fiscal para derivar la investigación a este pedazo de tierra. Sería complicado que los

profesionales se creyeran el cuento, la ventaja es que nada permanecía siempre en el

mismo lugar, podría funcionar. Tomó fotografías del terreno y de los alrededores.

—Por tu bien esperemos que el maldito reloj aparezca.

—¿Cómo? Ya le dije dónde está ¿No me va a dejar ir? —preguntó el hombre,

atemorizado.

Zambrano chasqueó los dientes y movió la cabeza de lado a lado.

—Hasta ahora estamos empezando, Macías, le debes mucho al patrón y no me

refiero al valor del maldito reloj. Te devuelves conmigo para la hacienda y

esperaremos a que las autoridades peinen el terreno y ruégale a Dios que el reloj aparezca o pobre de tu familia.

—Le aseguro que ahí está, patrón, se lo aseguro.

Días después, Arcadio Mendoza recibió un sobre de manila en su casa al llegar de

la jornada laboral. Se encerró en su estudio. Abrió el paquete con celeridad, ya sabía

lo que contenía, horas antes había hablado con Ruiz. Era un informe con fotos del lugar

donde estaba escondido el reloj que sería la prueba que llevaría a Robles tras las rejas

otra vez. Las repasó un rato. Al día siguiente evolucionaría el papeleo para el traslado

de los profesionales al sitio, necesitaba hacerlo con rapidez, no quería tentar a la suerte.

******

Belén se encontró con Susana en un restaurante del norte de la ciudad a la hora de almuerzo. Era consciente de que tenía a su amiga olvidada desde que había empezado

su romance con Jorge y no era justo para ella.

—¿Cómo está mi superhéroe favorita? ¿A quién estamos salvando hoy?

Belén, a su lado, sonreía. El lugar estaba lleno de ejecutivos del sector, los meseros

pululaban con órdenes y platos.

—Pensé que estabas molesta por algo —adujo la mujer, en cuanto ordenó una

botella de vino a pesar de las protestas de Belén, a quien no le parecía buena hora para

beber, pues debían volver al trabajo—, o en misión salvando el mundo. Hace más de

un mes que no te veo y la última vez fue porque pasé por tu oficina. Hay que celebrar.

Dejé de amamantar.

Susana se explayó un rato contándole de encías cortadas, cólicos a media noche y escasas horas de sueño. Belén se distrajo pensando que a pesar de haber dejado las pastillas anticonceptivas, el periodo le había bajado normal dos semanas atrás.

—Bueno, ya que te veo y no estás en misión en la Conchinchina, ¿qué más me

cuentas?

—He estado ocupada —contestó Belén, jugando con un pedazo de pan de la

canastilla que les habían puesto al frente.

Ya que por esos días tenía poco apetito, Belén ordenó una ensalada y agua mientras

ponía a Susana al corriente de su vida. Le contó de Jorge, de cómo lo había conocido,

de su relación, de lo enamorada que estaba. Su amiga la miraba, pasmada, y tomaba vino de la copa que había pedido. Cuando Belén terminó, ella preguntó:

—¿Me estás jodiendo?

—No, te estoy hablando en serio.

—¿Tú te estás escuchando? —Dejó la copa, puso ambas manos en la mesa y respiró

profundo.

—Sé que es una completa locura…

Los ojos de Susana destilaban incomprensión.

—¿Tienes idea del abismo al que deseas lanzarte? Si aparece una sola jodida prueba

irá a la cárcel otra vez. Te convertirás en la mujer de un recluso, te pondrías en plan de visita conyugal los domingos, entrarías con ese poco de mujeres de toda clase, te someterías a las requisas y te acostarías con él en una celda con todos afuera sabiendo

lo que ocurre. ¿Te volviste loca, carajo?

Susana alzó la voz, algunos comensales se voltearon a mirarlas.

—No seré la primera ni seré la última —replicó Belén con actitud terca—. No te lo

imagines mal, Susana. Es un hombre culto, profesional, y es inocente.

Susana soltó una risotada.

—Es culpable hasta que se demuestre lo contrario. ¿Y cuándo se confirme, qué?

Lo dijo de manera tan despectiva, que Belén le contestó en el mismo tono.

—Estás siendo obtusa.

—Mira, Belén, yo puedo entender que lo de Nathan te dejó mal, que de pronto tenías la autoestima baja, te dejaste endulzar el oído y sufriste un calentón, en otras palabras, se te salió el indio, hija, eso no tiene nada de malo. Pero de ahí a que me vengas de

mártir del calvario por lo que le está ocurriendo a ese tipo, hay un trecho gigante, por

eso no me dediqué al derecho penal, no quería andar defendiendo culpables, porque eso es lo que es.

Llegaron con la comida, pero Belén había perdido el apetito y en cuanto se fue el mesero, retiró el plato.

—En primer lugar, no me dejé endulzar el oído, soy bastante mayorcita para eso.

—Pues no parece.

Belén levantó el dedo.

—En segundo lugar, Nathan me importa un carajo, si hubiera sentido por él una pequeña parte de lo que siento por Jorge, no habría vuelto al país y tercero, estoy en

una relación hombre—mujer, con sus altos y sus bajos, en este momento bajos, pero le

tengo una profunda fe a esto que sentimos y eso no lo van a cambiar tus comentarios despectivos.

—No esperes que me cruce de brazos mientras te veo echar tu vida por la borda.

Puedes tener el hombre que quieras, Alberto Montes es perfecto para ti, te pretende, es

un muy buen partido.

Belén no tenía palabras para explicar la decepción y la rabia que se habían

desencadenado en su interior.

—No todos somos perfectos como tú, estoy profundamente decepcionada. —Sacó

dinero del bolso y lo tiró en la mesa, se levantó y antes de dar la vuelta le dijo —: No

eres una buena amiga, necesitaba apoyo, confiarte lo que estoy viviendo y que no me

juzgaras, pero por lo visto en tu perfecta vida no encajan las personas del mundo real.

—Belén, yo te quiero —fueron las últimas palabras de Susana que Belén escuchó

antes de salir del restaurante.

Había desistido de contarle a su padre, no tenía muchos ánimos para enfrentarlo después de la reacción de Antonia y de Susana. Volvió a la oficina y salió temprano para la casa de la mamá de Jorge.

No le comentó a Jorge lo ocurrido con Susana, se lo comentó a Antonia en su siguiente encuentro.

—Ay, Belén, ¿tú esperabas que la tipa más estirada de la clase te iba a comprender?

Susana nació con un palo entre el culo y ni ese esposo divino que tiene ha podido sacárselo.

—No seas tan vulgar.

—Es la verdad, no le des muchas vueltas y réstale importancia, no conoce a Jorge,

no te ha visto con él, yo sí creo en ustedes, aunque papá me saque de la lista de testamento cuando se entere.

—Eres una exagerada.

—Se le pasará y terminarán reconciliándose, ella no es mala persona, solo

prejuiciosa.

Belén se sintió tonta, no quería darle la razón a Susana, pero algunas de sus frases

tintineaban en su cerebro. No quería pensar qué ocurriría en caso de que a Jorge lo llegaran a encerrar otra vez. Se negaba a que esa idea se materializara en su mente. No

por ella, que iría a visitarlo a donde fuera, pero no podría soportar verlo encerrado otra vez, sufriendo, sudaba frío de solo pensarlo.

Esa tarde acompañaría a Jorge y a Ángela en la compra del equipaje que la chica llevaría a Italia. Como beneficiaria de la beca se iría a finales de julio, llegaría en pleno verano. El fin de semana anterior, Jorge y ella habían invitado a la familia a comer para celebrar la noticia.

A medida que pasaban los días, Belén se iba acercando más a la familia Robles.

Disfrutaba de salidas con Ángela a cine y a comer, le gustaba mirar a Elizabeth tejer

suéteres, le pidió que le enseñara a tejer en dos agujas y le gustaban la

parsimonia y la

charla de Ligia, que siempre la sorprendía con un delicioso plato. Hasta Miguel, tan serio y circunspecto, se relajaba en su presencia. Deseaba que su familia conociera a

Jorge, haría buenas migas con su hermano y con sus sobrinos, y tendría conversaciones

interesantes con sus padres, pues los tres compartían el hábito de la lectura, pero algo

se lo impedía. Antonia y Miguel eran los únicos que frecuentaban el departamento, cenaban una o dos veces a la semana juntos. Su hermana había hecho buena amistad con el hermano de Jorge, y bromeaba cada tanto. ¿Qué tenía el agua de San Antonio de

Padua? ¿Todos los hombres del pueblo eran así o ellos pertenecían a una casta distinta? Ambos le toleraban de buen grado sus comentarios. Antonia no tenía queja de

Jorge, con su charla interesante, su humor sarcástico y la mirada de adoración que veía

en sus ojos cuando los posaba en su hermana, se había ganado su aprecio.

Belén vivía con Jorge una calma chicha, la angustia y los temores no les permitían

encarar con alegría el futuro, como cualquier pareja normal. Jorge deseaba una vida con ella, así como antes había deseado la libertad, ahora solo la quería a ella, despertar todos los días a su lado, una vida donde ella revoloteara a su alrededor, consintiéndolo, dándole consuelo a sus heridas, escuchar su voz, tener potestad sobre

su alma y su cuerpo. No solían hablar de la investigación, lo hacían de vez en cuando y

en la madrugada, como si la oscuridad los protegiera de algún modo de

enfrentar sus

miedos en pareja.

Los primeros días de julio, Arcadio Mendoza y dos profesionales del CTI, bajo un

sol infernal, llegaron hasta El Alto de La Loma y delimitaron el terreno con cintas amarillas. Mendoza los dejó hacer, poco a poco los iría llevando hacia donde se creía

estaba el reloj, ya había ubicado el lugar.

Volvieron a examinar el terreno, a tomar un sinfín de fotografías y empezaron a buscar objetos que debían empacar en bolsas plásticas transparentes. Al principio solo

se toparon con basura, recipientes de refresco y botellas de agua que la gente tiraba desde los autos que pasaban por la carretera. Había pocas pisadas, el lugar no era transitado por personas y por el pueblo corrían historias de que estaba embrujado y que las ánimas de los campesinos asesinados rondaban por el sector, asustando al que

se atreviera a entrar en el monte por la noche.

Mendoza no estaba preocupado por eso, no era supersticioso. De ser por eso, medio

país ya estaría curado de espanto con tanta muerte por culpa de la violencia. Sudaba a

mares y maldecía a medida que se limpiaba el sudor con un pañuelo. El sol se ponía

más en lo alto y las bandadas de mosquitos hacían su agosto con él. Observó cómo, paso a paso, uno de los técnicos forenses se acercaba al montículo y le rechinaron los

dientes cuando se alejó de nuevo para escarbar debajo de una piedra.

—No dejen un centímetro sin revisar —dijo a los jóvenes.

Se acercó a uno de ellos y observó cómo rastrillaba la tierra y empacaba diversos

objetos que Mendoza sabía no servirían para nada.

Se acercó por fin al que estaba junto del montículo y lo cercó de un lado para que no

tuviera más remedio que escarbar la tierra donde podría estar la prueba. El técnico empezó a rastrillar, quitaba las raíces con una delicadeza que casi acababa con la paciencia del fiscal. Mendoza dejó de respirar cuando el joven percibió algo duro, fue

por una herramienta más fina y siguió escarbando, hasta sacar a la luz una piedra. Casi

suelta una maldición, pero entonces el otro percibió algo más, barrió el lugar con una

escobilla y hurgó con una pinza un poco más, hasta que algo metálico afloró a la superficie. Tomó fotografías y después con una pinza sacó el artilugio. Era un reloj carcomido por los años y la humedad. Lo observó a contraluz y anotó varias

características.

“ Eureka, te tengo otra vez, Jorge Robles”, celebró mentalmente Mendoza al recibir la bolsa con el reloj y observar el nombre en el reverso de la caja.

—Apareció el reloj —fue lo que le dijo Zambrano a Ruiz por teléfono en cuanto recibió la llamada de Mendoza.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —dijo este antes de finalizar la llamada.

Zambrano irrumpió en el granero, Rubén Macías comía sentado a una pequeña mesa

de madera, dos hombres lo custodiaban. El hombre lo vio por el rabillo del ojo y se

puso rígido. Soltó la cuchara sobre el plato de sopa y agachó la mirada.

—Sigue comiendo —lo instó Zambrano, pero a Macías ya se le había quitado el

apetito.

Se acercó a la mesa con la mano en el arma y cuando el hombre levantó la mirada,

en el rostro del matón vio la muerte. Aunque se dijera que la esperanza es lo último que

se pierde, él debió haber sabido desde el primer momento que no saldría vivo de esa

empresa, pero la mente era traicionera y manipula al mundo a su antojo. Zambrano desenfundó el arma y le pegó un tiro certero en la frente.

—Por traidor.

La cabeza de Macías cayó en el plato mezclándose la sangre con la sopa que este contenía, creando un revuelto de colores que asquearía a más de uno.

—Limpien ese reguero y piquen a ese hijo de puta.

—Como ordene, patrón.

******

Jorge Robles contestó el celular cuando llegó a un semáforo en rojo. Entraba a la ciudad después de su jornada laboral. Se le hizo un nudo en el estómago al ver de quién era la llamada. Al revisar el aparato, se dio cuenta de que tenía varias llamadas

perdidas del mismo número. La audiencia pendiente para esa semana la habían

aplazado y no sabían por qué. Le bajó el volumen al equipo de sonido.

—Diga.

Al otro lado de la línea escuchó la voz de Rafael Sinisterra, el abogado penalista.

—Jorge, buenas tardes.

—Buenas tardes, abogado.

—¿Puede pasar por mi oficina un momento?

—¿Es urgente?

—Sí.

—Está bien. Nos vemos en un rato.

—Lo espero.

Jorge veía la gente cruzar la calle sin verla, con un presentimiento negro en el alma.

Atardecía, una mezcla de tonos amarillos y naranjas teñía el cielo. Había quedado en ir

con Belén al cine, la recogería en el trabajo y cenarían fuera, aún había tiempo. Iría a

la oficina del abogado y retrasaría media hora la cita con Belén, no quería cambiar sus

planes.

El semáforo cambió a amarillo, quería tener planes, cosas que hacer, las pulsaciones

se le dispararon. Había escogido una película, iba a cenar con la mujer que

amaba, luego le haría el amor y… No se dio cuenta de que el semáforo cambió a verde, los autos detrás de él se pegaron a sus bocinas. Quedó como paralizado por dentro. Tenía

planes, tenía planes, tenía planes, ese día, al siguiente y por el resto de su vida.

El silbato de un agente de tránsito lo trajo de nuevo al presente. Un sudor frío cubría

su cuerpo. Tenía que controlarse, se limpió las manos sudadas en el pantalón y arrancó

el auto. Lo experimentado en esos segundos lo llevó a comprender que, por mucho que

se tratara de alejar de esa sensación, el miedo estaba allí siempre, en el mismo sitio,

guardado para cuando algo del exterior lo liberara.

Llegó al despacho del abogado con una esperanza muy pequeña, como esa que asalta

a un hombre cuando está a punto de caer en las manos de su mayor enemigo, pero

todavía hay esa fracción de tiempo donde cree que lo logrará de una o de otra forma.

Llamó a Belén y le dijo que se retrasaría media hora. Entró en el despacho, la secretaria lo hizo tomar asiento unos minutos y después lo invitó a pasar a la oficina.

Le gustaba el olor a libro del lugar, la biblioteca amplia y nutrida, el escritorio inmenso de madera oscura repleto de papeles y un computador.

—Jorge.

El hombre se levantó, le dio la mano y lo invitó a sentarse. Jorge reciprocó el saludo, Rafael Sinisterra era un hombre con una presencia que hacía honor a su apellido: alto, corpulento, en la cincuentena, con cara de aristócrata, era uno de los abogados penalistas más brillantes de su generación. Jorge meditaba que ojalá tantos cartones y títulos hicieran su trabajo y él pudiera recuperar su vida de manera completa.

—Hoy recibí un informe de un amigo que trabaja en la Fiscalía. Nuestro fiscal favorito —Jorge sabía que se refería a Arcadio Mendoza— encontró una prueba en el

lugar de los asesinatos de los campesinos.

Jorge sintió que lo alcanzaba un rayo, se aferró las manos para evitar temblar y recompuso su expresión, sin dejar de mirar al abogado. No quería hablar, temía que no

le saliera la voz por culpa de la piedra que sentía en su garganta. Sinisterra, al ver el

choque que había ocasionado en el hombre, llamó a su secretaria y pidió un vaso de agua.

—Estoy bien —dijo él—, no se moleste.

—Eso nos complica un poco las cosas. Según mi informante, la prueba es un reloj,

usted me comentó algo sobre ello.

Jorge lo miró, abatido.

—Si es mi reloj, es un Rolex, tiene grabado mi nombre, fue el regalo de graduación

que me hizo mi padre.

—Robles, si la aceptan como prueba sobreviniente y lo relacionan con ella, es poco

lo que podré hacer por usted. La Fiscalía moverá sus hilos para que sea una prueba aceptada en el juicio.

Jorge se levantó como un resorte.

—Me robaron el reloj, esos malditos se aprovecharon de mi vulnerabilidad esa

noche y me lo robaron, lo que no entiendo es: ¿por qué aparece hasta ahora? ¿Por qué

no en el momento del primer examen del terreno?

—No sabría decirle, a lo mejor los técnicos forenses de esa época no se tomaron su

labor en serio, me imagino a Mendoza peinando el terreno de arriba abajo para lograr

su cometido.

—¡Ese tipo es un soberano hijo de puta y un peón de Ruiz! ¡Fui un iluso al creer que

podía quedar libre de nuevo!

—En pocos días sabré más, de todas formas, si la prueba es aceptada, le dictarán medida de aseguramiento mientras se define la nueva fecha del juicio.

—¿Y volver al hueco? —preguntó, en un tono de voz con el que disimuló la angustia que sentía.

—Sí. Podríamos negociar, Robles, si usted se declara culpable, podría acogerse a rebaja de penas. Podríamos sacar una condena de quince años.

Él se levantó como un resorte.

—¡Nunca! Yo no maté a esos hombres. Ni lo piense, abogado.

El abogado le devolvió un gesto de frustración. Jorge se despidió a los pocos minutos.

CAPÍTULO 16

Los pies le pesaban cuando salió del despacho del abogado. Debió saberlo, había personas que venían al mundo para ser espectadores de la felicidad, él era una buena

prueba de ello. Esas escenas del cine de parejas bailando, paseando y haciendo el amor eran ajenas a su vida, era solo un simple espectador.

Se montó en la camioneta como un zombi, encendió el motor, así como la

calefacción y en un acto mecánico, se deslizó por la calle. El tiempo con Belén tendría

que solventarlo de alguna forma, debía pagar un precio por su amor. Su instinto se negaba a dejarla a marchar, su amor era reciente, pero profundo, era la mujer de su vida y estaba seguro de que si no era ella no habría otra. No le diría nada aún de la visita al abogado, a lo mejor era una jodida pesadilla, necesitaba preservarla de las malas noticias unos días al menos, mientras se preparaba.

Se armó de valor en cuanto la vio en la puerta del edificio y caminó a paso rápido,

arrebujándose el abrigo, hasta subirse en la camioneta, era tan friolenta, ni siquiera tenía el derecho de darle calor, de protegerla, de calentarle los pies por la noche, de

prepararle té de vainilla cuando estaba absorta en sus informes. La bilis amarga de los

celos se hizo espacio en su vientre, alguien lo haría por él.

Ella lo saludó con un beso en la boca y con tanto amor, que Jorge desvió de la mirada.

—¿Qué pasa, campeón? ¿Qué tal tu día?

—Bien, no me pasa nada. —Le aferró la mano que puso debajo de la de él y la llevó

a la barra de cambios que accionaba cada tanto—. ¿Qué puede pasar? Te voy a llevar a

ver una película de acción después de todas esas tonterías románticas que me has hecho ver.

—No desestimes el poder de las películas románticas —le guiñó el ojo—. Y de los

libros tampoco.

Jorge sonrió a su pesar.

—Tienes razón, esos libros calientan.

En días pasados, Jorge había descubierto unos libros en el departamento de Belén,

en un mueble pequeño al lado de una de las ventanas. La portada de uno de ellos, llamado *Secretos en la noche,* de Linda Howard, le causó curiosidad, y cuando lo abrió en una página cualquiera, quedó sorprendido. Belén preparaba la cena, él se acercó a ella despacio y con toda la parsimonia del mundo empezó a leer un párrafo:

“Hundió los dedos en su mata de pelo y le sostuvo la cabeza con sus manos grandes

y poderosas para mantenerla quieta para la profunda incursión de su lengua en la boca.

Estaba plenamente excitado, su erección estaba dura como el mármol, presionando

contra el vientre de Faith”.

Belén, sonrojada, soltó lo que estaba haciendo y en medio de un chillido, se acercó a

quitarle el libro. Él lo sostuvo en alto sin dejar de leer, muerto de la risa.

“Ella gimió contra su boca, cimbreándose deseosa contra él, intentando elevarse lo

suficiente para acomodar aquella gruesa protuberancia en el espacio blando de su entrepierna. Se sentía dolida y vacía, muy vacía, cada vez más húmeda por la

necesidad de tenerlo dentro”.

Ella se acercó de nuevo, pegó un salto y le quitó el libro para ponerlo fuera de su

alcance.

—Déjame terminar de leerlo, por favor, quiero saber qué más pasa con la pobre Faith. ¿Logró tenerlo dentro? —decía Jorge, entre carcajadas—. Tenlo por seguro que

un libro de estos hubiera hecho las delicias entre mis compañeros de cárcel.

—No lo dudo —confirmó Belén, dejándolo en su puesto—. Es uno de mis favoritos,

no te metas con él.

Él se acercó por detrás y la abrazó. Se refregó contra ella.

—Aquí también está duro como mármol, tócalo y verás.

Mientras Jorge recordaba ese episodio y lo que ocurrió después, con una ligera sonrisa, llegaron al aparcamiento del centro comercial donde estaban las salas de cine.

—Por eso te digo que no los subestimes.

Él abrió los ojos, sorprendido.

—Si mi mujer tiene que usar un jodido libro para calentarse es que no estoy

haciendo las cosas bien, mejor vámonos para el departamento y te enseño un par de trucos que tengo bajo la manga.

—¡¿Trucos?! Pero si has hecho de todo conmigo y lo he disfrutado todo, créeme.

Jorge dio la vuelta y la ayudó a bajar, le pasó el brazo por los hombros y caminaron

hasta el ascensor.

—No. No todo —rebatió él con risa taimada, dándole una palmada en el trasero.

Belén soltó una carcajada.

—Eres un pervertido.

—Pero no puedes vivir sin mí.

Lo miró de pronto, seria.

—Es cierto, no puedo vivir sin ti.

—Pues claro, yo soy tu vida, paloma.

Jorge escondió su angustia, así como había aprendido a hacerlo en la cárcel, pero a

Belén, mujer intuitiva por naturaleza, no le pasó desapercibido el gesto indolente que

por momentos se resquebrajaba, mostrando signos de angustia. Ya lo conocía, entre más tuviera que esconder, su veta sarcástica y bromista se arreciaba. Se imaginó que el

tema de la investigación lo tenía estresado y no era para menos, ella trataba de disimular que ese elefante en su relación no existía.

Disfrutaron de la cinta en medio de sus comentarios jocosos y luego salieron a comer. Jorge era fanático de las hamburguesas y fueron a una famosa cadena de comida

rápida. Belén confirmó su opinión de que algo malo le pasaba al hombre, porque apenas llegó la hamburguesa, le dio un bocado y la dejó en el plato, ella tampoco era

que tuviera mucho apetito, pero hacía el esfuerzo por él.

Después de comer llegaron al departamento. Miguel los esperaba en la recepción

del edificio. Jorge maldijo su suerte y se tensó enseguida. Belén percibió congoja en la

mirada del hermano menor.

—Cariño, sube a casa, tengo que hablar algo con Miguel.

—Jorge…

—Obedece, por favor.

Belén lo observó, atónita, y luego miró a Miguel, que agachó la mirada. Jorge estaba

tenso y con la máscara ajustada en su sitio.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, sorprendida ante su petición. Le tocó el brazo, que percibió tirante.

—No es de tu incumbencia. —Cerró los ojos un momento, evitando mirarla.

—Estás siendo grosero.

—Y tú entrometida.

Ella lo miró, confundida.

—¡Basta! —exclamó Miguel, que se enfrentó a su hermano—. No tienes derecho a

ocultárselo. Es mejor que hablemos los tres.

Jorge iba a replicar enseguida, pero para qué, tarde o temprano debían tener esa conversación. Caminó delante de ellos y presionó el botón del ascensor, la puerta se abrió enseguida. En el elevador, le destinaba vistazos rabiosos a su hermano, Miguel

negó con la cabeza y Belén confirmó su apreciación de que algo grave había ocurrido.

Cuando llegaron al departamento, Jorge se enfrentó a Miguel.

—No tienes derecho a meterte donde no te importa.

Caminó por la estancia, que atravesó en un par de zancadas, Miguel se recostó en la

puerta. Belén miraba a uno y a otro con un mal presentimiento.

—¿En serio crees que no debe importarme? —preguntó Miguel, con semblante más

grave que el de siempre.

—¡Bien! —interrumpió Belén—. El jueguito terminó. ¿Qué diablos sucede?

—¿Hablas tú o hablo yo? —lo precisó Miguel.

—¡Maldita sea! —exclamó Belén—. No jueguen más conmigo por favor, ¿es la

investigación, verdad?

Belén, que ni siquiera había soltado el bolso, se sentó en una de las sillas de la sala.

Jorge, visiblemente nervioso, se apoyó contra el mesón de la cocina, se pasó las manos

por el cabello y fijó su mirada en ella, angustiado, derrotado. Apretó la mandíbula y se

pasó las palmas por el pantalón antes de hablar.

—Sinisterra me citó en su oficina más temprano para decirme que hay una prueba sobreviniente.

Belén sintió que su mundo tambaleaba, un escalofrío la recorrió.

—¿Cómo? —susurró.

—Apareció una prueba y si la relacionan con las muertes de los campesinos y

conmigo, vuelvo a la cárcel y me condenarán.

Jorge le relató lo que sabía el abogado. Belén se tapó la cara con las dos manos, sintió como si su estómago remontara en ese momento sobre una ola. Jorge se acercó a

ella y le acarició las muñecas. Belén se percató de que las manos de Jorge estaban frías. La pesadilla y su mayor temor acababan de materializarse. ¿Por qué se lo había

ocultado?

—Mi amor, yo… Lo siento. —dijo Jorge, con voz destrozada.

Ella levantó la vista de pronto, las lágrimas empezaban a resbalar por su rostro.

—No puedes volver a ese lugar.

—¿Crees que no lo sé? —señaló Jorge, angustiado, levantándose y alejándose unos

pasos.

Belén se levantó como un resorte y se dirigió a Miguel, que observaba callado y sin

moverse de su lugar.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó, esperanzada.

—Tenemos que esperar —sentenció Miguel en tono de voz bajo y profundo.

Por un momento, Jorge captó el reflejo de las profundas preocupaciones de su

hermano por él y sintió un dolor caliente en el pecho. Otra vez todo el infierno volvía a

empezar.

—Si esa prueba me incrimina, debo presentarme a la Fiscalía.

—¡No! —exclamó Miguel, como si hubiera salido de un trance—. ¡Vete del país!

Jorge lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué estás diciendo? No puedo salir del país, hay una investigación en curso, me

echarían el guante en inmigración.

—Puedo arreglarlo, puedo conseguirte otra identidad.

Belén parpadeó sorprendida y miró esperanzada a Jorge.

—Mi vida, sería lo mejor, podríamos empezar en otra parte. —Se acercó a él y le

aferró el rostro con las manos—. Seríamos libres por fin.

—Puedo hacerlo en cuarenta y ocho horas. Papeles, pasaporte, lo que quieras.

Jorge se preguntó en qué clase de mundo se movía su hermano. Lo que no sabía era

que Miguel, al trabajar en Inteligencia del ejército, tenía conexiones con toda clase de

gente, incluso, gente del bajo mundo con un prontuario delictivo que no entendía cómo

no estaban en la cárcel, mientras que su hermano inocente debía permanecer encerrado.

Era imperativo para su trabajo mantener vínculos ocultos con esa clase de gente.

Conocía una banda de falsificadores que por un buen dinero podían vender una nueva

vida.

—Piénsalo, mi vida, me iré contigo a donde tú quieras. Empezaremos de cero,

formaremos una familia.

Jorge caminaba como fiera enjaulada, Miguel envidió la suerte de su hermano al

contar con una mujer tan leal a él. Guardó silencio unos segundos y cuando los miró, ellos supieron enseguida cuál sería su respuesta.

—¿Cómo crees que nos trataría la vida donde yo haga eso, paloma?

—Mejor de lo que nos está tratando ahora —sentenció con firmeza ella.

Jorge abrió los ojos, sorprendido.

—¿Serías capaz de vivir en la clandestinidad?

Su voz sonó serena, pero con una frialdad que le puso los pelos de punta a Belén.

—Sí, lo haría con los ojos cerrados. Iría contigo al fin del mundo.

—Tendrías hijos de un hombre prófugo de la justicia. ¿Qué honor hay en vivir así?

¿Y tus padres? ¿Y tus hermanos? ¿Merecen esa sentencia?

Belén cerró los ojos, angustiada, y cuando los abrió, él vio una determinación de hierro que lo asustó.

—Dejaré a mi familia, dejaré mi trabajo, iré contigo a donde sea. Eres inocente.

Jorge se alteró y miró con furia a Miguel. Sujetó a Belén por los hombros y le faltó

poco para sacudirla.

—¡Belén! —gritó, sorprendido—. ¿Cómo puedes siquiera considerarlo? ¿De verdad

crees que seríamos libres?

—Esta puede ser nuestra oportunidad.

La soltó, alterado, y los miró a los dos.

—¡No voy a ir a algún lado! ¡Aunque me condenen! ¡No soy un jodido delincuente!

Les estaría dando la razón y además, ¿tú crees que Ruiz se quedará cruzado de brazos?

—Lo último lo dijo mirando a Miguel con rabia.

Miguel le devolvió el gesto con idéntica expresión.

—¡No me vengas con escrúpulos ahora! No han servido de mucho. Es tu jodida

libertad la que está en juego, ¡tienes a tu mujer que te apoya! ¿Qué más quieres?

—¡Justicia! —bramó, furioso, alejándose de los dos.

—¡No la vas a tener mientras el hijo de puta de Ruiz esté vivo! —insistió Miguel,

más furioso aún.

—Mi vida, por favor, piensa, no vas a obtener justicia en la cárcel. En cambio afuera podríamos…

Los ojos de Jorge echaban chispas, miraba a cada uno con rabia.

—¡Basta ya! Váyanse al diablo.

Salió del departamento dando un portazo.

—¡Dios mío! ¡No podré soportarlo! —dijo Belén, en medio de las lágrimas.

Miguel se acercó a ella y la abrazó.

Belén sorbió aire por la nariz y miró a Miguel.

—Tenemos que hacer algo. ¿Van a encerrarle otra vez?

—Hay que tener fe en que no lo harán.

—Pero, ¿crees que lo harán?

Miguel se condolió de la expresión de Belén.

—No lo sé.

—Sí estas aquí es porque algo más sabes. ¡Dímelo, por favor, que alguien me diga la

maldita verdad! —exigió, fuera de control y mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas.

—¡No sé la jodida verdad! —exclamó Miguel, con un tono de voz que mostraba

miedo, ira, frustración. Respiró profundo, tratando de calmarse—. Tal vez lo encierren

de nuevo, pero no podemos abandonar la esperanza. ¡Él te necesita fuerte, Belén!

Su voz tronó por toda la estancia y Belén pudo advertir que también estaba a punto

de llorar.

Se tranquilizó, fue a la cocina por una servilleta, se limpió la cara y la nariz, ganando control sobre sí misma.

—Tienes razón, pero estoy muy asustada.

—No debes dejarte vencer por el miedo, hay que apoyarlo, conozco a mi hermano y

sé que no te pondrá las cosas fáciles en estos momentos, debes tenerle paciencia.

—¿Qué puedo hacer?

—Permanecer a su lado y cuidar de ti. Mi hermano te quiere demasiado, recuérdalo

cuando las cosas se pongan difíciles.

Miguel se acercó a ella y con un abrazo, se despidió.

Jorge caminó por las calles, con el deseo de emprender un camino de ida, sin vuelta

atrás; poder dejar el dolor, el amor y el miedo, que sus pasos lo introdujeran en un mundo de sin sentires, para poder afrontar lo que se venía. Porque no se hacía ilusiones, lo encerrarían de nuevo en el infierno y él, su familia y ahora Belén visitarían el círculo del dolor y la pérdida.

Qué tentado estuvo de aceptar la oferta de su hermano, por eso se había enfurecido

tanto, era como ofrecerle agua a un sediento, pero... ¿cómo cimentar una vida digna e

íntegra sobre un engaño semejante? No tuvo ninguna duda de que Belén lo acompañaría

sin problemas. ¿Y después qué? Cuando pasara la novedad y ella se percatara del error

cometido y ya no pudiera hacer nada, solo permanecer con él por deber u obligación,

porque estarían atados por un delito del que esta vez sí sería culpable. Recordó una frase de Oscar Wilde que había leído en la cárcel: “Nos prometieron que los sueños podrían volverse realidad. Pero se les olvidó mencionar que las pesadillas también son sueños”. Belén había sido su sueño en medio de la eterna pesadilla.

Entró en un bar, el lugar estaba vacío, se sentó en la barra y pidió un aguardiente doble. La música de Orlando Contreras se escuchaba por un reproductor de música.

Recordó que era la música favorita de su padre. Cómo lo necesitaba, sus consejos, su

cariño, hasta sus intransigencias y regaños. “¿En qué momento se nos jodió todo, papá?”, preguntó con el pensamiento, mientras pedía otro aguardiente.

“Espero que desde donde estés no nos estés viendo, no sería justo para ti y todo por lo que luchaste

y lo que nos enseñaste”.

Los acordes del bolero favorito de su padre empezaron a escucharse en el recinto, como si él hubiera escuchado sus pensamientos. Recordó las noches en la hacienda en

que, por una ventana, él y Miguel observaban a su padre y a su madre bailar cuando se

encerraban en el estudio y creían que ellos ya dormían. Dejaban de observar cuando empezaban a besarse. Nunca había bailado con Belén. No habían salido a bailar a algún lugar. Quería bailar ese bolero con Belén, envejecer en la hacienda con ella, poner los hijos en su vientre, quería su sueño y no la jodida pesadilla. Pidió otro trago

y al pedir la cuenta, le pasó un billete al administrador del bar por el CD de música.

—No puedo venderle el CD de Orlando Contreras, pertenece a la colección

personal del dueño, pero le puedo regalar el CD con la misma versión en la voz de Yordano.

No insistió, aceptó el regalo y se despidió.

Jorge llegó al apartamento. Al llegar a la habitación escuchó un suspiro fuerte de Belén, se había acostado llorando, estaba seguro. Yacía en posición fetal de espaldas a

la puerta, se quitó la chaqueta, se acostó por encima de las cobijas y se abrazó a ella,

le besó la cabeza.

—Perdóname, Belén.

—Yo nunca te he pedido nada, solo te voy a pedir una cosa, no me omitas más las

cosas, me haces daño cuando lo haces.

—Lo siento, lo siento, lo siento. —Le besó los hombros.

Belén se dio la vuelta y lo encaró. A Jorge se le arrugó el corazón al verle los ojos

hinchados. Ella iba a decir algo, pero él la calló con un gesto.

—Ven.

La hizo levantar de la cama y de la mano la llevó a la sala. La dejó de pie. Se acercó

al aparato de música y colocó el CD .

—Nunca hemos bailado.

Belén sonrió en medio del rostro congestionado por el llanto. No lo había visto pasado de tragos, la mirada era más brillante y sonreía con más frecuencia. Él se volvió a mirarla con una ligera sonrisa en los labios. Su mujer estaba hermosa, con su

pijama de flores, el pelo sujeto en un moño flojo al que se le habían soltado varios mechones, y su gesto vacilante, entregado.

—Este era el bolero favorito de mi padre. *En un beso la vida.* Lo bailaba cada tanto con mamá. Hoy vamos a bailarlo tú y yo. No es el original, pero sirve.

La voz del cantante se escuchó después de los primeros acordes.

Besándome en la boca me dijiste:

solo la muerte podrá alejarnos,

y fue tan hondo el beso que me diste,

que a mi cariño lo encadenó.

—Me gusta mucho —dijo ella.

Jorge le tendió la mano y en cuanto Belén se la dio, la atrajo hacia sí y quedó

apoyada en su pecho. Él apretó el abrazo, llevando el ritmo.

—"En un beso la vida, en tus brazos la muerte, me sentenció el destino y sin embargo, prefiero verte" —le cantó Jorge al oído.

Se mecieron levemente al ritmo de la música. Hasta él llegaba el perfume de Belén,

había tomado té de vainilla seguramente, el aroma estaba en su pelo.

Y si ayer me hirió tu olvido,

hoy me matará tu amor.

—Ahora entiendo a mis viejos —sonrió sobre su cabello—. Te amo con locura,

Belén, no lo olvides nunca. Quiero bailar contigo otra vez y decírtelo cuando no esté

borracho, quiero repetírtelo todos los días de mi vida.

La separó un momento para mirarla, le acarició el rostro y la volvió a pegar a su pecho, cantó un par de estrofas más antes de que se terminara la canción. Estaban a oscuras, cobijados por la red tupida de su amor. Belén controló como pudo el fuerte impulso de llorar. Lo amaba más que a su vida. El pánico la asaltó ante la posibilidad

de una separación. No quería verlo encerrado otra vez, era un hombre bueno que deseaba hijos, trabajar y conocer París. Quiso tener el poder de darle todo lo que quisiera.

La música cesó y ellos siguieron abrazados. La noche llegaba a su fin, pero para ellos la magia continuaba.

CAPÍTULO 17

Llegó el día de despedir a Ángela en el aeropuerto. La familia le había ocultado la aparición de la prueba en el lugar de los hechos. Jorge había insistido en que no valía

la pena atormentarla por ello, pues ella poco podría hacer por él, aunque a la joven no

le pasó desapercibido el temperamento apagado de su madre y de su tía y el ceño de

Miguel, más fruncido que de costumbre. Jorge la abrazó y cerró los ojos, como para grabarse el momento y otra vez Belén tuvo que hacer un esfuerzo ingente para no llorar

de pena.

Estaban a la puerta que la llevaría a Inmigración y luego a la sala de embarque, el

lugar estaba abarrotado de gente, por el altavoz llamaban a los diferentes vuelos.

—Cuídate mucho, mi niña, vive tu vida al máximo, pero con prudencia.

—Te amo, hermanito.

—Yo también.

Jorge le entregó un libro de regalo para el viaje, ella abrió el paquete enseguida. Era

un libro de cuentos de Ángeles Mastreta, *Mujeres de ojos grandes*. Llevó el libro a su pecho y abrazó de nuevo a su hermano, que ya tenía los ojos aguados y no quería soltarla. Miguel, al darse cuenta de que podía delatarse, le destinó

un vistazo de advertencia y al ver que era infructuoso, salió en su ayuda.

—¿Y para mí no hay beso? —preguntó, separando a la pareja.

Ángela besó y abrazó a Miguel, y luego los miró a los ojos, preocupada.

—Ustedes están tan raros...

—Claro que estamos raros —señaló Jorge, disimulando con una sonrisa—. Esa

partida de italianos irán detrás de ti, con la fama de enamorados que tienen y ni Miguel

ni yo estaremos para ponerlos en su lugar.

La joven sonrió.

—No hay necesidad, hermanito, soy muy capaz de ponerlos en su lugar yo sola.

—Muy bien dicho, querida —intervino Belén, que le dio un beso, un abrazo y unas

últimas recomendaciones.

Luego se despidió de su madre y su tía. El grupo observó a Ángela hacer la fila y abandonó el aeropuerto tan pronto ella pasó los controles de Inmigración.

El último velo de esperanza se esfumó al confirmarle el abogado que la prueba sí era el reloj de su propiedad y que iban a admitir la evidencia en la audiencia preparatoria e incorporarla en el segmento del juicio. Jorge esperaba que el juez de Garantías dictara medida de aseguramiento. Con los contactos de Miguel en la policía,

sabría el momento exacto en que eso sucedería.

La orden de captura pendía sobre su cabeza, poco hablaba del tema con Belén,

que

se negaba a permitir que esa amenaza arruinara sus vidas. Cada día le era más difícil mantenerse alegre, pero impostaba una sonrisa siempre que estaba al lado de él. Jorge

sufría verdaderas pesadillas, y se percató de que Belén había perdido peso. De repente

hacían el amor con más frecuencia, todo el tiempo libre lo pasaban juntos, dejaron de

lado todas las actividades, hasta Belén inventó viajes los miércoles para no ir a cenar

a casa de sus padres y quedarse juntos haciendo el amor, como si quisieran almacenar

cada caricia, cada beso, cada roce. Su fuego marcaba a Jorge, causándole cicatrices en

el alma que sabía llevaría toda la vida.

El tiempo giraba con rapidez, empezaron a pelear por tonterías y terminaban

reconciliándose en la cama. A Jorge le enfurecía que Belén demorara en el trabajo. Su

índole atravesaba diversas sensaciones: ternura y lujuria, cuando ella se le brindaba con una pasión vulnerable; resentimiento y angustia, al sentir que se le acababa el tiempo y que la amaba y la necesitaba mucho más. Empezó a celarla hasta de su propia

sombra. Cuando la veía desnuda se atormentaba pensando quien le tocaría los pezones

cuando él ya no estuviera, u olería su sexo, o se deleitaría entre sus piernas. Le daba

rabia verla caminar desnuda por la habitación, ajena a todo lo que él pensaba. Nunca

había sido un hombre celoso, se consideraba libre de ese sentimiento, pero en ese momento y tan cerca de su detención, se iba a volver loco de imaginar a Belén con otro

hombre, en esa misma cama, olfateando las almohadas, las sábanas, envolviéndose en

su cabello, así como lo hacía él.

Odiaba perder el privilegio de despertar a su lado, de amarla al amanecer, de reír

con ella en el desayuno, de verla salir del baño con la toalla enrollada y acercarse a

quitársela, de hacerle cosquillas hasta que ambos rodaran en la cama y el juego terminara en otra cosa, de tomarle fotografías en cualquier momento. Se sentía capaz de

matar al hombre que se atreviera a hacer lo mismo con ella. Luego se arrepentía de sus

turbios pensamientos, y se le partía el alma cuando ella lo besaba y lo tocaba con tanto

amor y ternura.

Una noche ella llegó del trabajo, las luces del departamento estaban apagadas y pensó que Jorge no estaba. Se asustó cuando encendió una de las lámparas. Sentado en

una silla al lado de la mesa donde reposaba el teléfono, la miraba con frialdad. Tan pronto ella se le acercó, él encendió el contestador automático.

—Hola Belén. —Era la voz de Alberto Montes—. Acabo de llegar de Washington,

pasé por Nueva York y te tengo buenas noticias, tu hoja de vida ya ha pasado varios filtros. Te llamo a casa, porque no contestas el celular. ¿Quieres que cenemos una de

estas noches? Tengo muchas ganas de verte. Un abrazo.

Belén se puso pálida, no tenía nada que esconder, pero él la celaba por cualquier cosa, hasta del mensajero que traía la pizza y se puso nerviosa, no le gustaba el cambio

que experimentaba. ¿Dónde estaba el amante tierno y bromista? Era como si una

sombra oscura se hubiera posado en su alma. Ella podía entenderlo, en sus entrevistas

a los reclusos, el mayor miedo de un hombre enamorado en prisión era que su mujer se

fuera con otro, pero tenía que aprender a confiar en ella, porque cuando lo encerraran sería peor.

Jorge volvió a poner el mensaje al ver el silencio de ella.

—¡Basta! —lo atajó—. No entiendo tus celos, no te he dado motivos.

—¡Esto es un jodido motivo! ¡Me muero de celos! —bramó, incapaz de contenerse,

se acercó a ella en una zancada y la inmovilizó contra una pared cercana—. Tengo celos de todo y de todos. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que otro caliente tu cama?

Mientras yo estoy en el hueco, ¿con quién te divertirás?

Ella le dio una bofetada. Transcurrieron unos segundos de silencio, donde solo se percibían las respiraciones de los dos. Él ni siquiera se inmutó y mucho menos le dio

un centímetro de espacio. Se limitó a observarla con ojos tempestuosos, no obstante veía el fuego en ellos, ese que solo estaba allí cuando la miraba.

—No soy una puta.

—Tan pronto esté en la maldita cárcel, ¿vas a correr para Nueva York? ¿Por qué no

me habías dicho nada? ¿Quién es el tal Alberto Montes? ¿Te has acostado con él?

Le lanzaba las preguntas como arma expulsora. Ella se soltó de su agarre y Jorge empezó a darse cabezazos contra la pared.

—No debería darte explicaciones —adujo ella, furiosa—, pero te lo voy a decir.

Cuando estabas en la cárcel y me ignoraste, me sentí muy mal, tenía rabia. Conocí a Alberto donde Susana, ya te había hablado de ella, salimos un par de veces y me propuso que trabajara con él en Nueva York.

—¿Te acostaste con él? —preguntó, rondándola de nuevo.

—¡No! Y no debería importarte, tú y yo no estábamos juntos.

—¡Pues me importa!

—¡No me grites! ¿Qué diablos te pasa? ¿Crees que portándote como un cretino me

importará menos que te encierren?

Jorge se alejó unos pasos.

—Esa llamada me lo dice, tan pronto esté en la cárcel, vas a correr para Nueva York.

—¿Sabes qué, Jorge Robles? Jódete.

Se acercó a la tetera y con manos temblorosas, preparó su infusión. Necesitaba tener

las manos ocupadas antes de arremeter contra él de la peor forma.

Jorge le destinaba miradas furiosas. De pronto, ella soltó el pocillo sobre la mesa con un estrepito tan fuerte que él no supo cómo la pieza no se rompió.

—¡Ya sé que es lo que quieres! Te conozco, necesitas verme como a una zorra sin

corazón para tu tranquilidad.

—No sabes de lo que estás hablando.

—Sí, sí lo sé, necesitas una imagen negra de mí cuando estés en la cárcel, necesitas

imaginarme acostándome con cualquiera como una puta y que puedas decir: "Era una

puta, no valía la pena, salió corriendo tan pronto me apresaron". ¡Pues te jodes!

—Calla, por favor —replicó, en un tono diferente.

—Vete, no vas a dormir aquí hoy.

Caminó para la habitación con una taza de té y cerró de un portazo. Ya iba

arrepentida de haberle dicho que se fuera. ¿Y si era su última noche en libertad?

Jorge se sentó en el sofá y se puso las manos en la cara. No se iría, ni con grúa se

alejaría de Belén. "Belén", saboreó ese nombre en sus labios y recordó el significado

que había averiguado y que se había aprendido del número de veces que lo había leído,

nunca había escuchado un nombre que armonizara tanto con una persona:

“El hogar del pan o la carne en hebreo antiguo. Un alma alegre y generosa. No se siente bien si no ayuda a los más desfavorecidos. Se siente comprometida con la parte

más débil de la sociedad y no alcanzará la felicidad plena hasta haber ayudado todo lo

posible. Es muy sociable, pero no quiere tener ningún tipo de relación con la famosa

‘nobleza privilegiada’, ya que solamente se siente a gusto entre los suyos, las personas

más humanas y sencillas. Con un profundo sentido de la justicia, sabe respetar los derechos de quienes la rodean. Es muy querida en su entorno, ya que es una mujer que

tiene el don de escuchar a quien lo necesita. En el ámbito amoroso, es algo

independiente hasta que está segura de que ha encontrado a su media naranja. Si él es

el hombre ideal, se entregará por completo”.

El hombre ideal, soltó una risa amarga, jodido hombre ideal estaba hecho él.

Con pasos lentos se acercó a la puerta cerrada, pegó la cabeza a la puerta, tratando

de encontrar la forma de redimirse ante ella. ¿Qué decirle? ¿Que estaba enloquecido de

celos? Ya lo había dejado patente, que la vida sin ella iba a ser tremendamente difícil y

que solo un jodido milagro lograría que él pudiera estar con ella en libertad. “El hogar

del pan”. Se había alimentado de ella todo ese tiempo, toda su hambre de ternura, de

amor, de sexo lo había suplido ella, y de qué forma. ¿Cómo empezar a dejarla marchar?

Abrió la puerta y la encontró con la mirada fija en la pantalla del televisor, tenía la

nariz y los ojos enrojecidos y esperó que él hablara. Su mirada hurgaba en su interior,

buscando, reconociendo sus sentimientos y sufrimientos, entendiéndolo, sanándolo de alguna forma, pero dejándolo en carne viva.

— Siento haber sido tan hijo de puta contigo. —La voz empezó a temblarle y Belén

se espantó de ver que los ojos se le llenaban de lágrimas—. Prométeme algo: no pierdas tu vida por mí, ni tu cordura. Prométemelo.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza y extendió los brazos a él, que se acercó

con los ojos anegados en lágrimas. Se acomodó a su lado y puso la cabeza en su pecho.

Belén lo dejó desahogarse, acariciándole el cabello. Lloró aferrado a ella, lloró por lo

que sabía que perdería y que no solo era la libertad, lloró por las lágrimas que derramaría Belén, lloró por lo que le estaba haciendo a la mujer que adoraba. Lloró porque la visión de un futuro juntos se evaporaría como un sueño, y así la recordaría

él, como el mejor sueño de su vida. Permanecieron así un tiempo interminable.

—No me olvides, paloma.

—Eres mi vida, ¿cómo puedes siquiera considerarlo?

Belén lo besó, la punta de la lengua tocó sus labios y él le aferró el rostro con ambas

manos y se apropió del beso con intensidad. Un beso insondable que la dejó sin aliento, Jorge siempre la besaba con primitiva necesidad, como si la vida le fuera en

ello.

—Quiero tocarte, quiero amarte toda la noche.

Belén hizo un gesto afirmativo y se levantó el pijama, quedó desnuda ante él. Él se

desnudó ante la mirada de adoración y deseo de su mujer.

—Mi hogar del pan —dijo cuando se tumbó a su lado y empezó a acariciarla. Ella lo

miró confusa, pero él la acalló con un beso.

Jorge leyó en Braille cada centímetro de su piel, memorizando valles y montañas, aspiró el dulce secreto del olor de la vainilla, un aroma perverso, extravagante e inesperado, en unión con su aroma natural. Disfrutó de sus grutas y humedades, hasta que ella, en medio de gemidos, dominada por pasiones que antes de Jorge eran tan ajenas, le susurró:

—Muérdeme, márcame, déjame cardenales.

—Lo que quieras, como quieras, cuando quieras.

Él la complació, le marcó el cuello y los hombros con sus dientes, y con un movimiento de cadera entró en ella y lo que empezó con un ritmo suave, continuó a uno

más acelerado. Estudiaba sus facciones con la misma ferocidad que le daba a sus empujes.

—Estás tan mojada —susurró él en ese tono ronco que a ella la calentaba más —.

Eres deliciosa —repetía, en medio de las fricciones, extasiado por la manera en que ella lo recibía, lo contenía—. Deseo llenarte de mí y que permanezcas así toda la noche.

El ambiente se llenó de gemidos y gruñidos.

Jorge no tenía suficiente, deseaba atravesarla, marcarla y llevarla con él. No quería

separarse nunca, quería hacerle el amor hasta el día del juicio y que cuando muriera lo

enterraran así junto a ella.

—Te amo demasiado —susurró—, eres increíble, no tienes ni idea de lo que me

haces.

Le mordisqueaba los pezones, mientras que con la mano recorría la línea de su cintura, su espalda, y con los dedos jugueteaba con su sexo, volvió a morderla, ya sentía el orgasmo de Belén formándose en su vagina por la manera en que la

constreñía.

—Así, eso, dame más, quiero todo, mi vida —suplicaba ella en un tono de voz que

por sí solo podría hacerlo correr en los pantalones como colegial.

Jorge le daba lo que ella pedía. Más embestidas, más caricias, más pasión. La sintió

correrse con fuerza al verla arquearse, las palpitaciones de su sexo le llegaron al alma.

Los brutales empellones lo hundían más en su interior. Luego salió de ella, le dio la vuelta y la puso en cuatro patas. Le acarició la columna hasta llegar a su cuello.

—Eres perfecta, adoro la línea de tu espalda y esta declinación. —Le tocó la

concavidad que tenía encima del trasero y luego llevó las manos a sus nalgas.

—Me encanta tu culo. —Se lo besó con reverencia y refregó su quijada en cada nalga. Belén se estremecía y él no supo si eran las reminiscencias del orgasmo o que la

enardecía al frotarlas con su quijada, quería hacerle cosas sucias.

La sintió tensarse. Le tocó el sexo y barrió la humedad hasta la parte de atrás, le metió un dedo mientras le acariciaba los pezones. Un gemido fue la respuesta. Se levantó y tomó la taza de té de vainilla, que estaba poco menos de la mitad y se humedeció los dedos con la bebida que repasó por la espalda y que saboreó despacio y

luego por entre las nalgas.

A pesar de que las caricias de Jorge tenían a Belén a punto de experimentar otro orgasmo, no se sentía preparada para lo que él deseaba hacer, pero su destreza al excitarla, lamerla y lubricarla la relajaron. Sintió un poco de temor al ver de reojo su

miembro más grande que nunca y que se acariciaba con la mano de arriba abajo sin dejar de tocarla. Después de unas breves caricias, entró en ella de manera suave, pero

decidida. Belén lo sintió enorme, le dolió un poco al principio y se sintió colmada.

—Relájate, cariño.

Y el dolor se convirtió en placer y sus pensamientos volaron para dejarla totalmente

expuesta a las sensaciones que los empujes de Jorge entre sus nalgas le provocaban.

Gruñía, excitado, y empezó a empujar más fuerte, rozando en la sensación de dolor.

“Placer—dolor, qué sensación tan increíble”, caviló Belén, que sintió como una

descarga la barría de la columna hasta la punta de los pies, como una sobrecarga eléctrica que le hizo chirriar los dientes, blanquear los párpados y cortar la respiración, y que la hizo gritar y gemir en pleno abandono físico, hasta que la corriente la abandonó. Escuchó a Jorge gritar, llenándola y arrasando todas sus defensas a su paso, como siempre.

“Mía, mía, mía”, susurraba Jorge, mientras se vaciaba dentro de ella, en el orgasmo

más satisfactorio de su vida.

*****

Estaban pasando la tarde de domingo en casa de la madre de Jorge, cuando Miguel

recibió una llamada al celular. Salió al balcón, habló por un minuto y cuando entró de

nuevo a la sala su mirada era triste, angustiada. Jorge le pidió con un gesto que salieran un momento, las mujeres no se habían percatado de nada, estaban pendientes de

aprender una puntada de tejido en dos agujas que Elizabeth les enseñaba.

—Ya dictaron la orden de captura.

Jorge, aunque estaba mentalmente preparado, se puso pálido y empezó a sudar frío.

—¿Cuándo?

—Acaba de expedirla el juez de Garantías.

—¿Y cuándo me detendrán? —preguntó Jorge, con un nudo en el estómago.

—Él tramite está demorado, todavía hay que firmar unos papeles. Mañana a primera

hora vendrán a buscarte.

—Los tipos de la Fiscalía ya me siguen desde hace días.

Jorge se había percatado del seguimiento desde la semana anterior, un par de

detectives andaban pegados a él como lapas. Miguel observaba el horizonte plagado de

edificios y el cielo ligeramente nublado.

—No sé qué más hacer —dijo, en tono desolado—. No sabes lo que daría por no verte atravesar otra vez por lo mismo.

Jorge se acercó y le puso la mano en el hombro.

—Cuántas veces tengo que repetirte que no tienes la culpa de nada, has hecho todo

lo que has podido.

—¡No! No todo, si yo no hubiera…

—¡Basta! — Caminó de lado a lado sin mirar a su hermano. Quiso decirle que se había acostado con Rosalía, pero se avergonzaba, él también tenía su propio rosario de

culpas

—Olivia fue la guinda del pastel. La tierra era más valiosa para él que la familia —

insistió Jorge, pero sabía que ese comentario no atravesaría la costra de resentimiento

de Miguel.

Jorge recordó en ese momento una frase de uno de los libros de Levrero: “Siempre

seremos tiranizados por constelaciones de hechos incomprensibles”. No se sentía

dueño de su vida, como si todo ya estuviera arreglado de antemano y él solo fuera un

espectador de su propia condena.

Miguel se dio la vuelta, se recostó en la barda y cruzó los brazos.

—¿Cómo puedes vivir así? ¿Cómo? En medio de todo esto, conservas la calma.

Jorge negó varias veces con la cabeza.

—Si me hubieras visto estos días no me hubieras reconocido. Ay, hermano, la

procesión va por dentro.

—¿Preocupado por Belén?

—Sí, estoy muy preocupado por ella, por mi madre, por ti.

—¿Crees que te acompañe en esto?

—Si la dejo, sí, pero ese es el dilema. La amo demasiado para someterla a ese

infierno.

—¿Y si ella decide acompañarte? ¿Por qué no la dejas? Yo no me voy a dar por vencido, hermano y…

Jorge lo interrumpió.

—He visto lo que le hace la cárcel a las relaciones, solo los matrimonios largos, estables o que el hombre tenga una condena corta, tienen esperanza, el resto están

condenados al fracaso. Quiero pedirte un favor, sé que Belén es capaz de cuidarse sola, pero necesito que estés pendiente de ella.

Miguel hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Está muy enamorada de ti.

Jorge la miró con angustia, sonreía, charlando con las dos mujeres. Miguel se dijo

que no sería tarea fácil la que le encomendaba su hermano, Belén no encajaría muy bien un rompimiento y por lo que conocía de su hermano, era de los que no se echaban

para atrás en sus decisiones. Lo último que le faltaba era lidiar con un par de corazones

rotos.

CAPÍTULO 18

—Esto no es una despedida, cariño —la engatusaba Jorge esa mañana.

Belén no lo había dejado levantar de la cama, ni siquiera lo había dejado salir de ella.

Se habían dormido en la madrugada y él la había levantado con besos voraces a primera hora de la mañana.

—No me dejes aún —rogó Belén, aguantando las lágrimas.

La noche anterior había sido muy difícil, Jorge les había comentado a las tres mujeres que lo detendrían al día siguiente y aunque todos supieran que era algo inevitable, siempre habían esperado que algún milagro sucediera. Ligia soltó el llanto y

renegó de toda la familia Ruiz y sus antepasados. Elizabeth se descompuso también, pero no queriendo agravar la pena de Jorge, se controló un poco más. Y Belén se había

puesto pálida y tuvo la urgencia de llamar a su padre o a su madre, como si fuera una

niña y necesitara de su protección, fue un impulso grande, estaba aterrorizada. Soltó el

tejido y las manos le empezaron a temblar, las aferró fuerte, para evitar que Jorge se

diera cuenta.

Jorge abrazó a Ligia y la calmó, la mujer estaba inconsolable. Les pidió mesura, suplicó que no fueran a la audiencia que se celebraría al día siguiente, donde le leerían

los cargos, se haría oficial la captura y él volvería a la cárcel, sería más difícil para

todos. Belén, por supuesto, no iba a hacerle caso. Lo acompañaría hasta la misma puerta de la cárcel si era necesario.

—Mi amor, tengo que alistarme —insistió Jorge y continuó tratando de bromear—.

No querrás que la policía nos encuentre así, ¿verdad?

—No me importa, que tumben la puerta, que te saquen a la fuerza, que se enfrenten

conmigo.

Él la envolvía con sus brazos, le recorría el cabello con las manos y ella lo apretó

más. Hundió la nariz en su cuello y en medio de su desesperación, quiso sonsacarle toda clase de juramentos, que nunca lo dejaría, que lo esperaría, que ningún otro hombre tendría potestad sobre su cuerpo y mucho menos su corazón, que era de él, solo

de él, en cuerpo y alma. No se atrevió, no se consideraba digno de ese privilegio.

—Belén…

—¡Que lo intenten!

Los celos volvieron para hacerle una de sus jugadas y entonces se cerró sobre ella

para penetrarla con brutalidad y rabia, retándola a que lo separara, pero ella confundió

su reacción con ardor. Él levantó el torso con los brazos en tensión, apretándole las muñecas, sin dejar de mirarla y sin tocarla, escuchaba sus gemidos mientras se impulsaba dentro de ella, observaba las marcas que le había dejado en el cuerpo días

atrás y la noche anterior. La dominaba, la devoraba. Ella lo aceptaba con una sumisión tan ajena a su vida diaria, era la claudicación de una mujer muy enamorada, le afectaba

la variación en el color de sus ojos que se tornaban de un tono más oscuro. Estaba muy

sensibilizada debido a los continuos orgasmos que había disfrutado a lo largo de la noche, sin embargo, el fuego arremolinado en su vientre le dijo que su liberación estaba otra vez cerca.

Al cerrar los ojos, Jorge le exigió que no apartara la mirada de él, cuando las luces

se atravesaron y las pulsaciones se incrementaron, llevándola a su viaje de placer, vio

una mirada de puro orgullo masculino en el rostro de él, como diciéndole: "Mírame, aquí está tu hombre, el único que te hace arder". Ni siquiera le soltó las muñecas cuando expresó con ferocidad su alivio. Cayó sobre ella con la respiración agitada.

—Me matas, Belén, me matas.

El tono angustiado de su voz hizo lo que no habían podido hacer los ruegos de minutos atrás. Se separaron y el sonido del interfono les dijo que había llegado alguien,

supuso que era su hermano, había quedado de recogerlo a esa hora. Se levantaron y Belén entró a ducharse, Jorge le abrió la puerta a un ojeroso y triste Miguel.

—¿Por qué no estás listo? —preguntó, molesto—. Las autoridades no demoran.

Jorge negó con la cabeza, sin saber qué más decir.

—¿Dónde está?

—En la ducha.

Miguel entró al departamento y Jorge fue enseguida a la cocina a poner la cafetera y

hablaron de algunos aspectos legales. Cuando Belén salió a la sala saludó a Miguel tratando de ser efusiva y enseguida abrió la nevera, de donde sacó leche, huevos y jamón. Tenía recogido el cabello en una cola de caballo, se había puesto un suéter de

manga larga y ajustada de cuello tortuga y pantalón oscuro, así como estaba su

ánimo.

Los hombres la observaban mientras tomaban café.

—¿Ya desayunaste? —preguntó a Miguel.

—No tengo apetito.

—Pues vamos todos a comer, el día que les espera es largo y quién sabe cuándo volverán a probar bocado.

—Tienes razón —adujo Miguel, más por Jorge que por él.

Belén no iría a trabajar, ya había llamado pidiendo permiso. Miguel también tenía permiso laboral. Jorge se excusó para tomar una ducha.

Miguel se limitó a observar a Belén, que con destreza preparaba el desayuno.

Jorge en el baño se miró en el espejo, el primer día de tu jodida nueva vida. ¿No era

así que decían esas frases cursis ante un cambio grande? Se mojó la cara, percatándose

que empezaba a limpiar su piel de ella. No quería, miró la ducha con rabia, deseaba

llevarse su olor, sus besos, no quería lavar el recuerdo de la noche anterior, no solo era cuestión de piel, eran las sensaciones. Tuvo miedo de que el agua se llevara su olor y

la cárcel las sensaciones, porque ya nada sería lo mismo. Esa noche estaría otra vez en

una maldita celda, “Dios mío, dame un milagro, mi milagro, por favor, te lo ruego”.

A Belén se le encogió el estómago al ver salir a Jorge de la habitación cambiado, con un pantalón de dril, unos mocasines oscuros, una camiseta y una

chaqueta abrigada.

No se había afeitado y el aspecto de su barba le daba cierto aire pendenciero, o tal vez

era algo más. Cuando le sirvió el desayuno, cayó en cuenta, estaba poniéndose su armadura de la cárcel. Les pasó el pan, sirvió el jugo y los huevos, le acarició el cabello, le dio un beso en la mejilla. Apenas podía pasar bocado, pero se obligó a comer algo de lo que ella misma había preparado. Toda la situación le parecía un absurdo, una situación ridícula, deseaba encerrarse y llorar como condenada. Se sentía

vaga y confusa, vio a Jorge comer con ese aire decidido que tanto admiraba, como si

en minutos su vida no fuera a cambiar sustancialmente.

Miguel se percató que una de las muñecas de Belén estaba enrojecida y con una clara marca de dedos. Miró a Jorge, aterrado.

—¿Estás bien? —preguntó Miguel a Belén.

Ella le devolvió un gesto interrogante como preguntándole: "¿Tú qué crees?".

—Estoy bien —musitó con una sonrisa.

Al verla, Miguel pensó que su hermano estaba más descontrolado de lo que

aparentaba. Cuando Belén fue al cuarto un momento después de tratar de desayunar sin

lograrlo, encaró a Jorge.

—¿Por qué Belén tiene las muñecas lastimadas?

Jorge lo miró, avergonzado.

—No es lo que te imaginas, se nos fueron las luces esta mañana, en la cama.

—Tienes que controlarte, por ti y por ella, sé que estás asustado, te esperan días difíciles, céntrate en la audiencia.

Quiso sacarle el juramento de que cuidaría a Belén, que estaría pendiente de ella, pero ya lo había hecho el día anterior y no quería ser muy insistente. El interfono se volvió a escuchar. Jorge se levantó y contestó.

—Ya sube la policía.

En pocos minutos se escuchó el timbre de la puerta. Belén salió de la habitación más

blanca que la pared. Dos policías armados entraron al departamento.

—¿El señor Jorge Robles? —Jorge asintió—. Somos de la policía nacional, tenemos

una orden de captura contra usted. Me dice su número de cédula.

Jorge recitó el número de identificación.

—No es necesario que saquen sus armas. Iré con ustedes sin problemas.

—Señor Jorge Robles —dijo la autoridad, después de rectificar que en el número de

cedula y el nombre no hubiera errores—, le estamos notificando sobre una orden de captura por los hechos ocurridos el día 13 de septiembre del 2002 en la población San

Antonio de Padua, donde perdieron la vida en hechos violentos los señores Rogelio Antonio Martínez Mercado y Virgilio Angarita Pérez, de los que usted fue acusado y en

proceso de celebración de juicio, según el artículo 104 numeral 6. Esta orden fue

generada por la Fiscalía Especializada de la Unidad de Vida 120 ubicada en Paloquemao, en la Carrera 29, #44-.24, piso tercero. Procedo a leerle sus

derechos: Derecho a guardar silencio. Todo lo que diga puede ser usado en su contra. Tiene derecho a llamar a un abogado para que se encargue de su defensa, si no puede costearse uno, el Estado le asignará un abogado de oficio. Comunicarse con un familiar

sobre el motivo de su aprehensión.

El policía le puso las esposas.

Jorge se acercó a Belén, la vio tan pálida, tratando de aparentar entereza, que sin importar que tuviera las manos apresadas, le acarició el rostro.

—Belén…

Se limitó a mirarla fijamente, como si quisiera grabarse cada rasgo de su rostro.

—Mi vida…

—Nunca había amado a nadie como te amo a ti, recuérdalo. Cuídate mucho, no

dejaré que nada de esto te afecte de alguna manera. Pase lo que pase, quiero que entiendas que haré lo mejor para ambos.

Lo miró, sobresaltada.

—¿Qué quieres decir?

—Todo estará bien. —Le dio un suave beso en los labios y la miró con ternura, como si la tensión y el nerviosismo se hubieran esfumado—. Soy un hombre

afortunado, así esté a punto de entrar en el hueco otra vez.

Las lágrimas resbalaban por el rostro de Belén. Ellos estaban ajenos a todo, a Miguel, que los observaba con la angustia patente en el rostro, y a los policías, que les

destinaban miradas incómodas. Unos de los agentes carraspeó y él se separó

de ella.

—Amor mío… —dijo Belén, no queriéndolo dejar marchar.

Miguel se acercó a ella y la atajó por los hombros mientras la policía se llevaba a su

hermano. Belén se derrumbó en los brazos de su cuñado.

—Tranquilízate —dijo él—, estará bien. Te mantendré informada.

Belén se soltó de su abrazo.

—Voy también —dijo ella, que tomó su bolso de una silla y se dirigió a la puerta.

Cuando cruzó la puerta, Miguel la aferró del brazo.

—No le va a gustar.

Caminaron hasta el ascensor.

—Pues tendrá que acostumbrarse. No lo voy a dejar solo.

Belén y Miguel llegaron a la edificación donde estaban ubicados los juzgados. Un ente sencillo, que a Belén, por las circunstancias, le pareció desprovisto de humanidad.

¿Cuántas tragedias, lágrimas, justicias e injusticias se paseaban por sus paredes? “Dios

mío, que esto solo sea una estúpida pesadilla”, rogaba al infinito.

Entraron en la sala donde tendría lugar la audiencia, vio a Jorge sentado en primera

fila, al lado del abogado defensor. Al otro lado estaba el fiscal que había llevado la

investigación. Lo detestó enseguida. Entraron varias personas que Miguel le comentó eran los acudientes de las personas asesinadas, personas del campo, caviló Belén.

Como si de una película se tratara, vio a un agente dar instrucciones sobre el comportamiento en la sala y entrar al juez. Se dio inicio a la audiencia, confirmando la

identidad del acusado y luego el juez le cedió la palabra al fiscal, que tras presentarse, se explayó en lo ocurrido casi cuatro años atrás. Se imaginó a Jorge fastidiado por lo

que se relataba. Luego habló del pliego de acusación, citó una serie de artículos penales y finalmente presentó la prueba sobreviniente que sería admitida en el juicio y

debido a la cual Jorge debía volver a prisión. Lo vio tensar la espalda cuando el fiscal

levantó el reloj envuelto en una bolsa plástica y se lo pasó al juez.

Después todo sucedió demasiado rápido, el abogado defensor esgrimió varios

argumentos y citó nuevos artículos y la posibilidad de darle casa por cárcel, lo que fue

rebatido enseguida por el fiscal. El juez rechazó el pedido, con lo que envió a Jorge de

nuevo a la cárcel, no sin antes fijar la fecha para la audiencia preparatoria, relativamente cerca, la semana siguiente. Lo vio hundir los hombros, como si de pronto

hubiera tenido la esperanza de salir de alguna forma de ese atolladero y a ella se le partió el corazón.

—¿Jorge?

Se aproximó despacio hacia él, que enseguida volteó el rostro hacia ella,

mientras los guardias le ponían las esposas. La impactó ver su rostro desprovisto de expresión.

Un hombre distinto, una máscara con dos ojos que no le dijeron nada. Miguel y el abogado charlaban un metro más allá.

—Te dije que no vinieras.

Ella sonrió entre lágrimas y se acunó en su pecho, él apoyó la quijada en su cabeza,

sin poder abrazarla debido a las esposas.

—Ya sabes lo que me cuesta seguir tus órdenes, mi vida.

—Por tu bien, vas a tener que empezar a hacerlo.

—Te amo.

Luchó por contener las lágrimas. Quería que la viera fuerte, aunque su interior estuviera roto en pedazos.

—Yo también, paloma. Ahora necesito que te vayas de aquí, tan pronto tenga forma

de comunicarme contigo, lo haré, y tan pronto esté en el hueco te pondré en la lista de

visita.

—Iré tan pronto me digas que puedo hacerlo.

—Señor Robles, ya es hora —dijo uno de los guardias, con un tono irónico al

llamarlo “señor”. Se acercó otro guardia para escoltarlo.

Jorge salió por una puerta sin volverse a mirarla. Miguel tomó a Belén por los hombros y la sacó de la sala.

—¿Lo llevan a Santa María de La Providencia?

—Sí.

Belén recordó el frío, las condiciones del lugar y no lloró más por Miguel, que estaba segura estaba igual que ella. No fue a trabajar, él la dejó en su departamento, donde estuvo encerrada ese día entre recuerdos y esperando a que sonara el teléfono,

aunque Miguel le dijo que esa noche Jorge la pasaría en una celda preventiva, mientras

se legalizaba su entrada al ente carcelario, y no tendría un teléfono a su disposición.

Por la noche fue a visitar a sus padres. Tan pronto vio a su padre en el estudio, corrió a su lado y lo abrazó, entre hipidos de llanto se sentó en sus rodillas, como cuando era una niña y se lo contó todo.

******

Jorge se sentó en el piso de la jaula, su cuerpo emanaba una energía peligrosa, que los

demás compañeros de infortunio no pasaron por alto, así que evitaron acercarse a él.

Soltó una risa irónica, recordando la primera vez que estuvo en una celda de esas. Con

los ojos clavados en la lejanía, mirada sombría y resignada, pensaba en Belén, ya la extrañaba, ella le había dado sentido a su vida, por ella había conocido la generosidad

y el amor. Por un lapso de tiempo muy pequeño se permitió pensar que podía tener una

vida fuera de esas paredes. Se permitió soñar.

Ahora, para enfrentar esta nueva vida, debía armarse de valor y no por lo que le esperaba allí. Eso ya lo conocía y se conocía, si lo manejó una vez, estaba seguro de

que volvería a hacerlo. Su angustia era por Belén, tendría que salvarla, alejarse de ella, pero no se sentía capaz de hacerlo todavía, era un amor nuevo, las sensaciones eran nuevas, tenían cantidad de experiencias aún por vivir. No quería allanarle el camino de ida todavía.

—¿Profe? ¿Usted otra vez por aquí? —El raterillo se le acercó y se acurrucó a su

lado.

—Así es, extrañaba mucho este lugar.

El joven soltó la risa y Jorge lo recordó, no tendría más de veinte años y ya había

pisado el lugar en tres ocasiones. Estos muchachos eran los que habían hecho carrera

delincuencial dentro del penal.

—Está vez la hice gorda, no creo que salga en un buen tiempo.

—Yo también, hermano, yo también.

Se quedaron unos segundos en silencio.

—Ojalá hayan mejorado la comida. —El joven encendió un cigarrillo y se lo

ofreció.

—Ojalá. —Jorge tuvo ganas de fumar por primera vez en muchos años y aceptó el

cigarrillo.

La noche se le hizo larga y fría mientras se iba llenando de ira. Al día siguiente, después de rellenar papeles y demás trámites burocráticos, atravesó las rejas que lo llevarían de nuevo al patio. Un guardia lo saludó con gesto burlón y quiso partirle la

cara; otros lo miraban con algo parecido a la compasión. No quería compasión de nadie. Observó el mismo lugar ruinoso, los mismos cuerpos, el mismo olor a mierda,

los mismos gritos.

—Uy, volvió el Profe —dijo un recluso que permanecía recostado contra la pared.

“A la vida le vales mierda”, pensó, “por eso permaneces nadando entre ella”,

concluyó, furioso. Por lo visto, su hermano ya había movido sus influencias, volvió al

mismo patio y una celda individual lo esperaba. Edgar y Moisés lo recibieron con sentimientos encontrados, él les explicó a grandes rasgos lo que había ocurrido y ellos

lo pusieron al día sobre los últimos sucesos ocurridos en el patio.

Se encerró en la celda y en un momento de rabia, golpeó las paredes hasta rasparse

los nudillos, no quiso salir en todo el día. Le pidió a Edgar que le consiguiera un teléfono, lo tuvo en sus manos largo rato, llamó a Ligia y le dijo que todo estaba bien.

No llamó a Belén esa noche.

CAPÍTULO 19

El rostro congestionado de Belén no le dejó ver el gesto pasmado de su padre ante todo

lo que le contaba, parecía como una película de pesadilla. Calixto la dejó desahogarse,

amaba a sus hijos, pero Belén era para él alguien muy especial. Desde el día en que la

enfermera la depositó en sus brazos, a los minutos de nacida, con su mirada serena le

atrapó el corazón. Siempre había sido exigente con sus hijos, creía de manera firme que una crianza basada en la autoridad daba como resultado personas útiles en la vida.

Esta no era lecho de rosas y un padre tenía la obligación de desarrollar herramientas en

sus hijos para enfrentarla. Pero con Belén siempre fue más indulgente y allí veía las consecuencias de esa indulgencia. Su amada hija enamorada de un hampón, sobre su cadáver, caviló, furioso.

Sabía que no debía recriminarla, había aprendido que las indirectas que a sus

hermanos acobardaban y los obligaban a actuar según sus deseos, a Belén la hacían una

rebelde. Siempre fue así, si él la amonestaba por algo, ella con más ahínco metía la cabeza, ya fuera un simple corte de pelo, aprender bailes tropicales en lugar de ballet,

la elección de carrera, de universidad o su vida quijotesca alrededor del mundo.

Mientras ella lloraba, su mente trabajaba a mil, si el tipo había vuelto a la cárcel, era culpable y sobre su cadáver su hija se iba a convertir en la mujer de un recluso. No

creía aguantar el resto de conversación sin que explotara su malgenio.

—Tranquilízate, Belén, me estás asustando.

Belén trató de respirar profundo entre hipidos.

—Necesito ayudarlo de alguna forma.

Calixto frunció el ceño.

—No puedes hacer nada, la justicia se encargará.

—¿Justicia? En este país no existe la justicia.

Belén se sonó la nariz con un pañuelo que le pasó su padre.

—¿Has pensado en la posibilidad de que sea culpable?

Ella se levantó como un resorte.

—Es inocente.

Calixto se levantó de la silla, caminó de lado a lado, tratando de controlarse, pero

fue infructuoso.

—No entiendo, Belén, y créeme que me estoy conteniendo para no darte la azotaina

que mereces por imbécil. ¿Cómo se te ocurre enamorarte de un recluso?

—Sabía que era un error recurrir a ti.

—¡El error no es mío! —bramó, furioso, dando un puño en el escritorio—. El error

fue tuyo, no te eduqué para eso.

Ella ya iba para la puerta, cuando esta se abrió y entró su madre.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras, mi amor? —dijo, acercándose a abrazarla.

—Cuéntale a tu madre las maravillosas noticias —señaló Calixto, con sarcasmo.

Belén negó con la cabeza.

—¿Belén? —preguntó su madre, preocupada.

—Tu querida hija se enamoró de un recluso que está acusado de asesinato.

La mujer palideció y se sentó en una silla, mirando a uno y a otro.

—¿Es broma, verdad?

Belén agachó los hombros y miró a su madre con pena.

—No mamá, no es broma, hoy he tenido unos de los días más difíciles de mi vida —

dijo con voz entrecortada—. Vi al hombre que amo ser acusado otra vez de un crimen

que no cometió, necesitaba de su cariño y comprensión, pero como siempre, no cumplo

las expectativas de mi padre. Mejor me voy.

Pilar se acercó a su hija y la abrazó, mirando a Calixto con reprobación.

—Hija, nos sorprendiste, es todo, no es la situación ideal, pero me duele ver lo que

estás sufriendo. Nosotros solo queremos lo mejor para ustedes. —Pilar le limpió el rostro, que estaba anegado lágrimas otra vez.

—Me imagino que no volverás a verlo —interrumpió Calixto—. Te prefiero

recorriendo el mundo que de amante de un recluso.

—¡Basta, Calixto! Dale un respiro.

—Imaginas mal, papá, estaré con él hasta que demuestre su inocencia, así pasen años.

Calixto resopló, furioso, y Belén abandonó el lugar. De algo le había servido la charla con su padre y no se preguntó si lo había hecho adrede. Le insufló el coraje para

pelear por su relación y con todo lo que se venía. Su padre siempre sacaba a flote su

veta rebelde, ella era diferente a sus hermanos, había utilizado toda la vida el autoritarismo de su padre para ponerse por encima de la situación y salir adelante, ojalá le sirviera ahora. No esperaba generosidad de él, pero al menos algo de compasión hubiera sido bienvenida. No, compasión no, solidaridad de familia, eso sí.

Al día siguiente volvió al trabajo, se puso cantidades ingentes de corrector en las ojeras y algo de rubor en las mejillas para disimular que no había dormido pendiente

del teléfono, pero Jorge no la había llamado. En la mañana habló con Miguel, le dijo

que ya estaba en una celda individual y que estaba bien. Se tranquilizó, pero una sensación de incomodidad la asaltó al ver que a ella no la había llamado. Se dijo que

no podía ser tan egoísta, la familia estaba primero.

Esa noche sonó el celular, el corazón le golpeteó en el pecho al ver en la pantalla un

número que no reconocía.

—Aló.

—Hola, paloma —dijo la voz de sus sueños.

Se le doblaron las rodillas y cerró los ojos para visualizarlo en su celda,

caminado

por el pequeño espacio o recostado en la pared.

—Hola, mi vida. ¿Cómo has estado?

Escuchó su risa ronca y tuvo la urgencia de volar a su lado.

—Bien, muy bien, el hotel cinco estrellas está cada vez mejor, tengo una suite lujosa

y un baño con jacuzzi, en el último piso hay piscina climatizada.

—Parece que tendré que ir y quedarme contigo.

—Aquí te hago espacio.

—En serio, amor, ¿cómo va todo?

—Bien, ya estoy acostumbrado a esto, no te preocupes por mí. —Era mentira, nunca

se acostumbraría a ese infierno. Después de haber disfrutado su tiempo en libertad con

ella, era más difícil adaptarse—. Volví a la biblioteca, el hombre encargado me recibió

como redentor, no estaba muy a gusto con el puesto. En unos días iniciaré las clases.

No quiso decirle que el ambiente en el penal estaba enrarecido, que había más conflictos que de costumbre, que los delincuentes comunes estaban hartos de la

guerrilla y los paramilitares. Si se presentaba un enfrentamiento, sería muy difícil no participar. Quería que ella tuviera una imagen tranquila de su vida.

—Quiero verte el domingo.

—Este domingo ya no alcanzo a tramitar el permiso, dame tus datos y te pondré en

mi lista de visitas, pero el próximo domingo sí te espero. ¿Te parece?

—Me parece.

Belén le recitó el número de identificación y todos sus datos.

—Paloma, ese día tendrás que madrugar mucho para que hagas la fila, me apena que

tengas que pasar por...

—¡No importa! —interrumpió ella con vehemencia—. Es un precio pequeño para

poder verte. Acostúmbrate, me tendrás allá todos los domingos.

"¿Cómo dejarla ir, Dios santo? ¿Cómo?", se preguntó, atormentado, mientras la

imaginaba sentada en el sofá con el computador abierto, trabajando, con sus pies descalzos, tomando té de vainilla o acostada en la cama viendo televisión. Se iba a enloquecer de tanto extrañarla y eso que solo habían pasado dos jodidos días.

—Te amo, Belén.

El tiempo pareció detenerse al pronunciar Jorge esas palabras, fue como si le

hubiera enviado su alma a través del aparato.

—¿Sabe qué, señor Robles?

—¿Qué?

—Está correspondido. Dele un beso a mi lobo. Lo adoro.

—No solo mi lobo te extraña…

Escuchó sus carcajadas, esas que lo ponían nervioso en el buen sentido.

—Está bien, dale un beso a cada parte de ti que me extrañe.

—Será un poco difícil, tendré que esperar hasta el domingo.

Más carcajadas.

—Cuenta con eso. ¡Dios! Te extraño tanto que me duele.

—Yo también, paloma. Trae té de vainilla.

Ella se sonrojó al teléfono, como si lo hubiera tenido frente a ella, recordando el uso

que él la había dado a la bebida en sus últimos encuentros. Carraspeó, nerviosa.

—Claro que sí.

Duraron casi una hora al teléfono, hablaron de todo, no querían despedirse y él prometió llamarla todas las noches.

Jorge escuchó un estruendo en el ala norte de la cárcel, antes de ir para la biblioteca.

Los reclusos empezaron a hablar.

—Los paramilitares se van a tomar este patio. Orejas apareció apuñalado en la

celda. Dicen que fue Perico.

Orejas era uno de los lugartenientes de uno de los paramilitares más poderosos del

penal y Perico era uno de los jefes de una banda de la delincuencia común que

residía

en ese patio. Jorge reaccionó con celeridad, sabía que si entraban al patio, la masacre

sería espantosa. A lo lejos veían hombres encapuchados con armas bajar las escaleras

para llegar a ellos, pero los caciques de otros patios y sus lugartenientes los detenían.

—¡Pronto! —gritó—. Cierren la puerta.

—Eso no los va a detener —bramó Edgar Ramírez.

—Pero eso sí. —Jorge señaló un congelador de bebidas del tamaño de una nevera

grande—. Recuerden, la meta de ellos es llegar a este patio, pero tienen que pasar por

dos patios que no habrán alcanzado a atrincherarse, eso nos da un margen de tiempo.

Entre una docena de hombres movieron el congelador y lo situaron en la puerta para

impedir la entrada. El resto entró en pánico y corrieron a armarse con lo que fuera, puñales, armas, ganzúas, otros rezaban armados de crucifijos. Tendrían que defenderse

mientras la guardia reaccionaba.

En cuestión de minutos se armaron trincheras, Jorge organizó los bandos y desde qué

parte del patio se defenderían. Escucharon el ruido de metralla acercarse. Pusieron colchones, sillas, lo que fuera para agrandar la pared de protección. Los que no se encerraron en las celdas, se atrincheraron en el piso para evitar

las balas a lo lejos. El comando de paramilitares iba dejando un rastro de muertos a su paso, ajusticiando a los que tenían cuentas con ellos. En cuanto los tuvieron en la puerta, empezaron a disparar. A lo lejos se escuchaban las sirenas. En minutos el ejército tomaría la cárcel,

pero esos minutos harían la diferencia entre la vida y la muerte.

Lanzaron una granada que abrió un boquete, de adentro del patio los hombres

armados empezaron a disparar. Entre ellos, Jorge, ya que Edgar le había pasado una de

las armas que tenía escondidas. Una ráfaga de metralla acabó con la vida de tres de los

escoltas de Perico, que estaban en primera línea, si no llegaba la autoridad los iban a

matar a todos. Los disparos iban y venían, cayendo víctimas de lado y lado. Cuando las

paramilitares entraron al patio y masacraron media docena más de personas,

escucharon el resonar de las botas, algunos reclusos alcanzaron a humedecer piezas de ropa con las que se taparon el rostro para enfrentar el vapor del gas lacrimógeno que

invadió la estancia.

—¡Tira el arma, pero límpiala primero! —gritó Edgar a Jorge antes de que el gas los

ahogara.

Jorge sintió como si una llamarada hubiera entrado por su boca y nariz.

En minutos el ejército y la policía se hicieron con el control de la cárcel. El enfrentamiento había durado una hora. La autoridad recogió los cadáveres y los

amontonó contra una pared como si fueran bultos de cemento. Los heridos fueron evacuados y a los demás los juntaron en el patio principal, mientras las autoridades requisaban celda por celda, para incautar armas, teléfonos y drogas. Los tuvieron en el

patio hasta después de las ocho de la noche en que llegó la Defensoría del Pueblo y exigió que los entraran o les llevaran cobijas, porque se iban a enfermar por el frío. A

media noche, la crisis ya estaba conjurada. Como castigo no recibirían visitas hasta nueva orden.

Belén se enteró del motín a las diez de la mañana por el programa de radio que escuchaba a esa hora mientras trabajaba. Llamó a Miguel, pero le saltó el buzón. Sin

tiempo que perder, salió a la calle y cogió un taxi, que en menos de veinte minutos la

dejó a unas cuadras del penal, que ya estaba circundado de ejército y policías. Pasó por la tienda de la mujer que le había brindado asiento cuando los motoristas la asustaron.

—Mi niña, se han escuchado explosiones y disparos desde temprano, van a destruir

esa cárcel —señaló la mujer—. Pero ya entró el ejército, ahora se calman.

Belén le dio las gracias y caminó hasta llegar al primer retén del ejército, donde había ya un grupo de madres, padres, esposas e hijos queriendo saber qué ocurría con

sus familiares allá adentro. Ella presentó sus credenciales de la ONG y ante su insistencia, el joven teniente la dejó pasar. Cuando estaba cerca del penal, escuchó varios disparos, con el alma en vilo se pegó a la pared. Vio el grupo especial de guardianes de la cárcel armados hasta los dientes y a un grupo élite de la policía entrar

al penal. Se metió entre ellos hasta llegar a la misma puerta de la cárcel. Tenía la garganta seca y le temblaban las rodillas y las manos. Alguien la aferró del brazo y le

dijo al oído:

—Cuidado una de las balas la alcanza, mejor váyase que aquí, no podrá entrar.

Era un guardia de los armados hasta los dientes. Le preguntó qué pasaba, pero el hombre se limitó a escoltarla unos pasos. Ella se soltó y desesperada, retrocedió hasta

donde estaban los familiares. Se escuchaba de todo, pero nadie sabía a ciencia cierta

lo que ocurría dentro de la cárcel. Alguien la jaló con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Miguel, con el ceño fruncido.

—Lo mismo que tú, necesito saber.

Lo notaba tenso y estaba segura que sentía el mismo temor que ella. Vestía de traje

entero oscuro y corbata, eran tan parecidos, que a Belén se le hizo un nudo en la garganta.

—Pudiste haberme llamado.

—Lo hice y no me contestaste.

En ese momento entró una llamada a su teléfono. Miguel se alejó unos metros y habló durante varios minutos. Belén lo miró interrogante cuando volvió a ella. Él la llevó hasta un lugar donde nadie los escuchara.

—Un amigo oficial va a entrar con el grupo, él ya sabe de Jorge, tan pronto tenga noticias y pueda llamar, lo hará. Lo mejor que puedes hacer es irte para tu casa, te mantendré informada.

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco. Miguel puso los ojos en blanco.

—A Jorge no le va a gustar que estés aquí afuera, no sabemos si esto se va a desmadrar.

—Él no podrá saberlo a no ser que tú se lo digas.

Miguel negó con la cabeza y chasqueó los dientes.

—Jorge debe tener problemas contigo por la terquedad.

Ella sonrió.

—Los normales.

Hasta ellos llegó el olor de los gases lacrimógenos. A Belén le ardieron los ojos, no

se imaginaba cómo estarían adentro. Empezó a lloviznar. Se resguardaron en el auto de

Miguel, que se cansó de rogarle que fuera para su casa o a la casa de él, la engatusó

con que su madre y su tía necesitaban compañía, pero fue en vano. Trajo un par de bebidas calientes de una cafetería cercana, que bebieron dentro del auto.

—Tú me necesitas más —dijo ella.

Miguel la observó con cariño, su hermano era un cabrón afortunado. Al anochecer, el

teléfono de Miguel volvió a vibrar, por lo que pudo escuchar era algo de trabajo. Belén

no entendía cómo podía disponer de tiempo para estar allí, cuando tenía un trabajo de

tanta responsabilidad.

—Mi jefe no está en el país, gracias a Dios —contestó Miguel, cuando Belén le preguntó por su ausencia laboral.

Alrededor de las ocho de la noche entró la llamada que estaban esperando. Jorge se

encontraba bien, estaba entre los reclusos ilesos. Belén dio gracias a Dios. Se percató

de la tragedia que cargaba toda la familia, como si todos estuvieran recluidos con Jorge. Se sintió parte del dolor y la angustia por los que atravesaban a diario los Robles, era algo que solo podía entender el que tuviera un hijo, un esposo o padre en

esa terrible situación.

—No descansaré hasta que esté en libertad —dijo Miguel, apesadumbrado.

—Por el bien de todos nosotros espero que lo logres.

Miguel la dejó en su casa.

—Gracias —le dijo, cuándo se despidió de ella—. Mi hermano tiene mucha suerte.

En la cárcel, los días siguientes marcaron la pauta de lo que sería el fin del conflicto

armado en las cárceles colombianas. En una audaz iniciativa liderada por Jorge y respaldada por las autoridades carcelarias, en cada patio se creó una mesa de paz, de

donde se llevaron las inquietudes a una mesa de negociación general. Jorge, para que

hubiera mayor legitimidad, invitó a un delegado de cada comunidad de la cárcel. Los

primeros en llegar fueron los presos políticos, quienes escogieron a uno de los miembros de un comité integrado por guerrilleros. Luego vincularon a una persona de

las Autodefensas, un indígena y un afrocolombiano en representación de sus

respectivos comités o comunidades. Entre ellos se eligió un presidente, un

vicepresidente y los encargados de los diferentes comités: Jorge, un guerrillero, un paramilitar y un representante de las diferentes pandillas. Por medio del diálogo y la

participación, en los días siguientes se pactaron sencillas normas de convivencia.

Una mañana, un profesional contratado por las directivas del penal les dio unas charlas de Derechos Humanos, de convivencia. Todas estas actividades tuvieron

ocupado y distraído a Jorge de su vida personal, solo en las noches, al llegar a su celda

y escuchar la voz de Belén, sentía que se le abría la brecha en el corazón. Se le partió

el alma ante el llanto desatado de ella, en la llamada el día después de la toma.

Habían pasado dos semanas desde los sucesos y no había podido verla, hubo que reconstruir parte de la cárcel y hasta que no estuvieran las instalaciones reformadas de

manera adecuada, no habría visitas, ya los hombres empezaban a resentir ese hecho.

Salió a la audiencia de preparación, donde se vinculó la prueba al proceso penal. La

citación para el juicio quedó para el siguiente mes. Jorge se asombró de la

celeridad

con que estaban llevando las cosas, seguro que para que no se volviera a incurrir en errores técnicos que se llevaran todo el trabajo de la Fiscalía por delante.

Un domingo, tres semanas después de su aprehensión, recibiría la visita de Belén.

CAPÍTULO 20

Belén se arrepintió de no haber madrugado más en cuanto vio la fila de mujeres que ya

había ante la ventanilla en la que le darían la boleta para entrar al penal, y eso que apenas eran las siete de la mañana del domingo. El día estaba despejado, pero la temperatura algo fría, se puso detrás de una mujer embarazada.

Llevaba varios paquetes que esperaba pasaran la requisa. Le traía a Jorge un suéter

de lana de regalo, hecho por ella misma. Claro que tuvo ayuda de Elizabeth, pero estaba orgullosa de su trabajo. También le traía libros, el té de vainilla en el que tanto le había insistido, galletas, chocolatinas y un recipiente con lasaña, su favorita, que había hecho en la madrugada. El corazón quería salírsele del pecho a medida que avanzaba la fila y la ansiedad hacía que mirara el reloj cada tanto.

Se dedicó a observar un rato a las diferentes mujeres que llegaban. Había gran cantidad de ellas muy jóvenes, luego mujeres mayores, seguro las madres de algunos reclusos y detrás hizo fila una mujer en la cuarentena, vestía con sencillez, pero Belén

pudo observar que su ropa era de fina factura. En un grupo más allá, las mujeres reían,

se pintaban los labios y ensayaban diferentes maquillajes, hasta ella llegaba el coro de

voces.

—Hoy mi hombre será el rey —decía una—, lo complaceré en todo.

—¡Qué rico que es hacer el amor! —exclamó otra—. Lástima que solo sea los

domingos.

—Hoy será mi último domingo —señaló otra, con semblante grave—, no puedo

hacer esto más.

Otras hablaban de lo ocurrido semanas atrás y de la guardia que ese domingo era la

encargada de las requisas.

El ambiente era cordial, había un aire de expectativa. A excepción de las madres y

las hermanas, las mujeres iban dispuestas para el amor, poco les importaban las largas

filas, llevaban añorando a sus hombres tres semanas, no les importaban las requisas, ni

las miradas arbitrarias o de doble sentido de guardias y presos, solo les importaba verlos vivos y renovar el compromiso de estar con ellos semana a semana. Aunque había excepciones, algunas no iban por amor sino por negocio, era el grupo de prostitutas que entraban cada domingo.

La mujer embarazada le comentó a Belén que los hombres desde el viernes se

esmeraban en darle un aire diferente a la cárcel, lavaban pisos y paredes, cambiaban

sábanas y los baños los dejaban impecables, la visita de las mujeres era sagrada.

—¿Ya ha venido aquí? —preguntó con curiosidad.

—Sí, ya he venido. —No le quiso aclarar que había sido por trabajo.

En cuanto llegó al primer control, le dieron la boleta, el guardia no la reconoció,

ella sí sabía quién era él. En el segundo control le revisaron los paquetes y con unos palillos le desmigajaron las galletas y la lasaña. Al llegar al tercer control, una mujer

grande como gorila la hizo entrar a un cubículo y la hizo desnudar, hasta quedar en ropa

interior. Belén ese día llevaba un sencillo vestido de flores y una chaqueta de jean, con

zapatillas oscuras, la mujer la tocó por todos lados, hasta los genitales, se sintió vejada, pero no les iba a dar el gusto de llorar. La hicieron acostar en una camilla y se

puso muy nerviosa cuando vio a la guardia poniéndose unos guantes para examinarla.

Otra guardia observaba y cuando acabó la requisa íntima, la mandó a vestir y le pusieron un sello.

Se arregló y compuso su rostro para que Jorge no se diera cuenta de cómo la había

afectado la dichosa requisa. Entró al pasillo que la llevaría al encuentro con él. A las

diez de la mañana entró al patio, que parecía un bazar multicolor, donde improvisaban

carpas para los reclusos que no contaban con una celda donde pudieran recibir su visita, ya había cantidad de parejas que paseaban por el lugar, otras charlaban sentadas

en el piso como si estuvieran de picnic, otras sentadas en sillas plásticas, una más allá

estaba peleándose.

Varios reclusos la observaban, ella buscaba a Jorge por todos lados. Lo vislumbró

caminando con celeridad en su dirección, la divisó por su cabello rubio suelto. Belén

también apuró el paso con una sonrisa en los labios, atravesando carpas y parejas, disculpándose cuando tropezaba con alguien. Jorge casi corría mientras acortaba la distancia que lo separaba de ella. Belén soltó los paquetes en el piso y se echó en sus

brazos con un ansia tan patente, que él la envolvió hasta ahogarla, con ferocidad, poco

faltó para que se pusiera de rodillas y se echara a llorar como condenado, estaba más

hermosa de lo que recordaba. Le parecía mentira tenerla así en sus brazos otra vez. No

sabía si reír, gritar o llorar de risa. Ella, sin soltarlo, aferró sus piernas a la cintura de él, y con el corazón henchido de amor le agarró el rostro y le devoró los labios.

—¡Por fin! —exclamó Belén, cuando interrumpió el beso con lágrimas en los ojos.

Jorge le pidió el favor a un joven de que recogiera los paquetes. No tenía

intenciones de bajar a Belén de donde estaba. Entre besos voraces recorrieron la distancia hasta que llegaron a la puerta de una celda. Jorge la soltó de su amarre y abrió la puerta metálica. Belén entró, no se sorprendió, ya en sus visitas para el informe había conocido el tamaño minúsculo de las celdas. El joven entregó a Jorge los

paquetes, que este dejó en una especie de tabla de madera que hacía las veces de mesa

pegada a la pared. Él cerró, se apoyó contra la puerta y Belén se abalanzó otra vez a

sus brazos, no fue delicada, lo atenazó de nuevo con sus piernas. Le sujetó la cabeza,

para apoderarse de sus labios, en un beso que poco tenía de beso, era más bien una condensación de labios, saliva, lengua y gemidos por todos los besos que no habían podido darse.

Jorge dio la vuelta y la espalda de Belén chocó contra la pared lateral. Con mirada

oscurecida por la lujuria, le quitó la chaqueta de jean, le quitó el vestido y le besó el

espacio entre los pechos que se realzaban por el sujetador.

—Eres tan hermosa. No sabes cuánto te he extrañado. —La voz de Jorge la

envolvió, así como lo hacían sus brazos y su aroma, todas sus ansias acumuladas hicieron ebullición.

La tendió en el camastro en el que a duras cabrían los dos. Ella se quedó sin respiración cuando lo despojó de la camiseta y le besó el pecho en el proceso, enloquecida por su olor que tanto había extrañado. Lo observó mientras se desajustaba

la hebilla del cinturón y se abría la cremallera del pantalón. Él le acarició una pierna

de forma ascendente, hasta llegar al borde de su ropa interior, percibió su piel escalofriada, le bajó la pieza íntima, que rodó por sus piernas, dejando al descubierto

su sexo, que no se cansaba de mirar. Ella levantó la espalda y se quitó el sujetador.

—Hoy mi hombre será el rey, lo complaceré en todo.

Jorge levantó una ceja, risueño, y ella soltó la carcajada.

—No es mía la frase, la escuché afuera.

La miró fijamente, con el anhelo profundo de apoderarse de cada centímetro de su cuerpo.

—Ya decía yo…

Jorge se arrodilló con la boca hecha agua y en un reguero de besos por sus piernas

depositó la boca en su sexo.

—¡Qué hambre tengo! —exclamó, esas palabras reverberaron por la piel de Belén,

que las sintió por todo su cuerpo.

Su boca y sus dedos dejaban huellas calientes en su sexo, en toda ella. La acarició

con la nariz, aspirando su olor mientras la abría un poco más. Le rozó los

aterciopelados labios con los dedos y pegó su barbilla a ella, refregándose,

escuchando sus gemidos.

—¡Jorge! —escuchar su nombre como un estallido hizo que acrecentara más sus

caricias. Ella no tenía idea lo que su presencia en ese lugar le provocaba, amor a borbotones, agradecimiento, conexión. Angustiado, se dijo que debía dejarla marchar,

pero su índole machista, celosa y posesiva le decía que esperara, que gozara de su presencia, de su cariño, de su cuerpo, de su pasión un tiempo más. Ella llegó al orgasmo, que él percibió en su boca y cuando la observó desmadejada, sonriendo con

los ojos cerrados, supo que vivir sin ella sería su verdadera condena. No es lo mismo

vivir sin algo que vivir con algo que fue tuyo y luego tuviste que dejar ir.

—Te adoro. —Ella abrió los ojos para ver a Jorge cerrar los suyos.

—Yo lo amo, señor Robles.

Se bajó los pantalones y los pantaloncillos liberando la erección que ella enseguida

tomó en sus manos y acarició en un masaje de arriba abajo.

—Me gusta cuando me dices “señor”.

Belén sonrió y puso los ojos en blanco. Él aprovechó para apoderarse de sus

pezones, que chupó y masajeó hasta dejarlos erguidos y sensibles.

La penetró de manera desmedida e incontrolable, sin dejar de mirarla, a un ritmo enfermizo y en medio de gruñidos que a Belén le reverberaban la piel. Disfrutaba perdido en su vagina, que quemaba y abrigaba a la vez, agrandando aún más su miembro.

—Amo estar en tu interior, no tienes ni jodida idea.

Le devoró los labios, el cuello, los hombros. Luego se irguió y con los dedos clavados en sus caderas, observó sus cuerpos unidos y el modo en que su miembro se

hundía en su interior. Necesitaba atesorar imágenes para cuando estuviera en soledad.

—Quiero llenarte toda, que me recuerdes y me sientas esta noche cuando estés en tu

cama. —Le tocó el sexo húmedo—. Me muero por esto, Belén…

Empujó un par de veces más y con un gruñido salvaje, se corrió tan fuerte que Belén

no entendió cómo no vinieron las autoridades a sacarlos. Lo siguió, momentos después,

con un gemido, le clavó las uñas en la espalda y vio puntos, colores y estrellas tras sus

ojos. Él se desplomó sobre ella, siguió gimiendo y cuando quiso separarse, Belén no lo

dejó.

Pasaron un tiempo largo haciendo el amor, repitieron en todas las posiciones, solo

querían vivir en ese pequeño lugar, fuera del tiempo y las circunstancias, y que el resto

del mundo se fuera al diablo.

Belén observaba la celda, había libros al lado de un televisor pequeño, y en una tabla suspendida en la pared, en la parte de arriba, había ropa doblada y más libros.

Todo pulcro y ordenado. En la pared opuesta había puesto fotos de la casa de campo

donde habían pasado aquel fin de semana, que ahora a Belén le pareció tan lejano, tantas cosas habían pasado desde entonces. Había una foto de la familia, le molestó que

no hubiera fotografías de ella.

Jorge, que adivinó lo que pensaba, se levantó de su lado y tomó un libro, Belén se

dio cuenta en cuanto lo abrió de que era un álbum de fotografías suyas, en posiciones y

actitudes que a él le encantaban: haciendo el desayuno, saliendo del baño con una toalla enrollada en la cabeza, acostada en la cama con una camiseta a medio muslo y

lanzándole una almohada. Se le aguaron los ojos, ella también tenía muchas fotografías

de él, sobre todo, del paseo a la cabaña de Elizabeth.

—No quiero que nadie que no sea yo las vea.

Ella le entregó el suéter de regalo. Jorge lo primero que hizo fue llevárselo a la nariz, sonrió, apenado, lo extendió y acarició su textura.

—Está hermoso, muchas gracias. —La besó en los labios.

Se lo midió enseguida y se sintió trasportado al departamento. La sensación de hogar

fue bárbara y eso lo entristeció, se lo quitó y lo dobló con cuidado, lo metió en la bolsa y lo puso en el mueble con el resto de la ropa.

—Elizabeth me tuvo una paciencia infinita.

—Estás más delgada.

—Vaya, muchas gracias, tú también estás guapo. —Sonrió ella, deseosa de cambiar

de tema, era tan poco el tiempo que les quedaba. Se levantó y le pasó el recipiente con la lasaña.

Jorge se indignó cuando vio la comida desmenuzada, pero se negó a hacer algún comentario. Se llevó un bocado a la boca y gimió, extasiado.

—¡Te quedó deliciosa! —Le brindó un trozo, que ella aceptó más que nada por

complacerlo, no tenía apetito. Lo observó y lo escuchó mientras le hablaba del motín y

de los planes que tenía para la mesa de paz. Lo admiró tanto en ese momento, lo comparó a un titán, esa temible primera generación de dioses que poblaron la tierra, todo vigor y fuerza, seres poderosos que construían imperios y también los destruían de

un manotazo y que en su caída también muchos fueron encerrados por toda la eternidad.

Le dio vergüenza, ella que tenía una vida por delante para hacer lo que quisiera, ni de

lejos tenía su capacidad de recuperación.

—¿Qué pasa, paloma? ¿Por qué me miras así?

Él retiró el recipiente de comida y ella se sentó en sus rodillas.

—Eres mi hombre y te admiro mucho, no sabes cuánto.

Él le sonrió.

—Muchas gracias. Es difícil, paloma, pero es eso o morir. —Le tomó las manos—.

Necesito que sigas adelante con tu vida, sigue en lo tuyo, trabaja, lee, diviértete, no quiero que cumplas la condena conmigo. No lo olvides.

El resto de la visita se fue en juegos, charlas, bromas y descripciones sarcásticas de

diversas situaciones a las que Jorge se enfrentaba a diario. Llegó la hora de la despedida, se vistieron en silencio, Belén trataba de disimular para no echarse a llorar

como una boba. Se guardó muchas palabras de aflicción, de añoranza, la visita era demasiado corta para andar con lamentos, se brindó a su hombre y se entregó a él con

ansias desesperadas, con el abandono del que ha caminado en el desierto hasta

encontrar el oasis que lo salvará de la muerte.

—Eh. —Jorge le tomó el rostro con una mano—. Todo estará bien, te lo prometo.

Ella hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Siento que nos quedaron tantas cosas por decir.

—Me las dirás por teléfono, cariño.

—Te quiero.

—Y yo.

En cuanto iba a abrir la puerta de la celda, la cerró de nuevo y la atrapó entre

sus

brazos.

—Ya estoy arrepentido de no haberte hecho el amor otra vez. Te voy a extrañar como no tienes idea.

—Necesito que te cuides para mí, quiero verte el próximo domingo.

Belén no supo por qué él rehuyó su mirada y afirmó con los ojos cerrados.

—¿Pasa algo?

—Nada, paloma, no pasa nada.

Se abrazaron y ella se puso de puntillas para besarlo de nuevo.

Salieron al patio, ya las parejas se despedían, la acompañó hasta la última reja. Un

último abrazo, un último beso, Belén tuvo que alejarse a la fuerza, Jorge la llamaba como un imán. Caminó hasta la salida, de vez en cuando miraba para la reja, él la contemplaba en silencio, despidiéndose con la mirada.

******

Las autoridades carcelarias le dieron vía libre a Jorge y a la mesa de paz para buscar

un camino entre los conflictos y la solución por medio del dialogo y la participación de

todos. No fue fácil, a los pocos días quería mandar todo al diablo, unos pedían una cosa, otros pedían otra, y eran horas de negociación infructuosa para tomar simples medidas como que se dejara de atacar a los jóvenes que recién llegaban. Los planes de

Jorge eran ambiciosos y ya los directivos del penal se habían dado cuenta de que estaban ante un líder positivo que podría cambiarle la cara a una situación

por demás

vergonzosa, como era el atraso y las condiciones de miles de presos en el país.

Al día siguiente de la visita de Belén, se enteró por un guardia amigo suyo de que la

habían sometido a la requisa especial, como si fuera sospechosa de entrar droga al recinto. Uno de los guardias, que la había visto en la fila, sospechó de ella por la investigación realizada, cuando removieron a un grupo de tres guardias de sus puestos.

Jorge quiso llamarla y recriminarle el que no le hubiera dicho nada, pero decidió no hacerlo, necesitaba llenarse de razones para enfrentar el final.

Siguió fumando, el tener el pitillo en la mano lo relajaba y le daba poder sobre algo.

Soñaba con ella, se recreaba en el recuerdo de la visita, de todo lo vivido ese día.

Había sido tan corto el tiempo pasado a su lado, tres meses que se fueron como un suspiro, acorralados por la investigación y su sentencia pendiendo sobre su cabeza.

Faltaba una semana para el inicio del juicio, el abogado no le daba muchas esperanzas.

Recibió las visitas de Belén en tres ocasiones más, siempre con la misma ansia devoradora, la notaba más delgada, ojerosa, él no estaba mucho mejor, después de esas

visitas, se imaginaba que podrían llevar una relación, tal vez casarse, como otros reclusos que habían dado el “sí quiero” entre esas ruinosas paredes. Se permitía soñar,

pero después se imponían la realidad y sus escrúpulos, si lo condenaban, que era lo más probable, sería mínimo una condena de treinta años, ya había

cumplido casi cuatro, le quedaban veintiséis, con el trabajo y los estudios podría disminuir la pena a

quince años. ¿Sería capaz de someter a Belén a un calvario de ese tipo? Él la amaba

demasiado como para ocasionarle tamaño sufrimiento, veía el tedio en muchas mujeres

que, cansadas, desistían de sobrellevar una relación así. Al comienzo todo era

perfecto, como en una luna de miel, cuando pasaran ocho o diez años y ella quisiera hijos, él no iba a permitir que un hijo suyo lo conociera en esas circunstancias, pero luego estaba esa terrible hambre y anhelo por ella y su veta posesiva le decía que no

importaba, que no la dejara marchar.

La decisión vino de la mano de una visita inesperada. Un día a Jorge un guardia fue

a buscarlo a la biblioteca, a preguntarle si recibiría a la persona que deseaba hablar con él. Él no se negó.

Entró al salón donde había mesas y sillas, y un guardia apostado en la puerta. Un hombre alto, de cerca de sesenta años estaba de pie de espaldas a él, leyendo un contenido enmarcado que había colgado en la pared sobre reglas de convivencia. Un guardia le puso esposas a Jorge. El hombre volteó a mirarlo tan pronto percibió su presencia. El único parecido que le vio con Belén fue el cabello y el color de sus ojos,

en una mirada que destilaba frialdad.

—Buenas tardes —saludó Jorge.

Él hombre reciprocó el saludo con gesto brusco y le indicó que se sentaran. Jorge se

dispuso a recibir una andanada por parte de Calixto García, que con mirada

dura se mantuvo en silencio, observándolo. Se percató de que el hombre buscaba las palabras

justas para hacerlo desistir de su relación con Belén.

—Me imagino que ya sabe por qué estoy aquí.

Jorge pudo contestarle con algo de sarcasmo, pero desistió de su propósito.

—Sí.

—¿Usted sabe la clase de vida que llevaba mi hija antes de conocerlo?

Jorge lo observaba sin delatar nada en su expresión.

—Una vida que la mantenía lejos de tipos como usted.

En vista de que Jorge persistía en su silencio, el hombre continuó:

—Belén tiene veintiséis años y no voy a permitir que su existencia ruede cuesta abajo. ¿Qué pretende, Robles? ¿Arrastrarla por el fango con usted? Desmenucé su caso, solo un milagro del cielo le permitirá recobrar la libertad, no me interesa si lo

hizo o no, es su conciencia, pero necesito que termine el juego que se trae con mi hija.

—No es ningún juego —dijo Jorge, a punto de perder la paciencia.

—¿Quiere convertirla en la mujer de un recluso? ¿Someterla a todo lo que eso

implica? Usted nunca podrá darle lo que se merece y no me refiero solo al dinero, me

refiero a tiempo, estabilidad, compañía, prestigio.

Jorge se sonrojó y se removió inquieto en el asiento. Calixto intuyó que había dado

en el blanco.

—¡Usted está acostumbrado a esta vida! Lleva más de tres años preso, mi hija está

acostumbrada a lo mejor, la mejor universidad, viajes, compartir con gente de su mismo nivel. No tiene usted conciencia, si le ha vendido a Belén el que esto... —El hombre abarcó con sus manos ese espacio—... es algo con lo que ella pueda vivir.

Jorge pudo vislumbrar que era muy poco lo que el padre conocía a su hija, para venir a hablarle de esa forma. La ira impregnaba su tono y Jorge nunca en su vida se

había sentido tan humillado, ni cuando lo acusaron del delito, ni cuando tuvo que

renunciar a su vida o llevar una tan diferente a todo lo que había conocido. Quiso decirle al hombre que era profesional, que fue hacendado, que viajó también, pero al

verse esposado y en ese lugar era como si su vida anterior no existiera.

—Su hija es mayor de edad, ella puede decidir lo que quiera y no la subestime, yo

no le estoy vendiendo nada, ella quiere estar conmigo.

Calixto le lanzó una mirada despectiva.

—¡Por supuesto que quiere! Mi hija siempre está del lado de la gente sin redención.

—¡Cuidado! —exclamó Jorge, en un tono de voz que dejó al hombre callado —.

Usted no me conoce.

—¿Qué quiere? ¿Dinero?

Guardando un frío silencio, Jorge lo dejó hablar, quería saber hasta dónde iba a llegar.

—¿Hacer su vida más fácil en este lugar? Puedo ayudar a su familia…

—¡No me interesa nada de lo que tiene que ofrecerme! —Se levantó de la silla —.

Esto es una estupidez ¡Guardia!

El guardia entró y acompañó a Jorge hasta la salida.

—¡Piénselo, Robles! También puedo hacerle la vida más difícil.

Jorge levantó las manos esposadas y le hizo un gesto con el dedo medio.

Dejó de lado por ese momento la charla con el hombre, concentrado como estaba en

el juicio y en las reuniones con su abogado.

A mediados de la semana siguiente, en una fría y lluviosa mañana bogotana, dio inició al juicio

CAPÍTULO 21

Belén llegó a primera hora de la mañana a la sala donde se llevaría a cabo la audiencia. Cerró el paraguas en cuanto entró al ente judicial, el día lluvioso iba a la par con su ánimo. Se había vestido con un traje sastre color azul oscuro, el cabello recogido y maquillaje suave. Se acercó a recepción y presentó su documento de

identidad, al fondo vio a la familia Robles y cuando le dieron el pase de visitante, se

acercó a ellos.

Ligia parecía que hubiera envejecido diez años, Elizabeth estaba tranquila y Miguel,

tan estoico como siempre. Los abrazó y juntos se dirigieron por un largo corredor a la

sala de audiencias.

En cuanto entró al lugar, lo vio. Estaba sentado junto a su abogado, vestía traje entero y corbata, se veía guapísimo y tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no

avanzar y saludarlo con un fuerte abrazo. Jorge, como si presintiera su presencia, volvió el rostro, que se iluminó enseguida cuando la vio. Ella levantó la mano y le envió un beso. Él volvió la vista al frente.

A los pocos minutos llegó el fiscal, un secretario dio las instrucciones de

comportamiento y decoro dentro de la sala, pasó a indagar si los intervinientes en el juicio estaban presentes, y confirmó sus identidades. El encargado revisó los sistemas

de audio y sonido, luego hizo el anuncio del motivo por el cual estaban reunidos, el número de radicación del caso y el nombre del acusado. Después mencionó el nombre

del juez que presidiría la audiencia y pidió que se pusieran de pie cuando el hombre

entró en la sala.

Belén apenas había logrado comer algo. La angustia de ella era patente al ver a Jorge enfrentándose a uno de los momentos más difíciles de su vida, la invadían la rabia, la tristeza y la frustración. Elizabeth tomó su mano, al notarla tan intranquila, y se la masajeó al percibirla helada. Era tan injusto que por maquinaciones de otras personas estuvieran allí ese día.

—Buenos días —saludó el juez y continuó—: En la ciudad, hora y fecha que señala

el encargado de sala se inicia la apertura de la audiencia, por favor, identifíquese, señor fiscal.

—Buenos días, señor juez, mi nombre es Arcadio Mendoza, empleado de la fiscalía

cuarenta y ocho, con domicilio debidamente registrado en el tribunal.

—¿Y la persona que lo acompaña?

—Licenciada Mirta Barros, representante de la familia de las víctimas.

—¿Por la defensa quién comparece?

—Abogado Rafael Sinisterra, señor juez, con registro profesional y domicilio

debidamente registrado ante el tribunal.

—La persona que se encuentra a su lado, ¿es el imputado?

—Así es, señor juez.

—Señor, proporcione ante el micrófono su nombre completo.

Jorge acercó su boca al micrófono.

—Jorge Robles Díaz.

—¿Es su deseo que el licenciado que se encuentra a su lado sea su defensor?

—Sí, señor juez.

—¿Ha sido informado de sus derechos previo a esta audiencia?

—Sí, señor juez.

El juez le cedió el turno a la Fiscalía para presentar su teoría del caso. Arcadio Mendoza expuso primero una tesis de los hechos investigados, citando una serie de artículos:

—En la noche del trece de septiembre del 2002, el acusado Jorge Robles

Díaz, aquí

presente, se encontraba en el bar El Gato Montés, en la población San Antonio de Padua, cuando a las diez de la noche de ese día, sostuvo un altercado con Rogelio Antonio Martínez Mercado y Virgilio Angarita Pérez, de veinticinco y veintiséis años

respectivamente. El incidente se inició a la hora y media de estar reunidos el acusado y

las víctimas en el bar. Jorge, visiblemente pasado de tragos, según los testigos, arremetió contra Rogelio Martínez al este alegar que el señor Santiago Robles, padre

del acusado, había estado en negocios turbios con Orlando Ruiz y que su muerte era merecida, que había robado dinero del proyecto. Eso desató la ira del acusado, que se

levantó de la silla y golpeó al hombre en la cara, el señor Virgilio se acercó por detrás

para defenderlo, pero el acusado lo golpeó también. Los amenazó de muerte, hay varios testigos del hecho. Salieron al momento del bar, después del señor Robles arreglar con el dueño que pagaría los daños causados.

“A los pocos minutos, los hombres se fueron del lugar, seguidos de Jorge Robles, que en estado de embriaguez se montó en su vehículo y según el testigo Joaquín Contreras, tomó rumbo a Los Altos de la Loma, que fue el lugar donde aparecieron los

cuerpos. Los cadáveres de los señores Rogelio Antonio Martínez Mercado y Virgilio

Angarita Pérez fueron encontrados al día siguiente por Mateo Sierra, domiciliado en esa ciudad. Estoy seguro de que con las pruebas presentadas al finalizar la diligencia

de este juicio oral, se arribará a la conclusión de responsabilidad de Jorge

Robles Díaz, solicitando como consecuencia fallo de condena como autor del delito de

Homicidio Agravado, conforme la acusación presentada.

Relató hechos que no recordaba ni siquiera Jorge, que lo miraba con el rostro carente de expresión. Belén notaba la tensión que emanaba de él, y quiso acercarse a

consolarlo de alguna forma, pero lo único que pudo hacer fue rezar. Iba a acabar con

todas las oraciones conocidas y por conocer, y prometía cosas a Dios que ni siquiera

tenía, así era su desesperación a medida que avanzaba la jornada. Su familia se removía inquieta ante cada palabra dicha: “asesinato a sangre fría”, “arma”, “hechos

violentos”, “asesino”. En un momento dado vio temblar a Miguel de rabia.

A medida que avanzaba el juicio, Jorge quiso cerrar los ojos, necesitaba evadirse.

Supuso que eso no haría ninguna diferencia, la persona de la que hablaban no era él, y

se sentía humillado de que su familia y ahora Belén escucharan esos hechos que lo cubrían de vergüenza.

El juez dio un receso de quince minutos. Volvió el rostro para ver a su familia y a

ella, necesitaba su mirada, esa que le diría si creía en él o en todas las patrañas que ese fiscal de mierda estaba inventando. Ella le regaló una sonrisa y en sus ojos vio que era

un hombre profundamente amado.

Por su parte, cuando le tocó a la defensa, Sinisterra alegó que entraría a demostrar

que el asesinato de esos campesinos era ajeno a su defendido Jorge Robles, pero que sí

estaban relacionados con lo ocurrido a la familia en meses anteriores como había sido

el asesinato de su padre y el desplazamiento forzado a la ciudad por obra del paramilitar Orlando Ruiz. Probaría que para la hora en que se cometieron los

asesinatos su defendido estaba llegando a la hacienda El Álamo, donde residía.

Manifestó que a través de los testigos solicitados por la defensa se demostraría que su

defendido no se encontraba en el sitio del ilícito, lo que establecería la ajenidad del procesado en los hechos, dada su imposibilidad de estar en dos sitios a la vez, por no

tener el don de la ubicuidad.

A continuación, las partes presentaron las pruebas que iban a ser presentadas durante

el desarrollo del juicio oral, acordando entre Fiscalía y Defensa hacer valer once estipulaciones relativas a: reporte del inicio de la investigación, la fijación fotográfica de la escena del delito, la inspección técnica a los cadáveres, bosquejos topográficos,

inspecciones judiciales a los procesos 7000160010 y 7071360010, plena identidad del

acusado, antecedentes penales del acusado, protocolo de necropsia de la víctima, álbum fotográfico del gabinete de balística, algunos testimonios solicitados por las partes intervinientes en diligencia de audiencia preparatoria, e incorporándose a la actuación igualmente algunas evidencias

probatorias, entre ellas el reloj Rolex

propiedad del acusado.

El juez dio por concluida la jornada, citando nuevamente a las partes para el primero de septiembre del año en curso. Un mes después.

Jorge le regaló un gesto en apariencia tranquilo a su familia en cuanto lo esposaron.

Ligia y Miguel se acercaron un momento y les permitieron abrazarlo. Belén se quedó

detrás, en cuanto él la miró, una nube de angustia nubló su semblante. Ella, con el corazón destrozado y aunque se estaba muriendo por dentro, le regaló una sonrisa.

—Te amo, no lo olvides —le dijo en cuanto se acercó a abrazarlo.

Él le dio un beso profundo, desesperado, pero no le dijo nada, solo la miró, y la siguió mirando hasta que el guardia se lo llevó.

—¡Lo van a condenar! —exclamó Ligia antes de soltar un sollozo fuerte y pegar la

cara contra la pared—. ¡Malditos los Ruiz!

Elizabeth se secaba las lágrimas. Miguel la miraba, impotente, pidiéndole con los ojos que lo ayudara de alguna forma, y ella lo que quería era llorar y aullar por esa terrible situación. Se obligó a ser fuerte para darle consuelo al par de mujeres.

El domingo antes de la segunda audiencia del juicio charlaban acostados en el

camastro después de haber hecho el amor. Ella estaba recostada en su pecho y le acariciaba el brazo. Él le hablaba sobre su cabeza, olió su cabello y con sus dedos dibujaba figuras en su abdomen.

—Necesito que estés preparada cuando me declaren culpable. Quiero…

bueno, no

quiero, necesito que lo aceptes.

Ella levantó la vista y apoyó la quijada en su pecho.

—Seremos una familia diferente. Haremos las cosas de diferente manera. No voy a

dejar que estas estúpidas rejas nos roben la felicidad, pero no puedo hacerlo sola.

¿Estás conmigo, mi vida?

Jorge se tensó un momento. No le había dicho que ya sabía de las requisas a las que

la sometían, porque habían sido más de una, ni mencionado la visita de su padre. La vida le había enviado un maravilloso regalo y no quería devolverlo.

—Mi amor, yo quiero estar contigo, pero estaremos lejos de ser la familia que quieres que seamos. Estoy en una puta cárcel, Belén, encerrado, luchando cada día porque no me apuñalen, no enfermar y expuesto a mucha violencia. Me apena no poder

ofrecerte algo diferente, tú que mereces lo mejor de lo mejor.

—Jorge. Yo te conocí en estas condiciones, yo me enamoré de ti sabiendo que esto

podía pasar. Ambos entramos en esto con los ojos abiertos.

—Con la esperanza de que las cosas podían virar a mi favor.

—Pero no fue así, tú mismo me dices que uno se termina acostumbrando a todo.

—En esto no, Belén, esto nos lleva la vida —dijo él, contundente.

—¿Entonces? ¿Quieres dejarme ir? ¿Volvemos a lo mismo?

Él se levantó con brusquedad y la miró con rabia.

—¡No me presiones!

Ella se levantó como un resorte y empezó a vestirse, ni siquiera era mediodía, no habían probado el almuerzo que había traído. Él la abrazó por detrás y después de unos

segundos, susurró contra su cabello, desesperado:

—No te vayas. Te necesito, Belén, te necesito.

—Yo también te necesito, eres la única persona con la quiero estar. Te adoro.

Ella se dio la vuelta y los labios de Jorge buscaron los suyos con avidez. Le respondió de igual forma, acariciando su cabello, su mandíbula. Él le mordió el hombro y la acostó de nuevo. El sonido de una canción llegó hasta ellos y se mezcló

con sus jadeos y respiraciones *:*

Tantos momentos de felicidad,

tanta claridad, tanta fantasía,

tanta pasión, tanta imaginación

y tanto dar amor hasta llegar el día,

tantas maneras de decir te amo,

no parece humano lo que tú me das.

Él no perdió tiempo y tras apenas unas cuantas caricias, le levantó la pierna y entró

en ella. En medio de los vaivenes, Belén se aferró a su espalda y le clavó las

uñas.

Cada deseo que tú me adivinas,

cada vez que ríes, rompes mi rutina

y la paciencia con la que me escuchas

y la convicción con la que siempre luchas.

Como me llenas, como me liberas.

Quiero estar contigo si vuelvo a nacer.

A Jorge le dolió el corazón al escuchar la letra de la canción. Ella le besó los parpados, la nariz y de nuevo la boca, en un arranque de ternura en medio de la pasión

que provocó que a Jorge se le aguara la mirada y cerró los ojos.

Le pido a Dios que me alcance la vida

y me dé tiempo para regresar

aunque sea tan solo un poco

de lo mucho que me das,

le pido a Dios que me alcance la vida

para decirte todo lo que siento gracias a tu amor.

Alguien interrumpió la música y en el silencio de la celda solo se escuchaban los acordes de los dos, una melodía de suspiros, respiraciones y gemidos que hablaba del

profundo amor que sostenía sus almas en vilo en medio de la desgracia. Ella se arqueó

en el momento de la liberación, provocando que él también llegara, y acarició el tatuaje del lobo con mucha ternura mientras trataba de normalizar la respiración.

—Podremos hacerlo, hay que tener fe.

Jorge pensó que su fe en esos momentos atravesaba por un tremendo bache, pero no

le dijo nada y se limitó a abrazarla.

El martes siguiente fue la segunda audiencia. Junto a Belén, Ligia y Elizabeth guardaban la esperanza de que algo iba a aparecer para que el fallo fuera a favor de

Jorge. Ella lo recordaría todo como entre una bruma, un sueño lejano que no tenía que

ver con ellos dos.

Cada una de las partes presentó los testimonios, cada prueba y cada documento. Vio

a Jorge negar con la cabeza varias veces en cuanto apareció el reloj como prueba.

Cuando pasó a testificar, el fiscal le hizo varias preguntas capciosas, hasta el punto de

que el juez tuvo que llamarle la atención. Belén nunca había odiado a nadie, pero ese

día Arcadio Mendoza se convirtió en la primera víctima de su odio. Jorge estuvo estoico, con una armadura que nadie podría atravesar.

Contó los hechos como los recordaba y reiteró la hora de su llegada a la hacienda.

El fiscal le preguntó que si estaba tan borracho como podría saber la hora con

exactitud. No había testigos que lo confirmaran. Jorge le respondió que al llegar a su

habitación vio la hora en el reloj digital. Belén por momentos pensó que Jorge iba a perder la paciencia, pero se contuvo. En cuanto terminó el interrogatorio, el juez dio un

receso de quince minutos antes de que empezaran los alegatos.

Salieron al pasillo, hacía un frío terrible. Miguel buscó una cafetería y llegó con café para todos. Belén apenas podía pasar un sorbo. Luego entraron a la sala y empezó

el alegato final de las partes.

El odioso fiscal indicó que para la Fiscalía, no existía ninguna duda de la

responsabilidad del procesado Jorge Robles en los hechos cometidos el día 13 de septiembre del 2002, en el Alto de la Loma, corregimiento de San Antonio de Padua,

hechas las necropsias, recogidas las pruebas de balística y con la presencia de las huellas en el arma. La ley determinaba que para emitir fallo de condena se requería establecer, más allá de toda duda razonable —conforme lo señalan los artículos 7 y 381 del Código de Procedimiento Penal, al ocurrirse en hechos descritos en la ley penal como delito—, la responsabilidad del acusado con los medios probatorios

legalmente allegados al juicio, que permitían sustentar y emitir una sentencia

condenatoria.

Belén se sintió mareada, de pronto el ambiente de la sala lo sintió espeso. Salió, caminó por el corredor, y ya más tranquila, entró de nuevo al lugar.

El alegato de la defensa indicó que, contrario a lo solicitado por sus colegas antecesores, efectivamente es el Estado a quien le corresponde desvirtuar la

presunción de inocencia de su defendido, de tal manera que la Fiscalía

General de la

Nación no había alcanzado a cumplir con dicho cometido. Que se debía observar

cómo, a través de varios testimonios de cargo de la Fiscalía, se había pretendido demostrar al juzgado y llevarlo a la convicción errada de que el señor Jorge Robles Díaz participó como autor en el delito de Homicidio Agravado. El abogado aludió a que no se quiso vincular a Orlando Ruiz y a José Zambrano como autores intelectuales

del hecho, e insistió en que a su cliente le tendieron una trampa muy bien ejecutada y

que desde la imputación de cargos, sus derechos fueron violados. Manifestó que con afirmaciones no se podía condenar a un ciudadano colombiano, y que contrario a lo dicho por el señor fiscal, no se demostró la participación del acusado en los hechos investigados. Que a lo sumo se podría decir que existía prueba indiciaria, pero ese tipo

de prueba tenía que ser cotejada con otros medios probatorios adicionales que

vincularan al señor Jorge Robles Díaz con el lugar donde se cometieron los

homicidios.

Finalmente el juez dio su veredicto: declaró a Jorge Robles culpable de doble

asesinato y fijó la fecha para dictar condena el 2 de octubre del año en curso.

Jorge se puso pálido y cerró los ojos un momento. Cuando los volvió a abrir, con las

esposas puestas, parecía que se hubiera erigido ante él un muro de hierro. Ligia se le acercó y al ver el sufrimiento de su madre, estuvo a punto de derrumbarse, pero no podía, no delante de ellos. La mujer sollozaba pegada a él, hasta que Miguel la retiró.

Belén respiró hondo en busca de oxígeno y le abrazó, tratando de frenar el

llanto, pero

fue infructuoso. Verla en esa pose desamparada le provocaba un hueco en el estómago,

cuánto la quería.

—No llores más, que me matas. Recuerda lo que hablamos.

Ella hizo un gesto afirmativo, pero parecía que no podía controlar el temblor.

Cuando se separaron, se acercó Elizabeth llorando, también lo abrazó y le echó la bendición.

—Los necesito fuertes —exclamó Jorge, sacando fortaleza de donde no la tenía—.

Somos una familia de luchadores, saldremos de esta.

El policía se lo llevó.

Cada uno de ellos había guardado la esperanza de que algo iba a hacer que Jorge saliera libre, cada uno a su manera se había aferrado a esa brizna de ilusión que asalta

antes de la aparición de un suceso triste que ya veíamos venir. Pero el mayor temor de

la familia y de Jorge se había hecho real, habían dictado sentencia de culpabilidad a un

hombre inocente.

Belén llegó a su casa después de compartir tristezas en la casa de los Robles. Cerró

la puerta de su departamento, se dobló en dos y cayó sentada en el piso, donde soltó un

lamento doliente y profundo. Había visto condenar al amor de su vida a no sabía cuántos años de prisión, sentía como si un puñal hubiera abierto una herida que supuraba puro y físico dolor. Sollozaba tan fuerte, que parecía no poder respirar.

Al cabo de un rato se levantó y fue hasta la habitación, con la ropa puesta se acostó

en su cama, una nausea la asaltó, se sentó de nuevo y allí se quedó mirando a lo lejos

hasta que la oscuridad se cernió sobre ella.

Jorge llegó al penal y ya en el patio sabían lo que había ocurrido. No habló con nadie, Edgar y Moisés hicieron guardia en la puerta de su celda.

—Déjanos pasar —pidió Moisés—. No es bueno estar solo.

—Lo siento mucho, hermano —adujo Edgar.

—¡Quiero estar solo! —bramó Jorge, retirándolos de la puerta.

—Tengo una botella de aguardiente —lo engatusó Moisés.

—Y puedo conseguir más si lo que desea es pegarse una buena borrachera —

aseveró Edgar.

—¡Quiero estar solo!

—No es bueno.

—¡Ya! No voy a hacer ninguna estupidez, tráeme la botella, pero la beberé solo.

—Cortesía de la casa —dijo Moisés, pasándole el licor envuelto en una bolsa de papel.

Con la bolsa en la mano se encerró en la celda. La abrió con celeridad y se

tomó un trago largo directo de la botella, la tapó y la dejó encima de la cama. Se aflojó de mala

manera la corbata y se quitó la chaqueta.

—¡Maldita sea! —exclamó, furioso, y con ambas manos en el rostro soltó un sollozo

fuerte.

Tenía que acostumbrarse a la idea de pasar quién sabe cuántos años en ese maldito

lugar. Golpeó las paredes con rabia. Tiró los libros y todo lo que había en la mesa, se

llevó hasta el televisor por delante. Quería destruir algo. Le pareció que estaba a punto

de estallar por culpa del profundo dolor, como si su corazón fuera a explotar bajo una

inmensa presión.

Se acurrucó en el piso y lloró un buen rato.

Su vida acababa de terminar, así su familia y Belén dijeran otra cosa, ya olía a muerto en vida, tendría que acostumbrarse y maldito fuera si quería contaminar con su

hedor a Belén.

CAPÍTULO 22

El martes siguiente llamó a Belén y le pidió una información que necesitaba con urgencia para discutir un tema en la mesa de paz. Era un pretexto para hacerla ir al penal entre semana, estaba seguro de que si pasaba otro domingo a su lado, no la dejaría marchar. Ella le dijo que al día siguiente tendría la información, él la citó para el jueves.

“¡Maldita la hora en que posé mis ojos en ella!”, se lamentaba, amargado, mientras

esperaba la hora de la entrevista.

—Pareces fiera enjaulada —sentenció Moisés al verlo caminar de un lado a otro de

la celda, con gesto desesperado.

—¡No me pasa nada! —replicó, furioso, con ganas de estrellar las paredes.

“¡No, mi amor, no fue maldito nuestro amor, perdóname, fue el mejor momento de mi

vida!”.

—Cómo no, no has dejado de mirar el reloj. —Moisés lo miraba, curioso.

Caminó hasta la reja para ver si ya llegaba el guardia con el permiso de salir a las

salas de entrevistas. Había pensado en lo que le diría, le rogaba a Dios que no lo fuera

a llevar al límite, conociéndola, sería difícil y más cuando su mirada solo irradiaba amor. Miró hacia arriba, hacia el pedazo de cielo visible, una nube gris había oscurecido la tarde. Dentro de poco caería un aguacero.

Había pensado en todo, menos en que tendría que idear la forma de sobrellevar su

ausencia. Se le formaba un nudo en el estómago más apretado a cada minuto que pasaba. Cuando el guardia lo llamó, empezó a sudar frío. Caminó al lado del hombre

como si lo llevaran al paredón y así era; él sabía que parte de su alma moriría esa tarde.

Belén caminaba de un lado a otro, esperando ansiosa por verlo. En cuanto abrieron

la puerta y él entró, corrió a su encuentro con una sonrisa en su rostro. A pesar de que

llevaba noches sin dormir, se había maquillado para disimular las ojeras. Percibió enseguida algo raro y un extraño temor le sujetó la garganta, Jorge la miró a través de

la habitación, que era la misma donde meses atrás había recibido la visita de Calixto

García.

El guardia los dejó solos, quedando de pie al otro lado de la puerta. Jorge esta vez

iba sin esposas, la visita no las había solicitado. En cuanto se abrazaron, el temor se

disolvió, él la apartó un momento, escrutó su rostro y se apropió de su boca, la besó

con una callada desesperación que había estado ausente el domingo antes de la

condena.

—¿Estás bien? —Belén lo notó pálido, con ojeras, como si hubiera adelgazado en pocos días.

Él la tomó de la mano y la invitó a sentarse. Belén llevaba el cabello recogido en un moño suelto.

—¿Tuviste problemas para entrar?

—No. —El guardia la había dejado pasar sin mayores problemas.

Se quedó mirándola unos segundos.

—Suéltate el cabello.

Belén, curiosa por el talante de Jorge, que no sabía dilucidar, hizo lo que le pedía.

Él la miró con el mismo brillo codicioso de siempre y le acarició el cabello, como

si estuviera acariciando algo muy hermoso.

—¿Seguro que estás bien? —insistió ella.

—¿No lo estás viendo? Estoy bien.

—No. Parece que hubieras perdido peso desde el domingo.

—En cambio, tú estás apetitosa, aunque delgada, pero tienes algo, una luminosidad

que no te había visto.

—Ese piropo está mucho mejor que el de días pasados.

Le sonrió con ternura y Jorge quiso morirse. Ella le pasó la carpeta con la

información que le había pedido, él la abrió en la primera página, pero la cerró de golpe y le aferró las manos con fuerza, mirándolas con fijeza. El solo hecho de tocarla,

de sentir su suave piel bajo su palma hacía que el nudo se aliviara en algo, ella transmitía algo especial. La miró un buen rato con el alma y con el corazón atesoró ese

instante junto a los demás. La soltó.

Belén captaba vibraciones contradictorias en el ambiente. Veía en él la apasionada

necesidad por ella. Sin embargo, se frenaba, no entendía por qué, vacilaba y

de repente

se notaba que deseaba tocarla de nuevo y algún gesto dejaba la puerta abierta y luego

se cerraba de nuevo.

—Belén —carraspeó, incómodo, tomándola de nuevo de la mano, esta vez de forma

suave—. No volverás a visitarme.

Otra vez el nudo de temor apretándola.

—¿Por qué? ¿Hay algún problema?

Presintiendo algo horrible, se soltó de su agarre como si quemara.

—No hay ningún problema. Te borraré de mi lista de visitas.

Belén sintió como si hubiera recibido un tremendo golpe y hubiera quedado

atontada.

—¿Estás loco? ¿Por qué vas a hacer eso?

—Cariño…

—No me llames cariño —dijo de repente, furiosa.

—Este no es tu lugar, esta vida no es ni de lejos para una mujer como tú.

Belén palideció, sintió una bilis amarga subir por su garganta, pero se contuvo, pasó

saliva, de repente tuvo sed.

—Una mujer como yo… —susurró—. ¿De qué diablos estás hablando?

Estaba rompiendo con ella, pero todavía no lo comprendía del todo. Un sollozo dio paso a un caudal de lágrimas y él le aferró de nuevo las manos.

—¡No! —exclamó, soltándose de inmediato, y él quiso morirse de nuevo al verla

así.

—¡Sé lo que ocurrirá en un tiempo! Esta vida tiene sus efectos. Vuelve a lo tuyo y

olvídate de mí.

—¡Es un poco tarde para tu ataque de escrúpulos! —exclamó, enfurecida.

El guardia les lanzaba vistazos curiosos.

Jorge se levantó de la silla y se alejó unos pasos de la mesa, necesitaba poner distancia.

—¡Confié en ti, maldita sea!—exclamó ella—. A pesar de todo lo que te rodeaba, confié en ti.

Miró los ojos de Jorge y vio tanta determinación en ellos que se asustó.

—¡No más! ¡No volverás a visitarme y es mi última palabra! —Él suavizó el tono—.

No podrás verme si yo no quiero hacerlo.

Belén se levantó como si la silla tuviera tachuelas y se alejó hacia atrás sin dejar de

mirarlo, conmocionada. No había estado errada en sus apreciaciones, Jorge tenía una

veta de dureza que siempre había percibido, pero que nunca había mostrado con ella.

Hoy estaba en todo su esplendor, tenía que hacerlo desistir de alguna manera.

—Mi vida…

Lo sintió tensarse más.

—No.

Su voz tenía una dignidad evidente, ella se quedó callada unos segundos, su tono había sido lo suficientemente poderoso como para rasgar su alma como si de una delgada tela se tratara. Se limpió las lágrimas y se acercó de nuevo, él dio un paso hacia atrás.

—Desde el primer momento te convertiste en un suceso incontrolado, a este amor no

lo frenaron ni mis miedos, ni mi vida medida, ni mis valores. A ti tampoco te frenaron

—concluyó ella, con reproche. “Fue un amor impredecible”, pensó, “como las

jugarretas que hace el destino”.

Jorge se sintió avergonzado, su expresión cambió a una de terror cuando Belén se acercó con las manos en forma de ruego.

—No me alejes, por favor, mi vida, te lo ruego. No termines esto, lo lamentaremos

siempre. Démonos una oportunidad, muchos lo han hecho —insistió, con un hilo de voz

—. ¿Por qué nosotros no vamos a poder? Somos fuertes y estamos enamorados.

—¡No! —aulló Jorge, descompuesto. Sentía como si le estuvieran partiendo el

pecho, estaba seguro de que era la misma sensación del que sufría un ataque al corazón.

—Mira mis manos, mi vida, mi ruego. —Belén buscaba detrás de esa armadura con

la que Jorge la golpeaba sin cesar—. Por favor.

—¡Vete, Belén! ¿No puedes hacer las cosas un poco más fáciles?

—¡No! —vociferó ella.

Se dio la vuelta y se tapó la cara con ambas manos. Jorge solo quiso aullar de pena,

arrodillarse y pedirle perdón miles de veces hasta conseguirlo, pero su determinación

y su amor fueron más fuertes que su egoísmo.

Cuando Belén logró algo de control, levantó la mirada y lo atravesó con su

expresión.

—Sé que haga lo que haga no vas a cambiar de opinión. ¿Por qué me pediste mi número de teléfono? ¿Por qué me buscaste? ¿Por qué te metiste conmigo si había una

posibilidad de que esto ocurriera?

Jorge bajó la cabeza. Necesitaba alejarla para siempre, no quería herirla más, pero

ella lo llevaba al límite.

—¡Mírate en un espejo! —exclamó él—. ¡Quería acostarme contigo!

Quiso llorar cuando la vio palidecer. Belén siguió negando con la cabeza y él le dio

la estocada final.

—¡Fuiste mi premio a mis años de reclusión! Te conquisté, me di el gusto. ¡Ya!

Suficiente.

—¿Solo fue sexo?

Él fue incapaz de responderle.

—Ya veo.

—Paloma…

—¡Nada de paloma! Fui tu puta, ¡eso fue lo que ocurrió! —Sollozó de nuevo.

—No quise…

Belén caminó hasta la puerta, se echó a temblar. Se miró las manos y las llevó a su

rostro, que estaba rojo y congestionado.

—En cada discusión que tuvimos siempre estaba tu deseo de que te odiara. Lo

lograste, pero no porque me hayas considerado una puta, no, yo sé lo que esto significó

para ti. Te odio porque acabas de renunciar a lo nuestro como si no hubiera existido y a

mí ya no me queda una pizca de dignidad. ¿Estás contento? ¿Es eso lo que querías?

Puso la mano en el pomo. Él la miró, derrotado.

—Efectivo. Adiós, Jorge Robles.

Belén no supo cómo encontró la salida. Desorientada y perpleja, recuperó sus

papeles ante la mirada de los guardias, que le preguntaban si se sentía bien.

No quería

desmoronarse frente a ellos, sentía como si alguien le hubiera estrujado su corazón hasta reventarlo. Ya en la calle, caminó bajo la lluvia sin que le importara quedar calada en menos de un minuto. Las lágrimas se mezclaron con los goterones de agua. Al

llegar a la vía donde tomaría un taxi, una camioneta conocida frenó a su lado. Miguel

bajó del auto.

—¡Belén! ¡Por Dios!

Se quitó la chaqueta, la cubrió con ella y la llevó hasta el auto. Belén no dijo nada

cuando Miguel la abrazó, dándole consuelo.

—¿Qué haces aquí? ¿Vienes a verlo? —susurró.

Miguel negó con la cabeza, impactado por el estado en que ella se encontraba, con

sus ojos hinchados y enrojecidos.

—Él me pidió que no te dejara sola.

Belén arreció el llanto y a Miguel no le gustó verla de esa manera, quiso coger a su

hermano y acogotarlo por más recluido que estuviera. Aunque sabía cuánto le había costado tomar esa decisión. Él la necesitaba allí, su amor, sus visitas, sus caricias, pero también estaba el otro lado de la moneda, el precio de la espera, el desencanto.

Miguel no sabía si en circunstancias parecidas hubiera tenido el valor de actuar así. No

sabía que se podía llorar de esa manera, bueno eso no era cierto, recordó a su madre y

a Olivia la noche en que terminó todo.

—Me sacó de su vida.

No sabía qué hacer para calmarla.

—Vamos, tranquilízate, te puede dar algo.

De la guantera del auto sacó una botella de agua, la destapó y se la brindó. Ella tomó

un pequeño sorbo.

—Puedo entenderlo, Miguel, pero nunca podré perdonarlo. La forma en que lo hizo.

—Negó con la cabeza varias veces—. Pudo haberlo hecho mejor.

Miguel no quería saber los detalles. Le propuso llevarla con su madre y Elizabeth,

pero ella se negó. En esos momentos odiaba a Olivia Ruiz con toda su alma, viendo esa

mole de concreto en la que se deslizaban los días de su hermano, un lugar maligno salido de una pesadilla y el corazón destrozado de la mujer que él amaba. Belén le pidió que la dejara en su departamento. Miguel escuchaba sus sollozos mientras se deslizaba por el tráfico de la ciudad.

El puño apretado en el corazón de Belén no aflojaba y quería morirse. Cuando

llegaron a la casa, había recuperado en algo la compostura.

—Déjame y te acompaño un rato —dijo, solícito.

—No es necesario, Miguel, estaré bien.

Él no lo creía, tomó nota mental de llamar a Antonia tan pronto pudiera.

—No tengo nada mejor que hacer.

Ella negó con la cabeza.

—Comprendo lo que pasó y debo empezar a acostumbrarme a vivir con ello, no te

preocupes. —La voz se le entrecortó—. Necesito estar sola.

—¿Puedo llamarte?

—Claro.

—Te llamo entonces.

Belén llegó hasta el departamento, y tan pronto traspuso la puerta, una fuerte náusea

la asaltó. En el baño vomitó restos del almuerzo, después, como autómata, se dio una

larga ducha y envuelta en una gruesa bata, con una nube de tristeza rondándola, pero sin

llorar más, permaneció con los ojos abiertos y secos toda la noche.

Jorge llegó descompuesto al patio y alguien lo provocó enseguida con un comentario

malicioso sobre la mesa de paz. Era un preso de los que no quería que las cosas cambiaran, pues se lucraba de la cantidad de viciosos que había en el patio.

Comentarios como esos los escuchaba a cada rato, pero esa tarde fue diferente, esa tarde había perdido algo muy importante y esas necias palabras fueron el fósforo que

encendió la mecha. Quería morirse, porque no había manera de que pudiera vivir con

ese dolor.

Se enzarzó en una pelea que lo llevó a aislamiento por tres días. Sentado en el frío

suelo de la celda, se tocó el labio partido y el ojo derecho que apenas podía abrir.

Había sido una buena pelea, con la adrenalina aún corriéndole por el cuerpo no lo lamentaba. Cerró los ojos para calmarse y meditar, siempre había sido un hombre contenido, siempre, pero la brecha en el alma estaba aún en carne viva y se enfurecía

por lo ocurrido con Belén. Lo atormentaba no haber alcanzado a hablar con su

hermano, no sabía si la había acompañado cuando terminó la amarga entrevista. Su pecho se desgarraba recordando su llanto, el ruego en sus manos y sus palabras.

Se permitió sentir la avalancha de lo ocurrido. ¿Qué hubiera sido de ese amor si la

hubiera conocido en otras circunstancias? ¿Seguiría pensando que era la mujer de su vida? Sí, ella era la mujer de su vida, ese amor atormentado había invadido su absurda

e irracional vida, se había colado por las paredes y por los jodidos barrotes de la cárcel, para darle su aire de sentencia. Así se viera mal la manera en que le había dado

fin a su relación, lo había hecho por ella, que merecía una vida plena, y por él también,

que se enfrentaba a la supervivencia del día a día en uno de los lugares más peligrosos

del país. Le pondría todo su empeño a la mesa de paz, tenía años por delante para hacerlo, no se hacía ilusiones.

Belén, cansada de llorar y vomitar durante una semana, decidió que iría al médico

esa tarde. Acababa de recordar que tenía un retardo de tres semanas y fue ese detalle el

que la sacó del pozo profundo de la pena. Antonia pasaba las noches con ella, se le partía el alma al escucharla llorar en la madrugada, la obligaba a tomar algo antes de ir

al trabajo y con mirada suspicaz, le hizo la cita médica. Su respeto por Jorge Robles

creció ante lo ocurrido, estaba de acuerdo con el hombre.

—El desengaño no indigesta, Belén, mejor te pones en manos de un médico —le

había dicho esa mañana—. ¿Quieres que te acompañe?

Ella puso los ojos en blanco.

—Estaré bien, no te preocupes.

—Hoy es miércoles.

—Lo sé.

—Tienes que dar la cara a la familia, van a empezar a pensar mal.

Antonia puso el pocillo de café cerca de ella y una náusea le trepó la garganta.

—¿Qué te pasa? Te pusiste verde.

—Nada.

Antonia se limitó a mirarla a los ojos.

—Entre más pronto lo confirmes, mejor.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo sabes.

No le contestó nada a su hermana, que salió minutos después a trabajar.

Habían pasado tres semanas desde que Jorge había roto con ella. Esa mañana, en cuanto se levantó y entró al baño, al abrir un cajón vio un paquete de toallas higiénicas

sin abrir, cayó en cuenta de que ese mes no le había bajado la regla. Cuando fue a visitar a Jorge a la cárcel, esa amarga tarde, ya tenía pocos días de retraso. Tenía los

pechos sensibles y una sensación en la parte baja del vientre, pensaba que no le había

bajado el periodo por puro estrés.

¿Sería posible? Su corazón brincó de gozo a pesar de estar atravesando las primeras

fases del duelo, era consciente de que un desengaño de ese tamaño no lo iba a superar

en poco tiempo o para ser sincera consigo misma: a Jorge Robles no lo iba a superar

nunca. En las noches, poco dormía, pero en el día se quedaba dormida en cualquier parte. No estaba rindiendo en el trabajo como debiera, era algo ajeno a su forma de ser, ella era trabajo y consecución de resultados.

Con todo el dolor del alma había sido categórica con los Robles, estar cerca de ellos sería una tentación muy grande para caer en una espiral insana que no beneficiaría

a ninguno de los dos. El día anterior le había pedido a Miguel que no la llamara más y

lo hizo extensivo a Ligia y a Elizabeth. Ellos, un poco sorprendidos, acataron su deseo.

El médico que la atendió, un hombre joven, amable y alegre, le hizo las preguntas pertinentes y luego le pidió que se pusiera una bata y se extendiera en la camilla, donde

le realizó el examen interno y luego la ecografía.

—¡Felicitaciones! —exclamó, cuando le señaló a Belén un punto en el aparato, ella

no lo vio muy claro—. Tienes cinco semanas de embarazo.

Belén experimentó una serie de sentimientos encontrados: felicidad suprema, tristeza

por Jorge, porque se iba a perder una parte vital de la existencia, y temor porque sería

ella sola con su hijito. Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Cinco semanas, toda una

vida crecía en su interior. Se llevó la mano al vientre y calculó mentalmente: su bebé

había sido concebido en la última visita de domingo antes de la audiencia

condenatoria.

—¿Estás contenta? —preguntó el profesional, azorado.

—Sí —contestó ella enseguida—, es una bendición de Dios.

—Siempre lo son.

Ya era tarde cuando salió del consultorio médico con las recomendaciones de

descansar, tomar vitaminas e hidratarse por el vómito. Tomó un taxi hasta la casa de sus padres. Le abrió Rosario.

—Mi niña, qué cara traes. Estás muy delgada.

—Estoy bien, mi Rosario.

—Están en la sala, ya van a pasar al comedor.

Belén entró en la sala, una sombra de preocupación vistió el semblante de Calixto y

de Pilar. El primero le dispensó un trato cortés y distante; su madre, en cambio, estaba

dolida por sus ausencias y por negarse a hablar con ella. Enrique, Juana y Antonia la

saludaron con efusivas muestras de cariño.

—¿Estás bien? —preguntó su hermano.

—Sí. —Le apretó el hombro y se sentó a su lado.

Antonia la miró, interrogante, ella esquivó su mirada. Pilar se puso en guardia enseguida.

—Estás ojerosa, pálida. ¿Has ido al médico?

—Tranquila, mamá, estoy bien.

En ese momento entró Rosario y los invitó a pasar a la mesa. Los chicos llegaron corriendo, se abrazaron a Belén. ¿A quién se parecería su hijo? Lo había confirmado

esa tarde, pero ella de alguna manera lo sospechaba desde hacía un par de semanas, porque aparte de la pena por el rompimiento, algo en ella estaba

cambiando, tuvo la certeza de que un hecho irrevocable llegaba a su vida.

Se sentaron a la mesa, que ese día vestía un mantel que ella no conocía. Belén rechazó el vino que Rosario le sirvió. Antonia no perdía detalle de cada movimiento

de su hermana.

En cuanto la mujer le sirvió el pollo en una salsa que Belén no supo identificar, una

fuerte náusea la asaltó. Se llevó la mano a la boca, se levantó con celeridad antes de

hacer un desastre en la mesa. Minutos después volvió, todos estaban inusualmente callados.

—¿Dónde están los niños? —preguntó, al ver sus puestos vacíos.

—Están comiendo con Rosario en la sala de televisión —contestó su padre,

mirándola con fijeza.

Se sentó de nuevo.

—¿Qué pasa, Belén? —preguntó el patriarca de la familia.

Ella lo miró de frente.

—Felicítame, papá, estoy embarazada. —Calixto se levantó como un resorte,

dispuesto a increparla, pero Belén fue más rápida—. ¡Cuidado con lo que vas a decir!

Mi hijo solo recibirá palabras amables, es un niño deseado y va a ser muy amado.

Pilar soltó el llanto, Antonia y Enrique la miraron, pasmados. Juana se acercó y la

abrazó.

—¡Te felicito!

Belén la miró con lágrimas en los ojos y le aferró la mano. Pilar se acercó también a

ella, la abrazó y le dijo al oído:

—Eres mi niña valiente, ese niño tendrá mucha suerte de tenerte a ti como madre.

Calixto emitió un bufido y salió de la estancia, se escuchó una increpación y el portazo en el estudio.

—¿Y el padre? —preguntó Enrique, acercándose a ella. Belén negó con la cabeza—.

¿Puedo saber quién es? —insistió él.

—¿Para qué? Solo tienes que saber que es alguien a quien amo mucho, pero por circunstancias de la vida no podemos estar juntos y no lo voy a atar a mí por un hijo.

—Pero tendrá que saberlo —adujo Pilar.

—¡No! Este bebé es mío.

Su madre la abrazó, luego le alzó el rostro y exploró sus ojos.

—Sé que estás triste porque vas a atravesar esto sola. Será la mejor experiencia de

tu vida. Será un bebé hermoso, será valiente, será tuyo y el ogro del estudio tendrá que

acostumbrarse —le dijo—. No quiero que llores más, tengo el presentimiento de que lo

has hecho mucho estas semanas y ahora tendrás que ser valiente por ti y por tu hijo.

Enrique iba a insistir, pero su esposa intervino enseguida.

—¡Ya! Vamos a respetar lo que quiere Belén, ella es una mujer hecha y derecha, saldrá adelante con su hijo, no es una quinceañera, por favor.

—Es cierto —confirmó Antonia.

Belén nunca estuvo tan agradecida con las mujeres de su familia como en ese

momento, por el amor y la solidaridad que tanto necesitaba y necesitaría en la nueva etapa de su vida.

Antonia la acompañó esa noche también. Belén ya quería retomar su vida normal, pero no sabía cómo decirle a su hermana que volviera a su casa.

—Pienso que debes decirle —le dijo esa noche, mientras se acomodaban en la

cama.

—¿Para qué? No me quiso a mí, no voy a ir corriendo con un bebé que a lo mejor no

será bien recibido.

—Él te ama, eso no lo dudes. Piensa en su familia, imagínate la ilusión de Miguel,

de su madre y su tía.

—Si me hubiera amado no hubiera renunciado a mí.

Ella nunca hubiera tomado tamaña decisión. Sentía que no podía respirar, había

domingos en que se despertaba con ganas de ir y rogarle que volvieran, pero el orgullo

retornaba al momento y pasaba el día ocupada, evitando pensar en qué estaría

haciendo, si su familia lo había lo visitado o de pronto la asaltaban los celos y pensaba

que era cuestión de tiempo que otra ocupara su lugar.

En medio de las etapas del duelo, la furia la invadía, porque pensaba que él lo había

hecho más por su propia comodidad que por ella y eso le impedía ir a la cárcel a contarle que iba a ser padre. Además, no lo tomaría bien, recordó una pequeña

discusión cuando se percató de que había dejado de tomar las pastillas anticonceptivas, fue días después de enterarse de la aparición de la prueba

sobreviniente.

Jorge había salido del baño llevando en la mano el paquete de pastillas

anticonceptivas intacto.

—¿Qué significa esto, Belén?

—Dejé de tomar las pastillas hace más de un mes.

Ella percibió su disgusto y por primera vez se cuestionó su decisión.

—¿Y creíste que yo no necesitaba saberlo? Sé que es tu decisión, pero si quedas embarazada, yo tendré mucho que ver en eso.

—Me dijiste que querías hijos.

Sonrió de manera irónica.

—Entonces corriste a complacerme. —La miró con gesto frío—. Tengo un pie en la

maldita cárcel. ¿Crees que quiero que seas madre soltera? Has hecho una estupidez, Belén.

—Pero dijiste…

—Deseo hijos, tanto como deseo ser un hombre libre, sin ninguno de los problemas

que tengo. Pero una cosa es querer y otra poder hacerlo.

Las palabras se agolparon en garganta de Belén, pidiendo salir. Con mirada limpia,

lo enfrentó.

—Nuestro amor lo justifica, quiero tener una parte de ti conmigo. Nunca había

estado tan enamorada, por favor, déjame hacerlo.

La miró en silencio. Se sentó con gesto derrotado en la cama. Se abrazó a su cintura

y pegó el rostro a su abdomen.

—Si hubiera la posibilidad de ser un hombre libre, estaría honrado de ser el padre

de tus hijos. No quiero un hijo que me visite en la cárcel, no quiero que se avergüence

de mí. Además, criar un hijo tú sola no será fácil.

—No estoy sola.

—¿Cómo le vas a explicar a nuestro hijo que no puede visitar a su padre porque está

en una cárcel? No, Belén, o vuelves a tomar las pastillas o yo tomaré las medidas. No

puedo tener hijos ahora. No sería justo ni para ti, ni para el bebé.

Belén se deshizo de su abrazo, apenada.

—Está bien, volveré a tomar las pastillas.

Él la volvió a abrazar y se arrodilló ante ella. Su abatimiento era profundo, palpable.

—¿Y eso? —preguntó, todavía molesta.

—Te adoro, no te merezco, necesito postrarme ante ti, porque nunca nadie me ha amado y se ha dado tan libremente y sin egoísmos como tú. Desearía tanto hacerte un

hijo, pero no podría ser tan egoísta, sin tener mi vida solucionada, entiéndelo.

Ella siguió sin tomar las pastillas.

No, él no podría saberlo y con el dolor de su alma, su familia tampoco.

Alberto Montes la llamó esa misma semana, y salió a almorzar con él. Como pudo

disimuló su estado de ánimo con una buena cuota de maquillaje. El hombre se levantó

de la mesa tan pronto ella llegó hasta él.

—Hola, querida —la saludó con un beso en la mejilla.

Belén reciprocó el saludo y él la invitó a sentarse.

—Por fin, has estado muy esquiva conmigo estas últimas semanas.

Ella empezó a juguetear con un portavasos de cartón que estaba en la mesa. El restaurante era un lugar de comida saludable, ubicado en la Zona Rosa, la decoración

era minimalista, a esa hora estaba atiborrado de *yuppies* y gente joven.

—Te pido mil disculpas, sé que he descuidado nuestra amistad.

Alberto hizo un gesto con la mano, tranquilizándola. El camarero se acercó.

—Muy curiosa tu elección de restaurante, sé poco de productos orgánicos y cocina

saludable. ¿Eres vegana?

—No, no soy vegana, pero de vez en cuando me gusta explorar esta clase de comida.

—No le dijo que era la única comida que no le ocasionaba náuseas, los jugos y las ensaladas era lo único que toleraba.

Ordenaron jugos de fruta y un par de ensaladas. Charlaron de varios temas antes de

entrar en materia.

—Te tengo una buena noticia, estás incluida en el presupuesto del próximo semestre

para trabajar como asesora en el departamento que voy a manejar. La Unicef te da la

bienvenida.

Belén, sorprendida, le sonrió.

—Es genial, muchas gracias. —Había presentado dos entrevistas virtuales unas

semanas antes—. Alberto, tengo algo que decirte.

—Soy todo oídos.

Su mente trabajaba a mil, seis meses de trabajo, podría hacerlo, volvería a

Colombia a tener el niño y después algo se presentaría. No se cuestionó su necesidad

de poner distancia, cada día era una tortura por el inmenso deseo de ver de nuevo a Jorge. El día menos pensado se plantaba en el penal y que fuera lo que Dios quisiera,

con mucha fuerza de voluntad había logrado suprimir el anhelo.

—Puedo aceptar el trabajo, pero no sé si sea problema el estar embarazada.

Belén pudo atestiguar el desencanto en las facciones del hombre, su rostro enrojeció

de pronto.

—Vaya sorpresa, no me lo esperaba, creí que no estabas con nadie.

El mesero se acercó con el pedido, que depositó sobre la mesa. Alberto miraba con

impaciencia los movimientos del joven. Belén le contestó cuando se quedaron solos.

—Fue algo reciente, tú estabas de viaje, duró tres meses más o menos.

—¿Te vas a casar?

—No, se terminó, estoy sola.

Las cejas del hombre llegaron hasta el inicio del cabello. Aferró su mano.

—Lo siento.

—No, no lo sientas, estoy muy bien.

El hombre exhaló un profundo suspiro.

—No sé qué decirte. No tengo idea de cómo es la política laboral en estos casos, tendría que investigar.

Belén se dedicó a masacrar una lechuga del plato. No quería quedarse en el país, no

quería la tentación de estar en la misma ciudad que él o que a Miguel le diera por pasarse por su oficina y ella lo recibiera con su embarazo avanzado. No quería.

Necesitaba que ese hombre la contratara como fuera, por lo menos hasta antes de que

naciera el niño.

—Lo poco que sé es que si me consideras indispensable para ese cargo puede haber

una contratación.

Alberto sacó su teléfono y llamó a su abogado, le hizo las preguntas pertinentes.

Cuando terminó la llamada, le preguntó de manera delicada:

—¿De cuánto estás?

—Cinco semanas.

—Como serás mi asesora y el embarazo es reciente, no habrá problema. Antes del

parto estarás de nuevo en Colombia.

—Sí, deseo que mi hijo nazca aquí.

—No se hable más.

Alberto se limpió la boca con la servilleta de tela y la dejó a un lado. Le tomó

la mano. Ese gesto de cariño conmovió a Belén. No sabía si eran las hormonas o la imperante necesidad del ser humano de sentirse querido y aceptado por alguien fuera

de su entorno familiar.

—Belén, sé que será algo diferente a lo que estás acostumbrada, pero te hará bien.

Será trabajo de oficina, tenemos que idear una campaña en el programa "Educación para todos", necesitamos subir los aportes, hacer que las empresas aumenten el caudal

de dinero para poder extendernos más.

—Me parece perfecto, no creo que los próximos meses esté lista para correrías.

Se despidieron un rato más tarde. Para su familia fue toda una sorpresa el nuevo destino de Belén. Calixto no le hablaba y a ella le dolía viajar estando en esos términos con su padre.

Durante esa semana empezó a recibir llamadas después de las seis de la tarde. Ella

contestaba con el corazón en la boca al número desconocido. Nadie hablaba, el primer

día esperó unos segundos y colgó, el segundo día, le habló.

—Sé que eres tú, sé que te estás muriendo sin mí, porque yo estoy igual y siento tu

sufrimiento.

El interlocutor colgó enseguida. Al tercer día, ella habló de nuevo en tono de reproche:

—Estoy furiosa, no tienes idea de cuánto. Dijiste que lo intentaríamos, lo

dijiste.

Dijiste que me amabas. —Después de una pausa, continuó—: Me viene a la mente una

frase de *Cumbre Borrascosas*: “Te amo y tú también me amas. Ni los cielos ni el infierno nos hubieran podido separar, y lo hiciste tú... ¿por qué?”. Me imagino que la

leíste, estaba entre los libros que llevé.

Otra vez colgaron sin decir una palabra.

Al cuarto día duraron en silencio más de dos minutos. La razón le susurraba a Belén

que no podía continuar así, esos eran los comportamientos insanos que deseaba

desterrar de su vida. El corazón no, el corazón le decía que le hablara, que no rompiera

el débil hilo de comunicación que él había extendido hacia ella. Belén le susurró:

—Háblame, por favor, háblame. No tienes idea de cuánto te extraño. —Esperó un

minuto más y la razón y el orgullo se impusieron—: No me vuelvas a llamar.

Colgó ella. El teléfono se silenció en las noches y el desengaño la asaltó. No quería

estar furiosa, por su bebé, pero era inevitable. Renunció a su trabajo, pagó un preaviso

de tres semanas y viajó a Nueva York.

CAPÍTULO 23

Tan pronto Jorge estuvo fuera a aislamiento, el director lo había llamado para hablar

con él. Ni siquiera lo saludó.

—Robles, es increíble que usted quiera venderle a sus compañeros la idea de la paz

y se pelee en el patio con el primero que le dice tres palabras.

—Fueron más de tres palabras —agachó la cabeza—. Lo siento mucho.

—Debe sentirlo, porque algunas personas quieren que se anule ese proyecto.

Jorge levantó la cabeza, consternado.

—¡No! —suplicó—. Por favor, no lo haga, arreglaré las cosas, es la mejor

oportunidad que se ha presentado en años, no la eche por tierra por culpa de un incidente sin importancia.

El hombre se quedó mirándolo unos minutos, jugueteaba con el lapicero entre los dedos, el ruido del lápiz contra el escritorio era el único sonido que se escuchaba a través de la oficina.

—Está bien. Le daré una oportunidad más, Robles, si las cosas no funcionan,

dejaremos esas mesas de lado.

Jorge salió enseguida al patio y habló con el hombre con el que había peleado, que

también había salido de aislamiento. El recluso no estaba tan preparado como él para

arreglar las cosas. Él no se amilanó.

—Hombre, si no quieres arreglarlo, me vale, no volveré a meterme contigo, pero eso sí, no te atravieses en mi camino.

Le destinó una mirada profunda de ojos brillantes, peligrosa, era la mirada del hombre que tenía muy poco que perder.

Días después, el director del penal los dotó de un cuarto con un par de escritorios,

sillas y papelería. Organizaron foros sobre derechos humanos, violencia intrafamiliar,

conferencias sobre resolución de conflictos y aspectos encaminados a mejorar la

convivencia. Pasaba todo el día ocupado y eso le permitía distraerse de sus negros pensamientos.

Las noches eran otro cantar. Dormía poco, su mente divagaba en que Belén iba a visitarlo. Ella llegaba con su rostro terso, sus ojos brillantes y sus cabellos que condensaban la luz del sol, imaginaba que la tomaba en brazos y la besaba, se recreaba

en la visión de ese encuentro, una imagen formada sobre un delicado cristal que se rompía con una facilidad pasmosa para revelar un penoso vacío. Pronunciaba su

nombre numerosas veces en la noche, desesperado por brincar las altas paredes y arrepentido de no haber aceptado la propuesta de su hermano y haber huido con ella a

otra parte. La percibía a su lado entre el sueño y la realidad o cuando hervía agua en

una hornilla y le adicionaba la bolsita de té de vainilla y su aroma inundaba la celda,

una imagen que se difuminaba si trataba de darle un beso.

Se apoderó de él una necesidad desesperada por escucharla, aunque fuera una sola palabra o el sonido de su respiración. Algo real y no las visiones o sueños.

La primera vez que tomó el teléfono para llamarla tuvo que tener un autocontrol muy

fuerte para no hacerlo. Al otro día no tuvo tanta fuerza de voluntad, sin poder soportar

la ansiedad que lo torturaba, marcó su número, necesitaba escucharla o esa misma noche acabaría con todo.

Cuando escuchó su voz, cayó de rodillas en el piso de la celda. No supo si fue que

las rodillas le flaquearon de emoción o fue la necesidad de encontrar su perdón por la

manera tan cruel en que la había tratado. No pudo hablar, pero quiso decirle que estaba

en el maldito infierno desde que la había despachado sin contemplaciones, que en sueños la recuperaba, pero que al despertar la volvía a perder, que ya no le servía ese

triste consuelo, que no podía vivir sin ella.

La siguiente noche la percibió furiosa y luego muy triste, y la noche que le rogó que

le hablara y después que no volviera a llamar, lloró como un niño. No le sorprendió que hubiera alejado a su familia, por lo visto estaba decidida a olvidarlo. Pero él no lo

estaba.

Habló con un experto en tatuajes que estaba dos patios más allá del suyo. El hombre,

preso por robo, era muy bueno en ese arte, se sorprendió de la pulcritud de la celda y

de la calidad del material con que trabajaba, pero de todas formas Jorge le pidió a Miguel que le llevara las agujas y la tinta. Un guardia conocido entró el material. Se

hizo un tatuaje de una paloma en pleno vuelo al lado del lobo. A Miguel le gustó la idea y emuló unos días más tarde la paloma, prometiéndole a su hermano la tan ansiada

libertad.

En el día dejaba su sufrimiento en la celda y salía a enfrentar su jornada. Para lograr

que los reclusos construyeran sus proyectos de vida, Jorge había logrado junto con la

mesa, insistir en la educación, algunos jóvenes se habían decantado por la realización

de una obra de teatro. Al paso de los meses, el primer objetivo que tenía que ver con el

aumento en el número de internos que deseaban estudiar les hizo ver a las autoridades

que valía la pena replicar en otros penales lo que se estaba haciendo en este.

El dolor de la añoranza le traía su nombre de noche en noche, como una especie de

agudo *tinnitus* que zumbaba en sus oídos aferrado a su recuerdo, a su necesidad de volver a verla. Un beso en una noche de lluvia, una declaración a la luz de la luna, un

bolero a media luz. La emoción, el corazón henchido. Recordó una frase de Alejandro

Dumas: “La vida es tan incierta, que la felicidad debe aprovecharse en el momento en

que se presenta". Y eso había hecho él.

Con el paso de los meses, algo de consuelo llegó a su alma, no quería pensar que lo

vivido con Belén había sido un error, nunca. Empezó a pensar en ella como una oportunidad que tuvo que dejar de lado porque no correspondía a su vida, a su tiempo,

a él. "La vida después de ti, mi amor, es la verdadera condena, estoy pagando tu ausencia, Belén, y no tienes idea del infierno que es".

Belén llegó a principios de noviembre a Nueva York, el otoño concluía y el invierno

comenzaba a aposentarse. Se instaló en un departamento en el centro de Brooklyn que

compartía con otra chica colombiana. Las semanas trascurrieron. La oficina ocupaba todo su tiempo, el líder de su equipo de trabajo, un amable muchacho hindú, congenió

con ella enseguida. Trabajó en armonía con las demás personas: una peruana un poco

agresiva y una chilena todo corazón.

Las náuseas habían disminuido y pudo volver a comer con tranquilidad, sin la

angustia de pensar que iba a vomitar en cualquier parte. Al salir del trabajo caminaba

por las calles, la Navidad se acercaba y ella necesitaba dejar de pensar tanto en Jorge.

Seguía enojada con él, como si la hubiera estafado de alguna forma. ¿Acaso pensaba que ella sería feliz viviendo sin él? Había días en que se desesperaba, deseaba tomar

un avión para Colombia, plantarse en la puerta de su celda y esgrimir una serie de razones que lo convencerían de nunca intentar separarse de ella. Y luego, a medida que

avanzaba el embarazo, las ansias por él la tomaban por sorpresa y se encerraba con todos sus recuerdos.

Podía percibir el olor de su piel cuando llegaba a su lado después de salir a correr,

cuando se duchaba y se acostaba de nuevo y ella, que se había hecho la dormida todo

el rato, ansiaba ese momento del amor en la mañana y la complicidad y las risas, los

silencios y hasta los temores. ¿En qué pensaría en esos momentos en que se quedaba mirándola mientras ella le preparaba el desayuno y él con un café en la mano, no perdía ninguno de sus movimientos? ¿En que la dejaría? ¿En qué todo sería temporal?

Llegó la Navidad, y como llegó se fue. Alberto la llevó a ver el árbol del

Rockefeller Center y a tomar chocolate caliente en una cafetería en la Quinta Avenida.

Llamó a su familia y fue a la Misa de Gallo en San Patricio. Se moría de frío, compró

ropa térmica, para sus compañeros fue toda una sorpresa verla aparecer un día con un

suéter navideño y la protuberancia que evidenciaba su embarazo. Un fin de semana la

sorprendieron con un *baby shower*.

Estaba entrando al cuarto mes. El médico le había recomendado caminar, le dijo que

aliviaría mucho su trabajo de parto, ella lo hacía en los centros comerciales, que contaban con calefacción. No había sido un buen día, tuvo unos impases laborales con

Marina, la chica peruana, necesitaba calmarse antes de llegar a su casa.

Se sentó en un banco frente a un almacén de ropa para bebés. Había gente paseando

por allí, otros pasaban apurados, todos con una vida, unos sueños, personas que los esperaban. Alberto había aparcado sus requiebros y era algo que ella agradecía, pero

echaba en falta su amistad, ahora solo actuaba como su jefe. Se sentía sola, la mayoría

de los días era fuerte, pero eran esos en los que no se sentía tan fuerte cuando lo extrañaba tanto que creía no poder respirar.

Y también extrañaba a su padre, el no poder hablar con él, así fuera para criticarla.

Lo necesitaba, sus abrazos, su apoyo, su presencia. No sería fácil salir adelante con el

corazón roto y un bebé en camino, pero lo haría, su hijo era su regalo, era el homenaje a un gran amor. Las últimas palabras de Jorge durante la discusión las había

desestimado hacía rato, insultaban su inteligencia. Ella había sido una mujer muy amada por un hombre especial, único, la expresión de sus ojos no mentía. Sabía muy

bien lo que significaba para él, pero necesitaba el alivio y la resignación. ¿Cuándo llegarían? Ya casi no lloraba, pero lo extrañaba todo el tiempo. Escenas de sus momentos felices regresaban a su mente para torturarla.

Estaban sentados en el parque cerca del edificio donde ella vivía, habían hecho un

picnic. Jorge estaba recostado contra el tallo de un árbol y Belén, acurrucada en su pecho.

Ella levantó la cara, él tenía los ojos cerrados, unos jóvenes gritaban y jugaban alrededor, alguien tiró un Frisby cerca de ellos.

—¿Sabes cuándo me enamoré de ti?

No se cansaba de mirarlo, los rayos de sol se colaban por entre las ramas y daban

luminosidad a su rostro.

—Sí —contestó él con premura y con una sonrisa lenta, mientras entreabría los ojos,

estaba tan guapo que ella se levantó, se sentó a horcajadas sobre él y le dio un profundo beso.

—A ver si aciertas. —Inspiró en su cuello.

—¿Qué me das si acierto?

—¿Sexo?

Jorge puso los ojos en blanco.

—Tengo todo el sexo que quiero.

—Ya sé, chocolates, una caja de chocolates.

Él la miró, complacido.

—Ahora sí has hablado.

Ella sonrió.

—Dime, ¿cuándo me enamoré de ti?

—Fácil, en la cama, porque soy tu Dios del sexo.

Belén soltó una fuerte carcajada.

—Eres un engreído.

—No lo niegas.

—Por Dios.

La tendió en el pasto y después de besarla, la atacó a cosquillas.

“Me enamoré de ti en el momento en que te di esa chocolatina, en el momento en que

me pediste que te llamara, cuando me diste el primer beso, fue irrevocable y aún no sé

por qué estamos pagando una penitencia”.

Concluyeron el trabajo en el tiempo estipulado, todos quedaron muy satisfechos con la propuesta final presentada ante el consejo y en marzo regresó a Colombia. Alberto y

las directivas le enviaron una emotiva carta agradeciéndole la labor y diciéndole que

siempre tendría las puertas abiertas en la entidad.

Se quedó a vivir temporalmente en el apartamento de Antonia mientras buscaba un

lugar para ella y su hijo. El embarazo avanzaba a la perfección, Belén le hablaba mucho al bebé, le ponía música de todo tipo, no solo la clásica, y le leía infinidad de

cuentos. Tenía antojos, el más recurrente era helado con pepino cohombro.

Los chequeos médicos dieron resultados satisfactorios, pero no había querido

saber

el sexo del bebé, le hacía ilusión enterarse en el momento del parto. Antonia le señaló

que era una bobada, que podría escoger mejor la ropa y demás utensilios si sabía el sexo, pero Belén no le dio a eso mayor importancia. No creía en la diferencia de colores ni de juguetes para crear identidad.

En marzo se instaló en un departamento en el norte de la ciudad cerca del

departamento de Antonia y de la casa de Enrique, que estaba muy pendiente de ella. No

buscó trabajo, tenía suficiente dinero ahorrado para tomarse un año sabático y

dedicarlo a su hijo.

Para entonces, Jorge había empezado a tomar clases de pintura con un artista

conocido que había llegado a la cárcel por culpa del narcotráfico. No descollaba en ese arte, pero lo disfrutaba casi tanto como la lectura y sobre todo, le mantenía la mente ocupada.

Mientras tanto, la mesa de trabajo llevaba a cabo varios proyectos que él estaba seguro terminarían cambiando la cara al penal. Eran proyectos microempresariales de

la mano de empresas interesadas en invertir en ellos: empresas de sastrería,

ebanistería, panadería y de almohadas, había proyectos de bordados, con los cuales los

presos obtenían recursos para ayudar a sus familias, conseguían una rebaja de su pena,

canalizaban en forma positiva su energía y se sentían útiles para la sociedad.

Meses más tarde, se enteró de que Orlando Ruiz y sus hombres, entre ellos

José Zambrano, se habían acogido a la Ley de Justicia y Paz, instaurada por el gobierno de

turno, que ofrecía penas generosas para delitos graves. Los paramilitares

desmovilizados tendrían que reparar a las víctimas y confesar todos sus crímenes para

acceder a las rebajas en sus condenas.

Un año después supo que Orlando Ruiz había muerto en un hospital, aquejado de una

enfermedad terminal. Con ello murió su última esperanza de libertad.

Miguel visitó a Jorge en la prisión y le comunicó que había renunciado a su trabajo,

después que la guerrilla secuestrara a su jefe, en una acción de película que todavía se

comentaba en los noticieros de la televisión. Él se había salvado pues ese día estaba a

cargo de unos industriales extranjeros, socios de su jefe, que estaban de negocios en el

país. Estaba pensando aceptar una oferta fuera de Colombia.

CAPÍTULO 24

Los dolores de parto empezaron una mañana cuando, según sus cuentas, faltaba una semana para el parto. Antes de llamar a su familia, tomó el tiempo de las

contracciones. Se había levantado temprano e ido al baño numerosas veces.

La noche anterior había dado los últimos toques a la pared del cuarto del bebé, que

había pintado con motivos de animales y plantas, aunque la cuna la había puesto al lado

de su cama, no lo iba a dejar solo en su habitación los primeros meses. Esa mañana estuvo más nostálgica que de costumbre, y tuvo el impulso de llamar a Miguel y preguntar por Jorge.

A medida que se acercaba el momento del parto se hacía terriblemente difícil no poder compartirlo con él. Por más resentida que estuviera, también había algo de culpa. Pese a lo ocurrido, Jorge era el padre del bebé, ella deseaba que él fuera padre,

deseaba que viera la habitación, la ropa, los utensilios, todo, aunque fuera por fotografía. Además, él tenía derechos legales. No quería precipitarse, no sabía si era lo

que en realidad deseaba o solo una consecuencia de su cuerpo sobrecargado de

hormonas.

Desistió de sus pensamientos en cuanto la asaltó una fuerte contracción distinta a las

demás, al salir de la ducha. Cuando el espasmo se repitió en menos tiempo, llamó a Antonia y a su madre. Pasó esos minutos revisando la maleta que llevaba lista varias

semanas. Una tercera contracción la hizo doblar en dos. Antonia llegó tan pronto como

pudo.

—¿Estás bien? —Miró asustada la barriga.

—He estado mejor —gruñó Belén, cuando sintió otra contracción.

Llegaron al hospital con contracciones cada cuatro minutos. En lo que demoraron en

atenderla y hacerle el examen tenía siete milímetros de dilatación. Pilar llegó al momento.

—Tu padre está en camino —le susurró a Belén, en el descanso de una contracción

—. Enrique y Juana están afuera.

Su hermano entró un momento.

—Hola, campeona —saludó con cariño.

—¡Mierda! —gruñó, adolorida ante un nuevo espasmo.

Enrique tensó el rostro a la par de ella y le tomó la mano.

—Te quiero hermanita, mucho. Nunca estarás sola. Sin importar nada más, lo harás

súper bien, eres una guerrera y ese bebé será muy afortunado.

Cinco minutos más tarde la prepararon y la llevaron a la sala de partos. No quiso a

nadie en la sala, ese lugar pertenecía a Jorge y si él no estaba, atravesaría por ello sola.

—Puja de nuevo, Belén —dijo el médico.

Una enfermera le sostenía la mano. Belén empujó otra vez.

—Ya veo la cabeza, un último empujón.

Todo sucedió muy rápido. Al dolor y la ansiedad se le sumaba una tremenda

expectativa y euforia, sentía que el cuerpo se le dividía en dos y luego el llanto de un

bebé.

—¡Felicitaciones, Belén! Es una hermosa niña.

Ella lloró de alegría. Cuando le cortaron el cordón umbilical, le acercaron a su hija,

una preciosidad que vio en medio de su mirada llorosa. La pusieron en su pecho, y el

corazón roto de Belén volvió a fundirse, al ver ese ser perfecto, regalo divino, que llegaba a su vida. La retiraron para examinarla y ya la extrañó.

Observó en la pared un reloj digital, eran las cinco de la tarde del diecinueve de mayo del 2007. Minutos después se la devolvieron ya vestida y envuelta. Se dedicó a

observarla, cuando le acarició la piel de la mano, la chiquita le aferró el dedo y ella

sintió que le aferraba el corazón. Era muy pronto para saber a quién se parecería, pero

la genética Robles dominaba sobre la genética García. La niña tenía una mata de cabello negro, ojos oscuros y piel trigueña, lo único que tenía de Belén eran las manos

y la boca.

Las trasladaron a una habitación, donde entraron todos a saludarla. Pilar alzó a la bebé y la paseó por toda la habitación.

—¡Es hermosa! —dijo.

Antonia la miró por encima del hombro y le hizo una caricia en la cabeza.

—La boca y el mentón son tuyos —señaló Enrique.

—No entiendo cómo pueden ver el parecido tan pronto —intervino Antonia—. Para

mí todos son iguales, parecen viejitos.

—¿Cómo la vas a llamar? —inquirió Pilar, que no la quería soltar, pero la bebé estaba impaciente por disfrutar de su primera comida. Se la pasó a Belén.

“Te digo ‘paloma’ porque la primera vez que te vi, algo volaba alrededor tuyo, un

aura o yo qué sé. Allí, en medio de lo más negro de la humanidad, tu brillabas, iluminaste la biblioteca, calentaste mi alma como no había sentido jamás, fue como ver

a Dios en tu mirada y por primera vez en años supe que todo iba a estar bien”. Le acarició la cabeza y le dio un beso.

—Paloma, se llamará Paloma García.

Antonia la miró con nostalgia.

—Es un nombre hermoso —dijo Enrique.

Se despidieron de ella en cuanto llegó la enfermera para ayudarla con la

alimentación. Antonia, que fue la última en irse, le dijo que Paloma era más bonita que

sus otros sobrinos cuando nacieron.

Empezar a alimentar a su hija fue duro, la bebé se desesperó al comienzo y ella sentía que le había cortado los pezones, pero con paciencia infinita se los masajeó

hasta que Paloma pudo empezar a tragar. Le dolió, pero fue tolerable.

Después de que la cambió y la arrulló, empezó a llorar. Ya iba a llamar a la enfermera cuando entró su padre con un enorme conejo gris envuelto en papel de regalo

transparente. A Belén se le aguaron los ojos.

—No llores —le dijo, haciéndole un gesto de silencio y le dio un beso en la mejilla

—. Vengo a conocer a mi nieta, que por lo que veo tiene muy buenos pulmones.

—No sé qué hacer para calmarla.

Calixto se lavó las manos en el baño, tomó una manta del closet y recibió a su nieta,

se la puso en el pecho y la apoyó para sacarle los gases.

—Seguro son gases, todos los bebés pasan por lo mismo. Tienes que hacerlo hasta

que la hagas eructar.

Calixto se dedicó a pasearla por la habitación y a cantarle una canción de cuna, que

sonaba cómica con su voz de barítono. Cuando ya se calmó, la arrulló y lo escuchó decir:

—Llegaste a una familia muy especial, cuando crezcas te contaré muchas historias,

tienes una madre maravillosa y unos tíos de los que te sentirás orgullosa. También tienes primos a los que conocerás en poco tiempo. Yo te llevaré al parque, te leeré mucho y te daré alguna que otra golosina cuando nadie me vea. Bienvenida al mundo,

Paloma, tiene unos amaneceres hermosos y los atardeceres también. Comidas

deliciosas y música, pinturas y cantos. Tendrás alguna mascota, juegos y amigos entrañables. Seré una constante en tu vida, siempre, te prometo que así será mientras esté en esta tierra.

Le besó la cabeza y se acercó a Belén, que lloraba desconsolada.

—No llores, sabes que te amo, a pesar de mis errores. Soy tu padre.

Calixto se despidió y Belén se quedó con la bebé, arrullándola, no quería separarse

de ella.

—Bueno, Paloma, ya conociste a la familia de tu madre, vamos a hablar de tu padre,

que si pudiera estar aquí, sería el hombre más orgulloso del mundo y también el más

enamorado de ti, así como lo estoy yo. Tienes una abuela, una tía abuela y dos tíos maravillosos, te prometo que algún día los conocerás. Han pasado cosas y por ahora no

podemos. Conocerás a tu padre, y cuando eso ocurra, verás que es un hombre muy especial. Cuando seas más grande te hablaré de él y te contaré muchas cosas. Por ahora

seremos tú y yo, pequeña. Guerreras contra el mundo.

Paloma se había quedado profundamente dormida.

Diez meses después, Paloma gateaba por la alfombra del estudio de Calixto,

mientras sus primos armaban unos legos que ella tumbaba cada rato.

—Papá, es una buena oportunidad —dijo Belén a su padre.

—La separarás de nosotros —adujo Calixto, concentrado.

Observaba a su “princesa”, como la llamaba él, volcar los legos de los chicos

mayores, delante de él no podían hacerle nada a la bebé, que era la luz de sus ojos.

—Tú y mamá son bienvenidos a visitarme cuantas veces quieran.

Belén le señalaba a Paloma el sendero para gatear, pero el juego de sus primos era

una mayor tentación.

—¿Quién la cuidará mientras tú trabajas? No puedes viajar sin que alguno de

nosotros esté allá con ella.

Belén se acercó al escritorio.

—Papá, no me hagas las cosas más difíciles. Necesito pensar en el futuro de

Paloma, en su educación. Contrataré una niñera.

—¡Una niñera! ¡Habrase visto! Aquí también puede educarse. Yo puedo pagarle la

colegiatura que quiera cuando llegue el momento. ¿Por qué tanto afán?

—Difícilmente se me presentará otra oportunidad como esta. Necesito trabajar. Yo

debo proveer a mi hija. El nuevo empleo no implica viajar, puedes estar tranquilo.

Además, todavía hay tiempo, no es hoy ni mañana, pasarán por lo menos seis meses antes de que me vaya.

Para Belén era imposible exorcizar el recuerdo de Jorge cuando veía en el rostro de

su hija casi todos sus gestos. Él se hubiera enamorado de su hija, le habría dado su apellido y sería parte de su vida a pesar de las duras condiciones en las que vivía.

Estaba segura de que hasta se plantearía volver con ella. Pero era orgullosa y

por más

que la tentación era grande, no iba a amarrar a un hombre con un hijo, nunca. A esas

alturas era consciente de que debería llamar a Ligia, a Elizabeth o a Miguel, pero luego

recordaba las frases de Jorge cuando encontró la tira de pastillas anticonceptivas y se

echaba para atrás.

Esas palabras eran su excusa, pero no habían sido su única motivación. La verdad era que su hija había aliviado el inmenso vacío dejado por el desengaño de Jorge y se

sentía egoísta y posesiva respecto a ella. Necesitaba buscar otra disculpa, en este caso

la distancia, para aliviar en algo el remordimiento. Jorge había sido claro con ella y a

esas alturas no podía pretender presentarse con su hija cuando él le había pedido que

siguiera tomando las pastillas, él había confiado en ella.

Seis meses después se instaló con su hija en Nueva York.

CAPÍTULO 25

Miguel estuvo dos años en el extranjero, trabajando en los campos petroleros de Irak,

era un trabajo duro, pero muy bien pagado. El día que volvió a visitar a Jorge, corría

el mes julio del 2010.

Fue un encuentro muy emotivo, había regresado al país porque les habían devuelto la

hacienda familiar El Álamo. Orlando Ruiz, antes de su muerte, había hecho los trámites

pertinentes para devolver las tierras arrebatadas en San Antonio de Padua y sus alrededores. La tierra estaba abandonada y los auxilios del gobierno no serían

suficientes para sacar el proyecto adelante.

Un año después, Miguel se asoció con su antiguo jefe, que había sido liberado de su

secuestro en la selva por una acción del ejército. El joven industrial había invertido en

rescatar la tierra de la maleza y en un buen número de cabezas de ganado. En cuanto la

casa estuvo habitable, la familia se radicó de nuevo en San Antonio de Padua.

Miguel no le quiso decir a su hermano que había empezado una investigación por su

cuenta para presionar a José Zambrano a que confesara, entre sus numerosos crímenes,

la injusticia cometida con su hermano. A esas alturas dejaría de lado todo tipo de escrúpulos y si tenía que pagar esta vida y la otra por la libertad de su hermano, lo haría.

A mitad del 2011 trasladaron a Jorge de prisión para un penal a las afueras de la ciudad. Las autoridades carcelarias querían que replicara el éxito de las mesas de paz

y el trabajo logrado en la cárcel Santa María de la Providencia.

El comienzo fue difícil, la gente no lo conocía, estaba harto de tener que bajarle los

humos a los gallitos del patio. Una tarde, alguien que estaba en desacuerdo con la mesa

de paz le dio dos puñaladas en el costado del abdomen, en el penal le prestaron los primeros auxilios y lo trasladaron a una clínica del centro de Bogotá. Ligia y Elizabeth,

que junto con Miguel ya estaban instalados en la hacienda, viajaron para acompañarlo.

Estuvo hospitalizado una semana. Su madre llegaba en las mañanas y se iba bien entrada la noche. En medio de la fiebre y el delirio, Jorge no dejaba de llamar a Belén.

Su madre, con el corazón encogido, le limpiaba la frente, hasta que la enfermera le inyectaba en el suero algún medicamento para bajarle la fiebre y ya dormía más tranquilo.

—¿Extrañas aún a Belén? —preguntó, mientras lo veía desayunar.

Jorge enrojeció y no le contestó.

—Ayer en la tarde la llamabas en medio del delirio.

—Sí —susurró con voz rasposa—, no la he olvidado, no creo que pueda.

—No debiste alejarla de todos nosotros.

Ligia le alisó la colcha y cuando terminó con la comida, le retiró la mesa rodante.

—Yo no la alejé de ustedes, fue su elección.

—¿Y qué más querías? Ni siquiera puedo reprochárselo.

Le ahuecó las almohadas.

—Mamá, fue lo mejor.

—¿Has sabido algo de ella? —preguntó ella, mirándolo de reojo.

—No, no he sabido nada, a lo mejor ya está casada y con algunos hijos —contestó,

con un deje de amargura.

—No creo, lo último que supe fue que Miguel se encontró con Antonia en un centro

comercial. Belén vive en Estados Unidos.

Jorge movió la cabeza más rápido de lo que habría deseado, estudió el rostro de su

madre antes de volver a fijar la vista al frente. No quería saber, pero la curiosidad lo

mordía a grandes bocados. Seguro se había ido con el tipejo aquel para Nueva York,

no era capaz de imaginarla con otro hombre, no podía, se moriría. No quería saber nada de ella tampoco. No quería que se la nombraran. Ese era el maldito problema cuando asomaba las narices al mundo exterior.

Encendió el televisor, necesitaba distraer a su madre de las preguntas, del recuerdo,

con el paso de los años era más difícil pronunciar su nombre.

—No se ha casado. Antonia preguntó por ti.

Al descubrir la angustia que ensombrecía el rostro de su hijo, Ligia experimentó una

gran compasión. Le acarició la mejilla. Jorge no movió un solo músculo. Por la pantalla del televisor anunciaron para la noche la película *Moulin Rouge*.

Jorge dejó que su madre hablara y lo asaltó un episodio. Cerró los ojos, fingiendo descansar.

Cuando aquella noche abrió la puerta del departamento, un olor a cigarrillo lo recibió, era un aroma raro, no lo había olido nunca. Las lámparas estaban tapadas con

telas de colores, lo que le daba un ambiente íntimo y oscuro a la estancia, del equipo

de sonido salía una melodía de Edith Piaf. En una mesa reposaban una botella de vino,

un pan baguette partido en pedazos y porciones de diferentes quesos.

Belén estaba recostada en el sofá con un corsé de color negro, ligueros rojos y medias de seda negra, y calzada con tacones de aguja. Su hermoso cabello suelto y la

boca pintada de color rojo. A él se le olvidó respirar.

—Bonjour, monsieur.

Jorge entendía muy pocas palabras del idioma de Víctor Hugo, pero casi todo el mundo sabía lo que estas significaban, solo quiso caer a sus pies y venerarla de por vida por todo lo que le brindaba. Había recreado una escena parisina para él, el atuendo era parecido a uno utilizado por Nicole Kidman en la película *Moulin Rouge*. La habían visto juntos hacía tres noches.

Belén le regaló otro par de frases en francés, frases picantes que Jorge no entendió.

El nudo en la garganta apenas lo dejaba balbucear. “Dios mío, dame más tiempo con

ella, toda la vida, por favor”. Necesitaba esconder sus emociones o se echaría a llorar

como un chicuelo, la conversación con Miguel y su abogado lo había dejado

de ánimo sombrío, tenía que ser realista y dejar de jugar a las casitas cuando en pocos días se

definiría su futuro. Alivió la angustia y se acercó a ella.

—Estás hermosa —la levantó del sofá y le recorrió los brazos con los dedos, sin dejar

de admirarla—. No tengo ni idea de lo que acabas de decir, pero sonó a: "Jorge, Dios

del sexo y el placer, cómeme el coño, méteme tu...".

—Eres un grosero —interrumpió Belén, en medio de una sonora carcajada—.

Aunque no me disgustaría en lo más mínimo. —Lo besó y lo observó preocupada—:

¿Estás bien?

—Claro que estoy bien y dispuesto a complacerte.

—Con este disfraz puedes pedirme lo que quieras.

Él levanto una ceja y una sonrisa lobuna apareció en su semblante.

—¿En serio?

—Cuando quieras, como quieras y donde quieras. ¿Es nuestro lema, no?

—Tienes razón —contestó él, mientras se quitaba la chaqueta—, tengo un par de

ideas.

La levantó, dispuesto a llevarla a la cama, pero ella se resistió suavemente.

—Quiero que nos quedemos aquí, quiero que soñemos que disfrutamos de una

velada en París. Mira —le señaló—, tengo vino, quesos, baguette, hasta quemé un par

de Gauloises.

—Ya decía yo, pensé que era una nueva especie de marihuana.

Belén soltó otra carcajada.

*****

Jorge volvió a la prisión diez días después, las heridas no habían afectado ningún órgano importante. Lo sucedido no mermó su ímpetu para sacar adelante las mesas de

paz. Siguió trabajando, leyendo y pintando. En una de sus visitas, Miguel le contó los

últimos acontecimientos, que prendieron otra vez la llama de la esperanza.

A finales del 2012, Miguel visitó a su hermano. Ese día caía una débil lluvia en el

patio, ellos estaban resguardados bajo techo, sentados ante unas mesas plásticas.

—Tengo mucho que contarte —le dijo.

—Tenemos tiempo, no voy a ninguna parte. Tienes una cara que no te había visto hace mucho tiempo.

Miguel, como siempre, admiró el temple de su hermano, sus sienes ya mostraban

algunas canas. Jorge tenía treinta y seis años. Lo había saludado con un sonoro beso.

—No me vuelvas a besar, tengo una reputación que proteger —anunció Jorge, con

una sombra de su antigua sonrisa.

—Al carajo con ellos. Te traigo noticias, hermano.

—Habla. —Se metió un bocado de la pizza que le había llevado.

Esa era una visita diferente para Miguel, porque la culpa y la impotencia no lo acompañaban. Esos sentimientos habían sido sustituidos por la esperanza, la fe y el optimismo.

—Quedarás libre en unos meses.

Jorge sorbía refresco de un vaso. Al oír las palabras de su hermano, se ahogó y empezó a toser ruidosamente. Soltó la comida y el vaso. Carraspeó, incómodo. No sabía qué decir. Se quedó unos segundos observando alrededor.

—¿En serio?

Miguel sonrió. Era una sonrisa que llevaba años practicando.

—Sí, por supuesto que sí. Nunca jugaría con eso.

Jorge se levantó la manga del suéter que llevaba. De su antebrazo emergió un tatuaje

del ave en pleno vuelo. Era el mismo tatuaje que tenía Miguel en su brazo y que había

emulado, prometiéndole la libertad, aunque para Jorge significaba algo totalmente diferente.

—Me cumpliste la promesa —murmuró con emoción y los ojos aguados.

Miguel se acercó a su hermano y lo abrazó. Sintió una punzada en el pecho. La expresión de felicidad en Jorge era la recompensa que se llevaba.

—Tardé bastante, hubiera querido hacerlo hace años.

—Gracias, hermano. ¿Mamá ya lo sabe?

—Sí, ella vendrá mañana a verte.

—¡Por fin! —gritó, sin importarle quién lo escuchara.

Unos silbidos fueron la contestación al arrebato.

—No había querido contarte nada de todo lo que ha pasado estos meses. Olivia Ruiz

volvió al pueblo en junio.

Jorge alzó las cejas, sorprendido, y echó hacia atrás la silla, recostándose en la pared.

—¿Y?

Jorge no pudo obviar el gesto confuso de su hermano.

—Olivia Ruiz obligó a su padre, antes de morir, a devolvernos la hacienda. Esa fue

su condición para encargarse de todo el programa de restitución de tierras en la zona.

Jorge silbó por lo bajo, tenía el presentimiento de que bajo el gesto de su hermano

se movían corrientes diversas. Miguel continuó contándole que Olivia era trabajadora

social, que trabajaba para una ONG que el gobierno autorizó para manejar el programa

de restitución de tierras en San Antonio de Padua. No lo había tenido nada fácil a su

llegada al pueblo, pero que con su empeño y su forma de ser, se había ganado a todo el

mundo, inclusive a él, que estaba más enamorado que nunca.

Jorge levantó las cejas, sorprendido.

—Vaya, vaya, qué sorpresa, hermano.

—Pensé que todo iba a estar bien, la acompañé a las audiencias, realizadas en la

fiscalía, del malnacido de Zambrano, mejor dicho, medio pueblo estaba allí. Si vieras su cinismo y el modo en que relataba las muertes, como si le importara un carajo. Me

provocaba romperle la cara. Olivia —se notaba que a Miguel le costaba relatarle lo ocurrido—, pidió una entrevista privada con Zambrano.

Miguel se levantó como fiera enjaulada y caminó unos pasos.

—¿Y tú se lo permitiste? —Jorge enderezó la silla otra vez.

—Por supuesto que no, pero hace lo que le da la gana, me recuerda a Belén. —

Miguel se arrepintió al momento de haberla nombrado. Jorge no manifestó nada y él continuó—: Se entrevistó con el malnacido, yo observé todo por una cámara de Gesell.

— A Miguel se le hizo un nudo en la garganta—. Ella se arrodilló por ti, hermano, le suplicó a José Zambrano que dijera la verdad en tu caso, se humilló ante ese hijo de

puta.

Jorge estaba más sorprendido a cada minuto que pasaba. Un escalofrío surcó su piel.

—La obligó a hacerlo, por burlarse de ella, no tenía intenciones de decir nada, pero

yo llevo más de dos años pagando por la información del paradero de su familia. Los

sacó del país por la cantidad de enemigos que se ganó. Era la única manera, y cuando

tuve el dato, fui yo el que se entrevistó con él. Le pedí que dijera la verdad en tu caso, si no, pasaría esa información a sus enemigos, que son muchos y sueñan con vengarse.

—¿Y qué dijo?

—Accedió enseguida, no quiere que le hagan daño a su familia. Su testimonio está

siendo objeto de investigación. Sinisterra va a introducir un recurso extraordinario de

casación ante la Corte Suprema de Justicia, para que analice el testimonio del paramilitar y revoque la sentencia.

—¡Dios mío! Es la única manera que tengo de salir de aquí. ¿Y Olivia?

—Luego tuvieron que aparecer esos malditos cuerpos en el terreno en el que Olivia

deseaba construir la Casa de Paz y desde ahí se desmadró todo, dice que se

avergüenza.

—Lo leí todo en la prensa, una de las fosas comunes del imperio de muerte de Ruiz.

Los hijos encadenados a los errores de los padres —sentenció Jorge—. Tienes que entenderla.

Ambos se quedaron en silencio.

—Vaya... Esa mujer sí que te ha marcado la vida y ha creado tu historia. ¿Qué

piensas hacer?

—Aún no lo sé. Ella no quiere ni verme.

—No parece una mujer ligera de sentimientos. Es diferente a su madre.

—¿Recuerdas a Rosalía?

—Solo recuerdo que era una mujer hermosa, y eso basta.

Jorge encendió un cigarrillo. Se perdió en sus pensamientos.

—Quiero que tan pronto estés libre, vuelvas a la hacienda. Necesito ayuda con los

animales y en el trabajo de la tierra. ¿Qué dices? ¿Te animas?

—Solo de imaginar los desastres que habrás armado... —dijo en broma y con un tinte de ternura—. ¡Sí! ¡Sí quiero! ¡Es mi mayor anhelo! Y contigo tendré trabajo hasta

el fin de mis días.

—Que no te quepa la menor duda.

Rafael Sinisterra se presentó a la semana siguiente en la cárcel para llenar las formas con la firma de Jorge y explicarle los diferentes pasos. La Corte tenía la obligación de revisar el recurso de casación, estudiaría con lupa el testimonio del paramilitar, y si procedía, revocaría el fallo por el error cometido.

—Hundiremos a Arcadio Mendoza con tal demanda, que no podrá volver a ejercer

como abogado. El hombre es una vergüenza para nuestro gremio.

—Haga lo que tenga que hacer, abogado, lo importante es que este recurso funcione.

Los siguientes meses estuvieron poblados de expectativas, Jorge no quería hacerse

ilusiones, después el golpe sería más duro si el recurso quedaba en nada, pero algunas

noches se permitía soñar, volver a la hacienda, a su familia, a Belén. No, pensar en eso

era una soberana estupidez, no podría, a lo mejor ella ya se había vuelto a enamorar, a

lo mejor el hilo de sus sentimientos no fue tan fuerte.

Al año siguiente de haberla dejado, los celos lo atormentaron como sabía que

ocurriría. Tenía pesadillas de ella con otros hombres, riéndose de él, no había sido del

tipo celoso nunca, pero con Belén todo había sido demasiado: demasiado intenso, demasiado amor, demasiada entrega. Fue hermoso, pero había terminado, si salía de allí, podría rehacer su vida, pero sin entregar el corazón, ese ya no lo tenía.

CAPÍTULO 26

Madre e hija aterrizaron en pleno verano en Nueva York. Belén llegó a trabajar en el

departamento de Recaudación de Fondos Comunitarios de la Unicef. No quiso

instalarse en la ciudad, por su tranquilidad y sus parques, escogió un municipio cercano, ubicado a media hora de Nueva York: Montclair, en New Jersey. Gestionó una

niñera colombiana, recomendada de una amiga de su madre, y se instaló en una casa pequeña cerca de la vía principal del pueblo.

Se integró a un trabajo que era ajeno a lo que había hecho hasta el momento,

pero el

bienestar de su hija estaba primero que todo, se habían acabado las correrías por el mundo. Sus padres la visitaban cada tres meses y ella pasaba las vacaciones en Colombia.

Los años se deslizaron uno a uno y de pronto se encontró despidiendo a su pequeña

en la puerta del colegio. El corazón se le encogía de vez en cuando, en cuanto Paloma

hacía algún gesto que le recordaba a Jorge o cuando corría a grandes zancadas. Era alta

y delgada, su cabello oscuro, apenas contenido en una hebilla. Era vivaz, inteligente y

perfecta, y tan manipuladora como solo podía serlo una criatura de su edad.

—¿Esta noche te demoras, mami?

Era un frío febrero del 2013, ya Paloma iba a la escuela primaria, cumpliría seis años en mayo, caminaban por la calle mojada y con restos de nieve debido a una nevada ocurrida la noche anterior.

—Ya sabes, tengo un compromiso, no llegaré tan tarde, pero tú ya estarás dormida.

En cuanto llegaron a la puerta del jardín, que quedaba a un par de cuadras de la casa, ella abrazó a su hija y le dio un sonoro beso, no quería soltarla.

—Mami, me aprietas mucho.

—Es que te adoro.

Llegó a tiempo a la estación del tren que la llevaría a la ciudad. En el viaje de media

hora se dedicaba a leer o a adelantar trabajo. Al entrar a la oficina, tenía un mensaje de su jefe de que se presentara tan pronto llegara. Caminó por el pasillo, saludó a los compañeros que ya estaban sentados en sus cubículos.

Abrió la puerta de la oficina y el hombre alzó enseguida el rostro del computador.

Le regaló una sonrisa, se levantó, se acercó a ella y le dio un profundo beso.

—Buenos días —le dijo, acunando su rostro con ternura.

Belén le devolvió el beso y le sonrió.

—Ya confirmé las reservas para el espectáculo de esta noche. Deberías quedarte

conmigo hoy, cielo. Vamos a mi casa después de la cena.

—Alberto, ya sabes que no me gusta quedarme fuera de la casa, no me gusta que Paloma se despierte y no me encuentre.

—Te entiendo, pienso que podrías vivir aquí en la ciudad, hay sectores muy buenos, déjame mostrarte una casa en Brooklyn.

—No, no voy a sacar a Paloma de su entorno, me costó un trabajo tremendo que saliera de casa para la guardería y luego a la escuela, ya tiene amigos. No podría hacerle eso, no ahora.

—Está bien. No te presiono.

Ella lo miró, agradecida.

El atractivo hombre la miró, pensativo, la tomó de la mano y la hizo sentarse. Belén

lo miró con cariño. Habían iniciado su romance cuando Paloma cumplió los tres años,

ella lo había invitado a la fiesta de cumpleaños, y él llegó con un enorme oso

blanco

que ahora era casi gris de tanto que la niña lo arrastraba por la casa.

Alberto le había hecho antes una que otra insinuación, pero Belén, que solo tenía tiempo para su hija, no se había planteado la presencia de un hombre en su vida. Pero

ese día, el ver la manera en que se integró al juego de los niños, sin sentirse azorado en lo más mínimo, hizo lo que no habían hecho dos años de requiebros.

A la semana siguiente salió a cenar con él y al mes se acostaron juntos. Se veían fuera del trabajo dos veces a la semana y un domingo cada quince días, Belén iba con

Paloma a Nueva York y pasaban el día juntos. Era una relación cómoda para ella, se

sentía bien, Alberto era ante todo su amigo y un buen amante, pero su corazón no estaba

en el asunto, lo estimaba pero no lo amaba.

Muchas veces, después de hacer el amor, se preguntaba qué sería de su vida si fueran otros los brazos que la acogieran, si fueran otras las manos que le regalaran tiernas caricias. Se sentía lejos de ese lugar, ella estaba en la ruinosa celda que encerraba al amor de su vida. Se reprendía por estúpida, se volvía y con un profundo

beso, se dejaba amar una vez más.

A mediados de mayo del 2013, Jorge Robles recobró su libertad. Solo lo esperaba

Miguel a la salida, su madre, su tía y Olivia, que se había casado con su hermano meses antes, lo esperaban al día siguiente en la hacienda.

Veía las calles congestionadas, mientras Miguel charlaba de todo y nada, y le

comentó que un periodista de un periódico de gran circulación deseaba realizarle una

entrevista. Jorge lo había citado ese mismo día, no quería permanecer más tiempo del

necesario en la capital.

Los recuerdos de Belén lo ahogaban, habían pasado más de seis años desde la última

vez que la viera y a pesar de que había tratado de ahogar su recuerdo, algunas noches

de nostalgia este se colaba por entre las rejas de su celda. No tenía derecho ni siquiera

a preguntar por ella, a lo mejor ya estaba casada y con hijos, a lo mejor no, y estaba en

el otro lado del mundo, esparciendo su bondad.

El periodista un hombre más joven que él, se había interesado en su caso y quería

exponerlo en la prensa, debido a las injusticias, que en el ámbito de los falsos testigos,

condenaban a inocentes a lo largo y ancho del país. Jorge charló con él de manera relajada, habló del delito del que se le había acusado, la condena, la absolución y su

labor humanitaria en la cárcel. Un fotógrafo le tomó un sinfín de fotografías. Esa noche

apenas pudo dormir de la ansiedad por el regreso a la hacienda.

Con el corazón henchido y un nudo en el estómago, al volver a ver el sendero que

conducía a El Álamo, Jorge se preparó para el encuentro con su familia y algunos de

los empleados que trabajaron con él en la época en que vivía su padre. El camino de

entrada estaba asfaltado y a lado y lado estaban los guaduales y las ceibas que recordaba. A lo lejos veía el ganado en los potreros y varios empleados iban de aquí a

allá, en sus labores.

Al llegar al frente de la casa, el corazón creyó explotar de felicidad, su casa, su hogar, estaba de vuelta y esta vez no era un sueño en medio de la pesadilla, era la realidad. Se bajó como en una nube, sus ojos se aguaron al ver la casa, creyó que nunca

volvería a verla, detalló los balcones y postigos de madera, estaba recién pintada, los

helechos colgantes y las flores de mil colores del jardín que rodeaban el balcón, vio a

su madre bajar con celeridad la escalera del zaguán para abrazarlo, seguida de su tía.

Detrás de ella, una mujer hermosa y de sonrisa dulce, esperaba. Jorge sintió como si

el tiempo se devolviera y fuera la madre de Olivia la que le sonriera. Abrazó a su madre y a su tía. Miguel, con gesto protector, se acercó con su mujer.

—Bienvenido —dijo la joven de hermosos ojos verdes y bella sonrisa.

—Gracias. —Jorge le dio un beso en la mejilla—. Me alegra verte en esta casa y mil gracias por todo lo que has hecho.

—Estoy muy feliz de que estés aquí con nosotros, como debe ser.

Una mujer madura, con sus pisadas características, salió a su encuentro.

—¡Bribón! —saludó Dominga, la encargada de la cocina.

Jorge la abrazó con cariño, la mujer estaba más delgada de lo que recordaba.

Lo hicieron pasar a la sala, los muebles eran diferentes a los que él recordaba. Lo

agasajaron con toda clase de manjares y bebidas. Al rato llegó Pedro Almarales, uno

de los administradores de la hacienda, con Teresa, la tía de Olivia. Ya Miguel lo había

puesto al día de la relación. Tantas cosas tan iguales y a la vez tan diferentes.

Almorzaron en medio de un ambiente distendido. La mesa sí no era la misma, por lo

menos era igual a la que había antes. Pasaron diferentes platos, su madre lo hizo ocupar

el sitio de su padre a la cabecera. Se sintió fuera de lugar, no lo consideraba su puesto, los zapatos de su padre serían imposibles de calzar y pensó que el mérito era más de su

hermano que de él.

—¿Vas a tomarte unas vacaciones? —preguntó Teresa, en medio de las

conversaciones.

—No creo —contestó, risueño—. He descansado demasiado, estoy ansioso por

empaparme del trabajo de la hacienda otra vez.

Se le hizo raro verla de la mano de Pedro, recordaba a Enrique, su esposo

fallecido,

muy parecido a su padre en lo íntegro y trabajador. ¿Cómo habrían tomado sus hijos está nueva relación? A Pedro lo veía muy feliz. En cuanto a Olivia, no creyó ver nunca

a una Ruiz sentada a su mesa, pero ahí estaba. Ligia la trataba, si no con cariño, al menos con mucho respeto; Elizabeth se veía que la adoraba y su hermano, por fin podía

verlo feliz, hasta se veía más joven sin esa carga de amargura a sus espaldas.

—Tienes que ir al pueblo, han cambiado muchas cosas —le dijo Olivia—. En dos

meses largos será la inauguración de la Casa de Paz.

—Me alegro mucho, Miguel me cuenta que has hecho una gran labor.

—El mérito no es solo mío, mucha gente me ha ayudado.

—Me encantará conocer a fondo el proyecto, Olivia. —Jorge sintió un resquemor en

la nuca, no supo el porqué—. ¿Todavía está la pastelería de las hermanas Rueda?

—Sí, una sobrina de ellas es ahora la encargada, la chica estuvo preparándose en la

capital y llegó con nuevas recetas —señaló Elizabeth.

Miguel le dijo algo al oído a Olivia y ella, ruborizada y con los ojos brillantes, asintió. Miguel se levantó de la mesa y pidió silencio.

—Hoy es un día muy especial para la familia Robles, por fin mi hermano mayor está

de nuevo con nosotros y ocupando el puesto que le corresponde. La pesadilla

ha quedado atrás y sé que el futuro lo recompensará de la mejor manera. Mi esposa y yo

queremos darles una maravillosa noticia. —Miguel le acarició el rostro a Olivia—.

Estamos esperando un hijo.

Ligia se levantó como un resorte, abrazó a Olivia con cariño y luego le dio un beso a

Miguel, todos se acercaron a la pareja de esposos a felicitarlos. Jorge le dio un fuerte

abrazo a su hermano y besó a Olivia en la mejilla.

En la tarde se reunió con los peones, que le habían organizado un asado. En medio

de las risas, la música, el aguardiente y el aire del campo, tuvo la certeza de que ya no

sería un espectador de su vida, se sintió libre por fin.

A la mañana siguiente, salió a cabalgar con Miguel y Pedro antes del desayuno.

Recorrieron senderos y cañadas, lo que le hizo recordar sus paseos de niño y de joven.

Se sorprendió del trabajo hecho por su hermano y de la nueva organización.

Nadie leyó con más atención el reportaje de Jorge Robles en el periódico que

Calixto García. Despacio y catando cada palabra. Miró la fotografía, el parecido con

su princesa era evidente. En el último viaje a Nueva York, Paloma había mostrado una

inusitada curiosidad por el paradero de su padre y Belén había sabido evadir las preguntas con verdades a medias. Estaba seguro de que su hija esperaba a que la niña

fuera un poco más mayor para hablarle de Jorge Robles. Había imaginado el duro golpe cuando la niña quisiera conocerlo y supiera la verdad, que su padre era un recluso y asesino.

Bien, por lo visto las cosas no eran así, él había estado equivocado, aunque un reportaje no iba hacer que el hombre le cayera mejor, por lo menos su princesa se

ahorraría ese mal trago cuando por fin lo conociera. No le gustaba que Belén viviera en Nueva York, aunque había hecho una labor estupenda con la niña y con su trabajo.

Ellos viajaban cada tanto a acompañarlas. Recordó lo que sintió cuando tuvo a Paloma

en brazos, la misma sensación que pobló su corazón cuando nació Belén. Sabía lo que

significaba crecer sin padre y por eso la protegía tanto, ver a los demás niños jugar con

sus progenitores y él detrás de una cerca, observándolos. Aunque su madre hizo una gran labor, conocía el vacío de una palabra, un abrazo y esa falta lo persiguió siempre.

No deseaba eso para su princesa, si ya el hombre era libre e inocente, como rezaba el

periódico, tenía derecho a relacionarse con Paloma, pero él no era el que lo decidía.

Su hija tendría que hacerlo.

—¿Qué haces? —Su esposa entró al estudio con un libro en la mano. Vio el

periódico extendido en la página del reportaje—. Increíble, ¿verdad?

—Sí —contestó Calixto, distraído.

La madre de Belén tomó asiento frente a su esposo.

—¿Qué estás pensando?

—Necesito saber si todo lo que dice este periódico es verdad.

—¿Para qué?

—¿No te diste cuenta de las preguntas de Paloma en nuestro último viaje? Belén apenas le contesta dos o tres palabras y la distrae con otra cosa. Tenemos que saber qué clase de hombre es, no lo conocemos.

—Pero Belén sí lo conoce muy bien.

—Ya es momento de que Belén le hable a Paloma de su padre.

La mujer lo miró, pensativa.

—Paloma tendrá que conocerlo algún día.

—¿Qué piensa Belén de esto? —Calixto señaló el artículo.

—No me dijo gran cosa, aunque sí la note más callada que de costumbre. Me dijo

que todo lo que decía el periódico ya lo sabía. No es nuevo para ella.

—El hombre está en libertad ¿Qué crees que hará ella?

Pilar negó con la cabeza. Rosario entró con una bandeja con dos tazas de café.

—Nada y menos ahora que parece que quiere rehacer su vida.

El olor delicioso de la bebida humeante pobló el lugar. Calixto se quedó pensativo.

—Voy a contratar a alguien para que averigüe sobre Robles, quién sabe con qué mañas habrá salido de ese maldito lugar.

Pilar dejó el plato y la taza sobre el escritorio con algo de brusquedad.

—No eres Dios y tus juicios no le interesan a nadie. Según la prensa, no es cualquier

peón de campo, debes detenerte.

—¿Por qué me estás hablando así? —preguntó el hombre, genuinamente

sorprendido.

—Porque juzgas todo y a todos, mira a tu alrededor, tienes unos hijos maravillosos,

nietos y una buena vida, ya baja la guardia. No traigas malas energías a esta familia. Si

Belén desea que su hija se relacione con Jorge, es problema de ella, por una vez en tu vida, deja que las cosas fluyan como debe ser.

—A veces la noto perdida.

—Ella encontrará el camino.

El reportaje despertó sentimientos encontrados en Belén, vio a Jorge en el periódico

y quiso esconderse. ¡Dios mío! Si las fotografías le hacían justicia, había adquirido esa

presencia intimidante que ella intuyó en su tiempo juntos. Tuvo miedo, ese hombre no

le perdonaría el hecho de haberle escondido a su hija.

Leyó el reportaje en el computador más de tres veces con avidez. Le era

difícil creerlo. Acarició la fotografía y se le llenaron los ojos de lágrimas. Experimentó felicidad, porque al fin se había hecho justicia, se imaginó la alegría de Ligia y el resto de la familia, nostalgia por no poder estar a su lado, y después, pura y física rabia porque si él hubiera creído en ellos, en ese momento serían una familia.

Era un sábado en la tarde de inicios del verano. El resentimiento, el despecho y los

celos hicieron que llamara a Alberto. Se puso un vestido negro pegado que no se había

estrenado y sandalias de tacón puntilla. Lo citó en un bar en el centro, cerca al sitio de trabajo. Dejó a Paloma con Verónica y con su amiga y vecina viendo por enésima vez

Brave.

En cuanto llegó al lugar eran las siete de la noche y todavía no había oscurecido. Se

sentó en la barra y pidió un trago de tequila, había llegado temprano, luego pidió otro

trago y rechazó las bebidas que le ofrecieron un par de hombres. Cuando llegó Alberto,

la encontró achispada, ella le dio un profundo beso, que el hombre, pasmado,

respondió.

—¿Qué pasa? —quiso saber él.

—Pasa que quiero compartir tiempo con mi novio —dijo ella, mirándole la boca, y

besándolo otra vez.

—Guau, ¿quién eres tú y qué has hecho con Belén?

Ella solo sonrió y se tomó otro trago.

—¿No vas muy rápido?

—No.

Lo tomó de la mano y lo llevó a la pista, bailó pegada a él y le susurró al oído todas

las cosas que deseaba hacerle. Salieron tan pronto pagaron la cuenta, ya en el departamento de Alberto, entre besos y caricias, ella lo llevó a la habitación.

Él quiso preguntarle de nuevo si estaba bien, pero no se atrevió, no quería dañar el

momento en que por fin intuía una parte de la mujer que se escondía detrás de la profesional exigente, la madre dedicada y ese muro de contención que nunca dejaba de

lado, ni siquiera en la cama.

Ella se desnudó con celeridad —él gimió encantado cuando vio el conjunto de

lencería negra—, se acostó en la cama y lo recibió, ansiosa. Alberto era un hombre

muy atractivo, delgado y en forma, ella cerró los ojos y le pidió, nunca lo hacía, ciertas caricias, besos, y por último, le suplicó que le mordiera los hombros. Alberto, atónito

y muy, muy excitado, la complació y entró en ella. Belén llegó al orgasmo de manera

silenciosa casi enseguida, la notó lejana, como si no estuviera qen ese lugar, le aferró

el rostro y la obligó a mirarlo.

—¡Eh! Estás conmigo, no lo olvides.

Se movió dentro de ella a ritmo fiero hasta que alcanzó la liberación. Se tumbaron

lado a lado mientras normalizaban la respiración. Después de unos minutos, ella se levantó.

—¿A dónde vas? —dijo él, todavía intrigado, viéndola vestirse— Quédate,

podemos repetir.

—No puedo, Verónica debe irse a las diez.

Se encerró en el baño, cuando salió, Alberto ya se había vestido y la miraba con semblante serio.

—¿Qué pasa, Belén?

—Pasa que deberíamos pensar en que ya es hora de vivir juntos.

Él la miró, sorprendido, llevaba rogándole un año que lo hicieran y a veces

terminaban discutiendo. Se acercó y la levantó, feliz.

—¿En serio?

—Sí —dijo ella, sin mirarlo a los ojos.

—¿Y para eso tuviste que tomarte un cuarto de botella de tequila y hacerme el amor

como si el mundo se fuera a acabar mañana?

Belén le golpeó el pecho con el puño.

—Ey, no te quejes.

—No me estoy quejando —dijo, mientras cerraba la puerta del departamento —.

Solo que es raro.

—No le des tantas vueltas, me has tenido loca con eso hace meses. ¿Ya no quieres?

—Claro que quiero —dijo él, abrazándola.

—No se hable más, cuando vuelva de Colombia empezaremos a buscar casa.

—Bien.

La dejó en la estación del metro que la llevaría a pocas cuadras de la estación de tren. Ya instalada rumbo a su casa, puso la cabeza entre las piernas. ¡Dios santo! ¿Por

qué lo había hecho?

CAPÍTULO 27

El primer mes, Jorge se dedicó a observarlo todo, desde el lavado de los establos hasta la colocación de vacunas por parte del veterinario contratado a tiempo completo.

Estuvo en el rodeo y buscó más de media docena de reses perdidas por los

alrededores, asistió a dos partos y se empapó del nuevo programa de computador que

llevaba todos los procesos. La hacienda estaba en proceso de certificación de calidad,

entonces leyó y estudió hasta altas horas de la noche para familiarizarse con las nuevas

técnicas y procedimientos. En las noches recibía la visita de viejos amigos que deseaban saludarlo.

Admiraba la labor realizada por su hermano, él solo cambió un par de cosas, vio como Miguel con un profundo respeto, le cedía el manejo de varias áreas.

No todo era

color de rosa, tenía pesadillas y temor de que algo desbaratara su recién encontrada vida. A veces era brusco con Olivia, pero cosa curiosa, fue ella misma la que lo ayudó

a superarlo con su trato dulce y su paciencia, la mujer era un buen ejemplo del que ponía la otra mejilla. Gracias a Dios, su hermano no se enteró de nada o lo hubiera sacado a patadas de la hacienda. Con el paso de las semanas, afianzó lazos con ella y

esa fue la clave para empezar a sanar el resentimiento por todo lo ocurrido.

Una mañana del segundo mes de su estadía en la hacienda acompañó a Olivia a lo

que sería la Casa de Paz, próxima a inaugurarse en pocas semanas. La joven estaba en

esa etapa del embarazo donde todo le provocaba náuseas. En cuanto llegaron al lugar,

una ligera incomodidad de la que no supo la razón se aposentó en el pecho de Jorge.

Recorrieron lo que sería la sede de la ONG, los salones donde se daría instrucción,

el consultorio de la psicóloga y el espacio donde estaría el parque de los niños, que sería la donación de la familia Robles. Lo único bueno que había hecho Orlando Ruiz

era la mujer que tenía enfrente. Una mujer con su cuota de sufrimiento, Jorge había quedado asombrado con lo que le había contado Miguel, si su hermano no lo hubiera

hecho, él no se habría dado cuenta de la condición de Olivia.

Una mujer de edad se acercó a ella, traía un canasto tapado con una manta, que

le brindó enseguida.

—Clementina, buenos días.

La mujer saludó y miró a Jorge con curiosidad, hasta que lo reconoció.

—¡Pero si es Jorge Robles!

—¿Cómo está, Clementina? —Se acercó a la mujer y le dio un breve abrazo.

La recordaba, tenía una finca que colindaba con la parte sur de la hacienda. El respeto por su cuñada crecía a paso agigantados, uno de los hijos de la mujer había desaparecido por culpa del papá de Olivia y sin embargo, las veía en consonancia,

como si ese pasado sufrido y superado las envolviera con hilos invisibles de consuelo.

—Una zurra debería darte, todavía me acuerdo de que me robabas las naranjas del

árbol detrás de la casa.

Jorge soltó la carcajada.

—Eran las más dulces de la zona.

—Me imagino que ya alborotaste el gallinero —dijo ella, refiriéndose a su fama de

mujeriego.

Olivia lo miró con curiosidad, en el tiempo que llevaba en libertad no lo había visto

interesado en entablar una relación con alguna mujer. Miguel le había hablado de Belén, pero nadie se atrevía a tocar el tema.

—No lo he alborotado. —La mujer lo miró, dubitativa, y Jorge levantó la

mano

derecha—. Palabra de honor.

—Estás diferente. Tú ya estás cazado. ¿Y dónde está la mujer?

El rostro de Jorge se ensombreció.

—No hay nadie, Clementina.

—Pues entonces a ponerle remedio, estos jóvenes de ahora se complican con cada

tema, un buen polvo arregla la vida.

—¡Clementina! —exclamó Olivia.

Jorge bajó la mirada y se rio por lo bajo, la mujer era la reina de la sutileza.

Olivia derivó la conversación al tema que las había reunido. Jorge se quedó

observando a su cuñada con una sonrisa tenue y mirada curiosa. Se sintió inquieto hasta

que supo qué era lo que pasaba, ver la pasión de Olivia por su proyecto era como escuchar a Belén hablando de sus trabajos. Si ella estuviera allí con él, babearía con la

Casa de Paz y sería una aliada incondicional.

Cuando se despidieron de la anciana, pasaron por la pastelería de las Rueda. Una de

las hermanas atendía el mostrador, mientras otra mujer de espaldas organizaba algo en

una vitrina. El olor a galletas y pan dulce saturaba el lugar. El lugar había cambiado, le habían dado un toque moderno, con nuevas vitrinas y una agradable decoración. La mujer recibió a Jorge con espavientos y lo invitó a

sentarse en una de las mesas, le pasó enseguida dos milhojas de dulce de leche y un refresco.

—Tus favoritas —dijo.

—Eso no ha cambiado —contestó Jorge, mientras miraba el postre con entusiasmo.

Una mujer más joven se acercó a la mesa a saludar a Olivia.

—Matilde, te presento a mi cuñado. Jorge, ella es la sobrina de Julia e Isabel, la que

estudió repostería en Bogotá.

A Jorge el corazón le dio un vuelco al ver la chispa divertida en los ojos oscuros de

la chica y su rostro lleno de pecas, era rubia como pocas y pudo ver que tenía una agradable figura. Le llamó mucho la atención, no supo si fue porque era rubia y con el

tono de piel muy parecido al de Belén, de pronto todas las ansias por ella se arremolinaron en su estómago y una sombra de su antiguo coqueteo salió a la palestra.

La mujer estaba encantada con el devaneo. Se despidieron sin quedar en nada, pero Jorge supo que volvería para pedirle una cita. Ya era hora de seguir viviendo, aunque

no sabía si al fijarse en esa mujer podría deshacerse del fantasma de Belén.

Jorge continuaba familiarizándose con el manejo de la hacienda, lo que en ese

momento ocupaba todo su tiempo. Su día empezaba antes del amanecer y terminaba pasada la medianoche. La asociación con el antiguo jefe de Miguel había sido una bendición para el lugar y los alrededores. La situación de la hacienda era holgada, daba excelentes dividendos, generaba buen trabajo a jóvenes profesionales que poco a

poco iban cambiándole el rostro a la comunidad.

Se dedicó a darle forma a un proyecto con el que tenía muchas ganas de trabajar, estaba muy bien todo lo que había hecho su hermano, pero necesitaba algo suyo, una idea totalmente suya.

En una de sus idas al pueblo, casi tres semanas después, tropezó de nuevo con Matilde y otra vez esa sensación de déjà vu hizo que la invitara a comer esa misma noche.

Estaban en el mejor restaurante del pueblo. Un lugar situado a las afueras y erigido

en una pequeña colina. El pueblo estaba cambiando, mucha de la gente que fue

desplazada tuvo la oportunidad de estudiar o prepararse en algún oficio y regresaba con el ánimo de darle una nueva cara a San Antonio de Padua. Había negocios

modernos, joyerías, boutiques, una tienda de libros, de productos naturistas, en fin.

Jorge vestía una camisa de hilo blanca y pantalón de dril oscuro. A Matilde le parecía el hombre más guapo del pueblo, ella llevaba un vestido de flores y sandalias

de tacón delgado, se había maquillado de manera suave.

—¡Estás muy guapa! —dijo Jorge, tan pronto se sentaron a la mesa.

Saludó al dueño del lugar con un gesto de la mano y un mesero se acercó presuroso a

atenderlo. Como la noche estaba cálida, no pidieron vino sino dos cervezas heladas, antes de ordenar la comida. Matilde le contó algo sobre su vida y sus estudios, era una

mujer de armas tomar por lo que pudo vislumbrar Jorge, que le relató también sobre su

trabajo en la hacienda. Ella tomó su mano y le dijo:

—Si deseas hablar sobre la cárcel, te escucho.

¿Por qué todo el mundo pensaba que a él le gustaba hablar sobre ello? Estaba cansado de escucharlo, como si le interesara hablar de un viaje al infierno. Trató de ocultar su decepción y no pudo evitar compararla con Belén, que demoró su buen tiempo en tocarle el tema. ¿Por qué carajos pensaba en ella cuando estaba ante una mujer atractiva que podría aliviar su abstinencia de años con una insinuación? “Porque

hay algo de Belén en esta mujer”.

Cambiaron el tema a libros, películas, esas cosas ligeras que dicen mucho y poco de

una persona, depende de cómo se le mire. Comieron en medio de un ambiente relajado.

Tomaron un par de cocteles y luego él la acompañó a su casa.

La mujer insistió en caminar, iba un poco achispada y se pegó a él mientras recorrían los pocos pasos hasta su hogar. El roce de su cuerpo desencadenó una catarata de sensaciones agridulces. Podría hacerlo, sentirse relajado, tranquilo, estaba seguro de que sería bien recibido, pero… ¿era ella la mujer que quería para compartir algo? No

estaba seguro y no quería ese tipo de sexo que disfrutó antes de Belén. Su amigo de reclusión, Edgar Ramírez, le diría que estaba hecho un soberano marica, pero

necesitaba la maldita conexión que en ese momento no veía, la atracción era solo física. A lo mejor se le había quemado un circuito por culpa de la cárcel. Estaba como

esas mujeres de las películas románticas que tanto disfrutaba Belén. ¿Aún le gustarían?

¿Qué haría en su día a día?

Matilde se detuvo de pronto frente a su casa, la tenue luz de la farola proyectaba un

juego de luces y sombras. Era una noche sin luna, las cigarras entonaban sus notas, ella

le acaricio el pectoral y él se dijo que era estúpido querer compararla con Belén, en la

cena pudo ver que tenían poco en común, a excepción del cabello y el tono de piel, y

tenía que demostrarse que sí era posible la vida sin ella. No estaba castigándola, ni más faltaba, solo precisaba pasar esa instancia, como si necesitara aprobar algún tipo

de examen. Se dejó llevar como cuando aún no conocía el amor y las cosas eran más

fáciles. Le aferró el rostro.

—Eres muy hermosa.

Ella le sonrió.

—Sé que a veces puedo ser intimidante.

Él no la dejó continuar, se apoderó de su boca y gimió sobre sus labios al reconocer

sensaciones olvidadas.

Ella lo invitó a entrar y él aceptó.

Le hizo el amor con gula en cuanto se desnudaron, como el sediento que encuentra el

oasis en medio del desierto, y por un momento, se sintió aliviado y creyó que

estaba a

punto de lograr, si no el olvido, por lo menos una tregua. No quería el fantasma de Belén en esto, la mujer era hermosa y apasionada, pero la sensación fue un pálido reflejo de lo vivido con ella, su amor, su reina, la eterna… Fue sexo, solo eso, sexo.

Jorge era poco amigo de las redes sociales, la cárcel no daba para tanto, allí apenas

podían utilizar Google, con cientos de páginas restringidas y eso, cuando había Internet, que era muy pocas veces. Escuchaba a Olivia y a Miguel hablar de gente que

hacía tiempo que no veían y que los habían contactado por Facebook. Esa noche, cuando todos estaban acostados, con un whisky en la mano y música en el equipo, abrió

un perfil con un nombre diferente y se dedicó a navegar el nombre de Belén García.

Cuando puso su nombre en el buscador salieron por lo menos una treintena de

mujeres con el mismo nombre. Había una imagen de una anciana, una mujer con el cabello rojo, otra en sus cuarenta, una imagen de una bruja en caricatura, otra de una

jovencita, muy expuesta por cierto, y por último, ella. El corazón le dio un vuelco en

cuanto la vio y acercó más su rostro al computador, como si así pudiera respirarla. Su perfil era privado, no podía ver gran cosa, solo media docena de fotos, por las fotografías de portada dedujo que vivía en Nueva York. No había cambiado mucho, el

cabello lo tenía un poco más corto, los mismos ojos, la misma mirada ávida y limpia.

“Ese sueño que eres tú todavía dura. Durará siempre, porque siento que estás

dentro

de mi sangre y pasas por mi corazón a cada rato". Nunca unas palabras escritas por un

autor, en este caso Juan Rulfo, se habían identificado tanto con sus sentimientos. Se sintió invadido por ella. No, ella nunca lo había abandonado. Belén era su pensamiento

en cualquier momento de la jornada, respiraba su olor a vainilla todos los días, el color de sus ojos estaba impreso en las piedras del río por el que pasaba varias veces

al día, lo había dejado tan jodidamente marcado, que era una estupidez pensar que podría rehacer su vida sin siquiera saber qué hacía ella con la suya.

Tendría que idear una forma de ponerse en contacto con ella. Podía visitarla en Nueva York, sus antecedentes estaban limpios y podía solicitar la visa de turismo, pero

había iniciado un proyecto y no quería dejar todo tirado, tendría que esperar hasta darle forma.

A la semana siguiente le expuso a Miguel su nuevo proyecto, la venta y cría de caballos pura sangre. Se podía comprar un terreno aledaño que estaba a la venta. A su

hermano le entusiasmó la idea. Miguel sabía de su pasión por esos animales, recordó

el caballo Pura Sangre de su padre, al que se habían llevado los mismos hombres que

lo asesinaron. Esa semana viajó a un criadero ubicado en los Llanos Orientales, deseaba hacer una réplica más pequeña de él en su hacienda, le ofrecieron a la venta

caballos reproductores Appaloosa, Cuarto de Milla, Pura Sangre inglés. Jorge estaba

seguro de que se recuperaría la inversión con creces, presentaría el proyecto en la siguiente reunión de socios.

A su llegada a Bogotá, aprovechó para hacer compras de ropa y otras cosas. Cuando

salía de un almacén de un famoso centro comercial, se tropezó con Antonia.

—Vaya, pero si es el buenorro. —Lo abrazó con evidente gusto.

Jorge le devolvió el abrazo y un nudo en la garganta le dio un tono ronco a su voz.

En ese momento la veía muy parecida a Belén.

—¿Cómo has estado?

—Muy bien, muy bien.

Antonia tenía seis meses de embarazo, le contó a Jorge que se había casado con un

arquitecto y que vivían fuera de Bogotá. La invitó a almorzar e insistió tanto, que no se

pudo negar. Se instalaron en un Crepes and Waffles donde ella pidió una ensalada y Jorge un crepes de mariscos. Hablaron del clima, del tráfico y hasta algo de política,

hasta que llegaron los platos.

—Leí el reportaje, mejor dicho toda la familia lo leyó, no sabes lo que me alegra que ya no haya nubes en el panorama. Cuéntame del bribón de Miguel.

—Mi hermano se casó hace unos meses, trabajamos juntos en la hacienda.

—Sí, quedaba cerca de San Antonio de Padua, lo recuerdo. ¿Y qué haces en Bogotá?

—Estaba en los Llanos Orientales, estudiando un proyecto que quiero implantar en

la hacienda. —Soltó el tenedor, tomó un poco de la limonada que había pedido —. ¿Y

Belén?

Jorge había detectado algo en la expresión de Antonia y no supo a qué atribuirlo, de

pronto eran imaginaciones suyas, pero la había notado nerviosa, a la defensiva todo el

encuentro, y al preguntarle por Belén lo confirmó. Ella desvió la mirada y bebió de su

jugo de maracuyá. Jorge se dijo que se moriría allí mismo donde Antonia le dijera que

estaba casada y llena de hijos. Con una piedra en el estómago, esperó. Ella carraspeó,

seguro por lo ácido de la bebida.

—Está muy bien.

—¿Se casó?

Negó con la cabeza.

—No —dijo, como si le costara imaginarlo.

—¿Dónde vive?

—En Nueva York.

—Necesito hablar con ella.

Antonia murmuró algo por lo bajo. Jorge se inclinó para tratar de escucharla.

—¿Perdón?

—Nada, nada. Tendría que preguntarle.

—¿Dónde vives?

—No vivo en Bogotá, mi esposo y yo vivimos en Medellín, vine por el aniversario

de bodas de mis padres, cuarenta años no se cumplen todos los días.

Jorge, que la notaba más nerviosa a medida que avanzaba la charla, desplegó su encanto para sonsacarle más cosas, ya más relajado al saber que Belén todavía era libre y suya. No supo de dónde vino ese pensamiento, pero allí estaba. No pretendía ponerse en plan hombre de las cavernas ni mucho menos, ese tipo de ideas lo

incomodaban, pero Belén era la única capaz de convertirlo en un energúmeno machista.

—¿Y cuándo es la celebración?

—Mañana en la tarde en casa de mis padres.

—¿Y Belén estará allí?

Antonia se sonrojó y carraspeó antes de responder.

—¡Claro que no! —Soltó una risa nerviosa—. Cómo se te ocurre, viajar desde

Nueva York ahora que tiene tanto trabajo. Imposible.

La mujer miró su reloj y se levantó de pronto. Jorge la miraba pensativo. “Miente”,

se dijo.

—Tengo que irme, fue un encuentro muy agradable.

Jorge llamó a la mesera por la cuenta. Antonia se despidió, presurosa, y salió del lugar como una exhalación. Jorge se percató de que había dejado una bolsa en la silla.

Salió del lugar buscándola, pero no la encontró por ningún lado. Abrió la bolsa y se

encontró con un paquete envuelto en papel regalo. Seguro era el obsequio para sus padres. En el paquete estaba la factura con una dirección, seguro la de la casa de los

padres de Belén. Jorge nunca había estado allí, pero recordó donde vivían. Se dijo que

iría al día siguiente a devolver el presente, la curiosidad no lo dejaría tranquilo hasta

saber.

CAPÍTULO 28

Belén y Paloma llegaron a Bogotá el día anterior a la celebración del aniversario de

bodas de sus padres. Paloma charló con el pasajero del lado, luego de contarle la pelea de un compañerito de colegio con un niño de otro grado antes de salir de vacaciones, pasó a mostrarle la vendita color fucsia que tenía puesta en la rodilla, producto de un raspón hecho en el parque. Vio la película *Frozen,* aunque no era su favorita, nada superaba a *Brave*. No probó la comida del avión, en cambio sacó de su bolso de Pocahontas un paquete de galletas y un cuaderno para dibujar.

—Mami, ¿trajiste mi vestido de flores rojas?

Belén le colocó a Paloma un mechón detrás de la oreja. Deseaba abrazarla con

fuerza, pero en lugar de eso, contestó:

—Si me das un besito, te contesto.

Ella giró la cara enseguida, levantó el rostro, frunció los labios y la besó.

—Sí, mi amor, el vestido está en la maleta, pero recuerda que ese no es el que usarás en la ceremonia.

—Lo sé —dijo, delineando un árbol de color morado.

Soltó el lápiz, se volteó y entabló otra conversación con el hombre, que le tuvo la

paciencia de un santo, era abuelo, le dijo Paloma a Belén. El hombre sonreía con cada

ocurrencia de la niña.

—Vamos a celebrar la fiesta de mis abuelos, va a haber una misa y yo iré regando

las flores de primera, y mis primos irán detrás. Hice una pulsera, me gusta hacer collares, aretes y anillos, mi mamá me compró plastilina, esa que se seca, hicimos las

bolitas y las atravesamos con un palillo, me chucé con los palillos y luego las pusimos

en un hilo y las pinté, les hice estrellas y flores. Mi mamá me dijo que me iba a comprar piedras de verdad cuando sea más grande. No puedo chuparlas o metérmelas

en la nariz tampoco, porque me castiga.

—Paloma —dijo Belén en tono de advertencia.

—Solo puedo hacer collares cuando mi mamá o Verónica están conmigo.

Después de unos minutos, Paloma se quedó dormida, hasta el momento en que el

avión aterrizó.

Mientras reclamaba las maletas, a Belén se le apretó más el nudo en el estómago que

tenía desde que había leído la entrevista y se había enterado de la liberación de Jorge.

Había pedido unos días de vacaciones, no solo para la celebración de aniversario de

sus padres. Pensaba viajar a San Antonio de Padua a hablar con él. No llevaría la niña,

primero le daría la noticia de que era padre, el remordimiento la mataba, debió decirle

años atrás, pero la distancia le hacía ver las cosas diferentes.

Cuando estaba en Nueva York, otras eran sus batallas, los separaba un mundo y se

aferró a eso para poder superar todo y criar a la maravillosa criatura que tenía como hija. Había sido muy vaga con Paloma respecto a la existencia de su padre, cuando ella

cumplió cuatro años, se empezó a dar cuenta de la existencia de los papás y le preguntó

por el suyo un día. Le habló de su trabajo, de lo buen hombre que era y de manera velada, del por qué no la había conocido. Belén le tenía temor al desengaño. Ella había

superado su rechazo con el pasar del tiempo, había reconstruido su corazón haciendo

que el resentimiento hacia el hombre que había amado se sosegara, pero si Jorge Robles rechazaba el amor de su hija, lo mataría con sus propias manos sin

contemplaciones.

Algo en su interior le decía que Jorge no sería capaz de rechazar a la niña, de hecho

podía casi asegurarlo, pero no sabía cómo reaccionaría ante tamaña sorpresa. Paloma

era lo más importante en la vida de Belén. Era su alma y el hecho de que la pequeña

sufriera por esto, o la separaran de ella, sería inconcebible. No sabía qué pretendía Jorge para su vida, en la entrevista había sido muy vago cuando le preguntaron sobre

ello. “Trabajo y más trabajo”, había contestado.

Jorge apenas había podido dormir esa noche, no sabía cómo enfrentar a la familia de

Belén, necesitaba ponerse en contacto con ella, verla, saber si lo había olvidado o todavía pensaba en él. ¿Por qué le mentiría Antonia? La vida en la cárcel le había enseñado a olfatear una mentira a kilómetros. ¿Estaría comprometida? Se lo habría dicho, Antonia se limitó a balbucear, nerviosa, sin saber qué decir. ¿Por qué? No creía

que fuera por él, su vida había cambiado, ya no pendía ninguna investigación sobre su

cabeza, era un hombre con un futuro, con medios, nada que ver con el que fue seis años

atrás. Si bien nada borraría su pasado, ahora podía encarar de frente el futuro.

Se levantó temprano, había pasado la noche en el apartamento de la familia en la ciudad, salió a correr y cuando volvió, se dedicó a trabajar con su ordenador un rato.

Rato más tarde se bañó, se afeitó, se aplicó su loción para después de afeitar y

se miró

al espejo. ¿Qué diría Belén si lo viera? Que estaba más viejo, que ya tenía algunas canas, pero su cuerpo estaba igual, fibroso y corpulento, incluso había desarrollado más músculos debido al ejercicio y al trabajo que hacía en la hacienda.

Se puso la ropa que había comprado el día anterior. Si tenía que hablar con el patriarca de la familia García, lo haría. Con personajes más difíciles había tenido que

lidiar.

Con

el

paquete

de

regalo

dejado

por

Antonia,

salió

del

departamento.

A los cuarenta minutos, aparcaba en una calle de casas de arquitectura idéntica, jardín pequeño y puertas oscuras de madera. En la esquina quedaba un parque, a lo lejos se escuchaban los gritos de unos jóvenes y el silbato, seguro de algún partido que

jugaban. El cielo estaba despejado, había lloviznado la noche anterior, pero en ese momento brillaba el sol.

Se acercó a la casa que ostentaba la dirección que estaba en la factura. Era una

vivienda esquinera con un jardín muy bien cuidado, con gran variedad de flores. Jorge se quitó las gafas de sol y las puso en el bolsillo de la chaqueta. Tocó el timbre y escuchó unos suaves pasos seguidos de otros más pesados.

—Déjame abrir a mí, Rosario —dijo una voz de niña.

—A tu mamá no le gusta que abras la puerta.

Una mujer de edad madura apareció en el umbral.

—Buenos días. ¿Qué se le ofrece?

—Busco a Antonia García.

—Un momento, por favor.

En cuanto la mujer se quitó del portón, Jorge miró hacia abajo, una niña lo miraba

curiosa, sin pronunciar palabra.

—Hola —dijo él por decir algo, el corazón le dio un vuelco al mirarla de nuevo con

más atención.

—¿Cómo te llamas?

—Jorge Robles.

La pequeña dijo algo, cuando por entre un túnel escuchó que la mujer llamaba a Antonia y luego la otra frase que lo dejó inmóvil.

—Te llamas igual que mi papá.

En ese momento, otra voz se escuchó.

—Paloma, ¿qué te he dicho? No puedes abrir la puerta a desconocidos.

El zumbido en los oídos se hizo más fuerte y el corazón quiso salírsele del pecho cuando escuchó la voz de sus sueños.

Belén abrió la puerta, Jorge sintió que se asfixiaba, el suelo se movió bajo los pies.

Ella se puso tan blanca como la pared.

La niña se acercó a Jorge y lo señaló.

—Mami, este señor se llama igual que mi papá.

Ni Jorge ni Belén eran capaces de pronunciar palabra. Él, con piernas temblorosas,

se puso de cuclillas, el corazón le batía como tambora y un sudor frío surcó su espalda

cuando la niña se quedó mirándolo con curiosidad. Dejó el paquete que había ido llevar en el suelo. Sintiéndose tan fuera de su elemento como un caballo de carreras en

un restaurante fino, se limitó a observarla, acercándose más a ella. Percibió su olor a

loción o a champú, un perfume suave y cítrico, escuchó su respiración, le tomó el rostro con la mano, escrutó su cara, tenía su mismo tono de piel y los ojos eran los mismos suyos, la boca era de Belén, y el cabello lacio y oscuro de los Robles.

Una corriente lo atravesó como si hubiera metido los dedos dentro de un enchufe. La

niña la había llamado mamá, Belén había tenido una hija suya, pero no había buscado

la manera de contactarlo, de contarle. ¿Pensaba ocultarle toda la vida que era padre?

Despegó la vista del rostro angelical de la pequeña, y alzando la mirada, observó a

Belén entre furioso y confuso. Tenía muchos sentimientos encontrados, pero había uno

que era el que más lo abatía, era la primera vez desde su salida de prisión que se sentía

perdido.

La niña parloteaba algo sobre una fiesta, pero él no la escuchaba. Tenía una hija, su

nombre era Paloma, en ese momento tuvo el deseo de increpar a Belén por su acción,

lo haría, claro que lo haría. Quería retorcerle el delicado cuello y a la vez devorarle la boca. La sangre se le subió a la cabeza y quiso salir corriendo, a pesar de no sentirse

dueño de sí mismo, no se atrevió, tuvo que acudir a su autocontrol para no asustar a la

pequeña.

—Jorge, ¿me escuchaste?

La voz de la niña fue todo lo que necesitó para controlarse. Ella lo jalaba de la camisa mientras seguía hablando, tan rápido que casi no le entendía.

—Tienes un nombre hermoso —dijo, en cuanto pudo pasar la enorme piedra que se

alojó en su garganta. Deglutió varias veces, el tono de voz salió ronco.

—Mi mamá me lo puso, me dijo que así era que mi papá la llamaba a ella.

Él le acarició la mejilla de piel suave y la miró con ternura.

—¿Cuántos años tienes? —Pasó saliva otra vez.

—Acabo de cumplir seis años —señaló con los dedos de las manos, unas manos

regordetas con uñas pintadas de un rosa brillante.

Jorge se levantó, seguía observando a Belén de manera indescifrable, la percibió nerviosa y se alegró, aún no había recuperado el color y lo miraba con algo de culpa.

—Tenemos que hablar —le dijo en tono suave, pero con sustrato frío como el hielo.

—Después —replicó ella, con talante angustiado.

Aún no se reponía de ver a Jorge Robles en la puerta de su casa. Quiso morirse cuando vio la manera en que miraba a la niña, había estado en lo cierto, él no rechazaría a su hija nunca. Dio gracias a Dios por eso. ¡Señor! Estaba más guapo de lo

que recordaba, las canas en sus sienes la conmovieron. Escuchar su tono de voz tuvo un

fuerte impacto en ella, le atravesó el cuerpo, causándole estremecimientos. Tantos recuerdos se agolparon en su cabeza que quiso llorar de alegría por estar en un mismo

espacio. Vestía un pantalón azul oscuro, mocasines oscuros a juego con la hebilla de la

correa del pantalón, camisa blanca y bléiser color arena. Le temblaron las piernas, quiso saltar a abrazarlo, olfatearlo, apretarse contra su pecho y decirle que a pesar de

todo lo había extrañado con locura.

Él estaba concentrado en la niña, apenas le había destinado un vistazo apático. No

sabía qué hacer, se notaba que Jorge estaba como una olla de presión a punto de estallar. Estaba segura de que Paloma lo contenía.

—¿Qué pasa aquí? —Calixto se sorprendió de ver el cuadro, su nieta abrazada a Jorge Robles.

— Abuelito, este señor se llama igual que mi papá.

—Ya veo —clamó el hombre, sorprendido.

Se acercó, la niña se separó y Jorge se levantó, renuente. El padre de Belén poco había cambiado. Seguía siendo el mismo hombre altivo e imponente que lo visitó en la

cárcel años atrás.

—Buenas tardes —saludó a todos, vio a una mujer detrás de Calixto, que seguro era

la madre de ella, por el parecido con el par de hermanas.

—Hazlo seguir, princesa, no puedes dejarlo en la puerta, es de mala educación —

indicó Calixto a Paloma.

Jorge no quería entrar, quería llevarse a Belén y a Paloma para algún lado, pero a lo

mejor el estar con otras personas le aliviaría el genio que estaba a punto de estallar. La condenada de Belén lo miraba temerosa, vaya, aún recordaba su temperamento, por lo

visto. Que se preparara.

Paloma lo tomó de la mano y lo llevó a la sala a donde los siguieron todos como en

procesión.

Jorge no quería tomar asiento, pero Pilar le insistió y le pidió a la mujer que le abrió

la puerta café para todos.

—Yo vine a traer este presente que se le quedó a Antonia en el lugar donde nos encontramos ayer.

Pilar se lo recibió.

—Mil gracias, pero tome asiento —insistió la mujer, que dejó el paquete encima de

una mesa esquinera.

Belén estaba muda. Antonia le había relatado el encuentro y ella la había reprendido

por no haberle pedido sus datos, apenas había dormido la noche anterior pensando en

eso. Paloma se había ausentado y había vuelto al segundo con un maletín que dejó en el

suelo y del que sacó un caballo de plástico.

—Mi mami me dijo que mi papá era médico de animales. ¿Tú también eres médico

de animales?

Se acercó, subiéndose sobre las piernas de su padre, que ya se había sentado.

Mientras le hablaba, Jorge, que estaba absorto en la conversación de la niña,

hizo un

gesto afirmativo.

—Quiero montar en un caballo como este —le dijo, como una princesa hablándole a

un súbdito.

Jorge miró el caballo algo descolorido, con las patas dobladas hacia afuera, seguro

por las horas de juego.

—Lo haremos en uno parecido. —Le acarició la espalda.

Calixto levantó una ceja. Jorge se acercó y le dijo a la niña en voz baja que le regalaría un caballo, Paloma abrió los ojos y ya iba a exclamar la buena nueva, cuando

él se apresuró a decirle:

—No le digas nada a nadie, será nuestro secreto.

La niña hizo un gesto afirmativo con la cabeza y entonces exclamó:

—Un día la profesora nos llevó a una finca, había caballos, cerdos, vacas, ovejas peludas y patos, yo corrí detrás de los patos y me caí. Yo llevaba curitas en la lonchera, mi mamá las echó porque dice que me caigo cada rato. —Paloma puso los

ojos en blanco en un gesto que Jorge solo quiso abrazarla y nunca más soltarla —. La mamá cerda tenía cerditos pequeños, me dejaron alzar uno, pero no pude tocar las ovejas. Frank no me dejó y después tuvimos que irnos.

Belén nunca agradeció tanto la charla de su hija como en ese momento. No lograba

dominar la consternación con que lo miraba, lo detalló de los pies a la cabeza.

—Paloma —dijo Calixto—, quiero hablar unos minutos con Jorge en el estudio.

¿Nos permites?

—Hablaré con usted, señor García, no se preocupe, pero primero quiero hablar con

Belén —indicó Jorge, en tono que no admitía réplica y ya más calmado, en apariencia.

Ella lo miró, asustada.

—Claro, pueden hacerlo en el estudio.

—No, gracias —se dirigió a Belén—. Vi un parque en la esquina, te espero en cinco

minutos. Luego se dirigió a la niña. —Preciosa, voy a hablar algo con tu mami y luego

vendré y charlaremos un rato. ¿Te parece?

—¿Por qué no puedo ir al parque? —insistió la pequeña.

—Paloma, tienen que charlar cosas de mayores —dijo Pilar.

Jorge abrazó a su hija y salió escaldado de la casa.

Quería matarla. Tenía una hija a la que no conocía y que no lo conocía. Ese pensamiento le hizo hervir la sangre. Su hija, quería devolverse y acercarse a ella, se

sintió enorme y torpe a su lado, quería mirarla y que le hablara de lo que quisiera con

esa voz tan dulce. Perdió los estribos otra vez, quería coger el árbol que tenía enfrente

a puños. Rememoró su rostro, era preciosa y una Robles de los pies a la cabeza.

Vio a Belén venir a lo lejos. Lucía espectacular, la muy tunante. Vestía un jean pegado al cuerpo y un suéter claro voluminoso, botas a media caña. Se había agarrado

el cabello en una cola de caballo. ¿Cómo podía experimentar sentimientos tan

contradictorios por ella? Quería acogotarla y a la vez tocarla por todas partes, quería

retorcerle el cuello y a la vez acercarse y olfatearla para ver si todavía olía a vainilla.

Belén al acercarse hizo más lentos los pasos hasta que estuvieron frente a frente. Los

ojos de Jorge expedían llamaradas de fuego.

—¿Qué le has contado a Paloma sobre mí? —exclamó, rabioso.

Belén lo miró fijo.

—Que eres veterinario, que tienes una hacienda, que estuviste en un lugar del que no

podías salir hasta ahora, no preguntó mucho sobre eso, puedes estar tranquilo. —Las palabras salían atravesadas, él resopló, furioso, y ella continuó—: Que la has amado

desde siempre, pero por cosas de vida no podías estar con ella.

A Belén el corazón le latía de forma furiosa. Las manos le sudaban y le temblaba la

voz. Se abrazó a sí misma y caminó unos pasos hasta una banca de cemento. El partido

ya había terminado y en el parque quedaban pocos niños a los lados de los columpios.

Un par de ancianos paseaban por el lugar, alimentando las palomas. El sol atravesaba

las ramas de los árboles, olía a eucalipto. El suelo estaba tachonado de las semillas de

ese árbol.

—¿Cómo pudiste, Belén? —preguntó, en un tono de voz herido, desde la altura. Se

negaba a sentarse a su lado.

Belén quiso encogerse en el banco y desaparecer.

—No querías hijos, esas fueron tus palabras, no podía ir corriendo a llorarte y decirte que me dejaste embarazada —contestó Belén con un asomo de ira.

Jorge chasqueó los dientes, trataba de controlarse.

—Yo no te dejé embarazada, Belén, ¡tú te embarazaste sin importar mi opinión! Eso

es muy distinto. —Soltó un fuerte suspiro—. Pero eso ya no importa.

Belén sintió como si le hubiera dado una bofetada.

—No entiendo tu ira. ¡Fuiste tú quien me sacó de tu vida o debo recordarte que me

trataste como a una prostituta! ¡Era tu mujer! —Estaba siendo rastrera y lo sabía, pero

de algo tenía que agarrarse.

—¡Esto no se trata de ti! ¡Fuiste una soberana egoísta! —Se acercó él con el

rostro

congestionado de la rabia, se contenía para no tocarla.

—¿Yo? ¿Yo egoísta, Jorge Robles? ¡Me tiraste como a un trapo viejo! —soltó,

furiosa—. No te importaba nadie más que no fueras tú y tu tranquilidad. Pensabas que

mi amor era tan poco que me iría con el primero que me dijera tres palabras bonitas.

Sinceramente, Jorge, no creí que te importaría —concluyó, resentida.

—¡Idioteces! —Jorge levantó el tono de voz, unos niños que jugaban cerca los

miraron de manera curiosa—. ¡Sabes muy bien que hubiera respondido por ella!

Belén se levantó como un resorte.

—Yo he respondido muy bien por ella, es una niña sana y feliz, tiene todo lo que necesita.

—¡No tiene un padre!

—No necesita un padre —mintió y avergonzada, le dio la espalda.

Jorge apoyó las manos con los puños cerrados en la cintura.

—¿Quién demonios eres tú? —indagó, consternado. De la mujer que había sido

Belén no quedaba casi nada

Ella se volteó de pronto con los ojos oscurecidos de rabia.

—Soy la mujer con la que me tocó vivir, la mujer que tuvo que levantarse para no

decaer, vienes aquí reclamando cosas sin pensar en lo que verdaderamente sucedió.

—No me vengas con tus historias, eres una mujer fuerte, mi familia te amaba,

hubieses buscado a mi madre o a Miguel.

—¿Para qué? ¡Para te hubiesen ido con el cuento a la cárcel y me hubieses odiado

aún más por tener un hijo que no querías!

Él la tomó del brazo de manera brusca, sin embargo, ella lo miró desafiante. No estaba dispuesta a aceptar toda la culpa de lo ocurrido.

—¡Escúchame bien! —Jorge le mostró los dientes—. Esa niña ha pasado seis años

sin mi apellido. ¡Es una Robles! Le negaste el derecho a mi familia, le negaste su

herencia.

Ella se soltó de su agarre con firmeza.

—¡Dijiste que no querías que tu hijo se avergonzara de ti! Qué nunca hubieras permitido que te visitara en ese lugar.

—Hace cuatro meses salí de la cárcel ¿Si no hubiese venido hoy, me habrías

buscado?

—Sí.

—Mentirosa.

—No tengo por qué mentirte, te me adelantaste. Ahora dime, Jorge. ¿Qué hubiera pasado si te hubieses enterado de mi embarazo estando en prisión? No estaba en tus planes, no me querías y afrontabas una condena. ¿Qué más

querías que hiciera?

—No me insultes, Belén, ni te insultes a ti misma, sabes que si lo hubiese sabido habría hecho lo correcto.

—¡No te creo, tendrás que hacerlo mejor, Jorge Robles! ¡Hice lo que tenía que hacer

en ese momento!

—No, tú te vengaste de mí, Belén, y te vengaste de la forma más rastrera. —Él se

inclinó un poco más cerca y le dijo de manera deliberada—. Me privaste de mi hija durante años y te vas a arrepentir de ello.

Belén sintió terror. Jorge expedía enfado por cada uno de sus poros. Ella no podría

mostrar algún signo de debilidad o sería su perdición. ¿Y si le quitaba a su hija?

—Paloma es mía —ratificó.

—No la concebiste tú sola. —Él se inclinó un poco más cerca y le dijo, muy

lentamente—: Créeme, eso lo recuerdo muy bien. Es mía también, por algo le has hablado de mí.

—No iba a mentirle, cuando me preguntó por su padre, intenté ser honesta con ella.

Él rio, sarcástico.

—¿Se supone que tengo que darte las gracias? —se mofó—. ¿Hasta cuándo vas a

estar en el país?

—Estaré una semana, apenas llegamos ayer.

Él negó con la cabeza.

—Creo que te vas a tomar más días. —Ella lo miró, confusa—. Necesito tiempo con

ella, conocernos y que conozca a mi familia. Mi lugar no está en la capital y lo sabes

bien, vivo en San Antonio, estoy aquí por un improvisado viaje de negocios —dijo, en

tono frío.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero que tú y Paloma me acompañen a El Álamo.

Ella lo miró, sorprendida, estaba loco si creía que ella iba salir corriendo detrás de

él. Tenía que volver a Nueva York. Jorge, al ver que ella no comentaba nada, continuó:

—Quiero mínimo un mes con mi hija, Belén, quiero saber qué color le gusta, que flores son sus favoritas, si es una princesa Disney o una tortuga ninja, quiero saber

hasta el más pequeño detalle de su vida, cuántas veces se ha enfermado, quienes son sus amigos del colegio, pero lo más importante…. —Se acercó tanto a ella que la hizo

retroceder—… quiero que esa niña tenga un apellido. Que me reconozca como su

padre más que por lo que tú le hayas contado de mí.

—Pero yo tengo un trabajo, una vida en Nueva York. No puedo tomarme un

mes —

dijo ella, completamente consternada. Había pedido una licencia de una semana. ¡No podía tomarse un mes para acceder al capricho de él!

—Pregúntame si me importa —dijo, de manera sarcástica, algo que enfureció más a

Belén.

—Pues no sé si te importe, pero yo tengo responsabilidades, compromisos y mi hija

ya tiene un apellido, gracias. —Intentó mostrarse mucho más fuerte de lo que de verdad

se sentía, si Jorge la obligaba a reconocer sus derechos como padre, podría perder a

Paloma.

—Mira, Belén. —Él la miró con suficiencia, sabiendo que era una victoria que ya tenía ganada incluso antes de empezarla—. Podemos hacerlo de la manera fácil, tú, Paloma y yo vamos para El Álamo, para que la niña conozca a mi familia y empezar a

ejercer mi papel de padre, o lo hacemos de la manera difícil, contrato un maldito abogado que haga valer mis derechos sobre ella, me someteré a una prueba de ADN y

si tengo que imponerte una demanda por custodia total, te juro por la memoria de mi padre que lo haré con tanto gusto, que olvidarás cualquier cosa mala que haya pasado

por tu vida. Te haré vivir el infierno.

—¡Estás siendo irracional! Tú no entiendes mis responsabilidades laborales…

—¡Tus responsabilidades laborales me importan un bledo! ¡Me privaste seis años de

mi hija! ¡Así que o lo tomas o lo dejas!

—¡No puedes hacerlo! No puedes venir y cambiar nuestra vida.

Él se le acercó y le aferró la quijada con el índice y el pulgar. Agitado por un montón de sensaciones olvidadas, acercó su rostro al de ella.

—Puedo y lo haré. Estarás lista junto con mi hija mañana a las ocho, sin falta. — La

soltó con desdén y se alejó antes de hacer algo de lo que pudiera arrepentirse.

La llevaría, así fuera a rastras. ¡Y que Dios se apiadara de los dos!

—¡No! —gritó ella, sin importar quien la escuchara—. Tú no vas a venir con tus ínfulas de machote, yo también tengo derecho sobre mi hija y si tengo que contratar un

abogado, también puedo hacerlo, hay dos muy buenos en mi familia. No te tengo miedo.

Si deseas conocer a tu hija, lo harás bajo mis condiciones o viajo hoy mismo a Nueva

York, y no creo que puedas detenerme.

Él se acercó, echando chispas por los ojos.

—¡No te atrevas!

La aferró del brazo y la llevó a la casa.

—Vamos, mi hija me espera.

—No puedes decirle nada todavía, tengo que prepararla.

—No soy tan cruel.

—¡Yo se lo diré!

Jorge, sin escucharla, regresó furioso a la casa. Belén lo siguió sin decir una palabra

más. Se sentía molesta, avergonzada y asustada a partes iguales, sin embargo, no le daría el gusto de verla nuevamente hundida. Una vez dentro de la propiedad, encontró a

Paloma jugando con una vajilla diminuta y con Camila, una niña de aproximadamente

once años, su prima, como la presentó ella.

En cuanto él entró en la sala, la niña dejó lo que estaba haciendo y corrió hacia él,

mostrándole una sonrisa radiante. Jorge se había enfrentado a hombres malos, violentos

y retorcidos, pero nunca había percibido el temor que tenía frente a la diminuta criatura

de sonrisa angelical, su hija lo asustaba como un demonio y no sabía el porqué.

—¿Quieres tomar té? —preguntó la niña tan pronto él se sentó.

—Sí, claro que sí.

Él volvió a mirar su rostro, su pelo, la niña vestía una bata de jean que terminaba en

unas arandelas, llevaba unos Converse de color fucsia, su cabello negro estaba

adornado con una cinta del mismo color que sus zapatos. Llevaba un suéter abierto de

color rosado. Jorge se sentía como si alguien le hubiera dado una patada en el estómago o estuviera inmerso en algún tipo de dimensión desconocida, una donde no había dolor, sino solo risas alegres de un pequeño ángel. Sacó su teléfono y le tomó varias fotografías; Paloma, al darse cuenta, le regaló un par de poses, como si para ella

fuese normal que la fotografiaran.

Mientras la niña servía un té de aire con toda ceremonia, Jorge se encontraba absorto en las fotografías que acababa de tomar, tan ensimismado, que no notó cuando

Belén entró y se sentó en el otro extremo de la sala, desde donde los observaba interactuar.

—Cuando estamos en casa —señaló la niña, haciendo que su padre dedicara su

atención a ella—, mami y yo salimos al jardín, extendemos un mantel y tomamos el té,

mi mamá hace galletas, a veces invito a Tammy, mi vecina, pero estamos castigadas. —

La niña se volvió a mirar a Belén—. ¿Cuántos días, mami?

—Lo sabes muy bien, tesoro, dos semanas después de que volvamos.

—¿Y por qué te castigó tu mami? —preguntó Jorge.

La niña le pasó una taza diminuta y él no supo muy bien qué hacer con ella, así que

solo la sostuvo.

Paloma se balanceó, se mordió la uña del pulgar y entornó los ojos cuando miró a

Belén.

—Le cortamos el pelo a la Barbie doctora que mi mami me regaló en Navidad.

Él no supo qué debía decir. ¿Dos semanas de castigo por trasquilar una muñeca? Se

sentía más perdido que una novilla en la sala de su casa, escuchó su parloteo incesante.

La acomodó en sus rodillas, centró en ella toda su atención, quería imaginar que eran

las únicas personas en la sala. Observó pequeños detalles, se llevaba el pulgar a la

boca cuando se reía, y se reía bastante, balanceaba las piernas. Hablaba de todo y tenía una lógica brillante para una niña de tan corta edad.

—Tammy tenía una Barbie así y yo quería que Rebeca se viera igual.

Le rozó con la barbilla la suave sien, se había perdido en el relato, cuando le preguntó:

—¿Rebeca?

Un rato atrás se le había detenido el corazón, ahora lo sentía expandirse en el pecho,

haciéndose gigante. No sabía para dónde mirar. Era padre, por Dios, se había

convertido en padre de una niña.

—Sí, así se llama mi Barbie doctora.

Él pudo jurar que todas se llamaban Barbie. La emoción en el pecho no cedía.

Calixto los interrumpió un momento e invitó a Jorge a pasar al estudio. Paloma, molesta por tantas interrupciones, quería entrar también, pero él hombre fue firme.

Hablaron durante quince minutos. Belén se comía las uñas, se sentía como una niña,

como si de pronto no tuviera el control de nada y le pareció el colmo. Era una mujer

adulta, a ella no la iban a tratar como a una marioneta. Aún no podía creer en su mala

suerte, Ley de Murphy, definitivamente. Tenía pensado viajar a San Antonio y, por extrañas circunstancias, él se le había adelantado, nunca le creería, la miraba como si

ella fuera la bruja mala del cuento. Era tan injusto.

Cuando Jorge salió del estudio, ya era hora de arreglarse para la ceremonia de sus

padres y la posterior reunión. Se acuclilló de nuevo y le dijo a su hija:

—Tengo que irme, preciosa, pero volveremos a hablar. —Se despidió de la niña y le

obsequió un gesto frío a Belén.

Ella esperó a que la puerta se cerrara, para ir con su padre, intentando por todos los

medios sonsacarle algo de la conversación, pero Calixto le dijo que no se preocupara,

que todo se arreglaría.

Belén estuvo distraída durante la ceremonia, en la que Paloma se lució, y durante el

festejo. Nunca pensó que Jorge tuviera una reacción tan visceral respecto a la niña.

Conocía su temperamento, pero también que la mayoría de sus emociones las guardaba

bajo llave. Ni siquiera el día que la despachó sin contemplaciones estuvo fuera de sí.

Eso no le garantizaba que fuera a hacer parte de la vida de su hija, a lo mejor había reaccionado así por culpa de la impresión y la rabia, en cuanto se le bajara el coraje,

vería las cosas de otra manera; o a lo mejor estaba equivocada y sí deseaba

relacionarse con ella.

No sabía si reír o llorar, por un lado le molestaba sobremanera su intransigencia y

por otro, ya podía dejar de lado su mayor temor, que él fuera a rechazarla ¡Qué equivocada había estado! Así estuviera hecho un energúmeno, pondría los intereses de

Paloma por encima de todos. Algo de sus sentimientos sepultados en costras de

resentimiento trataban de aflorar al ver su reacción, pero el orgullo herido los pisoteaba para dejarlos en su puesto. Le tenía terror al futuro, al tiempo forzoso que

tendrían que compartir mientras se relacionaba con Paloma. Se conocía, por más furiosa que estuviera con él, no podía negar que la atraía, se moría de curiosidad por

saber de sus días. Había salido de la cárcel hacía cuatro meses, a lo mejor había alguna mujer en el panorama. Le preocupaba sobremanera el futuro de la relación con

su hija. Había tenido a Paloma para ella sola, ahora tendría que compartirla.

Necesitaba controlar la situación de alguna forma y llevar las cosas por el

lado difícil no era la opción más inteligente, ambos estaban de acuerdo en algo: deseaban lo

mejor para la niña. Ella también tenía derecho a dictar sus términos.

CAPÍTULO 29

En cuanto Jorge salió de la casa de la familia de Belén, tuvo la urgente necesidad de

fumarse un cigarrillo, aunque lo había dejado en cuanto salió de prisión. Estuvo tentado, pero luego recordó que el olor se impregnaba en su ropa y su piel, y supo que

no lo haría, no quería acercarse a la niña oliendo a cenicero. Llegó a su casa, se quitó

la chaqueta y se recostó en el sofá. Sacó el celular de su bolsillo y miró las fotografías que le había tomado, una vez más. Lo sorprendía el color de sus ojos, iguales a los suyos.

Sonrió, orgulloso y preocupado. ¿Qué sabía él de niñas? En la cárcel, cuando soñaba

con hijos, siempre se imaginó hombres, enseñar a sus hijos a montar a caballo, jugar al

fútbol, juguetes repletos de arena, rodillas peladas. Lanzó otra mirada a la fotografía,

Paloma, tan femenina, tan bella, tan delicada, no le llegaba a la cadera, se sintió enorme al lado de ella. Hablaba hasta por los codos, su familia la adoraría en un santiamén, él se sentía como un intruso entre ella y Belén.

Le daría el apellido y una buena manutención, se tomaría las cosas con calma, lo de

llevarla a El Álamo había sido un farol producto de la rabia, la llevaría a San Antonio

en cuanto la niña supiera que él era su padre y eso tendría que hacerse antes de que ellas volvieran a Estados Unidos.

Belén, apretó los dientes, furioso, se lo había ocultado. La niña hubiera sido un gran

consuelo en sus años de cautiverio, pero tenía que ser honesto consigo mismo, a pesar

de sentirse engañado, ella tenía razón, la había sacado de su vida y el remordimiento

llegó a él recordando esa tarde. En la cárcel, cuando soñaba con esa despedida, se levantaba bañado en sudor, sabía que eso no la excusaba, debió haberlo contactado.

Sería muy difícil perdonarla. Así estuviera entre rejas se había perdido muchas cosas.

El nacimiento, sus primeros meses, su primer diente, así fuera a la distancia, el saberlo

hubiera hecho una diferencia.

Se llevó las manos al rostro. Paloma era parte de él. El resentimiento volvió en oleadas. No le había dicho nada y él, ignorante de que una parte de su herencia rodaba

por el mundo. ¿Dónde más habrían estado? ¿Habría expuesto a la niña a su antigua vida? No lo creía. Odiaba lo que le había hecho así como odiaba su deseo por ella.

Se levantó de golpe y abrió el armario de licor, había una botella de whisky, se sirvió un trago que bebió de golpe y luego otro más. Sí, la deseaba como el primer día

y tenía ganas de golpearse la cabeza para ver si la sensatez volvía a él, pasaba de la ira por su omisión a recordar su boca, sus besos, su sexo, tuvo unas ganas inmensas de abrazarla, de pegarla a él, de contarle sus cosas, de

relatarle lo terrible que fue para él dejarla ir, de que añoraba su consuelo, su amor. El tiempo no había cambiado las cosas.

Se refregó la cara, debería volver a San Antonio y acostarse otra vez con Matilde, para ver si sacaba de su sistema a esa mujer de una vez por todas. No se sentía ni un

poco tentado a volver a hacerlo y menos después de haber visto a Belén. Recordó sus

reproches en el parque, la manera en que habían terminado no era una justificación, ni

más faltaba, la cólera, el remordimiento, el deseo y el amor se arremolinaban en su pecho y no sabía cómo iba a hacer para disimularlo y no afectar a la niña. Se tomó la

botella de whisky, a media noche estaba más borracho que una cuba.

Al día siguiente se comunicó con Miguel, al que le pidió que no le contara nada a la

familia y le relató todo lo ocurrido.

—No entiendo por qué Belén no nos contactó —señaló su hermano, con tono

decepcionado.

—Me echa la culpa a mí.

—No quiero decir “te lo dije”, pero pienso que te precipitaste al mandarla al diablo.

—No puedo retroceder el tiempo. —Jorge se masajeó la frente, el dolor de cabeza

parecía incrementarse con el pasar de los minutos.

—Sinisterra te pondrá en contacto con un buen abogado de familia, tienes que

hacer

las cosas bien y hacer valer tus derechos.

—No tengo mucho tiempo, volverán en una semana a Estados Unidos.

—¿Y vas a permitirlo? —La voz de Miguel se escuchó desconfiada.

—No, por supuesto que no. Tengo cosas que hacer, te llamaré luego de hablar con el

abogado.

No supo qué había contestado Miguel, necesitaba tomar algo para su dolor de cabeza

y luego afrontar lo que el destino le había puesto enfrente.

Jorge llamó a Sinisterra y aparte de pedirle que le recomendara un abogado de familia, le preguntó sobre sus antecedentes penales y si ya podría solicitar una visa de

turismo. Más que nunca necesitaba poder ir a Estados Unidos. El abogado le contestó

que al ser declarado inocente, la Corte Suprema le comunicaba a todos los entes gubernamentales que estaba limpio de antecedentes penales, sin embargo, tomaría algo

de tiempo y eso era precisamente lo que Jorge no tenía.

El abogado de Familia lo recibió en horas de la tarde en un despacho del norte de la

ciudad, era un hombre joven y sagaz, de hablar acelerado, que le brindó toda la información.

—El trámite debe hacerse ante el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar,

solicitándolo a un Defensor de Familia. Si se hacen las cosas de manera voluntaria, con una sencilla diligencia en la notaría donde se hizo su Registro Civil, ya quedará la

niña con su apellido, señor Robles, y podrá disfrutar de sus derechos de paternidad.

¿La madre está de acuerdo? ¿Usted quiere ser parte de la vida de la niña?

—Claro que sí, quiero que sepa que tiene un papá que se responsabilizará de ella.

Necesito saber cuáles son mis derechos.

Jorge le relató lo sucedido y el abogado le aconsejó que la citaran en su despacho para conversar y así poder dilucidar el estado de las cosas. Jorge no tenía idea de si la

niña había nacido en Estados Unidos o en Colombia, no tenía idea de nada, pero no iba

a dejar que otra situación de su vida escapara a su control. Pondría ese asunto en orden, como debía ser.

Belén se asustó al recibir la llamada del despacho legal y decidió tomar la delantera

y visitar a Jorge en su casa, no quería abogados involucrados en el asunto. Antonia se

ofreció a acompañarla, pero ella prefirió ir sola. Se imaginó que se estaba quedando en

el departamento de la familia, si no era así, tendría que ir a la cita con el dichoso abogado al día siguiente.

Llegó al departamento al anochecer. Se anunció en la portería. El hombre habló por

el interfono y la dejó pasar. En el ascensor revisó su aspecto, estaba nerviosa. Vestía

una falda azul oscura y un suéter rojo, zapatos de tacón y el cabello suelto, informal,

elegante y sin mostrar que había pasado horas escogiendo el atuendo.

Jorge le abrió la puerta, llevaba jean y una camiseta de manga corta. Vio el lobo en

su brazo y su estómago sufrió un espasmo, se percató de que el tiempo reunidos se le

iba a hacer muy largo.

Él se enfureció al ver lo que su presencia provocaba a los latidos de su corazón. El

ardiente ácido en su estómago le subió por la garganta. Vestía con elegancia y sencillez. No tenía nada muy ajustado o revelador, aun así, él sabía lo que había debajo

de esa ropa. No pudo obviar que se había puesto brillo de labios y tuvo el insensato

deseo de quitárselo con un beso. “Céntrate, hombre”, pensó, molesto, porque su cuerpo

reaccionaba, así estuviera furioso con ella.

Ella lo saludó y carraspeó, incómoda. Él la invitó a pasar.

—¿Y Paloma cómo se encuentra? —preguntó, mirándole los labios.

—Ella está muy bien. —Movió la mano en el aire e inspiró profundamente—.

¿Podemos hablar un momento?

Jorge le hizo un ademan para que se sentara.

Enseguida una catarata de recuerdos invadió a Belén. El lugar estaba igual que años

atrás.

—Habla. —Con los pies separados y los brazos cruzados, completamente a la

defensiva, esperó.

Ella no se sentó, caminó hacia la puerta del balcón mirando las flores que seguro alguien cuidaba. Se moriría si viera salir una mujer por la puerta del pasillo o de la cocina. Carraspeó, obligándose a centrarse. No era su asunto lo que él hiciera con su

vida.

—Quiero hablar de Paloma. Lo hubiera hecho anoche mismo, pero no tengo tu

número de teléfono ni sabía dónde te hospedabas. —Belén se acercó a una mesa y tomó

un lapicero que empezó a balancear entre sus dedos.

Jorge se volvió y oteó la mesa de la sala donde había un bloque de notas adhesivas y arrancó una. Le quitó a Belén el bolígrafo de las manos y anotó sus datos con celeridad. Luego le puso el papel y el lapicero en la palma de la mano con gesto brusco.

—¿Algo más?

—Quiero lo mejor para mi hija.

—Ambos queremos lo mejor para ella —refutó él.

Belén bajó la vista y aspiró de nuevo. Estaba nerviosa y no quería que se notara.

—Creo que si somos razonables podemos llegar a un acuerdo sin involucrar a los abogados —dijo.

Su mirada deambuló por su camiseta rosada, el fuerte mentón oscurecido por la

sombra de la barba, y por sus ojos del color de la miel. La añoranza llegó a ella, recordó cuando tenía la potestad de acercarse y besarlo o acariciarlo o consentirlo, y

ser parte de su vida. Recordó cómo la miraba antaño. No miraría su brazo, no miraría

su tatuaje, por su paz mental debía evitarlo.

—No quiero que Paloma se vea afectada por esto. Quiero que tu llegada a su vida la

viva con alegría, como debe ser —agregó.

—Nos hubiéramos evitado esto si tú…

—Por favor —interrumpió ella, fastidiada—, no quiero que me eches en cara eso

más. Lo que vivirá Paloma cuando le diga que eres su padre, el conocer a tu familia,

son cosas que le causaran gran impresión, no quiero que la lastimemos ni la

confundamos haciendo patente que tú y yo no nos llevamos bien.

Él clavó la mirada en ella, entrecerró los ojos y su boca se transformó en una línea

recta.

—Hablé con el abogado porque necesito saber dónde estoy parado, tengo una

responsabilidad hacia la niña —admitió, serio—. Necesito tener la seguridad de que Paloma llevará mi apellido y voy a estipular para ella una pensión de alimentos. Me precipité sobre la ida a la hacienda. Quiero que cuando ella vaya sepa quién soy yo.

Belén respiró, aliviada.

—Puedes verla mientras estemos en Bogotá.

Él la miró, furioso.

—Necesito más tiempo con ella. ¿Cuándo vuelves otra vez?

Belén negó con la cabeza.

—No por ahora, lo siento, pero puedes ir a visitarla.

—Ya pedí hoy la cita en la embajada para solicitar la visa de turismo.

—¿Viajarás pronto? —Ella lo miró, sorprendida.

—No, tardará un tiempo, sabes cómo son las cosas aquí, por eso necesito tiempo con ella.

Él cruzó los brazos y el lobo quedó frente a ella, que desvió la vista. Él la miró con

burla.

—Me alegro, ojalá las cosas se resuelvan bien... Por el bien de Paloma.

—Necesito que Paloma sepa que soy su padre antes de que te vayas.

—¿No te parece muy pronto?

—No.

Ella asintió.

—No creo que sea problema, dijiste que si no hubiera ido a tu casa, tú me habrías

buscado. —La golpeó con su sarcasmo, ella se dio cuenta de que no le creía —.

¿Deseas tomar algo?

—No, gracias.

Ella también cruzó los brazos y caminó por la sala, rodeando los muebles.

—Quiero que la veas un par de veces más antes de decírselo.

Pareció sopesar su petición y afirmó con la cabeza, en ese momento Belén echó el

cabello a un lado y algo se disparó dentro de la cabeza de Jorge. Sintió que lo circundaba una sensación de déjá vu. Fueron inevitables los recuerdos de esa melena

extendida en la cama o en su cuerpo, y la vio como era seis años atrás. Apasionada, vulnerable y muy, muy enamorada de él. Despertó del sueño y recordó lo que había hecho, pero ni eso pudo controlar el deseo que parecía quemar sus entrañas.

—Bien. Quiero que, sin que te preocupes, vayamos los dos a visitar al abogado para

que nos guíe.

—Tenemos a Antonia, no es necesario.

—Bien.

—¿Dónde nació Paloma?

—Aquí en Bogotá.

Jorge respiró más tranquilo, si la niña era colombiana todo sería más fácil. La miró

de arriba a abajo, detuvo su examen en las piernas y en los pechos, Belén se enrojeció.

—¿Qué más te preocupa? No has soltado el lapicero.

Ella levantó la vista, sorprendida, antes de tenderle el esfero.

—Nada, es solo que... Son tonterías —musitó, colocándose un mechón de su cabello

detrás de la oreja.

—Soy todo oídos —repuso él con una sonrisa.

—No, en serio, no es nada.

—Yo creo que sí, ahora hablemos de nosotros.

Ella se sonrojó para satisfacción de Jorge.

—¿Qué tenemos que hablar de nosotros dos? —preguntó ella enseguida—. Tú y yo

no nos llevamos bien.

—Tienes temor de que nos llevemos demasiado bien —ronroneó él, con un brillo

conocido en los ojos.

Ella soltó una risa sarcástica y puso los ojos en blanco.

—Veo que no has cambiado. Estoy vacunada contra ti, Jorge Robles.

—No te creo, pero para tu tranquilidad, solo eres la madre de mi hija. No acabarás

en mi cama, puedes estar tranquila.

El tono en el que pronunció esas palabras la golpeó. A lo mejor había otra mujer o él

la había olvidado. Se tragó su decepción y lo enfrentó.

—Y tú solo eres el padre de mi hija, tengo una vida en Nueva York, así que para tu

tranquilidad, no corretearé detrás de ti, ni más faltaba. Esos tiempos ya pasaron. —

Miró su manicura francesa, en un intento por no mostrarle sus verdaderos sentimientos

Él frunció el ceño. Los celos lo asaltaron al imaginarla con otro, se tragó su molestia

como pudo, no quería que se diera cuenta de cuánto lo afectaba que compartiera su vida con otro hombre.

La reunión concluyó con el convenio de que irían al día siguiente con Paloma a almorzar a algún lado y en la tarde se reunirían con Antonia.

CAPÍTULO 30

Esa noche, Belén apenas pudo pegar los ojos. Le preocupaba la situación. Había hablado con Alberto más temprano y no quiso ponerlo al tanto de lo ocurrido, cuando

viajara a Nueva York lo haría. Había calmado a Jorge, por lo menos había accedido a

sus peticiones. Tendría que meditar en la mejor manera de darle la noticia a su hija.

Se levantó temprano y se cambió, se puso unos jean, sus botas media caña y un suéter negro. Paloma estaba profundamente dormida. Bajó a la cocina y se

sirvió un té

de vainilla, vio luz en el estudio de su padre y decidió llevarle un café.

—Buenos días, papá.

Calixto devolvió el saludo, recibió el café sin mirarla, concentrado en la lectura de

la prensa.

—Papá, ¿qué hablaste con Jorge?

Su padre agachó la cabeza, se quitó las gafas, cerró el periódico y la enfrentó.

—Primero tengo que decirte algo.

Paloma frunció el ceño ante el tono utilizado.

—Cuando me enteré de tu romance con él, lo visité en la cárcel y le pedí que te dejara, que tú tenías una vida muy completa como para recluirte con él.

Belén se levantó de la silla, dolida, y puso ambas manos sobre el escritorio.

—¿Cómo pudiste, papá?

—¡No podía permitir que echaras tu vida por la borda! ¡Me equivoqué! Pero en ese

momento hice lo que creí mejor para ti.

—¡Dios mío, papá! Hiciste que él me dejara, ¿lo amenazaste?

—Algo —contestó, molesto.

—Sabes, papá, quisiera poderte echar toda la culpa de lo que sucedió en ese

momento. Pensaste en mí, dices, en mi felicidad. Mi felicidad era al lado de Jorge, pero sin embargo, a él tampoco le costó mucho decidirse. Ambos tienen

la culpa a partes iguales. ¡Los dos decidieron por mí! Tomaron parte de mi vida y jugaron con ella. Sin importarles mis sentimientos.

—Te pido disculpas, así como se las pedí a él. Robles no tiene intenciones de hacerte la vida imposible, solo quiere asumir su responsabilidad con Paloma y mi nieta

necesita a su padre.

Belén pensó que ese viaje parecía un viaje al pasado, las heridas se abrían a la menor provocación.

—Qué conveniente, si todavía estuviera en la cárcel, estoy segura de que no

tendríamos esta conversación.

—Tienes razón, es lo que hay y debemos dejar el pasado atrás.

—Eres un cínico, papá.

Salió del estudio, furiosa.

Paloma ya estaba en la cocina sentada, tomando un vaso de jugo, con su pijama de

dibujos de animales y el cabello suelto.

—Buenos días, mi preciosa hija.

—Hola, mami. Rosario me va a enseñar a hacer galletas.

—Qué maravilla. ¿Yo también puedo aprender?

Paloma soltó la risa, Belén era toda una experta en galletas.

—Tú ya sabes mami —murmuró la chiquilla, negando con la cabeza.

—¿Podemos hacer un té de los que hacemos en casa con la abuelita y mi tía Antonia

y con Rosario?

La mujer sonrió.

—Yo le ayudo a servir el té, mi niña —dijo, poniendo los ingredientes de la masa de

galletas en la mesa.

—Mi amor, pero tiene que ser temprano, al medio día vamos a ir con Jorge, que desea invitarnos al almorzar y tienes que arreglarte.

—¿Jorge va a venir hoy? —preguntó la niña, contenta.

—Sí, mi amor.

La sonrisa de Paloma arqueó el bigote de jugo que tenía sobre el labio superior y asintió con la cabeza vigorosamente. Ella le devolvió la sonrisa. Había hecho lo que

tenía que hacer y punto, no se iba a dar más látigo, su hija era una niña hermosa, sana y

feliz. Respecto a su padre, él tenía razón, no valía la pena llorar sobre la leche derramada.

Pasaron parte de la mañana en la cocina haciendo galletas, sirvieron el té en el patio,

hasta que Belén logró llevar a Paloma para que tomara una ducha.

Cuando Jorge llegó a recogerlas, el par de mujeres ya estaban listas.

—Hola, Jorge —saludó Belén en cuanto llegó a la sala donde Rosario lo había

hecho pasar.

Él devolvió el saludo.

—Hola, Jorge —saludó Paloma detrás, con una sonrisa.

La niña ese día llevaba un jean, los mismos zapatos del día anterior, una camiseta de

varios tonos de azul y un suéter anudado. En el cabello llevaba una flor de varios colores.

A Jorge se le hizo un nudo de temor en el estómago.

Mientras ella iba por su mochila, que no dejaba en ningún lado, Belén le dijo a Jorge:

—Recuerda, nada de decirle lo que ya sabemos, yo se lo diré.

Jorge jugueteó con las gafas, más nervioso aún, Belén se había acercado bastante, para hablarle en tono de voz bajo y hasta sus fosas nasales le llegó el olor a té de vainilla. El estómago se le hizo un nudo y quiso acercarse más, hundir la cara en su

cabello, ese aroma lo llevó por el camino del recuerdo, la intimidad salvaje, los besos voraces, los fuertes sentimientos que ella le despertaba, se reprendió mentalmente por

imbécil. Debía empezar a conjugar el verbo pasado.

—Está bien. ¿Podemos irnos?

—Sí, claro y desarruga el ceño, por favor, no quiero que Paloma piense que estás molesto.

—Vale, vale, no me toques las…

Paloma entró como una tromba y en menos de dos minutos estaban acomodadas en la

camioneta. Jorge las llevaría a almorzar a las afueras de la ciudad, a un restaurante campestre, donde había caballos y parque para niños.

La niña los mantuvo entretenidos con su charla durante el trayecto. Cantó la canción

de *Los tres elefantes* por lo menos veinte veces, para seguir con la *Historia de la iguana* y luego preguntar si faltaba mucho. Había embotellamientos y se demoraron más de una hora en llegar al lugar.

—Mi mami me llevó a Disney para mi cumpleaños. ¿Has ido a Disney?

—No, no he ido, cuéntame cómo es.

Paloma se explayó en su recuento de su experiencia en los parques de Disney, no le

gustó que tuvo que hacer cola, pero su mamá la cargaba a ratos, caminaron mucho, le

dijo, y se había hecho un corte en el dedo, le mostró donde había sido.

—Le dije a Dios que está en el cielo —dijo y señaló con el dedo hacia arriba —, que

haga que la gente no se rompa tanto. —Jorge soltó la carcajada—. Me caigo cada rato

y me raspo, y una vez me pusieron puntos aquí. —Señaló el cuero cabelludo.

En cuanto llegaron al restaurante, Paloma corrió hasta el parque. Belén ya iba detrás,

cuando Jorge le dijo:

—Déjame a mí, quiero conocerla los dos solos, desde aquí me puedes ver si es que

piensas que la voy a secuestrar.

Ella se puso tensa.

—No he dicho nada de eso —replicó, molesta.

Cuando Jorge se alejó, observó cómo sus jean pegados resaltaban sus largas piernas

y la camiseta negra, pegada al pecho, lo hacía ver un hombre muy atractivo, las mujeres

lo miraban por donde iba. Empezó a columpiar a su hija, que por lo visto,

empezó a entonar otra canción.

Paloma se bajó del columpio y se montó en un tobogán, mientras le hablaba de los

niños de su colegio.

—Bruno Martínez se saca los mocos en la clase, mi mamá me dice que es de mala

educación, pero cuando le digo no me hace caso.

Jorge se sentía incómodo, ¿qué sabía de charlas de niñas? De mocos en salón de clases...

—Tú mamá tiene razón.

—Mi mamá no me deja tener un perrito.

La niña se bajó del tobogán, menos mal, estaba nervioso de que se fuera a caer, y caminaron hacia los ponys. Paloma estaba emocionada. Jorge la montó en uno de color

blanco y café, y tomando la rienda, la llevó a dar una vuelta.

—¿Y por qué tu mami no te deja tener un perrito?

—Dice que Verónica o ella terminarían cuidándolo.

Jorge estaba de acuerdo, pero no le diría nada.

—Sostén la rienda.

—Yo sola —señaló ella

—No, sola no, deja y yo lo hago contigo. De esa manera controlaremos mejor al caballo.

Paloma asintió con la cabeza varias veces con talante serio, Jorge se sintió

orgulloso

de ella.

—¿Tú tienes perro?

—Sí.

La hacienda tenía más de diez perros, pero la que estaba en la casa era Fiona, una

Golden Retriver que estaba embarazada.

—¿Cómo se llama?

—Fiona.

—Yo quiero un perrito.

—Tienes que convencer a tu mami.

Cuando la alzó para bajarla del caballo y ella se recostó contra su hombro, él sintió

detenerse el corazón y con el nudo en el estómago, que se negaba a desaparecer, se quedó mirando su sonrisa satisfecha. Miró alrededor, los padres y las madres

acompañaban a sus hijos en los juegos. Quiso esa sensación de familia.

La niña se bajó para correr donde su madre, en una mesa, los esperaba.

En la tarde, en cuanto Calixto y Pilar se llevaron a Paloma al cine, Antonia se reunió

con ellos y los asesoró. La diligencia no era tan sencilla, porque tendría que haber cambio en la visa de Paloma y este viaje había sido de poco tiempo. Podrían empezar

los trámites y Belén concluirlos en el consulado de Nueva York. A Jorge le molestó que la niña no llevara su apellido enseguida, pero estaba acostumbrado a tener paciencia con los diferentes trámites. Se despidió de las mujeres en la noche.

Tratar con Jorge Robles iba a acabar con sus nervios, pensó Belén. Charló con Alberto, aún no se atrevía a decirle nada de Jorge, él sabía de su existencia, la notaba

rara y así se lo manifestó, pero ella lo distrajo preguntándole por la casa. Ese era su

único asidero en este torbellino de sensaciones que la asaltaban. Necesitaba la tranquilidad, la estabilidad y la comodidad que le brindaba Alberto.

Faltaban dos días para volver a Estados Unidos y Belén no le había dicho nada aún a

Paloma, en cuanto iba a tocar el tema, se acobardaba. Jorge había llevado a la niña al

centro comercial y a un parque de diversiones. Cuando llegaron a la casa y Paloma fue

a contarles a sus abuelos lo que había hecho, Jorge se enfrentó a Belén.

—¿Por qué no le has dicho nada?

Belén tomó una revista de la silla, la enrolló y la retorció.

—No es fácil darle la noticia.

—Espero que no me estés tomando del pelo y ganando tiempo para largarte y

quitarme mis derechos.

Ella lo miró, sorprendida.

—¡No! Cómo se te ocurre.

—Necesito que Paloma sepa que soy su padre. No me hablaste de ella en cinco años

y ella no sabe quién soy yo, no voy a esperar más.

—¿Mami? —preguntó su hija desde la puerta, mirando a Jorge muy confusa.

Belén se volteó enseguida y se angustió al ver la cara de su hija.

—Es mejor que te vayas —dijo Belén a Jorge.

Él se agachó frente a su hija, la miró fijamente y se sintió miserable al ver su expresión.

—Lo siento, pequeña.

Quiso abrazarla, pero le temió a un rechazo. ¿Qué excusa se le daba a una niña por

la ausencia del padre durante cinco años? Se reprendió por boca suelta, si hubiera dejado las cosas en manos de Belén, no se sentirían como se sentían en ese momento.

Volvió a mirar a la madre sin saber si irse o quedarse, pero por la expresión de ella, se

veía que lo quería lejos de allí. Le tocó la mejilla a su hija y salió sin despedirse de

Belén.

Jorge se montó al auto, consternado, y golpeó el timón de la rabia. Llamaría más tarde, necesitaba saber cómo había tomado la niña la noticia. Él no había querido que

lo supiera de esa forma. Había querido que se pusiera contenta por la noticia. No sabía

lo que pensaba en ese momento, no sabía si volver al día siguiente a primera

hora o dejarles un espacio, lo único que sabía era que no quería volver a ver esa expresión en

la cara de su hija.

Belén apagó la lámpara al ver que ya Paloma se había quedado dormida. Se levantó

de la cama y le envió un mensaje de texto a Jorge diciéndole que podría ver a su hija al

día siguiente en la tarde. Belén había tratado de explicarle a la niña por qué no le había dicho nada de ella a su padre, le explicó que en ese tiempo su padre estuvo en un lugar

del que no podía salir y ella no quiso entristecerlo más. Que había esperado que él saliera del lugar feo en el que había estado para presentarlos, porque ella tampoco podía visitarlo allí, esto era una mentira piadosa que esperaba no le pasara factura más

adelante.

La niña le preguntó por qué su papá estuvo encerrado en un lugar feo, Belén le contestó que lo habían acusado de algo que él no había hecho, como cuando a ella Bruno Martínez la había acusado de romperle la libreta de colores cuando había sido

Michelle la que lo había hecho. Ella quedó convencida a medias de las respuestas de su madre y estuvo inusualmente callada durante la cena, que apenas probó.

A la mañana siguiente se sentó a desayunar con Belén, silenciosa.

—Abuelito, ¿te conté que en mi clase vamos a tener un conejo?

—No, mi cielo, no me habías contado.

—Los conejos se alimentan de zanahorias, no les podemos dar chicles, ni dulces, y

nos tenemos que turnar con la profesora para limpiar la jaula. Espero que no me toque

con Bruno Martínez. Abue, ¿sabes que a Jorge lo tuvieron encerrado porque lo

acusaron de una cosa fea?

Belén se quedó pensativa, su hija no había llamado papá a Jorge ni una sola vez.

—Sí, mi cielo, sí sabía.

—¿Tú tampoco me lo podías contar?

—No, mi amor, creímos que era lo mejor hasta que él saliera y pudiera conocerte.

Belén se quedó callada, arrepentida de su egoísta decisión de años atrás. Al parecer,

sí era cierto que cada cosa mal hecha se pagaba y la vida le acababa de pasar factura.

—¿Y si no le gusto? —preguntó la niña, mirando a su madre por el espejo.

Belén tragó la piedra en la garganta. Paloma, su niña tan segura de sí misma y del cariño de los demás, no estaba segura de su padre.

—Claro que le gustas. No estés nerviosa.

Ella no dijo nada.

Paloma escogió el atuendo con el que iba a recibir a su padre esa tarde, un poco colorido para el gusto de Belén, pero esta no se atrevió a decirle nada, para no enturbiar más las aguas.

Jorge, nervioso, esperó en la salita, Rosario le ofreció un café, que él declinó.

Se levantó de la silla tan pronto ellas aparecieron. No pudo evitar mirarlas

con gesto

posesivo, así la madre no quisiera nada con él. Fijó la mirada en su hija.

—Hola, Paloma.

—Hola.

—¿Cómo has estado?

Ella no lo miraba y se chupaba el pulgar.

—Bien.

—¿Volviste a hacer galletas hoy?

Ella negó con la cabeza. La tensión era palpable. Su hija no estaba siendo nada amigable con él. Jorge miró furioso a Belén.

Lo que faltaba ahora, ella tenía la culpa, se dijo, molesta. Nunca hablaría mal de él

con su hija, el corazón de Paloma era sagrado para ella y había que protegerlo de malos sentimientos. También estaba sorprendida por el inusual comportamiento de su

hija, la niña no estaba segura de cómo tratarlo, era una figura ausente que llevaba añorando mucho tiempo.

—Cuéntale a Jorge del conejo que va a estar en tu curso este año.

—¿Tienen un conejo?

—Sí, va a estar en una jaula.

Jorge, más molesto a cada minuto que pasaba, se preguntó quién era esta niña y que

había sido de la dicharachera de su hija. La tomó de la mano, Belén quiso

juntarse para

ir donde tuviera Jorge pensado, pero él la frenó:

—Quiero estar un rato con ella a solas, iremos al centro comercial de la esquina.

¿Quieres?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Adiós, mami, te quiero.

—Yo te adoro. —Se acuclilló y le señaló la mejilla para que le diera su beso.

Paloma besó a su madre. Jorge sintió celos, quería los besos y abrazos de su hija para él, pero era un hombre paciente, no se pasaban años en prisión sin aprender a tener paciencia.

Durante toda la salida, Paloma estuvo muy callada, Jorge no sabía qué hacer,

entraron en un almacén, él le compró una Barbie que ella quería, ridículamente cara. Le

pareció el dinero mejor invertido al ver la sonrisa de agradecimiento en la cara de su

hija y se sintió patético, como si estuviera comprando su amor. La invitó a comer helado mientras le hablaba del caballo que le iba a regalar. Ella se quedó mirándolo

unos segundos.

—Ya sé que tú eres mi papá y que estuviste en un lugar feo, porque alguien dijo que

habías hecho algo malo.

Jorge tragó el nudo en su garganta y la niña continuó:

—Bruno Martínez también dice que yo hago cosas malas.

—Ese Bruno Martínez parece ser un mal niño —contestó él, molesto.

—Michelle dañó su libreta de colores y le dijo a la maestra que fui yo.

—Lo siento.

—Tenía mucha rabia y me puse triste. ¿Estabas triste cuando estuviste en el lugar feo?

—Estaba un poquito triste, sí.

—¿Ahora estás triste?

—No, ahora estoy feliz.

Ella sonrió y después se puso seria.

—¿No vas a volver al lugar feo, verdad?

—No.

Se quedaron en silencio. Paloma comiendo el helado, él absorto en ella.

—Ya no quiero más. —Rodó el helado hasta sus manos—. Puedes llevarme a casa,

Jorge, quiero a mi mamá.

—Mañana te recogeré para llevarte al aeropuerto —le dijo Jorge a Paloma al llegar

a la puerta de la casa—. Iré a visitarte a Nueva York, Paloma, quiero que sepas que

ahora me verás seguido. Adiós, hija.

Ella hizo un gesto afirmativo

—Adiós, Jorge.

No lo había llamado papá en todo la visita, no sabía qué esperar, solo sabía que el

camino al corazón de su hija iba a ser largo y tortuoso.

Belén los recibió en la puerta y la niña corrió hacia su abuelo.

—Abuelito, Jorge me va a regalar un caballo, es pequeño y podré montarlo cuando

vaya a conocerlo. Mira mi Barbie, era la que me faltaba y que mi mamá no había podido comprarme. ¿Te acuerdas que te conté?

Por lo visto, su hija lo castigaba solo a él. En cuanto se alejó, atajó a Belén.

—¿Qué le dijiste? ¿Por qué está tan rara conmigo?

—Primero —levantó ella el dedo índice—, me ofende que me digas que le he

hablado mal de ti a Paloma. En segundo lugar, es una niña, pues claro que la impresionó saber que eres su padre, no sabe cómo actuar contigo, una cosa es Jorge el

amigo y otra, Jorge el padre, alguien que era un misterio vedado para ella.

—¿Culpa de quién?

—No voy a entrar en eso ahora.

Se frotó los ojos con el pulgar y el índice.

—Yo tampoco, mañana las llevaré al aeropuerto.

Hizo el amague de salir.

—Jorge…—llamó ella, con ese tono de voz que lo derretía como colegial, solo que

en ese momento estaba furioso. —Lo siento, estoy segura de que las cosas mejorarán.

CAPÍTULO 31

Jorge las dejó en el aeropuerto con la promesa de que iría a visitar a Paloma antes de

dos meses. La niña había estado más comunicativa, le sonrió en varias ocasiones y él

dio gracias al cielo, cuando en el trayecto le contó con todo lujo de detalles sobre las

babosas y los caracoles que su abuelito había sacado del jardín del patio de atrás de la

casa, y se conmovió aún más cuando al momento de entrar en Inmigración, Paloma se

acercó y le dio un beso en la mejilla. Él la abrazó, no supo si demasiado fuerte, no quería separarse de ella, quería su risa, sus charlas interminables, pero más que todo,

ver su carita todos los días.

Belén algo adivinó en su expresión, le sonrió con sus hermosos ojos grises y su boca

sensual y quiso devorarle los labios enseguida, quiso abrazarla y pedirle que no lo dejara, quiso rogarle que le diera una nueva oportunidad, que todo se solucionaría.

Veía en su hija un regalo que le daba la vida después de años de sufrimiento y Belén,

Dios mío, Belén, independientemente del resentimiento, era ella. Se le acercó, le aferró

el rostro con las manos, y ella lo miró pasmada, pero no lo rechazó. Él elevó la comisura de los labios mientras acercaba su rostro al de ella, que abría más los ojos a

medida que lo sentía más cerca. Se perdió en su olor a vainilla, en su aliento suave y

en sus labios que le traían recuerdos de besos bajo la lluvia o en la oscuridad compartiendo confidencias, en la suavidad de su piel. En esos segundos, todo fue como

antes. Le dio un beso suave en los labios, se separó de ella como si hubiera salido de

un trance, se dio la vuelta y salió a paso rápido del aeropuerto.

Belén llevó ese beso con ella durante todo el viaje de regreso, estuvo con ella cuando la recibió Alberto en el aeropuerto y cuando bajó de nuevo a la sala después de

acostar a Paloma, que había caído en un sueño profundo. Llevó ese beso con ella cuando se sentó a horcajadas sobre Alberto y tomó la iniciativa de tener sexo con él.

Lo desvistió en segundos y sintiendo que se quemaba, lo recibió en su interior en medio de vaivenes fuertes. Le negó su boca, cada vez que se acercaba en demanda de

un beso, ella lo pegaba a su cuello, a sus pechos, él tuvo todo de ella menos su boca,

mientras con jadeos profundos y frases calientes, desembocaron en un intenso orgasmo.

Al normalizar la respiración, Belén se dio cuenta de su imprudencia, nunca había tenido sexo con alguien en su casa, a pocos metros de su hija dormida. ¿Y si se hubiera

despertado? Se reprendió por tonta. Un solo beso de Jorge Robles la llevaba a

portarse

como una estúpida. Se sintió mal con Alberto, todo el tiempo fueron los brazos de Jorge los que la sostuvieron y fueron sus manos las que la tocaron. Se separó de él y se

vistió con celeridad.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió como condenada—. Estoy muy bien.

—El sábado en la tarde tenemos cita con Norma Thomas. —Ella levantó la ceja.

Belén fue a la cocina y puso a calentar agua en la tetera, amaba su casa, su cocina de

los años sesenta, sus suelos de madera cubiertos de alfombras desgastadas, muebles más cómodos que elegantes. En su vuelta a la sala, alzó un muñeco que se había caído

de una canasta de juguetes al lado de la escalera.

—Nos va a mostrar varias casas, esperemos que algo nos guste, no es de mis

pasatiempos favoritos, los otros fines de semana te tocará ir sola con ella, ya que tengo

varios viajes a finales de mes. —Belén tomó unos sobres de cuentas y propaganda y les echó una ojeada, estaba nerviosa—. Deberíamos sacar unos días e ir a la playa.

Belén pensó en los días que tendría que tomarse para que Paloma y ella fueran a San

Antonio. Era principios de agosto, Nueva York hervía. A ella le encantaba la ciudad en

verano, no le importaba la horda de turistas, pero Alberto la disfrutaba más en otoño y

en invierno.

—Tengo que hablar contigo —dijo ella. Volvió a la cocina y al minuto salió con dos

tazas con el logo “I love NY”. Le pasó un té de Rooibos, que era su bebida favorita—.

Paloma conoció a su padre.

—¿El recluso? —Abrió los ojos, sorprendido, y un rictus molesto apareció en su boca—. ¿La llevaste a ese lugar?

—No, cómo piensas eso, Jorge salió en libertad hace unos meses.

Belén le contó del encuentro con Antonia y todo lo ocurrido durante la semana.

Alberto se levantó como un resorte y caminó por la pequeña sala.

—Podemos asesorarnos de un abogado, tienes que reclamar la custodia total de la niña, a saber quién sea ahora…

—¡Basta! Estás hablando del padre mi hija, yo no me involucré con un antisocial, eso te lo aseguro.

—Lo siento, discúlpame, eso estuvo fuera de lugar.

—Tienes razón.

Él se levantó y caminó hasta la chimenea, donde observó varias fotos de Paloma y la

familia, no había ninguna suya y eso que él tenía unas cuantas de ellas en su casa. Eso

iba a cambiar, deseaba compartir la vida con ella, quería a Paloma, así sus

encuentros

fueran a cuentagotas.

—Para tamaña sorpresa, te noto más nerviosa a ti que a Paloma.

Ella ocultó la culpa.

—Claro que estoy nerviosa, tenemos por delante una serie de trámites que no dejan

de ser engorrosos, mi hija cambiará de apellido, tendré que notificar al colegio y además, él quiere venir a verla.

—Está en su derecho —dijo él—. ¿Puede salir del país?

—Claro que puede, fue declarado inocente, sus antecedentes están limpios.

—Esas son buenas noticias para Paloma.

Belén notó la nota de voz subyacente, la tensión, la pregunta oculta.

—No tienes que preocuparte por mí. —La nariz le crecería hasta la puerta—. Él tiene su vida y yo te tengo a ti.

Lo abrazó y cuando él forzó el beso, no pudo evadirse, se tensó y trató de

disimularlo. La invadió una desazón que no supo explicar. Alberto había estado en todo

momento con ella, estuvo pendiente de su embarazo como un amigo y luego cuando la

creyó lista para entablar una relación, la había conquistado. Siempre le había sido fiel

y se sentía apreciada, no podía dinamitar todo solo porque Jorge hubiera aparecido en

su vida.

—Espero que sí, Belén.

Días más tarde, Jorge le pidió en un mensaje de texto que si podía hablar con Paloma por Skype, ella le preguntó a la niña y esta accedió enseguida. Jorge estaba en

el estudio de la casa de la hacienda, había vuelto al día siguiente de despedir a Belén y

a Paloma, sin ellas la ciudad era vacía, lo que lo hizo extrañar su hogar, además, tenía

trabajo pendiente. Le había contado a Ligia y a Elizabeth que reaccionaron de diferente

manera. Elizabeth, emocionada por la noticia, Ligia emocionada también, pero muy molesta con Belén por su silencio.

Jorge se encontró defendiendo la posición de Belén ante su madre, lo que ocasionó

que Miguel lo mirara, burlón. Ni de coña le iba a dar la razón a Ligia, aunque la tuviera.

En cuanto Paloma apareció en la pantalla del computador, su corazón brincó de

alegría. Vio a Belén acomodarla en la silla, lo saludó con la mano y dejó a su hija sola

con él.

—Hola, preciosa. ¿Cómo has estado?

—Hola.

No le dijo Jorge, pero tampoco papá. Llevaba una camiseta verde y el cabello

recogido en dos coletas altas.

—En dos semanas entro al colegio, hoy hice collares y pulseras, tengo una para ti.

Paloma balanceó el artilugio frente a él, que sonrió encantado. La pulsera era de pepas de colores azul y verde, y con puntos de diversos rosados.

—Es hermosa, mil gracias, déjame verla bien. —Jorge se acercó más a la pantalla

—. Eres muy talentosa. ¿Qué has hecho en tus vacaciones?

—Estoy en clase de danza y tengo taller de lectura y pintura. Quería ir a trabajar al

zoológico, pero mi mami no me dejó.

Él la miró, extrañado.

—¿Trabajar?

Paloma se hizo a un lado y Jorge pudo ver a lo lejos a Belén haciendo algo en la cocina. En un momento dado se puso de perfil para alcanzar un paquete de un mueble

superior y pudo vislumbrar la línea de sus senos, se veía que no llevaba sujetador.

Paloma se explayó en la charla, pero Jorge no le prestó atención, pendiente de los

movimientos de Belén.

—No me estás poniendo atención.

—Cuéntame del trabajo en el zoológico. —Fijó de nuevo la atención en la pequeña.

Ella soltó la risa.

—No es un trabajo de verdad, solo ayudamos a dar de comer a los bebés de

chimpancés, aprendemos qué comen los animales y cómo los cuidan, pero mi mami

dice que podré ir el otro año. —Bajó el tono de voz—. A ella le da miedo que me metan en la jaula del león o del tigre.

—Eso es mentira, Paloma García —se escuchó al fondo la voz de Belén.

“Pronto Paloma Robles”, pensó Jorge.

Paloma soltó la carcajada y Jorge sintió una añoranza muy grande, quería estar allá

con ellas, ayudar a Belén en la cocina o él prepararle la cena a Paloma, jugar con ella

y en la noche, cuando la niña durmiera, meterse entre las piernas de la madre. Después

de media hora, Paloma se despidió junto con Belén.

Se levantó del escritorio. Miguel, que había entrado hacía unos minutos, revisaba unos papeles recostado en el borde del escritorio.

—¿Quieres? —Jorge señaló una botella, Miguel hizo un gesto afirmativo con la

cabeza y sirvió el licor con celeridad.

—¿Qué vas a hacer, hermano? —preguntó Miguel, levantando la vista de los

papeles.

—¿Respecto a qué?

Miguel levantó la vista con la expresión que siempre le brindaba cuando algo era muy obvio.

—A tu mujer, a tu hija.

—Ella no es mi mujer —bramó, molesto.

—Estás enamorado de ella hasta los huesos, se te nota, por la manera en que te cambia el tono de voz cuando la nombras y por la defensa tan patente ante mamá.

Tienes una hija. Ve a por ello y no le des más vueltas. ¿Qué si Belén hizo una cagada

fenomenal al privarnos de Paloma estos años? Sí, pero tú no recogiste los pedazos cuando salió de esa cárcel el día que terminaste con ella.

Jorge lo miró, atormentado.

—Nunca me lo dijiste.

—No necesitabas saberlo en el infierno en el que estabas, pero ahora sí.

Miguel tomó un lapicero y lo golpeó contra la madera del escritorio.

—Solo vi llorar así a mi madre cuando perdió a mi padre. Te rompía el corazón, no

sabía qué hacer para calmarla. —Miguel tomó un sorbo de licor—. No fue tu mejor acción, hermano.

—Lo hice por su bien. —Se defendió Jorge—. Tuvo que darse cuenta en algún

momento.

—Pues por lo que me has contado, no piensa igual que tú. Deja de ser terco. Esto

que pasó es consecuencia de esa tarde. Ella no tiene toda la culpa por haberte

ocultado a tu hija. Tú la alejaste.

—¿Y qué querías que hiciera?

—No sé, pero si no te hubieras precipitado tanto, las cosas hubieran sido diferentes.

—Miguel hizo un gesto, como ahuyentando algo—. Eso es pasado, lo importante es el

ahora. ¿Qué quieres? ¿Quieres ver a tu hija dos veces al año y que sea otro tipo el que

te reemplace cuando tú no estás?

—¡Jamás! —soltó Jorge, con los dientes apretados y aferró con fuerza el vaso que

no supo cómo no se rompió en su mano.

—Entonces ve a por ello.

Decirlo era fácil, hacerlo un poco más difícil. Necesitaba un plan, por lo poco que

sabía de Belén, no vivía con algún hombre, pero tenía una relación, escuchó a Paloma

hablar de un tal Alberto cuando estuvo en Bogotá, y cuando él inquirió sobre quién era,

ella dijo: “Un amigo de mamá”. Seguro era el mismo tipo que le ofreció trabajo años

atrás. Necesitaba saber qué tan serias eran las cosas, ella todavía se sentía atraída por

él, pudo notarlo; además, no rechazó su beso en el aeropuerto, a pesar de que tenían muchas cosas que solucionar, sus sentimientos no habían cambiado.

Sería un necio si negaba que el amor que un día lo unió a ella en la biblioteca de una

cárcel, se había disipado. No lo tendría fácil, pero en su vida nada había sido fácil, estaba acostumbrado a las batallas. Ya tenía la visa y esa misma tarde había comprado

el pasaje a Nueva York, no le diría nada aún, no quería que inventara excusas para no

verlo, le diría tres días antes.

Se dedicó al trabajo, aunque su mente estaba puesta en Nueva York, habló con

Matilde, le explicó de forma somera la situación y le pidió tiempo para dedicarse a entablar una relación con Paloma. La mujer no le dijo gran cosa, pero Jorge tuvo el presentimiento de que el asunto no quedaría ahí. La olvidó enseguida, entre el trabajo,

las llamadas a Paloma y planear el viaje a Nueva York.

Jorge aterrizó en el aeropuerto Internacional John F. Kennedy un jueves de la última

semana de agosto, en horas de la tarde, se hospedó en un Holiday Inn de los varios que

pululan por Jersey, cerca de la casa de Belén. Alquiló un auto y con la dirección en el

GPS, fue en busca de su hija.

Aparcó en un vecindario tranquilo, de casas separadas por jardines, la vivienda de

Belén y Paloma estaba un poco escondida, ya que era apéndice de una casa mucho más

grande. Jorge se bajó del auto con varios paquetes de regalo, estaba nervioso

y bastante seguro de que tenía un problema de úlcera estomacal. El jardín tenía pocas flores, a lo lejos vio una bicicleta y una carreta con juguetes plásticos. Tocó el timbre.

—Yo abro —gritó Paloma.

—No, señorita —dijo una voz de mujer—, tu mamá te castiga.

La puerta se abrió y apareció una joven de ascendencia latina que levantó una ceja y

lo miró de arriba abajo.

—Buenas tardes, soy Jorge Robles, el papá de Paloma.

—¡Llegaste! —exclamó Paloma con su eterna sonrisa, habían charlado casi todos

los días.

Jorge, al ver a Paloma, se acuclilló enseguida y la niña se abrazó a él. Cerró los ojos

y aspiró su aroma cítrico, la había extrañado no de ahora, de toda la vida. Se separó de

ella y la miró.

—Has crecido, preciosa.

Vestía unos pantalones cortos de jean y una blusa de tiras de algodón y de motivos

florales, llevaba unas sandalias de color piel y en la cabeza una hebilla en forma de flor.

—Me gusta comer.

—Me alegro.

La mujer, que se presentó como Verónica, lo hizo pasar a una sala cómoda, que a Jorge le gustó enseguida. Belén había creado un hogar para Paloma, vio las fotografías

encima de la chimenea y un canasto grande de juguetes. En la mesa de la sala había un

libro de dibujos y varios colores esparramados por la superficie. Jorge le entregó unos

regalos de parte de la familia, en sus charlas por Skype la semana anterior los había conocido, su abuela le había enviado un libro de cuentos, la tía abuela Elizabeth una blusa tejida en hilo por ella misma, y Miguel y Olivia un rompecabezas. Jorge le llevó

un juego para armar un castillo con piezas de madera.

Se dedicó las siguientes dos horas a conocer el entorno de su hija, su cuarto, sus juguetes favoritos y se salvó de jugar a vestir a una de las Barbies cuando Verónica los

llamó para decirles que les había preparado algo de merienda.

Belén llegó sobre las siete, todavía no había oscurecido. Entró a la casa presurosa,

ya sabía por Verónica que Jorge había llegado dos horas antes y a ella el tiempo en la

oficina se le hizo eterno. Alberto estaría de viaje unos días, no se sintió culpable por el alivio que sintió, se despidió antes de la hora y en cuarenta minutos estaba abriendo la

puerta de su casa.

Jorge y Paloma tenían las cabezas juntas, estaban sentados en el piso armando un castillo. La niña se levantó enseguida para correr a abrazar a su mamá.

—Mami, Jorge vino y me trajo este castillo, y mi abuela Ligia y la tía

Elizabeth me

mandaron varios regalos.

—Me alegro, mi amor.

Era un hombre muy guapo el que estaba levantándose en ese momento, con unos

jeans que realzaban su figura y una camisa de hilo blanca. Ambos se miraron,

recorriéndose con los ojos, y en ese momento, Belén contuvo la respiración ante el escrutinio de él. Ella llevaba un pantalón de algodón color beige y una blusa de rayas

sin cuello, sandalias beige y el cabello suelto.

—Hola Belén.

La saludó con el tono de voz que llevaba en el alma. Tuvo que recordar que tenía una vida construida con esfuerzo, sobre cimientos de desengaño, pero vida al fin y al

cabo. La semana transcurrida en Bogotá, el temor por Paloma y por ella no le había dejado dilucidar bien sus sentimientos por tenerlo de nuevo en su vida, el resentimiento

de parte y parte era lo que había manejado la relación. Desde que compartía con la niña por Skype y verlo ahora tan cómodo en su entorno, se dio cuenta de que todo lo

logrado, a excepción de Paloma, era mentira, se había convertido en toda una experta

de la simulación, simulaba que estaba bien, simulaba que lo había superado, simulaba

que estaba satisfecha con su vida.

Jorge le sonrió con ese brillo conocido en su expresión y de pronto todo lo vivido

con él pasó ante sus ojos como una película: sus idas a la biblioteca con el temor del

amor recién descubierto, los primeros besos entre esas rejas que le habían dictado a su

romance una dura condena. El breve espacio de libertad donde habían cimentado el amor, el viejo bolero que no podía escuchar sin soltar el llanto, las noches, los días, el sexo, la pasión, la entrega, las tortas y dulces, la despedida, las lágrimas en medio de

la lluvia. Su regalo, lo que le había quedado de esa relación.

—Hola —saludó, con voz estrangulada.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Ella se recompuso enseguida y le sonrió.

—Muy bien, bienvenido.

Paloma y Jorge siguieron en lo suyo, mientras Verónica se alistaba para irse y Belén

se disponía a hacer la cena.

—No cocines —dijo Jorge—. Vamos a la pizzería que vi a dos cuadras.

—Está bien.

Salieron de la casa, Paloma cantaba cogida de la mano de los dos, Jorge se permitió

soñar que eran una familia. El cielo estaba azul, había niños en la calle jugando en bicicletas o a la pelota. Los pensamientos de Belén no eran tan caritativos. A medida

que se resquebrajaba la imagen de su perfecta vida, se llenaba, no sabía si de frustración o tristeza.

Comieron pizza en medio de la charla de Paloma, luego caminaron por la plaza del

lugar y cuando ya anochecía, regresaron a la casa. Belén pensó que Jorge se iba a despedir enseguida, pero él siguió a la casa y ayudó a acostar a Paloma, le leyó un cuento y cuando bajó, Belén estaba organizando el desorden de la sala.

—Me gusta tu casa.

—Gracias.

—Has hecho una gran labor, Belén, es una niña maravillosa.

Ella levantó una ceja, pero algo en su pecho se hinchó y se dijo que de pronto las cosas podrían funcionar, si no a nivel romántico, por lo menos por el bienestar de la

niña. Aunque era difícil sustraerse a la atracción que ejercía sobre ella. Dios, cuánto lo había amado. Su risa, su voz, su cuerpo y su forma de ser.

—Gracias.

—¿Qué más haces? Aparte de trabajar y cuidar a Paloma.

—Tomo clases de baile. Visito algunos refugios.

Jorge olvidó la segunda frase. La imaginó moviendo las caderas al ritmo de una bachata o reggaetón y se removió, incómodo. Elevó una comisura de la boca y levantó

una ceja.

—¿En serio?

—Sí, hay un refugio…

Jorge la interrumpió.

—No, háblame del baile.

Ella alzó los hombros.

—Es un buen ejercicio, me relaja y además, esta es una ciudad de estupendos

bailarines, se aprende mucho.

—Ahora que lo recuerdo, así es, cuando visité la ciudad en mi año sabático, fui a una discoteca y es cierto, había cantidad de orientales bailando salsa, merengue y otros

ritmos mucho mejor que cualquier latino.

—Recuerdo que me contaste —interrumpió Belén.

—Era un espectáculo digno de ver. Tendré que verlo. —Carraspeó—. Tendré… que

verte bailar.

Ella agachó la mirada y ocultó una sonrisa. De pronto le entró urgencia por

convencerlo de que su vida era perfecta, necesitaba que él lo supiera.

—Tengo una buena vida, ¿sabes?

Jorge levantó una ceja.

—Me alegro mucho.

Belén lo veía de talante risueño. Como si él se hubiera dado cuenta de su urgencia

por convencerlo.

—Doy gracias a Dios por Paloma, ni un segundo tuve la duda de que fuera un

regalo.

—Se le quebró la voz al final de la frase—. Me hace muy feliz.

—¿Tienes una relación? ¿Estás con alguien?

Belén hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Te hace feliz?

Ella se levantó de la silla y se acercó a la ventana con los brazos cruzados.

—Es un buen hombre.

—Tengo que decirte algo —dijo él, en un hilo de voz.

Ella lo miró con gesto interrogante y no supo por qué, pero oró para que no le dijera

que se había enamorado de alguien.

Jorge se limpió las manos en el pantalón, como si estuviera nervioso.

—Te debo una disculpa.

—¿Por?

Se rio, removió su cabello y Belén respiró hondo, esperando.

—Yo la verdad, me porté como un energúmeno en Bogotá al saber de Paloma, no debí tratarte así.

Ella desestimó la disculpa.

—Estabas en todo tu derecho, yo no debí hacer lo que hice. Creí que era lo mejor,

ahora sé que no debí negarte a Paloma, independientemente de que tú y yo hubiéramos

terminado de la manera en que terminamos.

Jorge se llevó las manos a la cara y luego la enfrentó.

—No sé ni por dónde empezar.

Se sentó en el sofá y juntó ambas manos.

—Por el comienzo —dijo ella, sentándose frente a él.

—Si pudiera devolver el tiempo, créeme, lo haría solo para borrar esa terrible tarde

en que cometí uno de los mayores errores de mi vida. Si la cárcel era un infierno, sin ti

fue…

—Jorge…

—Un infierno peor. —La miró, desesperado—. Sin ti las cosas no son igual.

Ella solo quiso cobijarse en sus brazos y besarlo y que él la besara y la acariciara

hasta el fin de los tiempos. Todavía sentía algo por ella, aunque no, por ella no, por la

jovencita ilusionada de seis años atrás. Se levantó como un resorte, necesitaba distraerse de su mirada y volvió a la ventana.

Él se levantó y se puso detrás de ella, tomándola de los hombros, ese solo contacto

la llevó por una calle que no deseaba transitar en ese momento. Un deseo puro la asaltó, no el pálido sentimiento de esos años.

—Me has hecho mucha falta —musitó él en tono de voz bajo.

—Yo ya no soy la misma.

Se alejó de él.

—Yo también he cambiado.

Era más sabia, más fuerte y algo fracturada, el tiempo no pasaba en vano, el tiempo

pasaba factura, en el físico y en el alma.

—El pasado es mejor dejarlo estar.

—Estoy de acuerdo contigo, pero en este presente no hay un solo día que no piense

en ti.

—No puedo, Jorge, tengo una relación, no puedo echar todo por la borda solo

porque tu apareciste en la puerta.

Jorge caminó otra vez hacia ella, que otra vez se alejó. Él se quedó quieto.

—Me juré no hacerlo y respetar tu decisión, pero no puedo, mi amor… Te necesito.

Jorge se acercó a ella y la abrazó, su olor la transportó de nuevo a esa sensación cálida, acogedora, como cuando llegas después de una dura jornada en el frío y te recibe el calor de un buen fuego. Era él, maldita sea, el hombre al que amó con locura.

Se soltó y negó con la cabeza varias veces.

—Vete, Jorge, no puedo.

En cuanto cerró la puerta, se desplomó en el piso y lloró por los años de simulación.

Estaba furiosa porque Jorge, con su sola presencia, resquebrajaba el delicado piso en

el que se sentaba su vida.

CAPÍTULO 32

Los días siguientes, Belén le huía a Jorge como de la peste. Le impuso horarios para

ver a Paloma y así ella evitar cruzarse con él, pero Jorge tenía otros planes, estaba resuelto a recuperarla, al menos a avanzar un poco en su relación antes de volver a Colombia. Así que se presentó un mediodía en la oficina de Belén para invitarla a almorzar. Quiso negarse, pero de pronto meditó que era el momento de poner las cosas

en su lugar.

En cuanto subió a su oficina y Belén le abrió la puerta para recibirlo, sus

compañeras lo miraron embobadas, él vestía un pantalón de dril azul marino, una camisa de manga larga color gris y llevaba del brazo una chaqueta delgada y zapatos

mocasines negros, las gafas colgaban del bolsillo de la camisa. Su presencia

intimidaba, hasta sus oídos llegaron los suspiros y las sonrisas tontas de las mujeres, y

ni siquiera ella podía sustraerse a su encanto como hubiera querido. Era demasiado masculino, demasiado guapo.

—Hola —lo saludó.

Jorge le devolvió el saludo.

—¿Tienes unos minutos? —preguntó él desde la puerta.

Ella hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Andaba por estos lados y me pregunté: ¿por qué no invito a almorzar a Belén? Y

aquí estoy.

Entró en la oficina y con su presencia, grande y viril, opacó el pequeño espacio.

—No era necesario —refutó ella, nerviosa—, podrías invertir tu tiempo paseando.

Él la acechaba sin darle espacio a que se negara.

—Puedes acompañarme. Tómate la tarde libre —dijo él de pronto.

—No puedo.

—Vamos, Belén, un par de horas entonces. ¿Qué son dos horas para discutir cosas

sobre Paloma?

—¿Qué pasa con Paloma?

—No me has dicho si ya el consulado respondió algo sobre el trámite de cambio de

apellido.

Dos toques interrumpieron la respuesta de Belén antes de que la puerta se abriera y

un hombre asomara la cabeza.

—Mil disculpas, pensé que estabas sola, cielo.

Belén se levantó como un resorte de la silla e hizo entrar a Alberto, que paseó la mirada de uno a otro, frunciendo el ceño.

—Pensé que todavía estabas en la reunión —dijo ella.

—Terminó pronto.

Algo ancestral que tiene que ver con competencia de machos y que pasa inadvertido para algunas mujeres flotó en el ambiente, cargándose enseguida de pura esencia masculina.

Belén los presentó.

—Eres el padre de Paloma.

—Sí —contestó Jorge, con mirada de granito. Así que este era el tipo que estaba enamorado de Belén—. Jorge Robles. —No le tendió la mano.

—Alberto Montes —dijo con voz gruesa el hombre frente a él.

La diferencia entre los dos hombres era evidente, Alberto tenía el porte de un hombre que ha pasado años en una oficina y ha adquirido la pátina del que vive en la

gran ciudad. Jorge era más alto y corpulento, más masculino.

Jorge adivinaba lo que pasaba por la mente del hombre.

—Paloma es muy especial —señaló Alberto, que se acercó a Belén y le pasó el

brazo por los hombros.

Aunque estaba muy mortificado y celoso, Jorge no les iba a dar el gusto de que se

dieran cuenta.

—Lo es —contestó.

—Belén lo ha hecho muy bien sola.

Jorge pasó la mirada entre los dos. Una sonrisa dejó al descubierto sus dientes absolutamente blancos, hubiera querido provocarlo de alguna forma, cuando se acordó

de que estaba allí por Belén. El tipo era una mancha en la pared, no más.

—Estoy seguro de eso, Belén es una mujer capaz e inteligente, no veo que fuera a ser

de otra forma.

—Cielo —dijo el hombre a Belén—. Nancy me dejó un mensaje, encontró nuevas

propiedades que le gustaría que viéramos, desafortunadamente tengo una nueva reunión

en… —miró su reloj—… diez minutos. ¿Puedes ir tú?

—Pensaba tomarme un par de horas libres, si no te molesta.

—¿Tienes algo más importante que hacer? —elevó una ceja, contrariado.

—Voy a ir al consulado con Jorge —mintió ella, a Alberto le daría un ataque si le

dijera que solo saldría a almorzar con él—. Pero llamaré a Nancy tan pronto como me

desocupe. —Le dio un corto beso en la mejilla y salió, presurosa.

Jorge le sonrió al hombre.

—No sé a qué horas te la devuelva —señaló con intención y Belén quiso darle una

patada en las espinillas.

Cuando llegaron al ascensor, Jorge estaba furioso, el tipo le cayó antipático

por razones obvias, pero no era solo eso, era un verdadero imbécil, no lo quería cerca de

Belén y mucho menos de su hija.

—Al consulado —sonrió con sarcasmo—, eso sí que está bueno. ¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué le mentiste?

—No quiero problemas.

—¿Es del tipo celoso?

—No, simplemente no me pareció correcto.

Belén miraba las luces del ascensor descender.

—Yo me pondría hecho un energúmeno si mi mujer saliera a almorzar con otro tipo.

—Eso es porque tú eres un neandertal.

Belén recordó los últimos meses de su relación, cuando iba a entrar a la cárcel y los

celos lo atormentaban.

—Si no es celoso, entonces, ¿por qué le mentiste?

—Porque no quiero responderle preguntas a él y tampoco a ti.

En cuanto llegaron al primer piso y salieron a la acera, Jorge paró un taxi.

—¿Qué haces? Hay buenos restaurantes aquí cerca.

Jorge se puso las gafas, el taxi paró y él le abrió la puerta para que ella entrara.

—Déjame sorprenderte.

Ella lo miró, confusa, y él quiso besarla allí, delante de todo el mundo, que se derritiera en sus brazos como en el pasado, quería borrar los besos del tipo que ojalá

fuera un pésimo amante, o mejor aún, impotente.

Belén se mantuvo callada mientras el conductor sorteaba el tráfico en las avenidas.

Jorge mantuvo su mirada en el rostro de ella, la palabra “cielo” retumbaba con fuerza

en su cabeza. ¿Cielo? ¿Acaso había un apodo más cursi que ese? Belén era mucho más

que el cielo para él, con los años en la prisión y el tiempo que había transcurrido desde

que la había dejado en el aeropuerto, se había dado cuenta de que ella era el Universo.

El taxi se detuvo en la entrada de Battery Park, caminaron en silencio en medio de

los turistas y jóvenes profesionales que compartían el almuerzo en las diferentes sillas.

La vegetación colorida, el ambiente veraniego y la música de un grupo de folk que estaba en la esquina hacían del lugar un sitio relajante. Justo lo que él necesitaba para

hablar con ella.

Gigino era uno de los restaurantes de la zona, la terraza era amplia y Jorge había hecho una reservación antes de llegar a la oficina de Belén, debido a que era recomendado como uno de los sitios más románticos de la ciudad. Movió la silla para

ella, invitándola a sentarse, al tiempo que un camarero se acercaba presuroso a atenderlos. Ordenaron el plato del día y cuando él solicitó una botella de vino, ella se

negó, alegando que tenía que volver al trabajo.

—No te preocupes, una copa de vino no creo que afecte tu productividad.

El mesero se acercó con un Merlot del año anterior.

—Desearía poder quedarme más tiempo en la ciudad —dijo Jorge, una vez que el

vino fue servido. Belén llevó la copa a sus labios, disfrutando el sabor—. Quisiera poder disfrutarlas más tiempo.

—Paloma está muy contenta contigo aquí.

—¿Y tú?

Belén puso los ojos en blanco y sonrió.

—Eres un buen padre, tal cual como te imaginé un día.

—Podríamos dejar de hablar de Paloma, solo por un momento. Me gustaría hablar

de nosotros.

—No hay un nosotros, solo somos Belén y Jorge, los padres de Paloma. Creí que Alberto te lo había dejado claro.

—Alberto puede decirme que el fin del mundo será mañana y me importará un

carajo. —Se acercó a ella, rozando el dorso de su mano con el pulgar—. Me importa

lo que me digas tú.

—Tengo una relación, Jorge.

—¿Y?

El mesero llegó con los platos y rellenó la copa vacía de Jorge.

Ella quizá podría estar en una relación, pero Jorge la conocía. La forma en que lo observaba, su postura cuando él estaba cerca y la manera en que reaccionó cuando el

tal Alberto se le acercó le decían que lo que sentía por su "novio" no era amor, al menos no el amor que sintió por él. Y eso lo impulsaba a aferrarse a ella, a luchar por

ella, a insistir hasta obtenerla. Alberto Montes podía irse por la misma avenida por la

que había llegado. No lo conocía, él era un Robles y un Robles siempre obtenía lo que

quería.

Y él quería a su mujer y a su hija de regreso.

Ella evadió la pregunta, volviendo al único tema que creía que tenían en común: Paloma.

El último día de Jorge en Nueva York fue un domingo. Llegó a mediodía a casa de

Belén, jugó con su hija y la ayudó a elegir la ropa para salir.

Belén se había mantenido alejada, esquiva. Desde su conversación en el restaurante,

había estado aún más ausente que antes, sin embargo, eso no lo detenía de acaparar los

pequeños momentos que Paloma le daba para hablar con ella.

La chiquilla había desarrollado una maravillosa conexión con su padre. Paloma era

ante todo una niña feliz, amistosa, abierta y disfrutaba estar con otros adultos, tenía un ego gigante, daba por sentado que era la criatura más maravillosa del mundo, y Jorge

reafirmó esa opinión, le ponía un cuidado especial cuando cantaba o le contaba alguna

historia una y otra vez.

Habían almorzado fuera y pasado casi toda la tarde armando el rompecabezas que Miguel le había enviado desde Colombia.

—¿Podemos hacer unas pizzas?

A Jorge le pareció una idea fabulosa, le dolía el pecho cada vez que el reloj le mostraba que una nueva hora empezaba… una hora que lo alejaba más de ellas.

—Me parece genial, solo que no sé hacer pizzas. ¿Puedes enseñarme? —dijo Jorge,

apenado.

Necesitaba hacer tiempo. Guardar más recuerdos, impregnarse de todo lo relacionado con Paloma y Belén antes de irse.

—Mami no puede enseñarte, ella hace pizzas verdes —dijo la niña, sin mirarlo.

Belén soltó la risa.

—Pizzas verdes, puf —dijo Jorge, sonriendo—. Me gusta la pizza con mucho queso

y jamón.

—¡A mí también, Jorge! Mami, a Jorge le gustan las pizzas como a mí, mucho queso

y jamón.

Los tres se encaminaron a la cocina, mientras Belén cortaba el jamón y el queso, Jorge y Paloma se habían entretenido haciendo la masa y ambos se habían impregnado

de harina hasta en las cejas. Jorge armó la bola de masa y empezó a extenderla con su

rodillo, y aunque lo intentó, Belén no pudo evitar excitarse por la manera en que sus bíceps se contraían, envueltos en la ajustada camiseta gris. Cuando la masa estuvo delgada, Paloma se apropió del cuenco que contenía la salsa, en un intento por ser más

rápida, movió la cuchara hasta ensuciar la camiseta de Jorge.

Él no prestó mayor importancia, continuó colocando el queso y los demás

ingredientes, mientras su hija seguía ensuciándolo.

—Alguien necesita un baño —señaló Belén, con talante risueño.

—Sí, estoy hecho un desastre —dijo Jorge cuando ya la pizza estaba en el horno y

Paloma se acomodó a ver *Frozen* en el televisor.

—Puedes dejarme la camisa y usar mi baño, podemos lavarla y secarla, estará lista

para cuando te vayas.

—Si no te importa que este medio desnudo en tu sala.

—Ya no causas el mismo efecto que antes Jorge, te recuerdo que has envejecido seis

años.

Jorge tomó el dobladillo de la camiseta, lo pasó sobre su cabeza y se la entregó, mirándola con ojos retadores. Belén se sonrojó, sus músculos estaban más definidos, por su mente pasó el recuerdo de cuando, extasiada después de hacer el amor, se recostaba en su torso y dejaba que sus dedos lo acariciaran. Ambos se observaron por

unos segundos, el calor inundó las mejillas de Belén, haciendo que Jorge emitiera una

sonrisa presumida.

—Si tú lo dices

Belén quedó con la camiseta en la mano mientras lo observaba salir de la cocina.

Encendió la lavadora y al mismo tiempo que escuchaba el agua correr, solo imaginarlo

desnudo, en su baño, con el agua trazando caminos por su piel, hizo que un relámpago

de deseo atravesara su cuerpo. Inhaló profundamente, intentando calmar el torrente de

recuerdos y dejó la prenda lavándose antes de salir a ver que hacía Paloma.

La casa ya olía a pizza cuando Jorge salió de la ducha con el cabello mojado, el torso desnudo y una toalla en su cuello. Encontró a Paloma completamente dormida en

el sofá. Belén estaba organizando los utensilios de la cocina, se acercó sigiloso hasta

quedar tras ella, las manos en su cintura, sus labios tan cerca de su oído que todo el cuerpo de Belén tembló ante su presencia. Se dio la vuelta.

—Te quiero de regreso, Belén —susurró, sin dejar de mirarla a los ojos—. Quiero a

mi familia conmigo.

Belén intentó soltarse de su agarre. Jorge llevó la mano izquierda hasta su mejilla y

ella recostó su rostro sobre la palma. Cerrando los ojos y permitiéndose disfrutar de la

caricia, él se acercó, se moría de ganas por probar sus labios, era la primera vez desde

que se habían vuelto a encontrar que la sentía así de cerca. Quería más, su cuerpo pedía que se lanzara, que devorara su boca con el hambre de años y cuando Belén colocó su mano justo sobre su corazón, se sintió perdido ante las sensaciones que lo asaltaban, acercó sus labios a los de ella, su lengua humedeciendo los suyos, resecos,

mientras saboreaba el beso con anticipación. Sentía que era el momento y antes de que

pudiera rozar sus labios, se escuchó el timbre de la puerta rompiendo el encanto.

Aturdida, Belén observó la puerta, negó con la cabeza y pensó que por unos minutos

se había vuelto loca. Ella no podía besarlo, no podía permitir que Jorge volviera a traspasar sus defensas, todas sus alarmas se activaron, ella era una mujer distinta, no

quería ser vulnerable otra vez y todo sobre Jorge era el camino a la vulnerabilidad.

Ella ya le había dado todo una vez, quedándose sin nada. Bueno sin nada no, Paloma

fue su regalo, una bonificación por todo lo que perdió esa tarde, por la decisión de él.

¿Cómo confiar en que no rompería de nuevo su corazón? Lo que había sentido por Jorge, la conexión, la adoración, el deseo intenso, le tenía pavor a esas sensaciones.

Una parte de ella quería dejarse ir, dejar de ser tan prevenida, pero… ¿cuál sería el precio?

El timbre volvió a escucharse, creyó escuchar a Jorge susurrarle un: "No abras", pero no hizo caso, se separó de él y caminó con pasos firmes hacia la puerta.

Alberto estaba en el umbral con una caja de pizza en sus manos.

—¡Pizza y películas para mis chicas —escuchó decir Jorge. "Mis chicas ni de coña.

¡Ellas son mías!".

Aún distraída, se apartó de la puerta, dejándolo pasar. La sorpresa y el disgusto del

hombre fueron evidentes al ver a Jorge semidesnudo en la sala.

—¿Qué está pasando? —preguntó, molesto—. ¿Qué hace él aquí?

—Jorge viaja mañana de regreso a Colombia, quería pasar tiempo con Paloma.

—Hemos hecho pizza…—dijo Jorge con diversión.

—¡La pizza! —exclamó Belén, dejando a los hombres solos.

Recordar la pizza en el horno había sido un respiro para ella, necesitaba calmar sus

nervios antes de volver a la sala. ¿Cómo justificar a Jorge medio desnudo y a

Paloma

dormida?

Jorge miró a Alberto de los pies a la cabeza en una clara posición dominante, el hombre lo observó de igual manera.

—Sé lo que pretende… Y no lo voy a permitir. —Alberto fue el primero en hablar.

—¿Sí? Intente detenerme —replicó Jorge, moderando el tono de su voz ante Paloma dormida sobre el sofá.

—Lárguese por donde vino y déjelas, no lo necesitan.

—No es cuestión de necesidad, le daré un consejo gratis…No se meta en lo que no

le importa.

—Belén y Paloma me importan, mi querido amigo.

—Yo no soy su amigo.

—Lo que sea, Belén y Paloma están conmigo ahora. —Alberto negó con la cabeza

—. ¿Qué puedes brindarles tú? ¿Dónde estabas cuando la niña nació o enfermó?... Ah,

ya recuerdo, te estabas pudriendo en una cárcel…— Jorge empuñó sus manos,

dispuesto a callar la boca del hombre de un solo puñetazo, sin embargo, la suave respiración de su hija lo detuvo—. No eres más que un maldito expresidiario, por mucho que ahora pretendas ser un ángel de la Caridad, eso no quita que estuviste ahí

culpado de asesinato.

Belén apareció en ese momento con la camisa de Jorge en sus manos, ignoró la hostilidad reinante en el ambiente y tendió la prenda de vestir a su dueño. Jorge se la

puso con rapidez.

—La pizza se arruinó —dijo ella con pesar.

—Bueno cielo, menos mal que traje pizza.

Alberto se colocó al lado de Belén con la firme intención de besarla, ella giró el rostro y el beso quedó en su mejilla. Jorge la miró un par de segundos antes de acercarse al cuerpo de su hija, depositó un suave beso entre sus cabellos negros y salió

de ahí sin dirigir la palabra a ninguno de los dos.

No había que conocerlo bien para saber que estaba completamente enojado.

CAPÍTULO 33

Jorge salió furioso, los celos lo ahogaban, tuvo que controlarse y mucho para no romperle la cara al tal Alberto. Estaba en lo cierto, el tipo era un total imbécil. Golpeó furioso el timón mientras recorría el trayecto hasta el hotel. Alguien le había dicho alguna vez que los mayores temores, si no se superaban, se hacían realidad, pues bien,

ahí estaba la prueba irrefutable de ese concepto. El temor profundo de que Belén se enamorara de otro estaba ahí a un palmo de narices de él. Pensó que alejándola seis años atrás había sido menos duro, soltó una risotada carente de humor, la vida se encargaba de burlarse de él a cada momento.

Debió haberla amarrado a él, no importarle que ella lo fuera a visitar a ese sitio ruinoso, año tras año, aferrarla a esas rejas de alguna forma, ver a su mujer embarazada, haber visto crecer a Paloma. En ese momento estarían juntos o tal vez no,

a lo mejor la vida le hubiera dado otro bandazo. Desde su estadía en la cárcel, se juró

que ninguna situación escaparía a su control y otra vez la jodida vida lo ponía en su lugar.

Llegó al hotel, abrió el minibar y sacó una botella diminuta de whisky. Se moría por

ella y por primera vez desde que llegó, se permitió sentir miedo de que las cosas no

salieran bien y tuviera que resignarse a ver a su hija crecer de lejos y a la mujer que

amaba en brazos de otro.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Belén molesta.

—Que no lo necesitan, que me tienen a mí —dijo Alberto y se acercó a dejar la caja

de pizza en el mesón.

Ella lo miró, furiosa.

—No tienes ningún derecho a meterte en esto.

—¡Claro que tengo derecho! Encuentro a mi mujer con el padre de su hija

semidesnudo, ¿y tengo que festejarlo?

—No estábamos haciendo nada malo, simplemente Paloma le manchó la camiseta

con salsa y solo quise ser amable.

—Tanta amabilidad me abruma, querida. Aléjate de él, Belén, ese tipo te quiere de

regreso.

Belén, por evadir la mirada del hombre, se puso a recoger el desorden de juguetes

que habían hecho más temprano Jorge y Paloma.

—No lo creo, él tiene su vida en Colombia —mintió.

—La forma en que te mira…

—¡Basta!

—Ponle límites, por el bien de nuestra relación debes poner límites.

Belén se miró la ropa, que también estaba hecha un desastre, necesitaba que Alberto

se fuera, darse una ducha, cobijarse con su hija y ver *Frozen* media docena de veces para quitarse la desazón que tenía.

—Apenas se están conociendo, no puedo quitarle eso y tampoco Paloma tiene tanta

confianza para ir sola con él a todas partes.

—Ponte los límites tú, con Paloma puede reaccionar como quiera, pero contigo no,

Belén. —La miró, dubitativo—. A no ser que tú quieras esas atenciones.

—¡No! Yo no le he dado alas.

—Pues parece que es duro de molleja.

“Terco, que es otra cosa”, pensó Belén.

Ella se acercó a Alberto y le puso las manos en los hombros.

—No quiero hablar más de él.

Paloma se despertó y se puso a llorar porque no encontró a Jorge y la pizza se había

quemado. Alberto, al ver la sensibilidad del par de mujeres, se despidió después de cenar.

Belén acostó a Paloma, mientras meditaba que tenía que hablar con Jorge antes de su

vuelta a Colombia. Llamó a Verónica para pedirle el favor de que cuidara a la niña un

rato, no creía demorarse. Se puso una bata sencilla veraniega de tiras y flores y unas

sandalias doradas. En cuanto llegó la niñera, Belén salió de la casa con el cabello suelto y sin maquillaje. Condujo hasta el hotel en su viejo automóvil Toyota, que solo

sacaba los fines de semana.

La sola presencia de Jorge la intimidaba y eso no había cambiado con los años, debía dejarle patente que podrían ser solo amigos. No iba a arriesgar su tiempo con Alberto por el espejismo de una vida pasada. Aparcó el auto y bajó, estaba nerviosa,

como siempre, eso tampoco había cambiado con los años. Se anunció en recepción mientras le escribía un mensaje de texto.

“Baja”.

“No voy a bajar, sube a mi habitación”.

“Hablaremos mejor en el bar”.

“Mucho ruido. Sube”.

Sabía que no debía subir, era mejor hablar en un lugar con público, pero conocía a

Jorge y sabía que no iba a bajar. No debía haber ido. Quedaría como una infantil y una

cobarde si no subía. El empleado le indicó el número de la habitación.

Tomó el ascensor y subió. Jorge abrió al primer golpe, a ella se le encogió el estómago. Estaba vestido igual que en la tarde, su mirada era risueña cuando le hizo una reverencia algo teatral para que entrara.

—Hola.

—¿Y tu noviecito?

—El sarcasmo está de más, Jorge, vine en son de paz.

—Está bien.

En cuanto Jorge cerró la puerta, Belén pudo ver que había varias botellas de licor

abiertas, lo miró, curiosa, y se negó a decirle algo. No sabía si quedarse de pie o sentarse.

—Tenemos que hablar, pero veo que no estás en tus cinco sentidos.

Jorge soltó la risa. Negó con la cabeza mientras se acercaba a ella.

—¡Por Dios! Fueron tres whiskies, eso no es nada.

Ella miró de nuevo las botellas y se dijo que parecían más de tres.

—No quiero discutir más contigo mi relación con Alberto. Quiero que tú y yo

seamos amigos.

Una sonrisa lenta curvó su boca.

—¿Qué tan amigos?

—Solo amigos.

Él negó con la cabeza y la apretó contra él, sin moverse.

—El día que el infierno se hiele seré solo tu amigo.

La llevó hasta la pared más cercana. La aferró de la nuca y trató de llegar a su boca,

pero Belén volteó el rostro.

—¡No!

—¿Por qué? ¿Ya no te excito? —La miró fijo a los ojos sin soltarla—. No lo creo.

Ella se soltó de su agarre.

—Ya no somos los mismos. Hemos cambiado.

Se alejó un poco más, Jorge fue tras ella. Ella lo atajó de nuevo.

— Creo que fue un error venir. Hablaremos después.

Se dirigió hasta la puerta, que alcanzó a abrir. Jorge la cerró de nuevo y la atrapó

con sus brazos a ambos lados. Belén sintió su respiración en sus oídos. Una serie de

escalofríos le recorrieron el cuerpo.

—Voy a demostrarte cuan equivocada estás, mi amor.

Jorge le devoró la boca, en un beso voraz, hambriento, profundo, destinado a marcar

hasta que ella se sintió perdida, invadida por su fuerza oscura, dominante y posesiva.

No sabía si era beso o colisión de bocas, intercambio de jadeos y respiraciones agitadas, roces cada vez más profundos. Al cabo de unos segundos, la alzó hacia su cuerpo y le introdujo la lengua en la boca mientras ella gemía en una mezcla de temor y

placer, hasta que sus pulmones bramaron por aire. Luego la soltó.

—Quieres esto tanto como yo —afirmó él—. Ignorándonos o largándote no vas a

hacer que desparezca.

—No puedo —dijo ella sin convicción.

Jorge recorrió su cuerpo con las manos. Ella se estremeció, su piel se sonrojó.

—¿Te enciendes con él así, mi amor? —susurró, desesperado sobre su boca y

tocándola por todas partes—. ¡Dios, te he extrañado tanto!

Le levantó el vestido, le dio la vuelta y le acarició la espalda y el trasero, le bajó las

tiras delgadas que cayeron a lado y lado de los brazos, mientras le mordía un hombro.

Sonrió sobre su piel al ver la reacción de Belén a sus caricias.

—Todavía lo recuerdo, Belén, recuerdo cómo te encendías en mis manos. —Le dio

la vuelta de nuevo.

Belén enredó las piernas en su cintura, cerró los ojos y por primera vez en años se

permitió sentir de verdad. Ella le quitó la camiseta, él le arrancó la ropa interior. Jorge no podía creer que estaba tocándola, sintiéndola, esta vez era él, no el eterno fantasma

que habitaba en sus recuerdos, como rezaba la canción *Antes y después de ti* que escuchaba en la cárcel hasta hartarse. Era él, dispuesto a devorarla, dispuesto a amarla

otra vez. Se apoderó de sus pechos, sacándolos del sostén, los acarició y besó con gula.

No se sentía capaz de llegar a la cama, necesitaba penetrarla, atravesarla, sus jadeos

y su humedad cuando llevó la mano a su sexo le hicieron ver que estaba lista. Su cuerpo no mentía, lo deseaba como antes. Se soltó el pantalón. Él, como siempre, estaba muriéndose por ella, jadeaba desesperado, demasiado hambriento, demasiado

alterado. Se obligó a respirar con tranquilidad, no quería asustarla y que se le evadiera

de alguna forma.

Belén, tan sabia como siempre, lo leyó en sus ojos, la dolorosa soledad que había

dejado su ausencia, y en medio de su propio dolor, le acarició la cara, rozándole las

ásperas mejillas y la quijada, le acarició el cabello y se bebió su aliento a licor. Jorge se inflamó como hoguera y la besó con furia, preparado para penetrarla. Ella lo supo y

se abrió para él, ansiosa por recibirle. La tomó con dureza y sin remilgos. La hizo suya

como un hombre a punto de enfrentarse a la muerte, pensando sólo en lo que Belén le

brindaba. Solo ella. Nadie más. Se fundió en su interior hasta que la escuchó gritar su

nombre.

Belén sentía que se quemaba ante los movimientos cada vez más rápidos de Jorge.

Sus cuerpos, húmedos y calientes, se unían una y otra vez, hasta que la tensión en ella

fue palpable. Se sentía sobrexcitada, como si los juegos preliminares hubieran durado

horas y no había existido ninguno. Su olor la tenía embotada, el peso de su cuerpo, sus

empujes, todo, quería aferrarse a él y no soltarlo nunca, eso solo le pasaba con Jorge.

Se movió, alcanzando un orgasmo ardiente y doloroso que estuvo segura le hizo

blanquear los ojos, en conjunción con la liberación de él, que se notaba que no quería

acabar.

—Así, eso, así —reverberaba sobre su piel—. Eres deliciosa, un jodido manjar en

mis manos.

Le aferró el cabello y ella se vio obligada a mirarlo.

—Mírame, mírame bien, Belén, esto somos tú y yo, no lo olvides.

“Amigos, una mierda”, caviló él en medio del delirio.

Se perdieron en el placer, los sonidos de sus movimientos, de sus gemidos, de los

gritos y el roce de sus cuerpos rebotaban por toda la habitación, se hicieron

desesperados cuando la liberación los hizo explotar con un estallido de inigualable placer.

En cuanto volvieron a la realidad, Belén se separó, mortificada. Ni siquiera se había

quitado la ropa, se arregló el sostén y se bajó el vestido.

—Hablemos —dijo Jorge, dándole espacio.

Ella se negó a mirarlo. Se negó a hablar. No sabía dónde habían caído las sandalias

y lo peor, tendría que salir sin interiores del cuarto. Encontró el calzado cerca de la puerta. En cuanto rodó la perilla para salir, susurró, más para ella misma.

—Fue un error.

Jorge no se desesperó, esos minutos compartidos le dijeron muchas cosas. Que ella

todavía sentía algo por él y también que se resistiría a romper su relación con Alberto.

Belén era valiente en todas las áreas de su vida, lo logrado con Paloma, con su profesión y con su vida en general lo confirmaba, pero con él no quería arriesgarse. El

corazón se le encogió de tristeza al ver todo el daño que le había causado. No iba a lanzarse a sus brazos enseguida, años atrás fue catastrófico para ella. No confiaba en él

en lo más mínimo. Necesitaba tiempo, que era precisamente lo que él no tenía. Tendría

que remover cielo y tierra para convencerla de que su futuro era a su lado y

eso lo haría en San Antonio de Padua.

Habían planificado que madre e hija lo visitarían durante dos semanas a mediados

de octubre, para que Paloma conociera a su familia y la hacienda. Jorge confiaba en que durante ese tiempo, y teniéndola en su terreno, podría convencerla, y después de lo

sucedido esa noche, estaba aún más seguro de lograrlo.

Belén condujo mortificada todo el camino a su casa. Había actuado como una

desvergonzada, salió de su casa prometiéndole al hombre con quien tenía una relación

que arreglaría las cosas y se alejaría de Jorge y… ¿qué había hecho? Se había acostado con el padre de su hija. ¡Dios mío! Su orgullo había quedado hecho trizas.

Todo lo que sintió fue un calco del pasado, las mismas sensaciones, la misma maldita

vulnerabilidad. Con Jorge las cosas siempre serían así, intensas, contundentes,

pasionales, como esos amores de los libros que ahora leía muy de tarde en tarde, esos

amores no eran realistas y por lo general, terminaban mal.

Quiso llorar de pena cuando se acordó de Alberto, su novio, su amante, su amigo, una persona buena que se había brindado a ella sin reservas. ¿Y cómo le pagaba ella?

Poniéndole los cuernos con el padre de su hija.

No se imaginaba las dos semanas en San Antonio de Padua, tuvo el insensato deseo

de decirle a Alberto que la acompañara, pero no podía someterlo a tamaña prueba y Paloma no le perdonaría si cancelaba el viaje. Padre e hija no hacían sino hablar de los planes que tenían, y tampoco podría enviarla sola. Nunca se habían separado.

Tendría un mes para liberarse del influjo Robles y erigir un muro de contención bien

alto.

En cuanto llegó a la casa y despachó a Verónica, que la miró de manera curiosa, revisó que Paloma estuviera durmiendo tranquila y se dio una larga ducha. Cuando entró a la ducha, cayó en cuenta de que no había usado protección. Ella, que era tan responsable, bastaba que Jorge apareciera en su vida para que se olvidara de algo tan

elemental como eso. Apenada, cayó en cuenta de que Jorge había derribado una de las

barreras que ella le había impuesto y esa barrera tenía nombre propio: Alberto Montes.

Su principal barrera Jorge la había derribado con estrépito, pasó por encima de él, sin

importarle nada. Ahora la culpa y la vergüenza la azotaban.

Belén y Paloma recogieron a Jorge en el hotel. La niña había insistido en llevarlo al

aeropuerto. Belén llevaba puestas unas gafas de sol, lo saludó, seria. Paloma estaba inusualmente callada, pero él se percató de que estaba triste porque se iba. Todo el trayecto trató de animarla y cuando llegaron al aeropuerto no quería desprenderse de él, le pidió que la alzara, poco había hablado con Belén, que lo ayudó con la maleta

para que pudiera estar con Paloma.

Después de hacer *check-in* tenían un par de horas antes de entrar a la sala de

espera.

Almorzaron en un Mc Donalds, mientras Jorge le hablaba a la niña del pony que le iba

a regalar. Belén pensaba, furiosa, que Jorge Robles era un tramposo. ¿Quién podía competir con un caballo?

—Mami, mira, mi papi no se quita la pulsera que le hice, cuando vaya a San Antonio

te voy a llevar un collar, los hombres también los usan.

El corazón de Jorge brincó en su pecho, incapaz de contestar, pensó que se le iba a

salir por la garganta. Llevaba meses añorando escuchar esa palabra de los labios de Paloma. Su hija lo había llamado papá. Dios, gracias. Ella le sonrió y siguió hablando

con Belén.

—Mi papi la tiene en el mismo lado del lobo y la paloma. ¿Sabes que la Paloma está

allí por mí? Lo acompañaba cuando estaba en el lugar feo.

Belén soltó la primera sonrisa de la jornada.

—Ya lo creo que sí.

—Un momento —dijo Jorge, acercándose más a su hija—. Ven acá, preciosa.

No se pudo aguantar y la abrazó, su suave aliento le bañaba el cuello, sintió su pecho

expandirse, pensó que le iba a explotar. Cerró los ojos al percibirlos aguados. No quería soltarse a llorar como un niño delante de ellas.

—Te quiero, mi preciosa Paloma, no sabes cuánto te quiero.

—Yo también te quiero, papi, y no quiero que te vayas.

—En un mes largo volveremos a vernos.

Se despidieron antes de entrar a la Inmigración. Paloma lo abrazó por enésima vez.

Luego le tocó el turno a Belén, que se negaba a mirarlo a los ojos.

—No me ocultes tus ojos.

—Tengo dolor de cabeza —dijo, quitándose los lentes y mirándolo con fijeza.

Él la tomó del brazo y acercó su boca al oído, la sintió estremecerse.

—Eres mi luna, Belén, llevó años vagando sin mi sombra, que es mi alma. Tú me la

arrebataste y necesito recuperarla. Te espero en El Álamo.

Le dio un suave beso en la mejilla, besó de nuevo a su hija y se perdió entre la nebulosa de pasajeros.

CAPÍTULO 34

El mes transcurrió demasiado lento para Paloma y muy rápido para Belén. Su relación

con Alberto había retomado el cauce tranquilo, ya sin Jorge en el panorama. Aunque él

hablaba cada tercera noche con Paloma, ella los escuchaba sin dejarse ver. Le temía al

viaje, le temía a Jorge, le temía a sus sentimientos.

Alberto había iniciado una ronda de viajes por varios proyectos, la llamaba

cada día

diciéndole que la quería, que la extrañaba. Sin embargo, habían discutido antes del viaje. No se había vuelto a acostar con él después de estar con Jorge, no podía, había

alegado primero dolor de cabeza, luego la regla. Él le recriminaba que no se hubiera

decidido todavía por una casa. La noche anterior al viaje, le dijo:

—Este es el viaje de la verdad, durante tu estadía con ese tipo espero que sepas pararle los pies.

Ella lo interrumpió, furiosa.

—Lo haces ver tan mal, no sabes cuánto me molesta. No voy a estar sola con él, estará toda la familia y lo hago por Paloma.

—Eso lo veremos.

Antes de despedirse y abrumada por el remordimiento de lo ocurrido, le echó los brazos al cuello y le dio un beso largo, suave, que no tenía nada que ver con lo compartido con Jorge semanas atrás. Se maldijo por imbécil y se prometió que en cuanto volviera a Nueva York, no le daría más vueltas a lo de la casa. Se puso un plazo

en el que tendría que estar instalada con Alberto en su nuevo hogar.

Tan pronto aterrizaron en Santa Rosa, Paloma batió palmas. Estaba emocionada de

volver a ver su padre y conocer todos los tesoros de los que Jorge hablaba con ella.

Estaban algo cansadas. Belén, con un nudo en el estómago, peinó a Paloma, revisó que

su bata de flores estuviera bien, le admiró por quinta vez las sandalias que

habían comprado en su última salida de compras y le quitó el suéter de lana. El ambiente al

que llegaban era bien distinto al de Bogotá, según pudo investigar.

A los pocos minutos bajaron del avión. A lo lejos pudo ver a Jorge y a Miguel al lado de una mujer joven. Reclamó las maletas y Paloma corrió a los brazos de su papá.

—¡Papi! ¡Papi!

Él se acuclilló enseguida para recibirla en sus brazos. Mientras, Belén saludaba a Miguel y a su esposa. Él fue muy cariñoso cuando la saludó. Ambos se enternecieron

en cuanto vieron a la niña.

—¿Ya nos vamos? —preguntó Paloma, ansiosa. La noche anterior había dormido

inquieta.

—Sí, preciosa, estamos con el tiempo medido para llegar a mi casa a almorzar.

Jorge le dio a Belén un beso en la mejilla y le susurró al oído:

—Espero que hayas tenido buen viaje.

—Sí, gracias —contestó ella, disimulando la turbación al percibir su aroma.

El hombre estaba guapísimo con un jean descaderado, una camiseta de cuello

redondo azul oscura que le marcaba los pectorales y botas oscuras al estilo vaquero.

Tenía las gafas de sol sobre la cabeza.

—¿Y cuánto mide el tiempo, papi? Yo mido… —Se quedó pensativa unos

momentos

—… 96 metros.

Todos soltaron la risa.

—No es cierto, son 98 cm —dijo Belén.

El aire caliente fue como una bofetada al rostro de Belén, que enseguida se recogió

el cabello en una cola de caballo. Jorge desvió la mirada hacia su nuca, donde quedaron algunos rizos rubios, y tuvo el impulso loco de acariciarle esa parte que sabía suave y sensible.

—No sabes la alegría tan inmensa que nos has dado, esto es un regalo del cielo —

señaló Miguel, mirando enternecido a su sobrina.

Jorge alzó a Paloma como si de una muñeca se tratara y Miguel se encargó de las maletas. Olivia le pasó el brazo por los hombros a Belén y caminaron hasta la camioneta.

—Paloma es preciosa.

—Gracias —contestó Belén.

—Deben estar cansadas —señaló Olivia.

Los dos hombres se acomodaron adelante y Olivia se sentó en la parte de atrás con

Belén, y Paloma entre ellas.

—No, el viaje fue corto y agradable.

Belén escuchaba hablar a la familia mientras Paloma, vencida por el cansancio,

parecía como si hubiera caído en un coma inducido. Hasta ella llegaba el olor de su loción a mandarina, que ambas habían escogido en una tarde de compras, Baby Tous.

Se sentía tan fuera de lugar, el paisaje se extendía a lado y lado de la carretera, árboles de diferentes tonos de verde, montañas azules a lo lejos y colinas verdes sembradas de

todo tipo de frutos que le daban un color vistoso al panorama.

El nudo en el estómago no cedía, estaba asustada, no sabía cómo la iban a recibir en

casa de Jorge. “Debes tener valor”, se dijo, había enfrentado situaciones más difíciles.

Acercó el rostro al de su hija y le dio un beso en la tibia mejilla. Jorge la miró con un

brillo conocido en los ojos a través del espejo. Olivia, percibiendo su estado, indagó

por su trabajo y su vida en Nueva York, y Belén se calmó enseguida. La mujer tenía ojos verdes y un cabello precioso, pero lo que más le gustaba era su mirada dulce cuando la miraba a ella y a su hija, la calidez que irradiaba.

Un portón inmenso en madera, con un letrero en caligrafía dorada, rezaba: El Álamo.

Un ramillete de felicidad brotó de su alma al saber que la pesadilla de esa familia

había quedado atrás y habían podido volver a su hogar. Al lado de la carretera asfaltada, rodeada de una cerca de madera, había metros y metros de pastos y tierras

pobladas por ganado, al fondo, más colinas. La gente pululaba por la orilla de la carretera. Paloma empezó a agitarse, Belén le volvió a besar la mejilla.

—Ya llegamos, preciosa.

La niña abrió los ojos con gesto confuso y como si recordara a dónde iba, se levantó

como un resorte.

—Mira las vacas —señaló Belén, con el dedo hacia los grandes potreros.

La niña observó a Olivia acariciarle la mejilla y le prestó atención unos momentos,

mirándola, curiosa.

—Tienes el cabello largo. Mi mamá me cortó el cabello. Porque había bichos en el

colegio y no quería que entraran en mi pelo.

Los hombres rieron por lo bajo.

—Es tremenda —dijo Miguel, mirándola por el espejo retrovisor.

—Paloma, mi amor, mira los caballos —señaló Jorge.

Ella batió palmas. Y empezó a preguntar, como cada vez que pasaba más de cinco

minutos en un auto.

—¿Cuánto falta?

—¿Dónde estamos?

—¿Metiste a Pipo en la maleta?

Miguel y Belén contestaban las preguntas.

Dieron una curva que rodeaba un jardín y el auto frenó frente a una casa

imponente.

Ligia y Elizabeth estaban el zaguán. Se quedaron en el primer escalón tan pronto la camioneta frenó. Jorge se bajó con celeridad y dio la vuelta, tomó a Paloma en brazos

y le dio la mano a Belén para ayudarla a bajar. Ese roce la llevó a ella por el camino

del recuerdo. Él la soltó enseguida y vio a su mamá y a su tía bajar la escalera y llegar

hasta él. Mientras Belén caminaba al encuentro de las mujeres y viendo el entorno tan

maravilloso, pensó que de pronto los días compartidos no serían tan terribles.

Ligia miró a Jorge, al que la tensión y el nerviosismo mezclados con un brillo de alegría en los ojos le distendían en algo los rasgos siempre inmutables. Si bien al comienzo se molestó con Belén, recordó la manera en que su hijo la había tratado y sabía por Miguel que ella había sufrido un desengaño tremendo. Tenía una cantidad de

preguntas y dudas que esperaba resolver en los días que compartiría con su nieta. Ni

siquiera se cuestionó si era hija de Jorge o no, su hijo no se equivocaría en eso.

—Mira, mamá, tu nieta.

Ligia se llevó ambas manos al lado del rostro, emocionada.

—Saluda a tu abuela, mi amor.

La niña sonrió y abrazó a la mujer, que tuvo que contener el llanto para no asustarla.

—Hola, abuela.

Ligia la separó, sin soltarla, para estudiarla. Aunque la había visto por Skype, ahora

pudo afirmar su parecido a su esposo.

—¡Dios mío! Es idéntica a Santiago —exclamó, emocionada.

Elizabeth, mientras tanto, se acercó a Belén.

—Hola, hija, que alegría nos has dado. —Belén la abrazó, algo avergonzada, y

Elizabeth le dijo al oído—. Sabía que este día llegaría.

Belén respiró, un poco más tranquila, antes de enfrentarse a Ligia. Miguel y Olivia

observaban la escena.

Elizabeth se acercó a saludar a la niña y mientras tanto Ligia llegó hasta Belén. Su

saludo fue mucho más parco que el de Elizabeth, Belén la notó resentida.

—Bienvenida, Belén.

Todos entraron a la casa. Un empleado se acercó y bajó las maletas. Belén se sintió

terrible, todo el peso de aquella decisión cayó sobre sus hombros, causando un gran remordimiento. Ya en la sala, Paloma se bajó de brazos de su padre, se acercó a Belén

y se recostó en sus piernas. Ligia se moría por abrazarla y besarla. Elizabeth le preguntó si ya iba al colegio y ella se explayó en contarle quiénes eran sus mejores amigos y cómo se llamaba su profesora.

—Belén, querida —dijo Elizabeth—. La niña habla muy bien el español.

—En la casa solo hablamos español, y mis papás van a Nueva York cada cierto

tiempo. No quería que creciera como muchos niños en ese país, que olvidan sus raíces.

Además, ella siempre se dijo que tarde o temprano ese encuentro se daría y no quería que las barreras del idioma les dificultaran conocerse. Viéndola hablar el español con la misma soltura con que hablaba el inglés, se dijo que había hecho bien.

Paloma pidió ir al baño y Belén la llevó, aprovechó para peinarla de nuevo y lavarle la

carita y las manos en medio de arrumacos.

—¿Sabes que te adoro, verdad?

—Sí, mami.

Ella también se miró en el espejo, se vio pálida y demacrada. Jorge debía

considerar que estaba horrible. Se peinó, se aplicó brillo de labios y salieron de nuevo

a la sala, donde una empleada servía jugo de sandía acompañado de unas colaciones que olían delicioso. Belén tenía hambre, esa mañana, de la tensión, había olvidado desayunar.

—Papi, quiero ver los caballos —dijo, sentándose en sus rodillas.

—Alcanzan a ir, el almuerzo se retrasó un poco, serviremos en una hora —señaló Ligia.

—Tómate el jugo y vamos a montar a caballo —dijo Jorge.

—Iré con ustedes —afirmó Belén.

—No es necesario, descansa. Paloma y yo queremos compartir el tiempo.

¿Cierto,

preciosa?

La niña afirmó con la cabeza. Su hija, con tal de montar a caballo, vendería su alma.

Era uno de sus mayores deseos. Paloma se despidió de Belén con un sonoro beso.

Salió feliz de la mano de su padre, dejándola a ella sola con la familia. Inspiró fuerte y se preparó para algún comentario sobre por qué les había ocultado a Paloma.

Miguel y Olivia se despidieron, no sin antes decirle que se sintiera como en su casa

y que cualquier cosa que necesitara no dudara en pedirla. La pareja tenía trabajo que

hacer y Belén se quedó con las dos mujeres.

—¿Dónde nació la niña? —quiso saber Elizabeth.

—En Bogotá, trabajé en Nueva York hasta el séptimo mes y volví a Colombia,

quería que naciera aquí.

—¿Fue parto natural o cesárea? —preguntó Ligia, mientras dejaba el vaso en una bandeja.

—Natural.

—No puedo reprocharte el que no nos hayas dicho nada, Jorge nos explicó muy bien

la situación, estabas muy dolida. —La mirada inquisidora de Ligia se clavó en el rostro apesadumbrado de Belén—. Pero pensé que nos considerabas tus amigos. Fue toda una sorpresa, no por la niña, sino por tu actuar.

—Quiero que sepas —interrumpió Belén—, que mi intención en el viaje anterior era

venir hasta San Antonio y hablarles de Paloma, pero por un encuentro de mi hermana

Antonia con Jorge, él se me adelantó. Tan pronto supe que estaba libre, quise que se relacionara con Paloma.

—¿Y por qué en la cárcel no? —levantó una ceja Elizabeth.

Belén se removió, inquieta, en la silla, no sabía por dónde empezar. Removió un anillo que tenía en el dedo medio.

—Sé que no es la situación ideal, pero él tenía derecho… —insistía Elizabeth. Ligia

la observaba con ojos de halcón.

—Jorge no quería hijos, cuando se dio cuenta de que yo había dejado de planificar,

tuvimos una discusión muy fuerte. Dijo que nunca hubiera aceptado que un hijo suyo lo

visitara en la cárcel. Que se avergonzaría. Y luego me dejó. —Ahogó una exclamación,

al rememorar uno de los días más negros de su vida.

Ligia permaneció en silencio. A Belén se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Créanme, fue una época muy difícil, pero ni un solo día dejé de pensar en ustedes.

Lo siento mucho.

Belén notaba a Ligia aún reticente y se dijo que a lo mejor el tiempo lo arreglaba todo. Elizabeth parecía que había pasado la página.

—No te preocupes —la tranquilizó la tía y mirando a su cuñada con reprobación, continuó—: no estamos aquí para juzgarte, como dice el dicho: "Cuando alguien juzgue

tu camino, préstale tus zapatos".

Hablaron un rato más, luego las mujeres la acompañaron a la habitación que

compartiría con Paloma. Era un lugar luminoso, de paredes pintadas de color amarillo

pálido y cortinas blancas de algodón, dos camas gemelas separadas por una mesa de noche con su lámpara y un mueble para ropa en madera de cedro. Una silla grande en la

esquina. Había muchos juguetes en una repisa.

—Jorge se volvió loco comprándole cosas.

Belén sonrió.

La dejaron un rato mientras arreglaba el contenido de las maletas en el armario. Le

gustó el olor a lavanda que expedía la cama cuando se recostó un momento a pensar.

¿Qué diablos iba a hacer? El recibimiento de las mujeres Robles había ido como esperaba. Ligia no se lo pondría fácil, Elizabeth era todo amor, pero a ella nada le aliviaba la culpa por haberles ocultado a su hija.

Padre e hija llegaron felices de su paseo a caballo.

—Paloma me dijo que había montado antes.

—Sí, había un establo cerca de casa, la llevaba cada dos semanas, lo cerraron el año pasado.

—Tiene talento —insistió él.

—Ella es muy buena en todo lo que emprende —aseveró Belén, mientras la niña se

acercaba a un viejo perro labrador que yacía acostado en una esquina.

Jorge la miró un momento antes de decirle a su madre algo del almuerzo.

Después de lavarse las manos y la cara se sentaron a la mesa. El almuerzo estuvo muy animado. Miguel y Olivia invitaron a las mujeres a dar una vuelta por el pueblo en

la tarde. Después tomaron café en el zaguán. Paloma se negaba a hacer siesta. Jorge miraba a Belén de hito en hito, pero apenas habían hablado y ella se dijo que era mejor

así.

Belén y Paloma caminaron por los alrededores, no sin antes Jorge darles ciertas instrucciones de a dónde no debían acercarse, porque podría ser peligroso para ellas,

algún animal suelto o nervioso les podía hacer daño. Él, mientras tanto, tenía trabajo que hacer en los establos, un veterinario estaba incapacitado y debía suplirlo en el parto de una vaca.

La madre y la niña se acercaron a un pequeño lago desde el que se observaban los

peces y en la parte de atrás de la casa había una piscina que estaba enmallada, seguro

para que no entraran los animales. Belén, que la vio de lejos, se negó a acercarse con

la niña o terminarían en la piscina en menos de nada.

Habían pasado tres días desde su llegada. Jorge la observaba todo el tiempo, pero

se prometió no abrumarla con sus gestos e intenciones, decidió darle algo de espacio y

su decisión había sido acertada. La notaba confusa, estaba seguro de que ella había imaginado que durante su estadía en la hacienda él estaría importunándola con sus atenciones, y se moría por hacerlo, pero no se iba a precipitar como adolescente en celo.

Las acompañaba cada noche hasta la habitación, a veces, si Paloma no estaba muy

cansada, le contaba un cuento. Quería quedarse mientras Belén le ponía el pijama. Él la

observaba dormir, percibía su respiración pausada. Deseaba quedarse en ese cuarto

con olor a cítrico y a vainilla, quería esperar a Belén en la cama, verla salir del baño con su pijama o con una toalla envolviendo su cuerpo como antaño, deseaba una cercanía con ella, anhelaba la sensación de tener su lugar en el mundo que le brindaba

solo ella… En cuanto percibía a Belén incómoda le deseaba las buenas noches.

Pero si esperaba que ella tomara la iniciativa, podría quedarse esperando. Ya era hora de actuar.

CAPÍTULO 35

Una tarde, mientras todo el mundo dormía la siesta menos Jorge y Miguel, Belén, curiosa, entró en la habitación de él. Una fotografía de las que le tomó a Paloma en su

casa el primer día coronaba una mesa esquinera y había otras más pequeñas de su viaje

a Nueva York. El ambiente olía a él, era ordenado, la cama tenía un cobertor oscuro, en

la mesa de noche había una lámpara y un libro de Sabines y debajo otro libro, que era

como un álbum.

Con el pulso acelerado lo abrió, el corazón presionó sus costillas al ver las diferentes fotografías, eran ellos en la época del romance. Los ojos se le aguaron al verse en esas fotos, tan feliz, una felicidad que no volvió a experimentar nunca más. En

una de ellas, con el pelo envuelto en una toalla, le sacaba la lengua al fotógrafo. Dejó

el cuaderno en su puesto. Se acercó a su closet, lo abrió y acarició su ropa, olfateó una

de sus camisas y eso la hizo reaccionar, dejar todo como estaba, y salir como una exhalación de la habitación.

La quinta noche, en la que se reunían en la sala a charlar, Jorge estuvo distraído toda

la velada. Belén tenía un short rosado que dejaba al descubierto sus esbeltas piernas,

los días anteriores llevaba vestidos por debajo de la rodilla o pantalón jean. Sus ojos

aleteaban sobre ella, estuvo seguro de que sentía la fuerza de su interés como una corriente secreta que la envolvía. Miguel le sonreía, burlón. “El muy cabrón”, pensaba.

Recordaba muy bien la textura de esa piel y el modo en que enredó esas piernas en su

cintura la tarde del hotel. Se excusó con talante serio y volvió a aparecer media hora

después en la sala, recién duchado y cambiado, en el ambiente olía a su loción, que era

la misma de siempre.

Belén se dijo que estaba guapísimo, le molestaba que su atractivo la afectara tanto.

Renegaba interiormente, porque se le aceleraba el corazón cuando él se acercaba, al mirar sus ojos, era consciente de que retenía el aliento.

—Papi, ¿a dónde vas?

—Tengo una reunión en el pueblo, preciosa, por eso te daré tu beso de buenas noches ahora.

Miguel y Olivia jugaban a la Lotería con Paloma, la niña ya bostezaba. Todos se quedaron callados, lo que confirmó a Belén que había una mujer de por medio. Simuló

una calma que estaba lejos de sentir. Él se despidió de todos y salió, a lo lejos escuchó

el motor de la camioneta alejarse.

Rato después les dio las buenas noches a todos y después de que acostó a su hija, se

acostó también, pero el sueño no llegaba. Tenía calor, graduó la temperatura del aire acondicionado mientras pensaba en él.

No debería estar celosa, ella estaba en una relación, a lo mejor la sensatez había

vuelto a él y todos contentos. ¿Por qué, entonces, estaba furiosa? Los celos volvieron en oleadas y no le agradaba en absoluto. No lo quería cerca de ninguna mujer, es más,

le molestaba que se hubiera dado por vencido tan pronto y tampoco sabía el

porqué.

No se hallaba, ¿quería o no quería? Recordó la charla de una de las empleadas del servicio, un día que ella pasaba por allí y se detuvo a escuchar.

—Todas esas mujeres en el pueblo se ponen loquitas cuando lo ven aparecer.

—Sin oficio es lo que son —señaló la otra—, deberían prepararse o trabajar, en vez

de pensar que algún hombre les va a solucionar la vida.

Belén le dio la razón a la joven.

—Sale con esa rubia, la dueña de la pastelería.

—Más bonita es la señora Belén, y esa niña es un primor.

—Es terrible, pero muy bonita.

Sin poder conciliar el sueño, observó que su hija dormía profundamente. Se puso un

vestido de baño, agarró una toalla y salió para la piscina. No escuchó los pasos que la

siguieron.

Jorge había llegado cuando ya todos dormían, había entrado al estudio y se había servido un vaso de licor sin ni siquiera encender la luz. Había tenido una reunión en el

salón comunal con algunos campesinos de la región, quería revivir uno de los

proyectos de su padre. Miguel y su madre no estaban de acuerdo, solo Olivia lo apoyaba.

La cara de Belén cuando anunció que iba a salir era todo un anuncio lumínico. Lo que ella sentía estaba patente en sus ojos grises y podía jurar que estaba

celosa.

Escuchó unos pasos y se levantó. ¿Y si era Paloma? Vio pasar a Belén, que salió por la

puerta de atrás rumbo a la piscina. ¿Qué hacía saliendo tan tarde? La siguió. Un par de

lámparas y la luz de la luna guiaban el camino. A lo lejos se escuchaba algún balido de

los animales y la serenata de grillos y chicharras.

Al llegar al lugar, la vio quitarse una camiseta que tenía puesta y dejarla junto con la

toalla en una de las tumbonas, su cuerpo solo cubierto con un bikini de color fucsia quedó al descubierto. Ella y Paloma habían usado la piscina ya varias veces, pero él

no había compartido esos momentos con ellas, normalmente se encontraba en los

potreros o atendiendo a los animales. Su piel brillaba y parecía que el aire a su alrededor se hubiera vuelto una jalea espesa. Observó sus pechos, estaban más

apetecibles, estaba un poco más llena que años atrás, sus nalgas respingonas, la línea

de su cintura igual de hermosa.

Se apoyó en la baranda y se dedicó a observarla. Se dijo que debía regresar sobre

sus pasos, ignorar sus torneadas piernas, la piel descubierta y los pechos que deseaba

volver a saborear. Ella lo afectaba de todas las maneras, estaba al pendiente

de cada

gesto y cada respiración, escuchaba sus risas, veía lo buena madre que era, la manera

en que estaba atenta a las mínimas necesidades de su hija, y el trato para con la familia,

tranquilo, atento, habían aliviado en algo el resentimiento, así a veces Ligia le pusiera las cosas difíciles. La vio lanzarse a la piscina de cabeza y nadar con una brazada perfecta, hizo varias piscinas hasta que él decidió acercarse.

Belén se percató de la presencia de alguien. Al acercarse a la pared de la piscina para tomar aire, se asustó, y enseguida quedó de pie, se limpió la cara y vio que era

Jorge.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella, molesta al ver que habían invadido su momento

de relax.

—Eso me pregunto yo —dijo de buen humor, regalándole una sonrisa.

Belén levantó la ceja, mirándolo, confundida. Su voz profunda la abrazó,

acariciándole las añoranzas y los recuerdos. Salió de la piscina con celeridad, molesta

al ver que él tenía la toalla en sus manos, sin amilanarse y escurriendo agua caminó hasta él y extendió la mano para recuperar el lienzo.

Jorge deslizó la mirada por todo su cuerpo con intención, quiso secarla con su cuerpo, lamer las gotas de agua que bajaban en la hendidura de sus pechos, tocarla.

Belén, al ver su mirada, deseó ser el tipo de mujer capaz de coquetear con descaro,

provocarlo y después dejarlo con un palmo de narices. Jorge, en vez de darle la toalla,

caminó dos pasos hacia ella, estiró la prenda y la envolvió. Ella se encontró apretada

contra su pecho y quedó sin aliento.

Si no se separaba, Jorge iba a perder el control, pero no quería dejarla ir. Ella le dio

la espalda, su trasero lo rozó un segundo y una marea de calor inundó su vientre.

Acercó el rostro a su pelo, buscando el aroma a vainilla en medio del olor a cloro del

agua de la piscina. Cerró los ojos, tratando de recuperar una brizna de control. Se prometió que no la volvería tomar como en Nueva York, debía dejar de olfatearla. La

notó escalofriada. Ella se alejó de él y se secó con fruición las piernas, luego los brazos y la espalda, sin tener ni idea de lo que sus movimientos ocasionaban en él.

—Iré a descansar —dijo, nerviosa, poniéndose la camiseta.

—Te acompaño —pronunció, tenso.

Ella se volteó a mirarlo, sus ojos se habían oscurecido.

—No es necesario, sé cuidarme sola.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. La hacienda cuenta con un sistema de seguridad, pero

puede aparecer algún animal.

Ella soltó una risa incrédula y negó con la cabeza.

—He estado en El Congo, en Gaza, en las calles de Nueva York. No tienes de que

preocuparte.

Él la miró con un brillo conocido en los ojos y ella recordó lo ocurrido en Nueva

York y también que no podría volver a ocurrir, aunque eso no le quitó la sensación de

pesadez en el vientre y en las piernas. Ella se adelantó, necesitaba erigir sus defensas

para ser inmune a esa mirada.

—Solo trato de ser un caballero contigo y créeme, es un poco difícil. Otra mujer

diría simplemente “gracias”.

Ella lo miró, furiosa, al percibir que estaba conteniendo la respiración. Los labios

de él se curvaron en una media sonrisa, no supo si por gracia o ironía.

—Pues no necesitas hacerlo conmigo, vuelve con esa otra que seguro recibirá con gusto tus atenciones.

Se arrepintió al momento de su exabrupto, quiso que esa vez de verdad la tierra se la

tragara, pero pensó en Paloma y se dijo que no era necesario llegar a extremos.

Sonrojada, enfrentó su sonrisa burlona.

—¿Celosa?

—¡No! Puedes hacer con tu vida lo que te plazca.

Jorge la aferró del brazo y la pegó a su cuerpo.

—Pues ahora me place algo muy especial. —Sus ojos brillaban, retadores.

Belén quería huir del aliento de su respiración en su piel, que le causaba escalofríos.

Sentía su calor por entre el pantalón de él y la toalla que la envolvía.

—Soy inmune a ti.

Él levantó la comisura de su boca y con brillo fiero, le contestó:

—No es cierto, creo que lo dejamos claro en Nueva York.

Jorge le deslizó los dedos por la mandíbula. La tomó por la nuca y arrastró su cara

hacia la suya, unieron sus bocas en un beso tempestuoso, salvaje. Gimió, complacido,

cuando notó las manos de ella subiendo por sus hombros hasta rodearle el cuello, horadó la boca con la lengua, dominado por la excitación, la arrinconó contra el primer

árbol que encontró, mientras seguía devorándola sin tregua, sus labios eran igual de dulces, se sintió como si hubiera entrado en una nave del tiempo y al abrir los ojos, se

encontraría en el departamento de ella, en el cuarto, en la cama. Pero también había placeres nuevos, sensaciones increíbles de lo ocurrido en días pasados, sintió que se

elevaba y eso solo lo lograba ella. El beso estaba repleto de añoranza, de pasión y de

una conexión que estaba por encima de los resentimientos, del sufrimiento, de

la distancia. Metió las manos por entre la camiseta y la tocó por todas partes, como si fuera un jodido adolescente y no supiera por dónde empezar. La devoró con el anhelo

egoísta de querer borrarle los besos que había compartido con Alberto. Ya iba a soltarle el broche del bikini, cuando Belén lo aterrizó.

—No podemos, no está bien.

Dejó de besarla, pero no la soltó.

—Pero tú deseas seguir —aseveró, con voz ronca y seductora sobre su piel—. Has

respondido a mis besos. Me encantaría abrirme los pantalones y penetrarte, aquí y ahora. Podríamos hacerlo hasta que dijeras basta. Sería solo el comienzo, Belén.

Apenas un aperitivo para aguantar hasta que lleguemos a la cama más cercana. La puerta más cercana que podamos cerrar con llave. Entonces te daré todo lo que me pidas. Lo que quieras. Duro o lento, salvaje o dulce. Tú escoges. Toda la jodida noche.

La miraba de manera incisiva, atenta. Se separó de ella. Dios, a Belén las piernas

apenas la sostenían. Se moría de ganas por decirle que sí, se moría de ganas por sentirlo otra vez, pero era una mujer más madura y no se dejaba manejar por nadie, como él evidentemente quería hacerlo. Ni siquiera habían hablado, no habían limado asperezas, acostarse con el padre de su hija no sería lo más inteligente después de lo

ocurrido en Nueva York. Levantó la toalla y se la acomodó de nuevo.

—Gracias, pero prefiero dejarlo aquí. Buenas noches.

Entró con paso acelerado a la casa y se perdió en la oscuridad, dejando a Jorge encendido.

Al entrar de nuevo al estudio, encontró a su hermano frente al computador.

—¿Cuánto vas a demorar en ir por lo que quieres? No te había visto vacilar ante algo nunca antes.

Jorge se sentó y se refregó la cara antes de mirar a su hermano.

—No es tan fácil. Con ella es como caminar sobre cáscaras de huevo.

Miguel se levantó, dispuesto a servir un trago de licor. Le pasó un vaso a su hermano

y volvió a sentarse frente al computador.

—Has algo, siendo un cabrón con Belén la sacarás corriendo. La tensión es

evidente, no sé si me entiendes —señaló Miguel, refiriéndose a la tensión sexual y con

sonrisa taimada, continuó—: El show de hombre de las cavernas de hace unos minutos

no creo que funcione en estas circunstancias.

Jorge lo miró, ofendido.

—Eres un cabrón.

Miguel siguió sonriendo.

—Mi responsabilidad es velar por la seguridad del lugar, el ruido me alertó.

Piénsalo hermano. Existen las flores, las cenas románticas, hasta ese sitio en la loma de

aguas termales, podrías preparar algo.

Jorge lo miró sorprendido y soltó una carcajada carente de humor.

—Habló el hombre que fue todo un príncipe en la conquista de Olivia.

Miguel soltó la risa.

—Lo tuve difícil, pero lo arreglé y está conmigo.

—Está ciega de amor, la pobre.

—Bendita sea su ceguera —concluyó Miguel, apagando el equipo y levantándose.

—Eres un cabrón afortunado.

—Esta noche estaba celosa cuando te vio salir perfumado —afirmó Miguel

—Algo vi.

—Entonces, estás perdiendo el tiempo, has superado bien tu tiempo en la cárcel. Ya

tienes una familia, lucha por ella antes de que corra a Nueva York a los brazos de su

novio.

Con esas lapidarias palabras, Miguel salió del estudio.

En cuanto Belén cerró la puerta del cuarto, una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

Lo había dejado con las ganas, se lo merecía, por todo lo que la había hecho pasar. Se acercó a la cama de su hija, revisó que estuviera bien y después de una ducha, se acomodó en su cama. Lo deseaba y mucho, pero sería un error saltar sobre él, como fan

desquiciada, lo había hecho años atrás y había ganado un tesoro, pero también una amarga decepción.

En Nueva York, por culpa de ese encuentro, era consiente que había herido

mucho su

relación, pensar en Alberto la llenaba de pena. Si su presencia no la afectara tanto, todo sería más fácil, si pudiera dormirse y despertar con nuevos sentimientos, sufrir una especie de amnesia emocional, qué saludable sería, ya estaba como esa canción que decía: “Si tu presencia me provocara amnesia”. Sonrió. Que fácil sería su vida.

No, ella no contaba con esa suerte.

CAPÍTULO 36

Jorge y Paloma iban montados a caballo por un sendero que los llevaba a una arboleda

de frutos que lindaba con la finca de Clementina. Jorge le contaba que de niño se subía

a los arboles más altos a bajar naranjas, con todas las precauciones posibles, advertía,

porque siempre le había hecho caso a sus padres: se ponía casco, coderas y rodilleras.

Se reía para sus adentros de la cara que pondrían su madre y Miguel si lo escucharan.

Era poco probable que la chiquilla se aventurara sola por esos parajes, pero cualquier

precaución con su brillante hija era poca.

Habían pasado tres días desde el beso. Se avergonzaba de su comportamiento, había

visto a Belén semidesnuda y se había lanzado sobre ella como fiera. Claro que la muy

condenada no había puesto mayores reparos.

—¡Papi! Hay un animal allí —interrumpió Paloma sus pensamientos.

—Veamos.

Se apearon del caballo, lo enlazaron a uno de los árboles cercanos y se acercaron al

animal, era una cría prematura de ternero, la vaca debía estar más adelante con el hato

de la zona sur. Era algo excepcional, se cumplía con los aportes nutritivos para que eso

no ocurriera. Paloma se agachó a mirarlo.

—El bebé está perdido, papi.

Jorge no creía que el animal sobreviviera. Le examinó la respiración y los reflejos

podales. Marcó un número de su celular, le dijo al técnico que contestó que trajera un

maletín con el equipo necesario para reanimar al bebé.

—No, mi amor, no está perdido, su madre debe andar cerca.

—No creo, una mamá no se separa de su bebé fuera de casa.

Jorge la miró un momento, impresionado por su lógica. No podía decirle que todo el

terreno era la “casa”, porque ella sabía muy bien que los terneros y sus madres descansaban en un área aparte hasta el destete.

—¿Vas a buscar a la mamá? ¿Y al papá? Pobrecitos.

—Sí, los reuniré.

A los pocos minutos llegó Esteban, uno de los técnicos veterinarios, y le pasó el maletín a Jorge. Él le midió el oxígeno y el CO2, le sacó secreción de la nariz, lo envolvió en una manta y se asombró de que el ternero se aferrara tanto a la vida.

—Preciosa, vamos a llevarlo a donde atiendo a los animales. Esteban buscará a la

madre.

Paloma miró afligida el paisaje y se montó con su padre en la camioneta. Esteban iría en el caballo.

—No te preocupes, su papá también debe estar buscándolo.

Paloma lo miró, dubitativa. Llegaron al lugar en minutos. Jorge extendió al animal en

una camilla. Respiraba mucho mejor sin secreciones, le hizo todo el examen de reflejos, su hija lo miraba sin perder pies ni pisada de cada movimiento. Con otra manta volvió a friccionarle el cuerpo y le alistó un tetero con una bebida especial a base de calostro, mientras encontraban a la madre.

Cuando Jorge le daba la bebida al ternero y miró a Paloma, esta lo miraba como si

él fuera todos los superhéroes juntos. A Jorge se le ensanchó el pecho por culpa de los

latidos de su gigante corazón. El ternero sobrevivió. Rato más tarde encontraron a la mamá y los reunieron en las pesebreras destinadas para ello. Paloma llegó emocionada

a contarles lo ocurrido a su madre y a su abuela, que estaban en la cocina haciendo dulce de papayuela.

Jorge llevó la niña para lavarle las manos y la carita. Ella lo besó en la frente y lo

abrazó. Cuando volvieron a la cocina, mientras Ligia le daba leche y galletas a Paloma,

Belén, sonriente, le dijo:

—Vaya, vaya. ¿Qué se siente ser el héroe de la jornada?

Él le regaló una sonrisa matadora.

—¿Soy tu héroe, paloma? —susurró en tono de voz peligroso.

Era la primera vez que la llamaba así desde el reencuentro. Ella se sonrojó al percibir la añoranza que ese nombre, dicho solo para ella, le provocaba. Le dedicó una

sonrisa también.

—No, el mío no. Solo el de Paloma. —No quería decirle que poco a poco subía puntos en su escala.

En la tarde, Belén se acostó en la hamaca que había en el zaguán. Elizabeth y Paloma

arrancaban flores muertas y hierbas en el jardín. Los sonidos de los animales, las voces de los trabajadores que le llegaban a lo lejos y el vaivén de la brisa que refrescaba la tarde, la indujeron a la siesta. Se quedó dormida.

Al poco rato se despertó, una delgada sabana cubría sus piernas, el silencio era roto

solo por el ruido de una mecedora. Era Jorge, que tomaba un café mirando hacia los establos. Ella se estiró y él no pudo evitar mirar todos sus gestos, el cabello desordenado, la boca apetitosa.

—No sé cuánto dormí. ¿Dónde está Paloma? —dijo con una voz ronca, que le puso

los pelos de punta a Jorge.

—Has dormido casi una hora, mi tía y mi madre la llevaron a la plaza del pueblo,

hay no sé qué función de títeres que organizó Olivia para los niños, vino un grupo de

teatro de la capital. Espero que no te moleste.

—No, no me molesta.

—Necesitabas descansar.

Ella sonrió.

—Gracias.

—Mantener el ritmo de Paloma puede llegar a ser algo agotador.

—Algunas veces.

Una empleada pasaba por allí, Belén pidió un café, le gustaba el aroma que emanaba de la taza de Jorge. Él miró un momento el horizonte y ella se recreó en su perfil, las

ligeras arrugas que se le formaban en el contorno de los ojos, el asomo de barba que le

encantaba, las canas en las sienes, quiso sentarse en sus piernas y acariciarle el cabello, el contorno de la boca, besarlo. Charlaron de trivialidades.

—Quiero invitarte a cenar. Hay que celebrar —dijo él.

—¿Por?

—Paloma ya es una Robles de manera oficial.

En la mañana había llegado un sobre con todos los documentos pertinentes.

—En la escuela ya dice su apellido con mucho orgullo.

—Yo se lo enseñé.

Belén sonrió.

—Podríamos…

En ese momento, un auto conocido se parqueó cerca de la casa. Jorge maldijo su suerte. Era el auto de Matilde.

Del auto bajó la mujer, con un short corto, zapatos altos y un top que dejaba al descubierto una buena porción de piel. A lo mejor no lo encajó tan bien como creía, pensó Jorge, mientras ella se acercaba con un empaque donde venía una torta.

Belén la miraba con viva curiosidad. Ya la había conocido en el pueblo, si bien no

fue simpática, había sido cortés con ellas cuando habían visitado la pastelería. La mujer apenas reparó en su presencia, dejó el empaque en una mesita y abrazó a Jorge,

al que Belén notaba más incómodo a cada minuto que pasaba. Matilde, sin pena, le dio

un beso en la boca. Él se soltó de manera inmediata, pero para Belén el daño ya estaba

hecho. Luego se separó de él y la saludó a ella.

—Hola.

—Hola —dijo Belén, aparentando una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

Nunca en su vida había sentido lo que sentía en esos momentos, ganas inmensas de

coger a esa mujer del cabello y arrastrarla por el jardín. Ganas de coger a Jorge a puños por haberse dejado tocar, ganas de salir corriendo con Paloma para Nueva York

y que él se perdiera de ayudar a criar a su hija, mejor dicho, ganas de hacer daño.

Así que esta era la mujer con la que seguro había iniciado algo a su llegada a San

Antonio y a lo mejor no había sido la única. La ira hervía a fuego lento y lo mejor de

todo era que no tenía ningún derecho ¡Ella tenía a Alberto! ¿Por qué lo olvidaba? Era

sano que Jorge rehiciera su vida, pero si él sintió una décima parte en Nueva York de

lo que ella sentía en ese momento, lo entendía. ¡Sano el diablo! ¡Qué sano ni que ocho

cuartos! ¡Jorge era suyo!

—Te traje tu torta favorita.

—Gracias —contestó Jorge con gesto frío, que no ayudó a calmar a Belén.

—Hoy se presenta un grupo nuevo en La Libélula, quizá podríamos ir juntos.

—No, gracias, ya tengo un compromiso.

Si Matilde no se había dado cuenta de que su presencia no era bienvenida, lo supo en ese momento. La seguridad con la que había bajado del auto se esfumó como por encanto. Belén quiso sentirlo al verla confundida y apenada, pero no se sentía muy generosa en ese momento. La mujer se despidió y apresurada caminó hasta el auto.

—Lo siento, yo… —se excusó Jorge.

—No tienes nada de qué disculparte. —Belén se levantó de la hamaca con rapidez,

sus ojos mostraban la furia que intentaba contener.

Los ojos miel de Jorge, entrecerrados bajo el brillo del sol de la tarde, la contemplaron durante varios segundos. Una sonrisa lenta apareció en su semblante.

—¿Estás celosa?

Ella lo miró hecha un basilisco.

—¡No! ¿Cómo se te puede ocurrir?

—Te conozco, por eso se me ocurre —señaló ante lo evidente.

Belén apeló a toda su dignidad y bajó el tono de voz.

—Espero que en lo sucesivo seas discreto, no quiero que confundas a Paloma con tus conquistas.

La sonrisa pretenciosa que Jorge había lucido se evaporó, al tiempo que se envaraba

hacia ella.

—No metas a nuestra hija.

—Es nuestro único interés.

Se giró con elegancia y bajó al jardín. De pronto unas margaritas adquirieron vital

importancia para ella, necesitaba calmarse. Sintió la presencia de Jorge a su espalda,

su aroma la invadió, ocasionándole un ligero estremecimiento. Sin embargo, la rabia y

los celos aun bullían en su interior. Le habló en tono suave.

—No hay conquistas, no hay mujeres, eso que viste fue algo sin importancia.

—De eso estoy segura.

—No puedes decir lo mismo, tú estás en una relación.

—No metas a Alberto en esto.

Belén necesitaba alejarse, de su cercanía que le producía tantas cosas: ganas de darle un empellón y un par de bofetadas por haberse dejado tocar de otra mujer, deseo

de pegarse a él, de besarlo hasta dejarlo sin respiración para borrar el rastro de cualquier otra y reclamarlo como suyo, pero sabía que haría el papelón de su vida.

Caminó por un sendero que la llevaba al huerto de Elizabeth, Jorge fue tras ella, escuchaba sus pisadas aplastar el pasto de la senda. Entró al lugar que estaba enmallado como el área de la piscina. Sin saber qué hacer, se dio la vuelta.

—¿La despacharás haciéndola sentir una puta como hiciste conmigo?

Jorge irguió la cabeza, la miró a los ojos como si ella le hubiera dado una bofetada y

al instante su rostro volvió a adquirir una expresión hermética, que cada día pasado con ella era más difícil de sostener.

—Me preguntaba cuándo sacarías a relucir esa maldita tarde. ¿Algún día dejarás de

recriminármelo? Ya me he disculpado varias veces por eso. Actué como un idiota, lo sé.

Ella movió las manos, desestimando el comentario.

—Todo pueblo tiene uno, no te preocupes —señaló con sorna y continuó—: Me

importan un bledo tus excusas.

Jorge dio dos pasos hacia ella, tomándola por los hombros y ejerciendo presión, pero cuidando de no lastimarla.

—¡Lo hice por ti, maldita sea! —gritó a centímetros de su rostro—. ¡Por ti! ¡Ponte

en mis zapatos! No quería que pagaras una condena conmigo.

La intensidad de su voz la puso en guardia. Se soltó y negó varias veces con la cabeza. La estaba poniendo nerviosa su contacto, no tenía nada a mano para controlar

los nervios y eso la molestó aún más. Se arrodilló en la tierra y empezó a quitar hierbas, no sabía si estaba estropeando los vegetales, en ese momento no le importaba.

—Estás siendo egoísta —susurró él.

—¿Egoísta yo? ¡Ja! Eso sí que está bueno —exhaló fuerte—. ¡Te aseguro que no

pensaste en mí al tomar esa decisión!

Jorge exhaló bruscamente, apretó los dientes con fuerza y sus ojos lanzaron destellos

dorados al observarla agachada, vio la parte posterior de su cuello, los hombros, la espalda, el trasero.

—¿Cuánto tiempo iba a durar? Hasta que te hartaras de hacer una jodida fila los domingos y entrar a esos patios de mierda y los guardias manoseándote en las requisas

y los demás con sus miradas. No iba a permitir que mi mujer se enfrentara a eso.

Belén se levantó como un resorte.

—¡La decisión no era solo tuya! A mí no me hubiera importado. No confiaste en mí.

Te faltó fe en lo nuestro, ¿crees que no hubiera estado junto a ti? No me conociste, yo te adoraba Jorge, porque eso no era amor, era adoración, solo me faltaba besar el piso que tú pisabas, solo eso. —Le golpeó el pecho con la palma—. Le hubiera hecho frente

a lo que hubiera venido, pero no me dejaste.

El recuerdo del día en que él no la quiso más todavía le hacía daño, un daño que solo se vio mitigado, en parte, el momento en que sostuvo en brazos a su hija por primera vez. Con horror percibió que las lágrimas inundaban sus ojos.

Jorge cayó de rodillas frente a ella, se abrazó a su cintura, conmovido en el alma por

su declaración. Trataba de encontrar las palabras para reparar en algo el daño que había causado en ella su decisión egoísta, porque había sido egoísta, viéndola tenía que reconocerlo, él siempre creyó que lo hacía por los dos, pero la verdad era que no

hubiera soportado que ella lo hubiera dejado, cansada de luchar por algo que no parecía tener solución. No hubiera podido seguir viviendo, tuvo que hacerlo antes, por

su supervivencia lo había hecho, y ella, como siempre lo calaba, lo conocía muy bien.

—¡Perdóname, Belén! Por lo que más quieras, perdóname. Tú no sabes lo que tuve

que pasar, ¿tú crees que para mí fue fácil dejarte ir? ¡No! Fue el jodido infierno, noche

tras noche te soñaba, te deseaba, quería rogarte, suplicarte que fueras y me visitaras y frente a tu mirada olvidar que estaba metido en el puto infierno. —Se apretó más a ella

sin notar que no le devolvía el abrazo—. ¡Te odiaba, por hacerme sentir así! Llegó un

tiempo —dijo y se detuvo unos instantes sopesando sus palabras—… mucho después

de que termináramos, en que te soñaba o te imaginaba con otros, compartiendo con ellos lo que era ¡mío! —bramó.

Ella tuvo el impulso de consolarlo de alguna forma, de tocar su cabello, pero la herida abierta no la dejaba. Se soltó de él y se frotó los brazos como si tuviera frío, necesitaba ser fuerte, no era momento de desmoronarse.

—¡Para mí también fue un infierno! —dijo, con voz rota—. Lo único que me salvó

fue mi preciosa hija.

Jorge se levantó.

—¡Nuestra hija! —recalcó—. ¡Que también hubiera sido un gran consuelo para mí!

Ella hundió los hombros, abatida, y se limpió el borde de los ojos, no derramaría una jodida lágrima por Jorge Robles nunca más.

—Esto ya no tiene arreglo, ni siquiera vale la pena que nos peleemos —concluyó, con voz derrotada.

—¡No!

La aferró a él con la intención de besarla, pero Belén le dio un fuerte empellón que

apenas causó algo de movimiento en él.

—¡Besaste a otra mujer no hace ni diez minutos! No seas cínico.

Salió del huerto y en ese momento frenó una camioneta. Olivia bajó con

Paloma, Ligia y Elizabeth se habían quedado en el pueblo. Belén no quería que la niña se diera

cuenta de lo alterada que estaba.

—Mami. —Se abrazó a sus piernas—. Vimos a *Rin Rin Renacuajo*.

—Muy tieso y muy majo —recitó ella, recordando la poesía.

Paloma soltó la carcajada. Olivia la miró, preocupada, y más al ver que Jorge venía

con cara de pocos amigos, a la legua se notaba que habían discutido.

—Sí, así es, Olivia me va la va enseñar.

Belén le retiró un mechón de pelo de la cara y lo puso detrás de la oreja.

Ya estaba oscureciendo, pronto sería la hora de la cena.

—Papi, ¿podemos ver a Benito? —musitó con ternura el nombre del ternero al que

habían bautizado en la tarde.

—Ya casi es hora de la comida, si tu mami deja, iremos unos minutos a verlo.

Belén dio su permiso, necesitaba estar sola unos minutos. Jorge, adivinando su

estado de ánimo, alzó la niña sobre sus hombros y recitando el Rin Rin Renacuajo se

alejó por el sendero en medio de las carcajadas de Paloma.

—¿Estás bien? —preguntó Olivia, acercándose a ella y tomándola de la mano.

Belén negó con la cabeza en varias oportunidades.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo convives con un Robles sin querer matarlo?

Olivia soltó la carcajada. Ya se le empezaba a notar el embarazo. Belén le notaba una ligera cojera, sobre todo en las tardes, nada perceptible a quien la observara durante bastante tiempo. Supo que algo grave le había ocurrido, pero todo el mundo era

muy prudente y nadie soltaba prenda. Además, siempre usaba pantalón largo, nunca la

veía con falda o shorts.

—Me recuerdas a mí hace unos meses. Es difícil, ven, vamos a caminar.

Belén no se movió de su lugar.

—Quiero salir al pueblo, tomar algo. Bien sabe Dios que hace tiempo no sé lo que

es salir a tomar un trago a algún lugar.

Olivia la miró, comprensiva.

—No soy buena compañera de juerga en este momento. —Señaló su abdomen —.

Pero te acompañaré a punta de jugo de guanábana, que es de los pocos que tolero.

—¿En serio estás bien para salir? No quiero incomodarte.

—Salgamos, yo también necesito distraerme.

Quedaron en salir después de la cena.

CAPÍTULO 37

Belén se duchó y se embadurnó el cuerpo de crema suavizante, escogió un short azul oscuro de encaje, una blusa de chiffon suelta color fucsia y zapatos de tacón alto de color negro, se peinó el cabello y se maquilló con sombras y labial oscuro. No sabía

por qué se arreglaba tanto, o sí lo sabía, y no quería reconocerlo.

Ligia y Elizabeth jugaban a las cartas con Paloma, ellas se ofrecieron para acostarla.

Olivia llegó al mismo tiempo que ella, llevaba puesto un pantalón suelto de color negro, zapatillas bajas y blusa de encaje color beige, también tenía el cabello suelto y

se había maquillado.

Cuando llegaron al zaguán, Miguel y Jorge, que ya estaban al corriente de los planes,

estaban sentados en un par de mecedoras, degustando un vaso de licor.

Jorge interrumpió el camino del vaso a los labios en cuanto Belén apareció. Se quedó contemplándola con la boca abierta como si fuera una aparición. Él se había enamorado años atrás de una joven sencilla, sin artificios, que apenas usaba

maquillaje, y luego de la ejecutiva y madre que había tratado en Nueva York, pero esta

mujer que tenía enfrente era un volcán en erupción, y que lo jodieran si no iba a estar

allí cuando su fuego lo alcanzara.

Deslizó su mirada hambrienta por el largo de sus piernas que brillaban, lubricadas,

resbalosas, peligrosas, y por el contorno de su cuerpo. “Belén va a matarme”. Se dijo

que esa era su perversa venganza por haberla despachado de su vida, no solo

esconderle la niña, sino dejarle vislumbrar lo que no volvería a tener con la finalidad

de abrazarlo en su propio fuego y dejarlo convertido en cenizas que luego ella barrería

y echaría a la basura sin remordimientos.

El solo hecho de haber dejado mudo a Jorge hizo que valiera la pena el haberse arreglado así, pensó Belén en cuanto apareció en el zaguán. Él parecía no tener nada

que decir. Miguel se acercó a su mujer, le acarició el rostro y le besó los labios.

—Bernardo las llevará al pueblo y las esperará —dijo, sin dejar de acariciar a su

esposa—. Si quieres te acompaño, soy muy bueno bailando, cuento chistes y pago la cuenta.

—Lo sé, mi amor —respondió Olivia—, pero es salida de chicas. En otra ocasión

saldremos los dos.

Se despidieron de Jorge, que las despachó con un gruñido. Olivia le guiñó el ojo a

su esposo, bajaron los escalones y se montaron en la camioneta.

Miguel se volvió a sentar y empezó a silbar una canción, Jorge se había levantado y

con el vaso en la mano, observaba el auto que se perdía por el camino.

—¿Y bien? —inquirió Miguel, con mirada burlona.

—¿Y bien, qué? —contestó Jorge, de mala manera, soltando el vaso en la parte

superior de la baranda de madera que circundaba el zaguán.

El muy bastardo sabía todo lo que pasaba por su mente. Se acomodó con el trasero

apoyado en el filo de la baranda, las piernas estiradas y los brazos a lado y lado del

cuerpo.

—¿Vas a ir tras ella?

—¿Tú qué crees?

—Te acompaño.

—Tú esposa dijo que no eras bienvenido.

—En ese caso, tú tampoco.

Jorge soltó una risa lenta.

—Mi mujer quiere guerra y yo seré el único que se la dé.

Miguel sonrió al escucharlo decir “mi mujer”. Ya era hora, caviló.

—De todas formas, no me lo voy a perder.

Entraron a la casa, Paloma jugaba a las cartas infantiles con las dos mujeres, era un

juego de emparejar animales. En pocos minutos estaría dormida, se le notaba el cansancio del día.

—Mi mami iba muy bonita, ¿papi?

Belén estaba más que bonita, pensó Jorge, recordando la mirada de soslayo que le

lanzó antes de montarse en la camioneta. Se aseguró de que ella supiera que había sido

observada todo el camino.

—Dime, preciosa mía.

—No quiero volver a Nueva York. Quiero que mi mamá y yo nos quedemos aquí

contigo.

Todos se quedaron en silencio. Jorge se acercó a ella, la alzó y la sentó en sus rodillas. Le acarició la mejilla, su preciosa hija quería lo mismo que él.

—Yo también quiero eso, pero primero tenemos que convencer a tu mami.

—Es que me gusta estar aquí, voy a tener mi pony, Dominga me dijo que cuando *Fiona* tenga cachorros uno de ellos será mío y me gusta jugar con mi abuelita Ligia y hacer galletas con mi tía Elizabeth y tú estás conmigo, siempre.

A Jorge se le hizo un nudo en la garganta. Sin importar que lo mencionara de último

en su lista de deseos, se emocionó tanto, que de no haber estado todos en la sala se hubiera echado a llorar como un crío. Se juró en ese momento que recuperaría a Belén.

Si tenía que arrastrarse como serpiente lo haría; si tenía que ir a buscarla al fin del mundo, lo haría; si tenía que jugar sucio, también lo haría.

—Yo quiero —dijo y le tembló la voz—, que tengas todas esas cosas que anhelas,

mi preciosa.

Después de besarla en la mejilla, la dejó al cuidado de su madre y su tía, y salió a

recuperar a su mujer.

La Libélula era el local escogido por Belén y Olivia para su noche de chicas. La

verdad, había poca vida nocturna en el pueblo, un par de locales más, pero ese lugar se caracterizaba porque iban los jóvenes profesionales de las haciendas cercanas, muchos

veterinarios, agrónomos e ingenieros.

Las dos mujeres estaban sentadas en una de las mesas, el lugar era sencillo,

minimalista, con afiches en las paredes de películas de cine-arte enmarcadas, mesas y

sillas en madera y poca cosa más. El murmullo de las conversaciones se confundía con

los acordes de una melodía. Al fondo había una pista pequeña de baile y una tarima donde varias veces a la semana los asistentes hacían karaoke.

Habían hablado de trabajo, del proyecto de Olivia, que ella había conocido en días

anteriores, se había emocionado mucho con todo lo que Olivia le mostró sobre la Casa

de Paz, la sanación de las víctimas de la violencia por medio de talleres, de música, de

pintura y algunos oficios, era una gran labor humanitaria y Belén sintió admiración por

todo lo que la mujer había conseguido. Si ella decidiera quedarse, estaba segura de que

dedicaría su tiempo a esa labor, más satisfactoria que su trabajo de hoy día.

Aunque no podía ser desagradecida, su trabajo le había brindado muchas cosas, pero

siendo sincera, cambiaría su vida en Nueva York sin pensarlo un segundo si pudiera quedarse en San Antonio de Padua. No se había dado cuenta de lo solas que estaban en

el país del Norte hasta que su hija había conocido a la familia Robles.

—¿No has pensado en quedarte? —preguntó Olivia, mientras degustaba de un

enorme vaso un jugo de guanábana.

Belén se llevó el segundo coctel de la noche a los labios, varios hombres se habían

acercado a sacarla a bailar, pero parecía que todo su entusiasmo se había esfumado tan

pronto estuvieron fuera de la hacienda.

—No puedo, mi vida está en Nueva York —mintió. Su vida estaba en cualquier parte

donde pudiera formar un hogar con Paloma.

—Lo digo porque para Paloma y para Jorge sería beneficioso el que se siguieran conociendo, yo sé que mi cuñado es algo difícil.

Belén casi soltó una carcajada.

—¿Algo?

Olivia solo sonrió.

—Por más imposibles que sean los hombres Robles, dejan una huella muy profunda.

Dímelo a mí que estuve colgada por mi esposo tantos años a pesar de que él me despreciara por ser hija de quien era. ¿Lo quieres?

—Es complicado, Olivia, pasaron muchas cosas.

—¿Quién no pasa por cosas difíciles? Sé que te has dado cuenta de que a veces mi

pierna me molesta.

Olivia le contó todo a Belén por qué a veces caminaba de la forma en que lo hacía.

Lo difícil que fue superarlo, la manera en que se había reconciliado con ello cuando Miguel volvió a su vida. Lo complicado que fue perdonarse a ella misma por lo que pensaba que su omisión había causado.

Belén se limpió las lágrimas, que sin querer la asaltaron ante lo emotivo y triste del relato.

—El perdón no es nuestro lado fuerte, Belén —le aferró la mano—. A veces el

perdón es solo tener la voluntad de seguir adelante. Si tú lo quieres, puedes tener un futuro con Jorge, él te ama, de eso estoy segura.

—¿Y si me quiere solo por Paloma? No sería justo para ninguno de los dos.

Olivia negó con la cabeza.

—Tú no te das cuenta de la forma en que te mira cuando estás concentrada en otra

cosa. Es una mirada de… —Buscaba las palabras—. Como si tú fueras su luz.

—No me he dado cuenta.

—Ellos son expertos en ocultar lo que sienten, ya deberías saberlo.

Era cierto.

Jorge y Miguel entraron al lugar. Se sentaron a la barra y le pidieron a Francisco, el

dueño y barman, un par de cervezas heladas, mientras miraban a un par de moscardones

que trataban de ligar con Belén. A Olivia ni la miraban, todos en el pueblo sabían de

quién era esposa, eso sí, la saludaban con amabilidad y respeto. Jorge frunció el ceño

al ver que ella le correspondía la sonrisa a uno de los tipos.

En ese momento, un grupo de jóvenes aficionados —Jorge sabía que eran los

empleados de un banco—, se subieron a la tarima y empezaron a afinar diferentes instrumentos. Se debatía entre quedarse sentado o ir a buscarla, le sudaban las manos,

le tenía temor a un rechazo. ¿Y si ella ya no deseaba nada con él? Sabía que quemaba

sus últimos cartuchos. Empezaron los acordes de una canción. Jorge, sin perder tiempo,

sin saber si era un ritmo lento o bailable, se acercó a la mesa dispuesto a sacarla a bailar.

Mientras llevaba el coctel a sus labios, Belén se echó el cabello a un lado, un estremecimiento surcó su piel al escuchar ese tono de voz que le había regalado tantas

palabras de amor y también las frases más duras.

—¿Podemos acompañarlas?

Belén se volvió y contempló al hombre que tanto había amado, lo miró sorprendida.

—Bailemos —extendió su mano, ella la aferró y lo siguió, como siempre.

Estaba guapísimo, a pesar de todo su sufrimiento había madurado muy bien, quiso tocarle las comisuras de la boca, acariciarle el cabello. Se había cambiado, llevaba un

pantalón negro de jean y camisa negra de manga larga, botas vaqueras oscuras también.

Parecía el malo del oeste, masculino, guapo y embaucador, sus ojos la miraron con su

brillo especial, con el fuego de antes. Era el único hombre capaz de aflojarle las rodillas, de hacer que su corazón lo sintiera en la garganta. A sus fosas nasales le llegaba su aroma varonil y que siempre le recordaba a él. La voz de uno de los intérpretes invadió el espacio.

Contigo aprendí

que existen nuevas y mejores emociones

Contigo aprendí

a conocer un mundo nuevo de ilusiones

Ella quería poner un poco de distancia, separarlo tal vez, pero sus grandes manos la

mantuvieron en el lugar que deseaba.

Aprendí

Que la semana tiene más de siete días

A hacer mayores mis contadas alegrías

Y a ser dichoso, yo contigo lo aprendí

Ella se estremeció cuando él apretó el abrazo y le susurró en voz baja:

—“Su voz, de repente, temblaba. Y con el temblor, de repente, ella reconoció

el acento de China. Y después se lo dijo. Le dijo que era como antes, que todavía la amaba, que nunca podría dejar de amarla, que la amaría hasta la muerte".

A Belén se le aguaron los ojos al recordar su primer beso y el párrafo del libro que

tanto le gustaba, la conmovió que él se acordara de lo que hablaron ese día. Fue ella la

que pegó la cara a su pecho, mientras apenas se movían en la pequeña pista. Eran los

únicos que bailaban. En sus brazos rescataba a la mujer joven y enamorada de años atrás, era como si él hubiera acunado lo mejor de ella y hoy se lo devolviera en ese gesto.

Contigo aprendí

A ver la luz del otro lado de la luna

Contigo aprendí

Que tu presencia no la cambio por ninguna

En ese instante, él la obligó a mirarlo con ojos patentes de emoción, le limpió las lágrimas que rodaban por sus mejillas y le dijo:

—Mi alma es tuya, Belén.

—¡Mi vida! —gimió ella, emocionada. Lo nombró, como suplicándole a la vida que

ese hombre que adoraba volviera a ella.

Y contigo aprendí

Que yo nací el día en que te conocí.

Belén supo que el suyo era de esos amores de película o de los que había leído en

alguna ocasión: vibrante, profundo, con un sentido de pertenencia que no tenía en cuenta ni el tiempo, ni el lugar, ni las circunstancias. Que la inmensidad de ese sentimiento los había llevado a encontrarse de nuevo, como si su amor fuera tan absoluto e importante que no eran capaces de errar solos por el mundo, o a lo mejor

era esa extraña cualidad que tiene el amor de hacer creer a cada pareja que su sentimiento es único. En ese momento se sintió por encima de resentimientos y

desengaños, su amor salía de nuevo al mundo y se elevaba, más viejo y más sabio por

culpa de las cicatrices, pero igual de intenso y con afán de futuro.

—Llevo años contándote mis cosas —susurró él, que se agachó y pegó su frente a la

de ella con la armadura resquebrajada—, aunque no me escucharas, de esa manera, en

los peores momentos, te sentía cerca —concluyó, mientras le acariciaba la cintura.

La música había dejado de escucharse, empezaba el acorde de otra canción, pero encerrados en su amor no se percataron de nada, de las miradas curiosas que avistaban

cada tanto a la pista, de que Matilde los observaba a lo lejos aceptando su derrota, de

que Miguel y Olivia pagaron la cuenta y salieron del lugar.

Ellos ya no se movían, se observaban, solo se observaban. Ella cerró los ojos unos

instantes y exclamó:

—¡No sabes cuánto te he extrañado!

Jorge contemplaba sus labios con vehemencia, quería devorarla, pero no era el

lugar, sin embargo, acercó su rostro y como si nada más importara en ese instante y el

mundo se hubiera detenido, como si su vida dependiera de ello, se apropió de su boca,

saboreó sus labios, los acarició con la lengua hasta que esta encontró su camino en la

boca de Belén y a ritmo lento, acompasado, la besó, bebiéndose su respiración

nerviosa y jadeante. La abrazó y la pegó a la parte baja de su cuerpo, mientras retenía

su nuca entre las manos y se sumergía en un beso delirante y desesperado. Ella echó la

cabeza hacia atrás, buscando aire. La tomó de la mano, luego le pasó el brazo por el

hombro y la llevó con él.

—Vamos.

Salieron del lugar en medio de aplausos y rechiflas. Belén se sentía caminando entre

nubes, nerviosa, trataba de seguirle el paso, la camioneta en la que habían venido el par de hermanos estaba parqueada en una esquina de la plaza. Belén miró el cielo estrellado y la luna llena, la brisa caliente la acariciaba. A su lado, Jorge iba silencioso, tenso.

La ayudó a subir a la camioneta, le acomodó el cinturón de seguridad, percibió su dulce aliento que sabía a licor, pero se dijo que no la volvería a besar hasta

que llegaran a la hacienda o no se podría controlar. La anhelaba, cómo la anhelaba, y la expectación le tenía los nervios a flor de piel. Se obligó a sonreírle para disimular su

rostro fiero. Temía que cambiara de parecer, recorrió la distancia hasta la hacienda en

tiempo record. Necesitaba mantener el equilibrio en el borde de la navaja. Era su mujer deseada, su oscura fantasía, el objeto de sus sueños húmedos, la imagen a la que

siempre recurría cuando se aliviaba con la mano. Quería bebérsela entera, un fondo blanco que lo dejara embriagado y con ganas de más.

La miró de reojo, ella también estaba tensa. En cuanto llegaron a la hacienda, brincó

del auto y le abrió la puerta con celeridad.

—Debo ver a Paloma —dijo Belén, aterrizando en su papel de madre.

—Le pedí a mi tía que durmiera con ella.

Ella lo miró, sorprendida.

—Estabas muy seguro.

Él se encogió de hombros, la abrazó y olió su cabello.

—Supuse que me mandarías de nuevo a la mierda. Estabas tan molesta en la tarde,

pero yo necesitaba arreglar las cosas. No podía aguantar más.

Ella lo tomó de la mano y lo llevó por el corredor hasta el cuarto de él.

—Harás penitencia —le dijo, como reina castigando a un súbdito desobediente.

Él le dio la vuelta y la volvió a besar.

—Lo que quieras, todo lo que quieras. ¿Cómo sabes que esta es mi habitación? Y

desde hoy la tuya también.

Ella se negaba a sonrojarse.

—Hum, he curioseado.

Él soltó la carcajada.

Entraron a la habitación y entre besos y pasos torpes llegaron hasta la cama. Jorge se

acostó sobre ella, le acarició el rostro, la miraba con incredulidad y deseo.

—Por fin, Belén, por fin estás en mis brazos, donde debes estar siempre, mi amor —

puso la mano de ella en su corazón.

Se abrazaron fuerte, muy fuerte, dos almas que se encuentran después de un largo tiempo separadas. Belén se agitó lentamente, con ojos brillantes le acarició la garganta,

después la cara, con suma delicadeza, con solo un roce de sus dedos, como si fuera una

imagen que fuera a desaparecer en cualquier momento. Exploró su barbilla y sus mejillas, le acarició el pelo, como si estuviera aplacando a un animal salvaje.

La añoranza atravesó a Jorge de arriba a abajo, casi llora. Se levantó y la desnudó,

en apariencia calmado, pero con el alma rugiendo como bestia por querer saciar sus instintos. Se sentía enfebrecido a medida que iba descubriendo su

cuerpo, la piel de su

vientre, suave y con las marcas de guerra típicas del embarazo de Paloma. La besó y la

tocó mientras ella pasaba los dedos por su pelo, no podía más. En cuanto le bajó la ropa interior y la acarició, apretó la cara contra su sexo. El cuerpo de Belén vibró, acompañado de un gemido.

—Estás tan húmeda y tan dulce, te quiero ahora mismo.

Aspiró su aroma, mezcla de jabón o de alguna loción, y el perfume caliente y picante

de su excitación.

—Estoy en el jodido cielo.

La chupó y la devoró con ganas mientras ella se retorcía, enloquecida. Lo deseaba,

estaba encendida, húmeda y lista para recibirlo, recordar lo que se sentía al estar en su

interior, hizo que se levantara y se desnudara en segundos. En cuanto ella lo vio sin ropa, se ruborizó, era perfecto, corpulento sin ser exagerado, con los músculos precisos, era el cuerpo de un hombre que trabajaba en las labores del campo. Llevó la

vista a su miembro, que la había esclavizado años atrás y que ahora creció más bajo su

escrutinio. Él cayó sobre ella, la aferró por la cintura y el contacto de sus pieles calientes los emocionó, echó hacia atrás la cabeza con un jadeo ahogado y levantó las

caderas, compartieron un beso brutal que parecía más bien un entrelazamiento de labios y lengua, ambos gemían desesperados por fundirse en la piel del otro.

Jorge le abrió las piernas y la penetró sin más dilación en una arremetida profunda y

violenta. Soltó un gemido ronco, como si después de haberse escaldado en el fuego, encontrara un manantial de agua helada. Iba a perder el control, era ella, su amor, su mujer, su reina, la dueña de su pasado, su presente y su futuro. Le había regalado una

hija, le daría más hijos que él vería crecer desde el momento de la concepción. Se movió con más ímpetu, ya perdido en la niebla del deseo.

La habitación se llenó de sonidos: palabras roncas, jadeos, respiraciones agitadas,

gemidos. No iba a durar mucho, se controlaba para que ella también llegara al orgasmo, cambiando el ritmo de las embestidas. Le susurró al oído:

—Te he deseado tanto, desde que te encontré he estado en el purgatorio —dijo en tono áspero—, y a las puertas del cielo, te movías y yo solo pensaba en esto, te veía

comer y solo deseaba que me devoraras con esa apetitosa boca, tus senos son

preciosos. —Los agasajó con las manos y la boca, otro gemido por parte de los dos—.

Tu piel es tan suave, podría acariciarte horas. Lo haremos toda la noche, mañana apenas podrás caminar.

Volvía a besarla, con besos apasionados y exigentes. Le mordió los hombros y ella

pegó un grito de placer, él recordó que era una de su caricias favoritas, ya estaba en las ultimas, en segundos vaciaría en ella el amor, la añoranza, las penas, el oscuro deseo.

Su Belén era su pozo de sanación, su hogar del pan, nunca debió olvidarlo.

Con la áspera ansiedad en su tono de voz y las palabras proferidas, él

dibujaba imágenes en su cabeza, desencadenaba sensaciones en su cuerpo y las combinaba,

creando un muestrario de sensacionessensuales, voluptuosas, apasionadas. Belén logró

girar sobre él, deseaba someterlo, medir fuerzas, él le cedió el poder y ella se soltó en

un movimiento de caderas destinado a seducir, amarrar, marcar, necesitaba liberar las

ganas de él tanto tiempo alojadas en su cuerpo y que apenas probó en Nueva York.

Él ejerció su magia en su espalda con esa caricia a ambos lados de la columna, el

orgasmo se arremolinó en forma de dolor punzante o descarga eléctrica que empezó por los dedos de los pies y subió hasta la cabeza y culminó en un estallido de placer

arrebatador y perfecto que se estrelló contra la liberación de Jorge, se le aguaron los

ojos y las lágrimas invadieron su rostro. Él besó su llanto mientras alcanzaba la cima

de su placer entre gruñidos entrecortados y la respiración agitada.

Cuando Jorge levantó la cabeza y vio sus ojos con el brillo cristalino de las lágrimas, los besó con reverencia.

—No quiero que llores cuando hacemos el amor —dijo, con un nudo en la garganta.

Le parecía increíble que Belén estuviera bajo su peso, que la estuviera acariciando,

que su calor lo envolviera, que la dicha lo colmara, experimentaba de todo al mismo

tiempo: gratitud, angustia, humildad, hambre de ella, su vanidad por poseerla y la inacabable felicidad que solo experimentaba a su lado. Le aterrorizaba depender de una persona para su felicidad, pero no se lo cuestionaría ahora.

Ella sonrió y le volvió a acariciar la cara, nunca tendría suficiente de tocarlo, de saberlo suyo, de saber que había vuelto a ella. Lo abrazó con fiereza, él le

correspondió de igual forma, acarició su tatuaje de lobo, lo recorrió con los dedos, lo sintió estremecerse. Le preguntaría por la paloma después.

Él la miraba con fijeza, como si temiera que si parpadeaba el sueño fuera a

desaparecer. Aún dentro de ella, la jaló con él hasta que ambos quedaron de medio lado. Le acarició la cicatriz que tenía en el lateral del abdomen mientras normalizaba

la respiración.

—¿Qué te pasó?

—Me acuchillaron en la cárcel, en la última que estuve, a alguien no le gustaba lo

que hacía.

Belén se levantó y se arrodilló a su lado, tocó la herida rugosa varias veces.

—En realidad son dos.

—¡Dios santo! —exclamó, angustiada, cuando él le mostró la otra cicatriz, unos

centímetros en la parte posterior, era más pequeña.

—No te preocupes, estuve una semana en un hospital, fue un cambio, unas pequeñas

vacaciones —dijo con ironía.

—No bromees con eso, pudo haber sido fatal.

Ella se agachó y besó ambas heridas, quería sanarlo de alguna forma, no solo las heridas físicas, sino las del alma, las que nunca desaparecerían.

—No usamos protección.

Belén abrió los ojos.

—No caí en cuenta. Ya no tomo pastillas, me hicieron daño, Alberto se encargaba de

la protección. No entiendo que me pasa contigo, se me olvida todo.

—Sabes que tienes que terminarlo, ¿verdad?

Ella se puso seria de pronto e hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Jorge adivinó

sus pensamientos, le aprisionó el mentón entre el pulgar y el índice. Guardó silencio por un instante, sopesando lo que le iba a decir.

—Solo podía pensar en ti —dijo, mientras sus ojos iluminados por un fuego

absorbente acariciaban y poseían a Belén.

—Lo sé.

Belén le acarició la mejilla con la mano, Jorge llevó los labios a la palma y la besó.

—Yo me ocuparé de la protección, pero a partir de mañana.

Sintió su miembro crecer de nuevo dentro de ella.

—¿Tan rápido, campeón? —preguntó ella, en medio de un gemido y con una sonrisa.

Él le sonrió, ladino.

—Hablas de que no sigues método de planificación, lo siento mi amor, pero prima la

conservación de la especie y el instinto animal.

Belén soltó una carcajada.

—¡Te he extrañado tanto! —exclamó, antes de que Jorge empezara de nuevo a

hacerle el amor.

CAPÍTULO 38

—Papi, esos panqueques no te están quedando iguales a los que hace mi mamá.

Paloma estaba sentada en una silla alta, que daba a una mesa en donde había un plato

donde Jorge dejaba unos panqueques algo morenos y deformes. No había aceptado

ayuda de las empleadas, que miraban de reojo y sonreían, ni de su tía o su madre, él

había visto la receta en un video en su teléfono, y estaba agasajando a su hija.

—Pero serán lo más deliciosos que hayas comido.

La niña lo miró, dubitativa.

—Ven —insistió él—, harás tus propios panqueques.

La niña lo miró, encantada, pero negó con la cabeza.

—Mi mamá no me deja cocinar, dice que puedo quemarme y me dolería mucho.

—Yo no dejaré que te pase nada.

Ella le brindó sus brazos para que la alzara y a Jorge se le encogió el corazón al ver

que su hija confiaba ciegamente en él.

—No crezcas nunca, preciosa.

Le dio un beso en la cabeza.

—Yo no tengo la culpa, es la comida, papi.

Todos en la cocina soltaron la carcajada.

Jorge le enseñó a Paloma a quebrar los huevos en un cuenco, la niña midió la leche

en un pocillo, las cucharadas de harina, echó la pizca de sal y el azúcar y con la mano

de Jorge cubriendo la suya batieron hasta obtener una mezcla homogénea.

—Ahora viene la parte donde te quedas sentada. —Al ver que la niña quería

acercarse a la estufa, continuó—: Pero tú serás la que le dará el toque de perfección, tú

le darás la vuelta a la mezcla.

Paloma aplaudió, encantada. Jorge alzó la niña y con su supervisión, le dieron la vuelta al panqueque.

—¿Si lo ves que ahora junto a los demás que hice, se ve bien?

—Sí, ya quiero comérmelo.

—Pues manos a la obra, princesa.

La sentó de nuevo, le echó un poquito de miel y la dejó que disfrutara de su desayuno junto a un vaso de leche.

Belén entró en ese momento en la cocina. Se quedó mirando a Jorge y la manera en

que interactuaba con su hija.

—No me gusta princesa, papi, las princesas se aburren, me dice mi mami, quiero ser

doctora de animales como tú.

—Puedes ser lo quieras, mi amor —dijo Belén, besando a su hija en la cabeza.

—¡Mami! Hice mi propio panqueque. Mi papá me bañó y me dejó escoger la ropa

—dijo ella, retadora.

—Estás preciosa.

Su hija iba con un short morado, una camiseta en colores amarillos y verdes, estaba

peinada con unas moñas fucsia y sandalias fucsia también, estaba hecha toda una proliferación de colores, pero ese día nada le importaba, salvo que había recuperado

al amor de su vida.

—Felicitaciones. Se ve delicioso —señaló el plato.

Jorge se acercó por detrás de Paloma, abrazó a Belén y le dio un profundo beso, que

dejó pasmadas a las empleadas del servicio que pululaban por allí. Paloma ni se enteró, concentrada como estaba en la comida.

—Buenos días —dijo en tono ronco contra su cuello.

—No has debido dejarla escoger la ropa.

—¿Por qué? Tiene buen gusto.

Ella soltó la risa.

—Amor de padre, definitivamente.

Él frunció los hombros. Ella, sonrojada, recordó lo ocurrido la noche anterior.

Habían hablado hasta la madrugada. Jorge le propuso que se instalara en San Antonio

con él, podría trabajar con Olivia en la Casa de Paz y Paloma estaría cerca de él.

Belén quiso decirle que sí enseguida, pero no quería ser tan evidente como en el pasado, era mayor, más madura y tenía una hija, no podía dar el salto como adolescente

enamorada solo porque él así lo quería. Y se lo había dejado claro.

—No vuelvas a Nueva York, quédate aquí conmigo —dijo él, mientras le acariciaba

el abdomen.

—No puedo dejar mi trabajo abandonado.

Lo sintió tensarse.

—No es que pretenda arrebatarte la vida que ya tienes, no soy un cabrón egoísta, simplemente quiero que veas las oportunidades de trabajo que hay aquí. Formaríamos

una familia, podría estar cerca de Paloma.

—Acabamos de reconciliarnos, tenemos que aprender a conocernos de nuevo.

Él soltó una risa carente de humor. Se volvió y puso ambas manos detrás de la cabeza. Ella se puso de lado y le acarició el pecho.

—Te encanta la labor que hace Olivia en la Casa de Paz —la engatusó él—, babeas

de gusto. ¿Dónde está tu alma nómada y aventurera? Tómalo como un reto, conmigo incluido, no te arrepentirás. No te voy a presionar más, mi amor, simplemente te digo

que tu lugar está aquí, junto a mí. Tengo recursos…

—Sabes que eso no me interesa, así fueras peón de esta hacienda, mi decisión no tendría nada que ver con tu peculio.

—Entonces, ¿qué es lo que tanto te preocupa? —La miró con un brillo en los ojos—.

No crees en mí, se te nota en la cara, crees que nos pasará de nuevo algo que nos separe. No, Belén, estás equivocada, pero eso tendrás que descubrirlo tú misma.

La verdad, Belén estaba asustada, pues un nuevo desengaño la mataría, de eso estaba

segura. Además, quería compartir con él sin presiones y así se lo manifestó. Él no quedó muy contento. Por ahora no le dirían nada a Paloma. Ellas volverían a Estados

Unidos la semana siguiente.

Los pensamientos de Jorge iban por los mismos derroteros, a pesar de la

reconciliación la notaba reticente, más que nunca percibía el daño tan grande que sus

palabras y acciones habían ocasionado a su relación al querer despacharla de

su vida.

Tenía una semana para convencerla de que presentara su renuncia, entregara su casa y

se instalara en la hacienda con él.

—Siéntate y te sirvo algo —le dijo, mirándola con ojos brillantes y ella no pudo evitar recordar sus mañanas en el departamento, cuando desayunaban juntos y

charlaban hasta la hora en que tenían que ir a trabajar.

Ella estaba tan feliz, que apenas probó bocado. Aún no podía creer que hubiera arreglado las cosas con Jorge, esa mañana había amanecido en su cama, envuelta en su

cuerpo, invadida del aroma de su piel. Él había dejado la cama temprano, le pidió que

descansara lo que quisiera, que se encargaría de la niña.

—Hoy me tomaré el día libre y me dedicaré a mis mujeres. Vamos a salir a pasear.

—Mi amor —dijo Belén a la niña—, límpiate las manos y la cara.

—Bueno, mami —dijo Paloma con la boca llena.

—No hables con la boca llena, cielo.

—Entonces no me hables mientras mastico.

Jorge sonreía, encantado con el intercambio.

Salieron a pasear por San Antonio, Jorge le enseñó a Belén lugares emblemáticos y

le relató la historia del pueblo. A ella le encantaba la arquitectura colonial del

lugar,

los árboles que rodeaban la plaza. Paloma quiso montar en un triciclo que alquilaba un

anciano del lugar para los niños del pueblo. Había varios ancianos sentados en las sillas del parque, al ser día de semana, había pocos niños a esa hora, el ambiente olía a

vegetación, a pandebono, a fruta. Paloma dio varias vueltas mientras ellos charlaban,

luego compraron unos helados de feijoa, que eran famosos en el pueblo, y siguieron caminando. Entraron a la iglesia y luego fueron a tomar algo en una cafetería cercana.

Jorge llevaba a Paloma sobre sus hombros, la niña le había embadurnado la cara, pero a él no le importaba. Cuando miraba los ojos de su hija, veía su alegría y su inocencia, se asombraba de haber ayudado a crear a una niña tan hermosa, tan perfecta.

Cuando la abrazaba o ella le prodigaba su cariño, o con cada una de sus ocurrencias, el

corazón se le detenía o se le hinchaba contra el pecho. Y cuando le sonreía, sabía que

haría cualquier cosa por ella.

Fueron hasta Santa Rosa, donde Belén merodeó en los diferentes negocios

comprando algunas cosas que necesitaba. Almorzaron en un restaurante campestre y después volvieron a la hacienda. Un empleado lo esperaba para comentarle algo del nuevo lote de vacunas. Se ausentó unos minutos. Paloma deseaba un baño en la tina y

Elizabeth se ofreció gustosa a acompañarla.

Cuando Jorge volvió, encontró a Belén en el zaguán mirando el paisaje. La

llevó con

urgencia a la habitación, aprovechando que podrían disponer de tiempo mientras

Paloma disfrutaba el baño.

La abrazó por detrás, tan pronto cerró la puerta, le echó el pelo a un lado y le besó

la nuca. Aspiró su aroma, sin perfumes, que tenía un efecto muy estimulante en él, necesitaba hacer el amor de nuevo con ella.

—Estás más hermosa que antes, ¿ya te lo había dicho? —susurró con esa voz ronca

que ella siempre relacionaba con el sexo que compartían.

—Anoche, varias veces, pero quién puede creer en esas palabras, dichas al calor del momento.

—Uy, siempre tan correcta, sé más explícita, mi amor.

Ella se volvió a mirarlo y a él el corazón quería salírsele del pecho, de tantas palabras que le quería decir, estaba como años atrás, muriéndose por ella.

—¿Qué palabras crees que debería utilizar? —Lo provocó ella.

Él le regaló una sonrisa lobuna, mientras la llevaba a la cama y la sentaba en sus piernas de espaldas a él.

—Quién puede creer en esas palabras cuando tu maravilloso e inolvidable pene, que

tanto he extrañado, está enterrado en mi caliente y apretado...

—Eres ordinario —interrumpió Belén, en medio de una carcajada.

—Pero estás loca por mí, lo sé.

—Y tan humilde como siempre.

Se amaron en la cama, sus respiraciones agitadas reverberaban por toda la

habitación, buscando un punto de salida para mezclarse con los ruidos de la hacienda,

el canto de los pájaros, el balido del ganado, las voces y los pasos de los empleados.

Jorge, en medio del delirio, quiso decirle tantas cosas: lo que pensaba en sus noches de

soledad cuando estuvo encerrado, que era su ángel, que era su luz en los momentos más

negros, que rememorar cada uno de sus encuentros hacía sus noches llevaderas cuando

no lo asaltaban los celos infernales de que otro estuviera disfrutando de ella, que la adoraba por ser valiente, que le agradecía que siempre quisiera estar a su lado aun en

los momentos más negros, por ser lo suficiente mujer de traer un hijo de él al mundo

cuando era un condenado por un asesinato atroz, por la fe que le tuvo y que él nunca

supo valorar.

La respiración inclemente de Jorge y sus jadeos sobre la piel de Belén propagaban

múltiples sensaciones que confluían en su sexo en forma de cántaro, dispuesto a desbordarse en una corriente líquida de placer. Su unión rozaba los límites del dolor y

el placer y hacía que pronunciara su nombre una y otra vez. Con cada

movimiento, Belén sentía que se quemaba, hasta que el cántaro se desbordó en haces de luz en todas

las direcciones, llegando a un orgasmo sublime en un movimiento acoplado al de Jorge, que al percibir la inminencia del instante, aumentó las embestidas y el agarre en

la cintura y clamó por la liberación sin importar quien lo escuchara.

—Te amo, Belén, no sabes cuánto te amo.

—Yo también te amo.

La semana pasó como un suspiro. Belén salía con Olivia algunas tardes a la Casa de

Paz, y esta, al ver las ideas que le daba para el proyecto, le ofreció trabajo. Belén le

dijo que sí, que con gusto aceptaría el trabajo cuando volviera de Nueva York. Porque

volvería, a medida que pasaba los días, se dijo que no tenía sentido alargar las cosas,

en una larga charla con Alberto terminó su relación, no quería rememorar la discusión

ni tampoco los reproches, solo le contó a Jorge que ya estaba hecho.

Estaba impaciente por empezar una nueva vida a su lado. Se adaptaría muy bien, estaba segura, los días pasaban en medio de un romance idílico. Redactó la carta de renuncia, explicando someramente los motivos, para enviársela por correo electrónico

dos días antes del viaje.

Un día se levantó temprano y acompañó a Jorge durante toda la mañana, visitaron los

establos, lo veía en comunión con su trabajo, visitando las vacas recién paridas, examinando y controlando el peso y la talla de los terneros. Él le habló de su proyecto

de crianza de caballos Pura Sangre. Lo deseaba en esos momentos, cuando impartía órdenes de manera estricta, en su papel de profesional y jefe, sus empleados lo respetaban, ella había vislumbrado eso desde que lo había conocido, siempre sería un

líder, la gente lo seguiría. Por lo que le contó del tiempo que estuvieron separados, se

había enterado de que lideraba varios programas en las cárceles del país y era algo que no iba a abandonar ya estando en libertad. Se sintió orgullosa de él, orgullosa por

compartir su vida, deseosa de darle todo lo que quisiera.

Algunas noches salían con Miguel y Olivia a cenar al pueblo o a Santa Rosa, y luego

volvían a la casa y hacían el amor.

Paloma no estaba muy contenta con el cambio de habitaciones, pues ahora dormía con Elizabeth, pero tenía que ser Belén quien la acostara. Una noche en la cena no pudo

evitar comentar:

—Mi mami sigue malita.

—¿Y eso, qué tiene tu mami? —inquirió Ligia.

—Porque tiene que dormir con mi papá para que se le quite el dolor de barriga.

Jorge se atragantó con la bebida. Elizabeth se tapó la cara con una servilleta, Miguel

y Olivia soltaron la carcajada. Ligia era la única que la miraba pasmada.

—Sí, tienes razón, preciosa —señaló Miguel—, ese dolor solo lo cura tu papá.

Otro coro de carcajadas.

—No veo qué es chistoso —dijo Paloma, con talante serio.

—Yo tampoco —dijo Belén.

—Esperemos que tu mami se mejore —fue todo lo que pudo decir Ligia, que miró a

su hijo mayor con reprobación.

Ella sabía que dormían juntos hacía varios días, terminó sonriendo ante las

ocurrencias de su nieta y le acarició la cara. Paloma era su regalo, era la prueba de que Santiago no la había abandonado del todo. Vio a su familia sentada a la mesa y se sintió orgullosa, feliz como desde mucho tiempo atrás no se sentía, observó a Olivia,

ella era la prueba viviente de que todo en la vida tenía solución y las pérdidas, consuelo. Y a su amado Jorge, por fin la vida empezaba a recompensarlo por todas las

injusticias sufridas. Se miró sus manos, había experimentado una mejoría de su artritis

desde que Olivia vivía con ellos y ahora con Paloma y Belén, apenas se acordaba de

que le dolían las articulaciones.

Sí, la vida era buena, solo esperaba el día en que Paloma y Belén se instalaran en

San Antonio.

CAPÍTULO 39

El atardecer del día antes de que Belén y Paloma viajaran a Nueva York, Jorge las llevó a una colina que quedaba a quinientos metros de la casa. Al llegar a la cumbre, se

extendía ante ellos el paisaje de toda la hacienda. Paloma iba cantando una canción que

le había enseñado Dominga, mientras Jorge maquinaba sobre la mejor manera de

decirle a Belén lo que quería. El terreno estaba cubierto de pasto, flores silvestres y árboles. Mientras Paloma se agachaba unos metros más allá para arrancar flores para

su madre, Jorge le mostraba a Belén las bondades del lugar. A ella le parecía precioso,

sobre todo la vista, pero lo veía tenso, nervioso, como si tuviera temor de decirle algo.

—Quiero que construyamos aquí nuestra casa, Belén —dijo, solemne, y mirándola

fijamente.

Sus palabras la conmovieron, estaba tan asustado. Ella, que ya empezaba a

imaginarse su hogar, no le dijo nada en ese instante, caminó por la vereda. Se agachó y

arrancó unas flores. Paloma volvió y le entregó un ramo, ella le dio un sonoro beso en

la mejilla y la niña le dijo en secreto:

—Voy a recoger flores para mi papi, parece que está malito.

Belén volvió el rostro y observó a Jorge, que la miraba angustiado.

—¿Qué? —preguntó ella, alarmada— ¿Tengo una culebra detrás y no quieres

asustarme?

—¡No!

Paloma corrió a recoger flores para su padre.

—¿Entonces? —Ella adivinando su índole, procedió a sacarlo de su angustia

enseguida—. No me digas, vamos a empezar a discutir sobre qué dirección quedará el

zaguán de nuestra casa, pues desde ya te digo que quiero esta vista desde nuestra habitación…

Jorge se acercó a ella y la levantó y la meció por los aires.

—Me asustaste —le dijo él, abrazándola contra su pecho, sin importar la sujeción que estaba aplicando.

—No hay por qué, volveré mi amor, no tienes nada de qué preocuparte.

—Contrataremos un arquitecto, aquí hay uno muy bueno, diseñaremos una hermosa

casa donde crecerán nuestros hijos. ¿Te gusta el terreno?

—Me encanta.

—Podríamos vivir en la hacienda, pero quiero nuestra independencia, que sea tu

casa, con tus reglas, con tus gustos.

Quiso proponerle matrimonio en ese momento, pero había encargado un anillo de

compromiso a Bogotá con unas instrucciones especiales en cuanto al montaje y la piedra. Lo haría en cuanto ella volviera.

—Claro que sí, aquí viviremos. —Y procedió a contarle que había escrito a la agencia que rentaba la casa para cancelar el contrato, pagaría la multa sin problemas.

Jorge le ofreció ayuda monetaria, que ella declinó. Con la mesada de Paloma era suficiente.

Jorge, ya más tranquilo, las acompañó el día siguiente al aeropuerto. Paloma no dejaba de llorar, no quería separarse de su padre y él, impotente y a punto del llanto,

no sabía qué hacer para calmarla.

Habían llegado alrededor del mediodía a la casa de los padres de Belén, el vuelo salía a última hora de la tarde. Calixto y Pilar no se sorprendieron de verlos juntos y de los planes que tenían. Agradecieron por fin que su hija volviera al país, San Antonio

estaba más cerca que Nueva York y con buen clima casi todo el año. Almorzaron juntos

en un ambiente relajado.

Jorge las llevó al aeropuerto después de la sobremesa, su semblante se ensombrecía

a medida que se acercaba la hora de la separación.

—El tiempo pasará volando, ya verás —decía Belén, mientras le aferraba la mano.

—Papi, no te olvides de darle la zanahoria a Angus, y cuando Fiona tenga los cachorros, me envías la foto para escoger el mío —dijo Paloma.

—Sí, preciosa, así será.

Apenas la miraba, sus ojos estaban pendientes de Belén, tenía un nudo en el

estómago, no quería dejarla ir, quiso decirle que no volviera, que contratara una empresa que empaquetara sus cosas, que ella no tenía necesidad de dejarlo, estaba asustado como nunca en su vida. Ella le devolvió una mirada de ternura.

—Te voy a extrañar, voy a contar los días —le dijo, sin dejar de abrazarla.

Después de hacer el *check-in,* alzó a su hija, que con los ojos hinchados se pegó a él.

—Yo también te voy a extrañar, mi vida. Cuídense mucho las dos, las espero en unas

semanas.

Los tres se abrazaron en la puerta de Inmigración. Jorge le dio un beso profundo a

Belén y un abrazo sentido a su hija antes de que ellas entraran a la sala. La pena teñía

el semblante de Jorge, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para entregarle a Paloma a Belén. El nudo en el estómago fue reemplazado por un agujero y un apretón

en el corazón, que no se aplacaría hasta que ellas estuvieran de nuevo con él.

Alberto quería subirse por las paredes por la renuncia de Belén y no le hizo las cosas fáciles. No podría dejar su trabajo antes de dos meses, Jorge se iba a poner furioso en cuanto lo supiera, y a Paloma, tendría que idear una forma de distraerla.

Llevaban una semana en Nueva York y ella ya estaba arrepentida de no haberle hecho

caso a Jorge y haber hecho las cosas desde Colombia, pero su responsabilidad laboral

había primado y ahora estaba abocada en la finalización del proyecto que, según Alberto no podía dejar a medias porque los profesionales que había no estaban tan

empapados como ella.

Belén sabía que era mentira, que sus compañeros podían finiquitarlo sin problema.

En otras condiciones, hubiera disfrutado, pero ahora solo quería gritar. Tendría que cambiar la fecha de entrega de la casa y tampoco empezar a empaquetar cosas, podría

irse deshaciendo de chucherías, nada más.

Jorge lo tomó con aparente calma, le dijo que comprendía, que se tomara su tiempo,

que una profesional como ella tenía que salir por la puerta grande. Dios, cómo lo extrañaba, hablaban todas las noches por Skype, ellas cenaban con él, Paloma se alistaba para dormir y después de casi una hora, quedaban ellos dos. Había noches en

que Belén deseaba hacer algo atrevido, una conversación caliente, desnudarse, darse placer ante él, pero no se atrevía. Jorge no había tomado la iniciativa, una de esas noches lo haría ella.

Jorge, tan pronto se desconectó de hablar con ellas, soltó un juramento que estuvo seguro se escuchó por toda la casa. Miguel llego al estudio al instante.

—¿Qué pasa? —dijo, tan pronto cerró la puerta.

—Pasa que esa mujer me va a matar, ese tipo de mierda, porque es una mierda, la

amarró al proyecto que terminará en dos meses y todo por desquitarse, estoy seguro.

—¿Te molestaste con ella?

—¿Cómo crees? No puedo y eso me enfurece más.

—Tienes que entenderla y apoyarla.

Jorge palmeó la mesa.

—Eso trato, pero es condenadamente difícil.

—Vamos, tranquilízate, el tiempo pasará rápido.

Las dudas de Jorge eran muchas y nada tenían que ver con el tiempo. ¿Y si se arrepentía? ¿Y si Alberto no se resignaba a perderla? ¿Y si ella, viéndose de nuevo en

el ambiente de la gran ciudad, lo pensaba mejor y se preguntaba que iba a hacer en un

pueblo llevado de la mano de Dios, que solo tenía una historia de tristeza y violencia,

cuando podía educar a su hija en un ambiente diferente? Si en unas semanas lo llamaba

y le decía que su vida estaba en Nueva York, iría a buscarla y la traería como fuera.

—Ella no es una mujer ligera de sentimientos, hermano.

—¿Por qué lo dices?

—Se te nota en la cara lo que estás pensando.

No debió haberla dejado salir del país, se dijo, atormentado por los celos y las inseguridades, que eran las mismas que lo asaltaron en prisión y que fueron las culpables de que todo se fuera al diablo. Los siguientes días no ayudaron a mejorar su

ánimo, pero ante ellas trataba de mostrar un semblante distendido.

Jorge se lo había tomado mucho mejor de lo que esperaba, se dijo Belén. Trabajó en

el proyecto hasta en las noches, lo entregaría antes de tiempo y no le importaría nada

más, así tuviera que salir de su trabajo sin una recomendación, necesitaba estar en Colombia, con Jorge, en su hogar.

Paloma había tenido despedidas de todos sus amiguitos, no tuvo tiempo de

entristecerse y como hablaba y veía a su padre por Skype todas las noches, estaba tranquila. Jorge le enviaba videos del pony y cuando la camada de perritos llegó al mundo, le envió un video y fotos de cada cachorro para que ella escogiera. Belén apenas blanqueaba los ojos.

Una noche, después de que su padre le leyera un cuento, Belén la acostó y en cuanto

quedó rendida, se puso a trabajar, necesitaba terminar los jodidos informes esa semana. Entró un mensaje de Jorge.

“Hola mi amor, ¿qué haces?”

Ella lanzó un suspiro.

“Estoy terminado estos malditos informes”.

“Calma, ya falta menos, yo cuento los días”.

“Quiero estar contigo, te extraño, mi vida”.

“Yo también, no tienes ni idea, no puedo dormir”.

Belén fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua. No quería seguir hablando por texto. Decidió hacer una videollamada.

—Hola, mi amor.

Estaba en la habitación, en Colombia era casi la media noche, llevaba un pantalón

de pijama y el torso desnudo hizo su aparición. A Belén se le secó la boca.

—¿Estás bien? —preguntó él, al ver que ella no decía nada.

—No, no estoy bien, me haces mucha falta. Quiero verte, quiero que me abraces.

Quiero sentirte.

En ese momento deseaba estar en la hacienda más que nada en el mundo.

—Ah, ya sé, mi mujer quiere mimos, ¿quieres que también te lea un cuento?

—Solo si es para adultos.

Jorge sonrió con descaro y luego su semblante cambió y se acomodó en la cama, Belén también se acomodó en su cama.

—Suéltate el pelo.

—Eres un mandón —reviró ella, pero le hizo caso enseguida.

—No tienes idea —contestó él con voz ronca y mirándola fijamente.

Se soltó el cabello, lo extendió por los hombros y por los lados, aprovechó y se quitó la camiseta, quedando en ropa interior.

Él bufó.

—Eres mala.

Ella sonrió, acomodando la pantalla del móvil para que él la viera bien.

—Tendremos que conformarnos con esto mientras te vuelva a ver.

—Prefiero en vivo y en directo —rezongó él.

—¿Cómo es aquel dicho?

—Cuando no hay pan, buenas son las tortas —concluyó él—. Pero a mí no me van las tortas ni el pan, necesito a mi mujer aquí y ahora, me está matando verte así, te necesito, quiero llenarte de besos, adorarte, Belén, estar dentro de ti y mostrarte cuánto te amo.

Belén no supo si había sido buena idea tentarlo así.

—Yo también te extraño, pero es lo que hay.

Ella se levantó y se aseguró de que la puerta tuviera cerrojo. Soltó la risa y volvió a

la cama.

—Eres sexy.

—Tú también.

—Desnúdate, Belén.

Ella se sonrojó.

—Me gusta cuando te sonrojas.

Ella se quitó el sujetador despacio, escuchó un gemido y luego otro cuando quedó desnuda ante él.

—Me muero por tocarte. Tócate por mí, mi amor.

Esas solas palabras calentaron a Belén, que se acomodó en la cama y le hizo caso.

—Quiero verte —jadeó ella.

Vio como Jorge alejaba el teléfono y apareció ante ella desnudo, tocándose. Ella se

acarició y gimió más fuerte.

—¿Te gusta? —preguntó él en tono áspero—. Quiero besarte toda.

Ella jadeó e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Quiero hacer el amor contigo de todas las formas posibles, quiero correrme sobre

ti, en tu boca.

Belén lo escuchaba gemir y con la respiración agitada, ella solo con esas palabras y

sus caricias ya estaba a punto.

—No sabes cuánto me gustas, me enloqueces, quiero hacerte muchas cosas — jadeó

ella.

—¿Sí? ¿Qué te gusta? Dímelo.

Belén le dijo todas las palabras calientes que tenía atoradas en la garganta, le habló

de su deseo por él, por su miembro que la volvía loca, por sus manos que le regalaban

caricias sublimes, de que él siempre había sido el protagonista de sus fantasías. Le habló de esas fantasías hasta que ambos llegaron a la liberación viendo sus rostros congestionados por la pantalla del teléfono.

Ambos soltaron la carcajada cuando acabaron. Ella se lavó las manos, se puso la camiseta y esperó a Jorge que fue a limpiarse y cuando volvió, se acomodó otra vez en

la cama.

—Nunca antes había hecho esto —dijo Belén.

—Yo tampoco.

—Fue…

—Liberador.

—Sí.

—Quiero teletransportarme —dijo él—. Dormir contigo, hablar. Tomarnos el café

de la mañana.

—Pronto lo haremos en nuestra casa. He estado mirando casas por Internet cuando

voy en tren a la ciudad. Tengo algunas ideas.

Siguieron hablando por casi una hora hasta que los venció el sueño.

La última semana de la fecha en que iban a volver, Jorge poco habló con Belén, su

hija le hablaba por la tablet, pero no veía a su madre por ningún lado. Los mensajes de

texto eran escuetos. Se la imaginó atareada y no quiso molestarla, total, ya tenía fecha

de llegada, hacía tres días que habían comprado los boletos. Jorge veía detrás de Paloma cantidad de cajas.

—Mi mami ha trabajado mucho, vamos a donar muchas cosas a un orfanato, ¿sabes

qué es un orfanato y un ancianato?

—Sí, preciosa, lo sé.

—No sabía que los niños se quedaban sin papás, pero mi mamá me dijo que las señoras de ese lugar los cuidaban bien. No me va a dejar llevar todos mis juguetes.

Solo unos pocos que los enviarán por avión con sus libros.

—¿Y tu mami?

—Salió con Alberto.

Jorge disimuló lo que pudo con Paloma para no mostrar el arranque de celos que lo

asaltó, pero se dijo que todo tenía una explicación. Al día siguiente, no se pudo comunicar con ella, en la noche tampoco habló con Paloma, esa noche apenas pudo dormir, sus inseguridades lo azotaron todo el tiempo. Ella con otro, ella burlándose de

él, ella yéndose para cualquier lugar del mundo, separándolo de su hija. Esa mañana estuvo imposible con sus empleados, casi despide a un par de técnicos, Miguel lo obligó a pedir disculpas.

—¿Qué pasa?

—¡Nada!

Salió caminando del establo hacia las caballerizas. Llamó a Belén, pero fue

infructuoso, no se puso comunicar con ella, ya era noche cerrada, llevaba en el estudio

un rato, cuando uno de los técnicos lo solicitó en las caballerizas. Miguel y Olivia habían salido a Santa Rosa a hacer no sé qué cosa. Uno de los caballos tenía una torcedura en un tobillo. Despachó a los empleados y se quedó solo con el animal.

—Metiste la pata bien feo, ¿no amigo? —susurraba Jorge al animal.

Con una paciencia propia de él, se quitó la camiseta y empezó a masajear la pata del

animal con un ungüento con fuerte aroma a mentol.

Los otros caballos se removieron inquietos, como si alguien les hubiera perturbado

el descanso.

—Mi vida.

Jorge pensó que se había vuelto loco.

—Jorge, mi vida —susurró otra vez la voz cada vez más cerca.

Jorge solo quiso arrodillarle y darle gracias a Dios por el milagro de tener a Belén

allí con él, luego recordó que estaba algo molesto y la enfrentó.

—Por Dios, Belén, no sabes lo que he pasado. —Se limpió las manos del linimento.

—Miguel me lo explicó de forma somera.

Ella vio la angustia, las inseguridades, el temor, y sin importar como la fuera a recibir, se lanzó a sus brazos. Él la abrazó fuerte, impidiéndole respirar, hundió la cara en su cuello y elevó otra plegaria. “Gracias Dios”.

—¿Qué pasó? No te esperaba hasta dentro de ocho días.

Belén estaba cansada, tenía ojeras, parecía que había perdido peso.

—Te juro que quería darte la sorpresa. Hace dos días quedé libre de mi trabajo y cambié la fecha, no le quise decir ni a Paloma. No te lo hubiera ocultado.

Él la miró con algo de remordimiento, por siempre pensar lo peor cuando ella

solo

quería llegar pronto a su lado y la volvió a abrazar.

—No me dejes nunca, por favor, mi amor, sin ti no puedo, en serio, no puedo.

—Todo se complicó cuando a Paloma se le cayó la tableta después de su última charla y luego a mí se me perdió el teléfono. Debiste estar muy preocupado, mi amor,

lo siento.

—Sí. —Él le acarició la mejilla, amaba la suavidad de su piel—. Pensé que algo les

había ocurrido.

Ella no le creyó.

—Jorge Robles, me imagino tus pensamientos, pues bien, tu hija y yo estamos a salvo en casa, que es a donde anhelaba tanto llegar.

—¿Qué pasó con Alberto?

—¿Alberto?

—Sí, Paloma me dijo que habías salido con él.

—Esa bribona, salí con Alberto y con mis compañeros, me invitaron a cenar de

despedida.

No le quiso decir que el hombre le había insistido en que no se fuera y que volvieran. Ella le pidió que la olvidara.

—Belén, yo…

Ella le acarició el rostro, el cabello, había quedado impregnada a linimento en

cuanto lo había abrazado, el mejor olor del mundo.

—Dime, puedes hablar conmigo de lo que quieras.

—Te amo, no sabes lo que han sido estas cuarenta y ocho horas, las más largas de mi

vida. Ni cuando me iban a dictar sentencia sentí esto aquí. —Se tocó el estómago—.

Mis inseguridades me hacen olvidar la clase de mujer que eres, eres la mujer que sin

prejuicios creyó en mí, cuando algunos me consideraban culpable, y siguió creyendo en

mí a pesar de la condena, tuviste a nuestra hija enfrentándote a un futuro incierto, yo —

se golpeó el pecho—, debo besar el suelo que pisas. Belén, cásate conmigo, nada me hará más feliz como que seas mi esposa.

Ella le levantó el rostro con un futuro lleno de promesas en su mirada.

—Sí, me casaré contigo, porque te amo, porque admiro tu entereza y tu integridad.

Paloma no puede tener mejor padre. Nos casaremos, mi amor.

Él acercó su rostro al de ella y la besó. Había valido la pena todo lo vivido, si como

regalo la vida le entregaba a Belén, su luz, su hogar del pan.

Más tarde salieron a disfrutar de su nueva vida.

EPÍLOGO

La mañana estaba soleada, el olor de las flores viajaba hasta las habitaciones

que tenían las ventanas abiertas, se escuchaba el trino de los pájaros, el ladrido de algún

perro y las voces de los organizadores de la fiesta a la que estaba invitado casi todo el

pueblo. Frente a la casa había un carruaje antiguo adornado con rosas blancas, camelias y nardos, era el utilizado por las parejas del lugar en el día del matrimonio.

San Antonio de Padua estaba nuevamente de fiesta, Olivia y Miguel habían

celebrado hacía un mes la llegada al mundo de su primogénito de nombre Daniel, y hoy

sería el día en que Jorge y Belén unirían por fin sus vidas.

Belén se miró frente al espejo una última vez. Su madre, Ligia y Elizabeth,

gravitaban a su alrededor, mientras ella, recogida en pensamientos, elevaba una

oración de gracias al cielo.

Se tocó el abdomen, su embarazo de cuatro meses ya se empezaba a notar. Este había

sido muy diferente al de Paloma, no la habían atacado las náuseas, ni los antojos, eso

sí, quería dormir todo el día. Se miró el arreglo del cabello donde unas delicadas flores se entretejían con un peinado sencillo, el vestido era de color beige, de hombros

descubiertos, el único lujo eran unas piedras bordadas a lo largo y ancho de la falda,

trabajo hecho por las bordadoras de la Casa de Paz.

—Mami, estás hermosa —dijo Paloma, que también estaba arreglada con primor

para la ocasión.

Belén se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—Vamos —dijo Ligia—, Jorge debe estar que se sube por las paredes, ya llevamos

más de veinte minutos de retraso.

Belén recordó con una sonrisa como Jorge se había colado por la ventana de su habitación en la madrugada, ya que ni Ligia ni Elizabeth los habían dejado compartir

las últimas tres noches juntos.

—¿Me extrañaste?

—¿Tú qué crees?

—Que sí, que no puedes dormir sino es mis brazos, que estás loca por mí.

Ella soltó la carcajada.

—¡Humilde como siempre!

—Pero no miento.

Ella le acarició el surco de la frente y lo miró seria.

—No, no mientes.

Esa madrugada Jorge sacó un estuche pequeño del bolsillo de la franela de la pijama

y se lo entregó. Al abrirlo, Belén se encontró con una cadena delgada y un pendiente con una B coronada de brillantes.

—Sabes que eres la persona más importante en mi vida. —Ella afirmó con la

cabeza, emocionada por el regalo y por el tono de voz en que le hablaba él mientras le

colocaba la joya—. Eres mi principio y mi fin, hoy serás mi amada esposa ante los ojos del mundo, ante los de Dios lo fuimos desde el instante en que nos enamoramos.

Jorge le tocó el vientre con su palma grande y cálida, disfrutaba de este embarazo

paso a paso, se inclinó a besarle el abdomen.

—Recuerdo como si fuera ayer el bendito día en que entraste a la biblioteca de la

cárcel, tu mirada curiosa, tu luminosidad, tu olor a vainilla, que créeme no tiene que ver nada con el de las galletas de la cocina. Marcaste el camino de mi vida y mi historia desde ese mismo momento, Belén García, el tiempo separados lo viví sin rumbo. Hoy en la iglesia nos dirán que el amor es paciente, es bondadoso. El amor no es envidioso ni jactancioso ni orgulloso. No se comporta con rudeza, no es egoísta, no

se enoja fácilmente, no guarda rencor. El amor no se deleita en la maldad, sino que se

regocija con la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Mi amor tiene nombre, Belén García, mi hogar del pan.

Escucharon los pasos de su madre que seguro ya venía a ayudarla a arreglar. Jorge

salió por la ventana renegando de las costumbres de su hogar. Belén le sonrió y le dijo:

—Mi vida. —Él la miró antes de salir del todo—. Recuerda, el amor todo lo

disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Él abandonó la habitación con una sonrisa.

Se casarían en la vieja capilla de la hacienda que quedaba a quinientos metros de la

casa principal. Jorge la había mandado a restaurar para la ocasión, ya Olivia le había

dicho que era un patrimonio histórico que valía la pena rescatar, pero él lo hizo más que todo porque allí fue donde se casaron sus padres.

Belén se montó al carruaje con ayuda del cochero, Paloma quedó frente a ella. Le sudaron las manos cuando vio a su padre llegar a ella y ayudarla a bajar.

—Estás preciosa, estoy muy orgulloso de ti —le dijo y apretó su mano cuando le dio

el brazo.

Paloma, que había ensayado lo que haría, tomó el canasto decorado de pétalos de rosa que le dio Antonia y al acorde de una canción: *Hasta mi final,* de Il Divo, que habían escogido los dos, entró a la iglesia. La sonrisa que iluminó el rostro de Jorge le calentó el corazón y le calmó los nervios enseguida. Él miró a Paloma con suma ternura y la niña se aceleró y casi corrió hasta caer en su abrazo. Le dijo algo al oído y se paró a su lado.

Belén le habló con la mirada mientras recorría el pasillo tapizado con una alfombra

vino tinto, a su nariz llegó el aroma de las flores y los cirios.

“Elegí el camino más difícil, elegí quererte y todas las consecuencias, elegí que fueses la persona que llenase mis días de dicha, elegí que me comieras a besos, elegí

también tu voz al otro lado del teléfono. Elegí que no quería otros brazos, ni otras manos deambulando por mi piel, elegí la locura y la cordura, la

impotencia y la incertidumbre. Elegí arriesgar y jugármela por ti. Tómame y llévame siempre en tu corazón".

Jorge, como si la hubiera escuchado, no quiso esperar más, el trecho le pareció demasiado largo, y sin importarle el protocolo, caminó hasta ella, que apenas había llegado a la mitad del pasillo. Calixto levantó la ceja y le cedió a su hija con una sonrisa. Belén lo miraba con un amor tan patente que Jorge no pudo sino reverenciar

ese perfecto momento en que tomados del brazo caminaron hacia las promesas que les

brindaba su nueva vida.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Desde la publicación de mi novela *Entre el valle y las sombras*, sabía que tenía que contar la historia de Jorge Robles, me imaginé muchos escenarios, pero el que más me

llamó la atención fue el más duro de transitar e investigar. Conocí gente maravillosa y

también escuché relatos de historias de amor entre rejas que me hicieron ver que si era

posible relatar un amor como el que acaban de vivir. La vida de un recluso no es nada

fácil, y la de sus allegados tampoco. A AR por relatarme su día a día, mil gracias.

Quiero pedir disculpas a mis lectoras abogadas por las licencias que me tomé, sobre

todo en los tiempos transcurridos entre audiencia y audiencia, sé que son mucho más largos, también agradezco a mis amigas profesionales de Derecho

que me brindaron sus conocimientos para poder relatar esta historia; a Juliana Valcárcel, María Paula Patiño y Andrea Osorio, mil gracias por el tiempo dedicado. Gracias a mi familia por

la paciencia que me tienen y el apoyo que me brindan. Una mención especial a Aryam

Shields, me salvaste más de una vez y tú sabes por qué, mil gracias por tu amistad, para

mí es un orgullo ver todos tus triunfos. A mis lectoras beta, mil gracias.

SOBRE LA AUTORA

Isabel Acuña C.

Nació en Bogotá, Colombia, tiene 52 años. Estudió Bacteriología, carrera que ejerció por más de quince años.

Actualmente está radicada en la ciudad de Barranquilla, dedicada a su familia y a la escritura.

Es lectora desde que recuerda, de joven disfrutaba de las novelas de Julio Verne, Charles Dickens y una novela muy especial de Armando Palacios Valdés, llamada La Hermana San Sulpicio, que releyó durante toda su adolescencia y que fue el inicio de su amor por las novelas románticas. Lee todos los géneros literarios entre sus autores preferidos están Gabriel García Márquez, Sandor Marai, Florencia Bonelli y Paullina Simons.

Fue participante del taller literario José Félix Fuenmayor durante tres años y pertenece a un colectivo literario que publicará una antología de cuentos de sus participantes llamada A ocho tintas, en enero del 2017.

Publicó su primera novela **De vuelta a tu amor** en enero del 2013, en la plataforma de Amazon.

Publicó **De vuelta a tu amor/La unión** el 18 de febrero del 2014, bajo el sello Zafiro de editorial Planeta.

Unos meses después, publicó la novela **Entre el valle y las sombras,** en la plataforma de Amazon, el 25 de mayo del 2014.

La novela **Hermosa locura**, primer libro de la serie, **Un amor para siempre**, fue publicada en la plataforma de Amazon, el 25 de febrero del 2015.

El segundo libro de la serie **Un amor para siempre, Perdido en tu piel**, se publicó con Amazon, el 24 de agosto del 2015.

En septiembre 14 del 2016, publicó su novela **Tal vez en otra vida**, por la plataforma de Amazon.

En abril 26 del 2017, ocupó el primer puesto en el concurso **Eriginal Books** 2017 en la categoría de novela romántica con la novela **Tal vez en otra vida.**

Todas sus novelas han sido recibidas con entusiasmo y excelentes críticas, por parte del público que la ha leído alrededor del mundo a través del portal de Amazon, ocupando a pocas horas de publicadas los primeros puestos en dicha plataforma y convirtiéndose en Bestsellers por varios meses.

Participa de forma activa en las redes sociales y tiene un blog donde habla de literatura romántica y otros temas.

[1] Drogado.

Document Outline

- PRELUDIO
- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14
- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18
- CAPÍTULO 19
- CAPÍTULO 20
- CAPÍTULO 21
- CAPÍTULO 22
- CAPÍTULO 23
- CAPÍTULO 24
- CAPÍTULO 25
- CAPÍTULO 26
- CAPÍTULO 27
- CAPÍTULO 28
- CAPÍTULO 29
- CAPÍTULO 30
- CAPÍTULO 31
- CAPÍTULO 32

- CAPÍTULO 33
- CAPÍTULO 34
- CAPÍTULO 35
- CAPÍTULO 36
- CAPÍTULO 37
- CAPÍTULO 38
- CAPÍTULO 39
- EPÍLOGO
- AGRADECIMIENTOS
- SOBRE LA AUTORA